

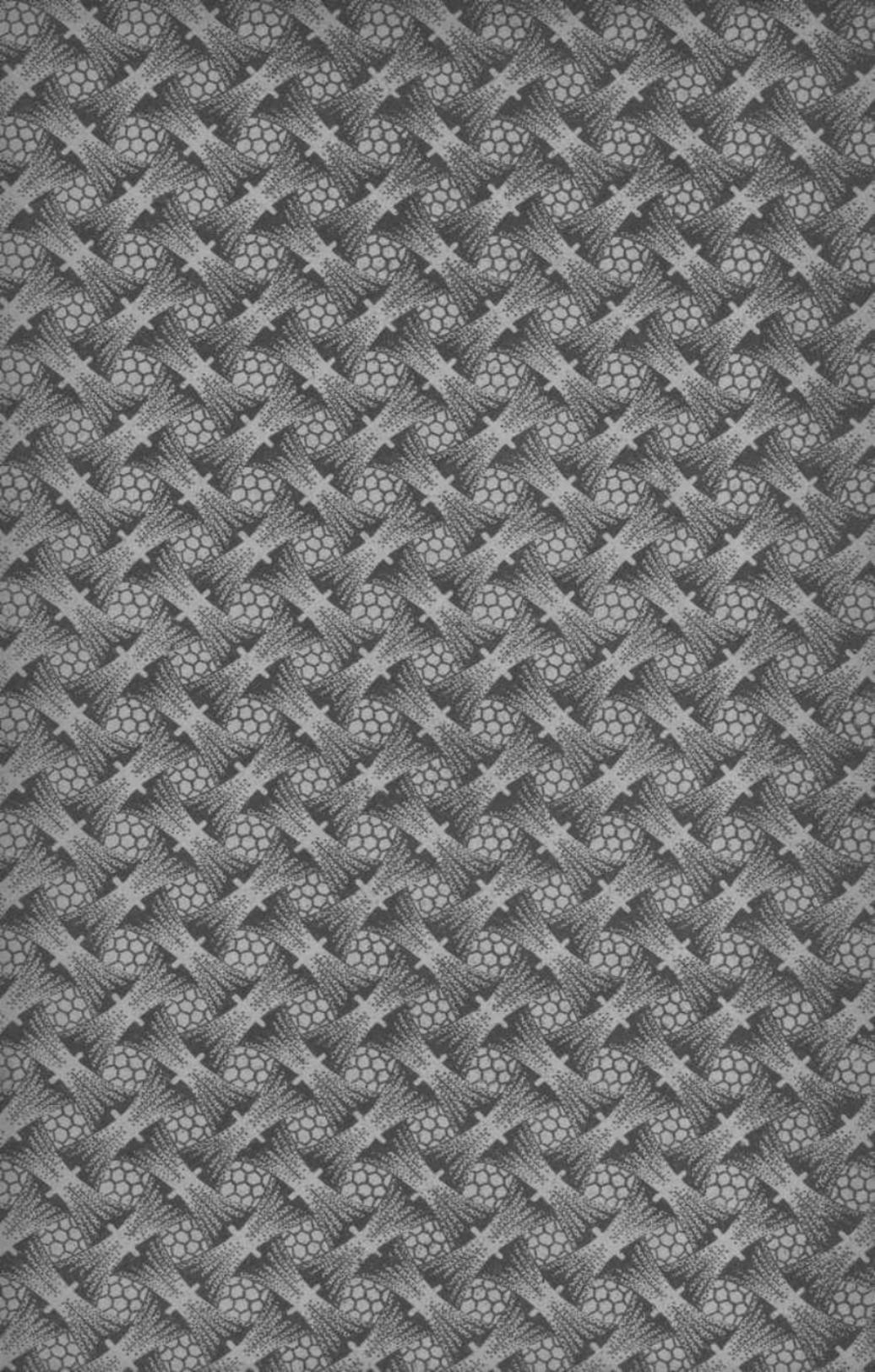
Carmen de Burgos Seguí
(COLOMBINE)

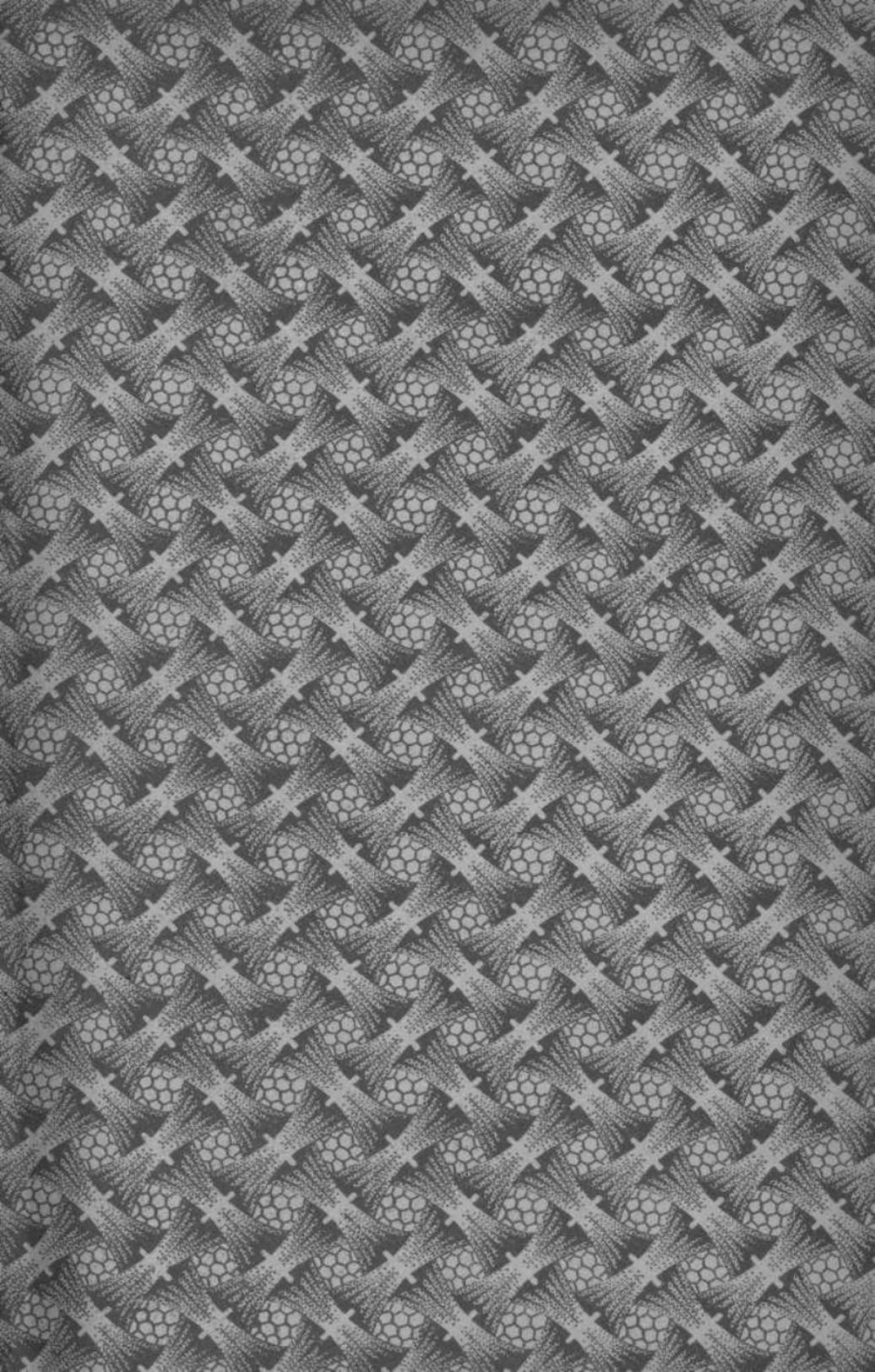
VIAJES
POR EUROPA



CON ILUSTRADA CON 234 GRABADOS

R
69







CARMEN DE BURGOS SEGUÍ

(COLOMBINE)

POR EUROPA

(IMPRESIONES)

☼ FRANCIA ☼ ITALIA ☼

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Sorla

6669

Edición ilustrada

Sabadora Huguet
24-5-938

BARCELONA

Casa Editorial Maucchi.—Calle de Mallorca, 166.

Sucursal.—Calle Espoz y Mina 15
MADRID



Maucchi Hermanos.—Cuyo 1070.
BUENOS AIRES

1179534

SR

6669

ANTONIO HUGUET

BARCELONA



Es propiedad de la Casa Editorial Alaucci





DEDICATORIA

A D. José Ferrándiz

su amiga

Carmen





SR. D. JOSÉ FERRÁNDIZ



Admirado maestro: Llega á tiempo su carta para que esta contestación mia pueda figurar al frente del libro que le dedico.

Su exagerada modestia piensa que un lector pueda preguntar al ver su nombre: ¿Quién es Ferrándiz? Como antes se dijo: ¿Quién es Commelerán? Más fácil sería que se preguntase quién es la autora del volumen, escudada con el nombre de V. para garantía de que sus impresiones no estarán sujetas á los convencionalismos, que hacen á tantos periódicos sectarios privarse de sus escritos, á tantos hombres de estrechar su mano por temor al anatema de los hipócritas y los clericales y á muchas mujeres de nervios delicados y cerebro huero, sentir el olor de azufre de los réprobos.

Todos conocen en España, y fuera de ella, al valiente cronista de «El País», maestro de la juventud sana, al que sabe demoler, con mano firme, prejuicios y tiranías, y ante quien tienen que inclinarse sus enemigos porque al acusarlo de rebelde, no pueden decir como de Lutero, que aprovecha su rebeldía para el propio lucro. Sigue siendo su vida demasiado pura para llamarla sacerdotal, y todos han de confesar que el teólogo combatiente contra los absurdos de la teología es un hombre honrado.

Acepte, pues, querido maestro, mi sencilla dedicatoria como testimonio de admiración y respeto.

Carmen de Burgos





El Escorial

POR EUROPA

PRIMERA PARTE

CARTA PRIMERA

De Madrid á la Frontera

Confieso que al salir de Madrid no he sentido la tristeza de dejar la patria. Hoy las fronteras se conservan para la vida política de las naciones; pero el espíritu que nos anima es cosmopolita, las facilidades de los viajes, la difusión rápida de las noticias telegráficas por medio de la prensa y lo universal de las obras literarias, forman esta hermosa fraternidad que nos hace encontrarnos en los países extranjeros tan á gusto como en aquel donde nacimos.

Las naciones me parecen provincias de un mismo país, de este globo terrestre, harto pequeño

ya, para dividirlo más; creo las diversas lenguas dialectos de un solo idioma, expresión de una sola raza, que, con diferentes sonidos, tienen el mismo timbre para exteriorizar sus sentimientos; uno es siempre en todo idioma el eco dulce del canto con que la madre adormece en su regazo al hijo de su amor, un mismo acento apasionado en la voz de la doncella enamorada, iguales son los roncós gritos de guerra, de cólera ó de venganza y las quejas del dolor. ¿No prueba esto que toda la tierra es nuestra patria y que allí donde existe un corazón que late y un cerebro que piensa tenemos un hermano? Con esta creencia, que es también la de usted, aunque le haya visto yo más de una vez sonreírse pensando que los *hermanos* suelen ser *hermanastros* la mayor parte de las veces, y que la tragedia de Abel se repite hasta lo infinito, no podía sentir la tristeza del alejamiento de nuestro suelo, por lo que la romántica idea de patria encierra; la única pena que se mezclaba á mis sueños de tender las alas del espíritu ansioso de contemplar las flores del arte diseminadas acá y allá por toda la tierra, era la de dejar tan lejos á la familia que me aguarda en un pequeño rincón de Andalucía y á los amigos de ese Madrid tan cariñoso y expansivo, donde era *forastera* hace pocos años y hoy tengo mi patria de adopción.

Se dice que los viajes han perdido en poesía lo que ganaron en comodidad; prefiero que sea así, aunque no pueda referir á usted los encantos de las diligencias, tan poco *diligentes* en los viajes de nuestros padres.

Envueltos en la sombra quedaron á mi espalda los yermos campos de las dos Castillas. Escuché entre sueños, como evocación de fantasmas del pasado, el nombre del monumental y sombrío monasterio de Felipe II, vetusto y tétrico como la

idea que le dió vida, donde hoy se guarda la podredumbre y el polvo de los monarcas españoles.

Dormitaba y soñaba. Me creía aún, como el día que visité el monasterio, sentir el helor y el peso de sus muros sobre mi cuerpo; así debe gravitar el fanatismo sobre el espíritu.

En fatigosa pesadilla me deslizaba entre los sepulcros de mármol blanco del panteón de infantes y llegué al pudridero de los reyes; oía resonar, en la trepidación de la máquina del tren, las notas monumentales del «Miserere» de Núñez de Arce, contemplaba el ejército de *grandes* saliendo de *pequeños* sepulcros; con sus esqueletos se mezclaban los retratos de la hermosa biblioteca, aquellos monarcas decadentes, de *belfos* colgantes, cutis blanco y venas azuladas, en cuyos rostros se marcan los signos de la degeneración y el idiotismo. Una sola tumba queda desocupada en el Panteón de reyes, y este hecho natural, tomaba en mi sueño las proporciones de una profecía.

Quise sacudir la pesadilla recordando otros detalles: los cuadros, las esculturas, las obras de arte... pero en el Escorial no puede el espíritu verse libre del pensamiento de la muerte; lo lúgubre persigue por todas partes. En la Iglesia se alza la capilla donde duerme una pobre reina infecunda, que por ese hecho no fué enterrada en el Panteón ni se le ha levantado el mausoleo que merecen las mujeres cuyas entrañas se niegan á perpetuar razas degeneradas; subiendo al coro, la sucia silla de Felipe II vuelve á evocar la figura del tirano que vivió como ascefa entre aquellas bóvedas sepulcrales, soberbio ante los hombres y medroso con los fantasmas.

Hay en el Escorial, detrás del coro, una escultura sencilla, un «Cristo en la Cruz» que yo prefiero á todo el monumento. Es una talla de Benvenuto Cellini, una escultura del siglo XVI, de la última época de florecimiento del arte grande en Europa.

Ya sabe usted, mejor que yo, querido amigo, que Cristo no ha sido siempre el mismo y nos lo han representado de maneras diversas acomodadas á todos los gustos, desde el primitivo Cristo sin barbas, el erguido y flaco Cristo bizantino, los terribles Crucificados con la cabeza inclinada, chorreando sangre y acribillados á heridas, el púdico Señor de las enaguillas y los regordetes y apolinos Cristos dei Renacimiento; pero es el Cristo de Cellini la imagen que deben adorar los que profesen en toda su pureza la idea cristiana. No es esa escultura la imagen de un hombre divinizado; es la divinidad vinculada en un hombre, tal como la explica el mito de la Encarnación. El cuerpo, sin ser de enfermo demacrado, no ofrece una belleza pagana; es un cuerpo joven, fuerte, casto, lleno de vida, en el cual se marcan los tendones, los músculos y los nervios en la forma que el gran maestro sabía esculpirlos y que hace involuntariamente pensar si su irascible genio se valdría de los procedimientos usados por el artista griego que hizo arrodillarse al pueblo ante su Prometeo, imagen fiel de la agonía de un esclavo, martirizado por él mismo, para arrancarle la expresión justa.

Esto no podría hacerlo Cellini, porque el dolor de su Cristo es espiritual, divino, sin los retorcimientos del sufrimiento físico y de la carne, sino con la dulce tranquilidad del héroe que se sacrifica por la salud de todos sus hermanos, del que ofrece los dolores en holocausto de las culpas ajenas y convierte en goce del espíritu el martirio del cuerpo. ¡Qué hermosa concepción! ¡Cómo ha sentido y ejecutado Cellini esta leyenda tan opuesta á su carácter!

No se sabe qué admirar más, si la ejecución delicada, el pensamiento grande del artífice... ó la estupidez de las damas de la Reina que empezaron

á lavar la soberbia escultura en un arrebató de mística devoci3n.

Los pies de la imagen conservan seÑales del artísticó sacrilegio cometido por las elegantes Magdalenas que le restregaron con jab3n y esponja en vez de perfumarlo con nardo, como la enamorada pecadora de Judea.

—¡Medina del Campo!—oigo gritar.

Otro fantasma. Aqu3 est3 el castillo donde muri3 la reina que sembr3 los primeros g3rmenes de nuestra decadencia. Unas joyas, que para nada necesitaba su poco agraciada figura, entregadas con fe supersticiosa al descubridor del Nuevo Mundo, levantaron el pedestal de su grandeza. El hecho se ha contado en todos los tonos por admiradores y cronistas de la Soberana Cat3lica que, para merecer este t3tulo, no vacil3 en quemar á sus súbditos y arruinar la agricultura; porque las cenizas de hereje no abonaban la tierra del mismo modo que la hicieran fructificar sus brazos.

Un hecho culminante de su vida es el solemne voto de no cambiar de ropa durante el cerco de Granada. El color *leonado* de su camisa pudo costar una peste al ej3rcito, y defendía, sin duda, la virtud de la reina mejor que una coraza. La egregia seÑora soport3 con cristiana resignaci3n las picaduras de los insectos que hacían más penoso el voto de suciedad ofrecido al que lav3 los pies de sus discípulos, y es bien que merezca de la posteridad..... ¡Pienso con deleite en los baÑos de los judíos, en los blancos velos y en las abluciones de los árabes!

—¡Valladolid! Las sagradas sombras de los mártires de Villalar se aparecen... Junto á ellas la figura más antigua de D. Alvaro de Luna que ríe con mueca horrible, de la gratitud de los monarcas

y de los pueblos... Pienso que esta ciudad tan silenciosa corría un día en tropel á la plaza pública para ver el auto de Fe que presidía Carlos V. ¿Por qué viene este recuerdo á empequeñecer la figura del César? ¿Cómo este hombre que no temía luchar con Roma, ni dejar un ejército de bastardos de su propia familia, pudo escuchar los lamentos del condenado y consentir tales monstruosidades?

Amanece. El color del cielo se aclara, las estrellas se retiran al Oeste, como si la Naturaleza levantase un extremo de su túnica azul y sacudiese hacia el otro el polvo de oro de los mundos; un matiz rosado tiñe el cielo por Oriente, los fantasmas negros que me han perseguido toda la noche se alejan entre las sombras.

¡Oh! ¡Qué atavismos pesan sobre nuestros espíritus! Marcho en busca de horizontes amplios, de luz, de colores, de vida, y llevo como pesado fardo del viaje todos estos recuerdos lúgubres de la historia! Quizás si borrásemos todo el pasado, si no les enseñásemos á nuestros hijos tantas miserias, los haríamos mejores y más felices.

La luz crepuscular del amanecer me permitió contemplar las airoosas torres góticas de la Catedral de Burgos y las tapias de sus monasterios. Son las dos notas típicas de toda capital española: la Iglesia y el convento. ¿Qué necesidad impulsa á los hombres á orar? ¿No bastan la belleza, el Arte y la Ciencia para satisfacer el espíritu? Quisiera conocer todos los pensamientos que hay debajo de una toca monjil..... en caso de que haya alguno.

Poco después de salir el sol entramos en el país vasco; el panorama cambia; se ven al fondo las enormes moles grisáceas y azulinas de los Pirineos, como centinelas y murallas de la tierra española; el tren corre por campos y bosques feraces cubiertos de árboles, surcados de ríos y canales; á cada



Burgos.—Plaza Mayor

momento se ofrecen paisajes bellísimos semejantes á lienzos de la escuela holandesa ó ampliaciones de los nacimientos que forman en Noche Buena la delicia de los pequeñuelos. Por su contraste acuden á mi imaginación los desnudos montes andaluces; esa región hermosa donde á consecuencia de un abandono criminal se enseñorea ahora el hambre y resucita el bandolerismo. Contemplo mentalmente el cuadro bien conocido de mi tierra natal; sus hembras miserables y supersticiosas, disfrazadas siempre con flores y trajes de colores vivos en los paisajes de abanicos y panderetas, luciendo las negras trenzas y los ojos grandes. Las veo tal como son, enflaquecidas, desgarradas, astrosas, dando á luz un ejército de chicos de color de *terra cotta* y pasando la vida envueltas en su atmósfera de fatalismo musulmán, sin deseos ni esperanzas, maltratadas por los maridos; esos mocetones robustos, inactivos, en la más estúpida de las resignaciones.

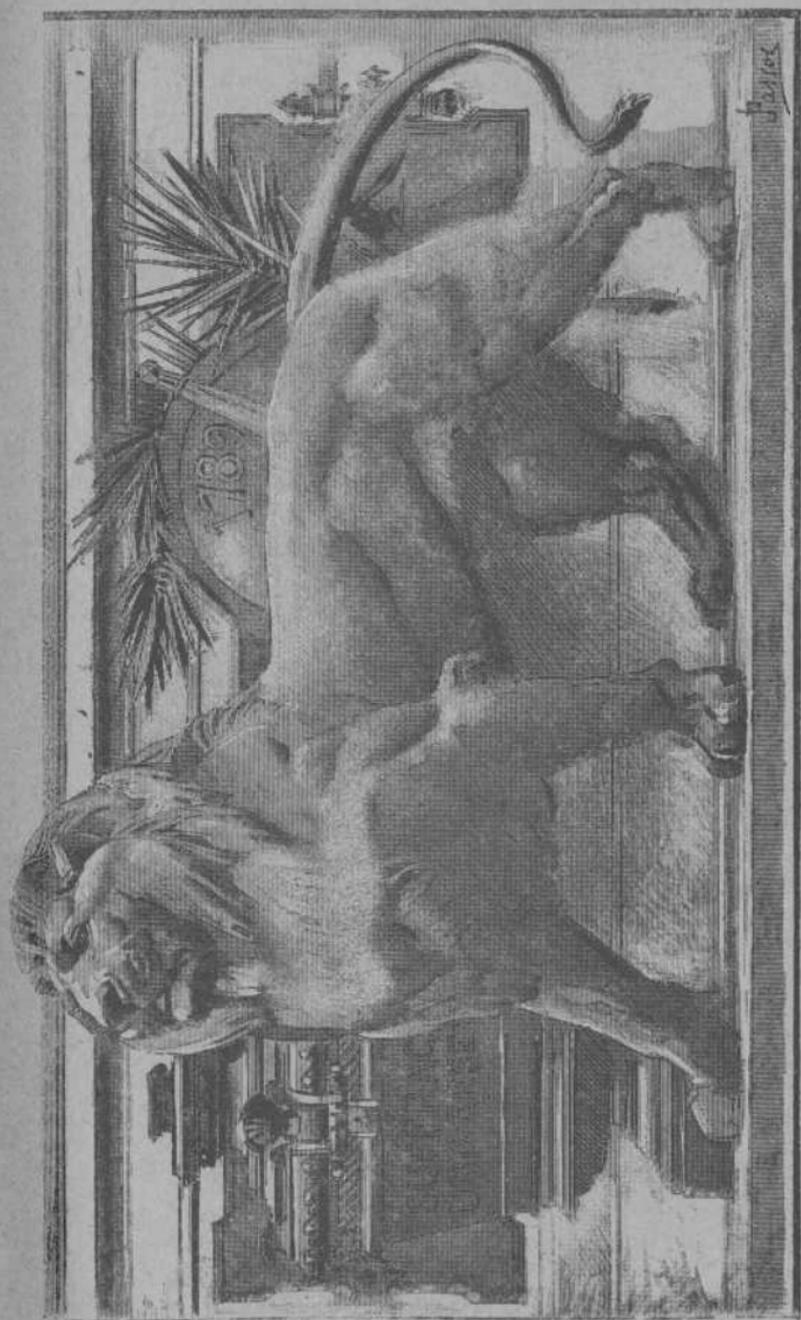
Me refugio en un libro que me acompaña; es un libro que condena la resignación, un libro de re-

beldía; sus páginas van poco á poco acariciándome como si una voz querida murmurase á mi oído palabras de redención, un canto á la primavera que florece. He estado á punto de exclamar como Heine: «¿No perciben ustedes olor de violeta?» Mi espíritu se abría á la esperanza de un mañana más feliz; creo en la influencia social ejercida por los grandes escritores cuando infunden su aliento en millones de seres. Las revoluciones y el progreso son obra suya, su alma impulsa á la multitud, crea generaciones enteras; son un solo espíritu que encarna en muchos cerebros y al que obedecen muchos cuerpos.

En Pasages me fijo en una casita que se recorta elegantemente en el horizonte cerca del camino de hierro. Parece hecha de cartón y colocada á propósito sobre el fondo en que se confunden todas las tonalidades del color verde. En la ventana, bañada de luz, hay una linda figura de mujer española, de tez de manzana y cabellos negros. Parece fijar ansiosa los profundos y sombríos ojos en el tren que pasa, como si la impulsara el deseo de hallar algo entrevisto y desconocido; muchos viajeros se asoman á las portezuelas á contemplarla; un minuto después el tren está lejos y otra perspectiva atrae la atención. ¡Así es la vida! Juraría que ya no se acuerda nadie de la niña de cabellos de ébano.

Cerca de la estación de Irún un grupo de chucuelos juegan junto á la vía entreteniéndose en decir adiós á los viajeros. Mi hija, que va asomada á la ventanilla, ha contestado á su saludo y volviéndose á mí me ha dicho:—«Estoy triste».

Sin saber por qué he experimentado también intensa emoción, como si al decir adiós á la tierra española el sentimiento estuviese dominado por atavismos superiores á la razón.



León de la República francesa

Pero no hay tiempo de reflexionar; ya se divisa la frontera. Acude á mi mente, con rapidez cinematográfica, toda la historia de esta nación vecina, grande sobre toda grandeza, porque de ella han partido los vientos benditos de libertad que vivificaron al viejo mundo, derribaron tronos y tiranos y estremecen aún á las naciones.

Llegamos al Bidasoa, ya pisamos la frontera; siento una emoción inexplicable que me obliga á exclamar en voz alta: «Salud á Francia Republicana».

Hendaya, 6 de Octubre de 1905.





Biarritz.—Vista general del santuario de la Virgen

CARTA II

De Hendaya á París

En Hendaya está la Aduana francesa que ha de reconocer nuestros equipajes. Me habían prevenido de las incomodidades que el registro proporciona; pero, en honor de la verdad, debo decir no encontré ninguna molestia. Todo fué pura fórmula; se limitaron á preguntarme si llevaba tabaco ó aguardiente, sin poner en duda mi negativa. Verdad es que al abrir los baúles y verlos llenos de libros, el aduanero hizo un gesto de extrañeza y no sintió deseos de revolverlos. Los libros españoles son mercancía que pasa poco la frontera.

Sentí un deseo invencible de ir á la orilla del mar que divisaba desde el tren y nos detuvimos en Biarritz. Llegué ansiosa á la playa, á bañar mis manos en el agua salada, con la misma alegría del que después de largo tiempo vuelve á encontrar un amigo querido.

En ninguna parte siento esta plenitud de vida, esta dilatación del espíritu, esta dulzura suave y apacible, esta eflorescencia del corazón que expe-

rimento á la orilla del mar; encuentro en él la suma, sin compendiar, de todas las bellezas, de la poesía y del arte. Deletreo poemas tan bellos como los de Dante, escritos por la temblorosa luz de los astros sobre las movibles ondas; escucho sonatas de Beethoven en los ecos susurrantes del agua cuando acaricia dulcemente la arena; é himnos de Wagner, «entradas de los Dioses» cuando viene rugiendo entre el fragor de la tempestad, á azotar las rocas con sus torbellinos de espuma. Mis cuadros más hermosos son los que retratan en el admirable fondo azul esas nubes de figuras extrañas, tintes sombríos y delicados matices de nacar; la vela que recorta el horizonte ó la gaviota que abate su vuelo para rizar las aguas con sus alas.

Aunque el tiempo era sereno, la mar estaba *picada*; blancos arcos de espuma rompían en toda su superficie; grandes masas de agua se balanceaban en enorme *achichón*, sin llegar á formar ola, y las nubes, teñidas de púrpura, parecían desmenuzarse, como si la diosa Istar hubiese roto el hilo de los collares de su padre Admon para arrojar una lluvia de granates sobre las ondas.



Biarritz.—La gran playa y el Casino Municipal

Las barcas de los pescadores no osaban salir del puerto; el vicario de Zarauz auguraba mal tiempo, y la gente de la costa tiene fe ciega en sus profecías. Las redes están tendidas al sol, hombres y mujeres se agrupan al amparo de las barcas, ellas llevan los trajes cortos y las trenzas caídas como se ve en los cromos; los chicuelos, casi desnudos, tienen el cabello color de lino tostado por el sol, los hombres muestran extraordinaria indolencia en sus actitudes. Aunque los trajes no son



Alrededores de Bayona

iguales, la composición y la luz dorada traen á mi memoria los paisajes de la playa valenciana que pinta Sorolla. Se me acerca á pedir limosna una muchacha con las piernecitas rectas, el seno liso, el cuello desnudo. Va vestida con un traje pardo de tela tosca; tiene toda la ligereza de una Diana y el vestido toma al plegarse á su cuerpo las graciosas ondulaciones de una túnica griega. Tal vez esto es el motivo de haber pensado en Sorolla, el pintor español que ha sabido encontrar la pureza del arte clásico y envolver en trajes griegos sus figuras.



Vista general de Bayona

Por lo demás, Biarritz y San Juan de Luz están ya solitarios, sus *villas* cerradas y las calles desiertas, tienen toda la melancolía y tristeza de las glorias que pasan. Quedarán en el olvido hasta que el verano próximo vuelvan los elegantes á llenar sus paseos de gasas y perfumes, y rueda el oro sobre las mesas de sus casinos.

Al anochecer llegamos á Bayona, donde nos detenemos hasta el día siguiente. Bayona es una población muy extraña, parece una ciudad del siglo XVI que recuerda algo á nuestra Salamanca. Tiene murallas y fortalezas derruídas, puentes levadizos de la época feudal, mientras sobre su río, cruzado de puentes, se observa toda la actividad comercial de una población moderna.

La influencia española se deja sentir mucho en esta ciudad, los dueños de fondas y restaurants son por lo general españoles, y se escucha más nuestro idioma y el vascuence que el francés. Después de recorrer la población, mezcla de lo arcaico y lo moderno, fuimos á ver la catedral. Pasada la vieja puerta que se abre en el enorme arco abo-

cinado, cuyas ojivas se van estrechando gradualmente, nos encontramos en el interior del templo. Aunque de proporciones menos armónicas y mucho más pequeña, trae á la memoria, por sus haces de columnas y sus vidrieras luminosas, á nuestra catedral de Toledo; pero esta catedral de Bayona no es la blanca y suntuosa iglesia primada de España; está ennegrecida, vieja, mal cuidada; las capillas desnudas y los altares sin imágenes, dan la impresión no sólo de un edificio que se derrumba, sino de una idea que desaparece.

Ya no volverán á alzarse esos monumentos soberbios á los que llevaban sus esfuerzos varias generaciones; no se amontonarán riquezas y metales preciosos, ni se labrarán con amor encajes de piedra y cristalería polícroma. ¡Qué extraño contraste! ¡Con ideas que aplastan los cerebros, se han alzado hasta el cielo, en haces de luz, los monumentos de piedra donde viven la belleza y el arte

Al medio día salimos de Bayona; recorrimos los feraces campos franceses. Pinares de muchas leguas de extensión cubren todo el suelo; la indus-



La ría de Bayona

tria de la resina es de las principales de esta región, además de la *comisión* y el... contrabando; el saludable olor á pino dilata los pulmones y parece predisponer á la alegría, por el enlace íntimo que hay entre cuanto nos rodea y nuestro propio sér.

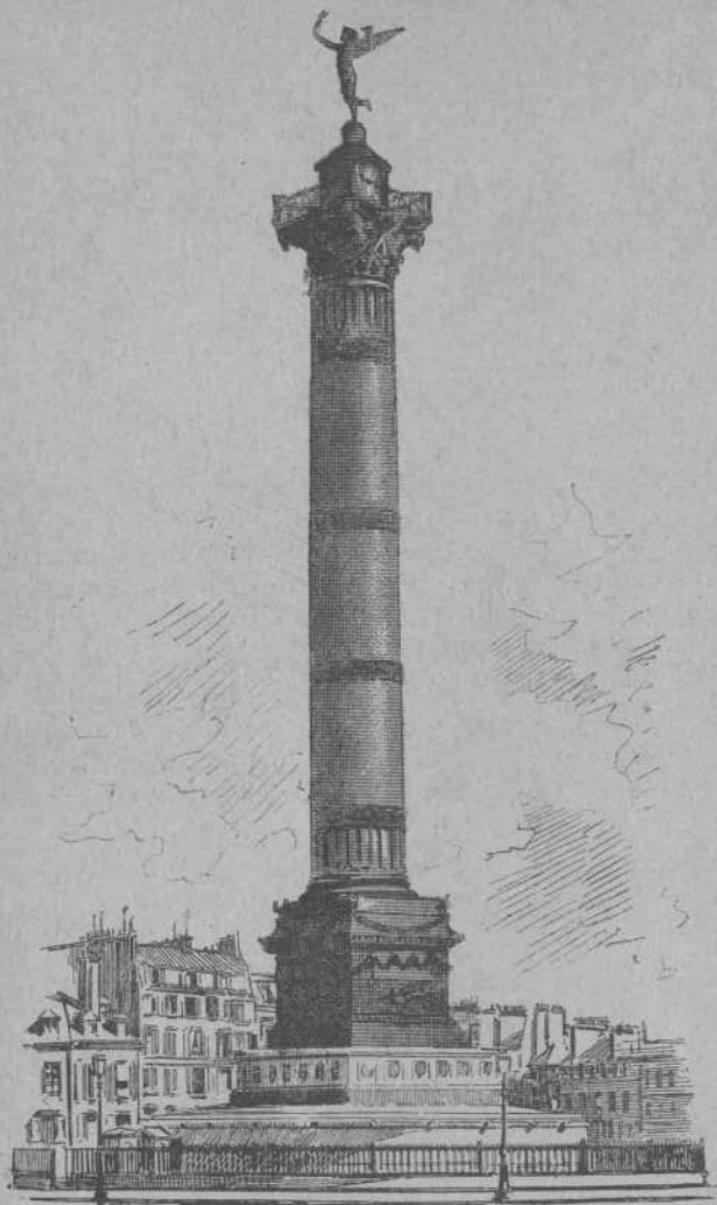
En Burdeos nos detenemos á almorzar y allí experimento la primera contrariedad de mi viaje, la de separarnos de una simpática señora y un joven que han sido nuestros solícitos compañeros de viaje. Son franceses ricos que viven en España, donde tienen una gran empresa minera; extranjeros



Burdeos

que trabajan nuestro suelo, porque los capitales españoles se conservan en su mayoría por hombres acostumbrados á esconder las monedas dentro del calcetín en el fondo del arca. A semejanza de las viejas de aldea viven al día, sin aspiraciones, incapaces de esfuerzo, contentos de engordar con su grasiento cocido, cuando lo es, y ocultando el dinero como si sintiesen instintiva vergüenza al poseerlo, igual que el mayordomo perezoso de la parábola que no supo hacer fructificar la hacienda que se le confiara.

Vienen á Francia mis nuevos amigos para que el joven pueda cumplir su obligación del servicio militar; porque en este país no sirven el di-



Paris

Paris.—Column de Julio

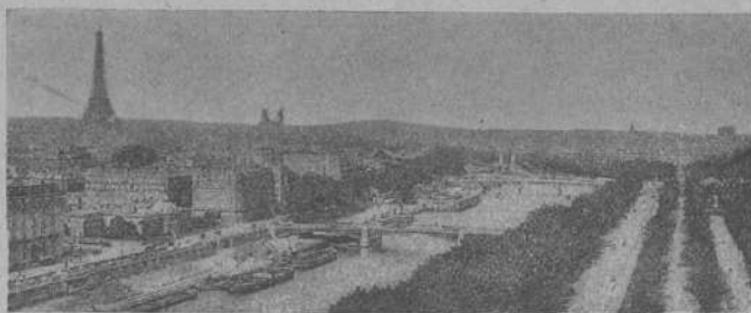
nero y la influencia para que sólo paguen los pobres la contribución de sangre; el aristócrata y el campesino pasan juntos por el cuartel como por una escuela de educación cívica. ¡Oh! ¡Si todas sus demás virtudes estuviesen á esta altura!

Conforme nos acercamos á París, el paisaje es cada vez más encantador; observo que los campos están cultivados como macetas á las que se quita toda planta inútil, toda piedrecilla molesta. Sin duda cada par de brazos tiene á su cargo menos tierra de la que puede cultivar. Así estarían nuestros campos si los aldeanos fuesen dueños de pequeñas parcelas en esas grandes heredades de las cuales queda todos los años una gran parte sin cultivo, mientras hay tanto hombre sin trabajo y tanta familia hambrienta.

Llegamos á París, el tren se detiene en la segunda estación dentro del recinto de la ciudad, la máquina de vapor es substituída por la máquina eléctrica que le ha de conducir por un gran subterráneo hasta la estación siguiente. Al salir de nuevo á la luz del día el movimiento es ensordecedor; trenes, coches, automóviles, ascensores mecánicos para las mercancías, gritos, voces, gentes que van y vienen... Estamos en el centro de París, en la gran ciudad, en la metrópoli del progreso.

París, 8 de Octubre.





Panorama de París del lado del Oeste

CARTA III

Conquistas de la Ciencia

He llegado á París en unos días que tal vez hagan época en la historia de la humanidad.

Se está celebrando el importante «Congreso contra la Tuberculosis», donde han acudido los sabios de todo el mundo á poner á contribución su ciencia para combatir esa terrible plaga, que con la sífilis y el alcoholismo, constituye la funesta trilogía de la muerte.

¿No le ha ocurrido á usted nunca protestar de la muerte? No puedo concebir un Sér entretenido en forjar muñecos, darles inteligencia, voluntad, sentimiento, todo lo que se agita en la máquina humana, para hacer al hombre el más infeliz de los animales, y destruirlos luego.

Crear para destruir; hacer que se conozca la dicha y privarnos de ella; encerrar un espíritu que anhela volar á lo infinito en una forma de arcilla; sembrar el dolor y los males. ¿Se concibe crueldad semejante?

Por eso, amigo Ferrándiz, pensando piadosamente,

hay que buscar sólo en la Naturaleza las causas de esta continua renovación, una de cuyas formas es la muerte.

Tengo fe en que la ciencia cumplirá su misión de librar al hombre de la hasta ahora inevitable enfermedad, de la vejez, de la ruina del organismo, de la decrepitud y las influencias funestas de los microbios, verdadero mundo de invisibles diablillos, destructores del cuerpo que les da vida.

La existencia del hombre ha de ser larga, tan larga, que no sienta la desesperación de dejarla; sino la dulce tranquilidad del que se tiende para buscar el reposo en un apacible sueño.

¡Es tan triste que el genio pase como un relámpago por la tierra, que apenas revelado lo troncha la descomposición de un cerebro! ¡Es tan triste ver morir á los niños, contemplar las doncellas en la época de los sueños de rosa destinadas á las nupcias de la tumba! Se ha hecho un ideal de muerte en casi todos los pueblos; se inventó la inmortalidad para halagar la soberbia y encadenar más el espíritu, anonadado ante lo incomprensible. Un gran poeta pagano exclamó: «Los que mueren jóvenes son amados de los dioses», y el cristianismo canta con lirismo dulce, la «muerte del justo». Pero el ideal moderno no es ya un ideal enfermizo; vislumbramos la verdad, el misterio empieza á descorrer sus gasas, luz solar ilumina las nebulosidades del geroglífico y el mito y no hemos de seguir entonando himnos á la muerte en una literatura cobarde. Nuestro ideal es la Vida, la Vida en toda su plenitud, con todos sus goces ó placeres tristes.

Por eso miré con cierta superstición respetuosa á todos los sacerdotes de la ciencia que ocupaban los bancos de la sala del «Gran Palacio» de los Campos Elíseos, en la sesión de clausura del «Congreso contra la Tuberculosis»; nombres ilustres,

hombres encanecidos en el estudio, que consagran su vida á arrancar uno á uno los secretos á la Naturaleza en provecho de la humanidad. He podido llegar cerca de ellos gracias á mi título de periodista y he visto el entusiasmo delirante con que acogieron la lectura de la breve Memoria del profesor alemán Von Behring.

Las palabras de este sabio anunciaban la buena nueva; ha encontrado el remedio, para curar la tuberculosis, empleado con éxito ya en toda la raza



Gran Palacio de los Campos Eliseos

bovina, y que lógicamente ha de serlo también para el hombre.

No se trata como hasta aquí sólo de *preservar* del terrible mal, sino de *curar* á los que le padecen.

Escuchaba la palabra de Mr. Eduardo Fuster que traducía los puntos más importantes de la Memoria de Behring, pensando en que mañana la prensa esparcirá la nueva feliz y miles de corazones latirán de esperanza.

¿Hay algo más terrible que esta enfermedad que *escoge* niños y doncellas, jóvenes en los albores de la existencia, *puebla* su imaginación de ensueños, tiñe sus mejillas de rosa, baña sus ojos en luz celeste, y, mientras, va minando traidoramente el

organismo, desatando uno á uno los lazos del espíritu? ¿Se concibe agonía semejante á la de una persona que escucha los sueños de vida en un enfermo condenado á muerte y cuenta los días que le restan en las ojeras azules y en los músculos que se tallan?

Behring adquiriría á mis ojos gigantescas proporciones. Es alto, no muy grueso, el cráneo mal guardado, la barba rubia terminada en punta, aguda y corta, entre la que se entremezclan cabellos grises; y las facciones poco dibujadas. Sus ojos son ojos de soñador; tienen una mirada vaga, incierta, como de hombre acostumbrado más á mirar hacia su propio pensamiento que hacia la vida exterior, absorto en graves meditaciones.

Contemplaba esta figura adorada en el porvenir como la imagen de los dioses lares, y á las madres yendo en peregrinación á Marbourg para adorar los lugares santificados por el que apartó la terrible amenaza de muerte de tanta linda cabecita, donde con voluptuosidad lúgubre siega la tuberculosis las más bellas flores.

Los ángeles reales, los apóstoles de la religión nueva, son Roux, Pasteur, Behring, Metchnikoff, Cajal y todos sus bacteriólogos, entre cuyas manos creo ver la clave del misterio de la vida y del secreto de la muerte.

París, 12 Octubre.





París.—Puerta de San Martín

CARTA IV

Por las calles de París

Una descripción de París, es de las cosas más difíciles que pueden pedírsele al ingenio humano. Todos los que la intentaron han sido poco afortunados, excepto el inmortal Zola; así es que juzgo imposible para mí tal empresa y me limitaré á darle á usted mi impresión sin pretender que en realidad sea como yo lo he visto. Cuando el alma

sirve de lente, se reflejan muchos de nuestros pensamientos, de nuestras ideas y de nuestros pre-



La Resistencia.—Grupo escultórico del Arco de la Estrella, de Etex

juicios sobre el fondo de los cuadros que contemplamos.

Aborrezco la ligereza de esos viajeros que cruzan un país, lápiz en mano, toman precipitadamente

notas, preguntan á todo el mundo, y luego pretenden haberse apoderado del alma del pueblo que



La Paz.—Grupo escultórico del Arco de la Estrella, de Etxe

visitaron, y hasta se atreven á escribir un libro de sus costumbres.

No quiero pagar á los franceses la irreflexión é

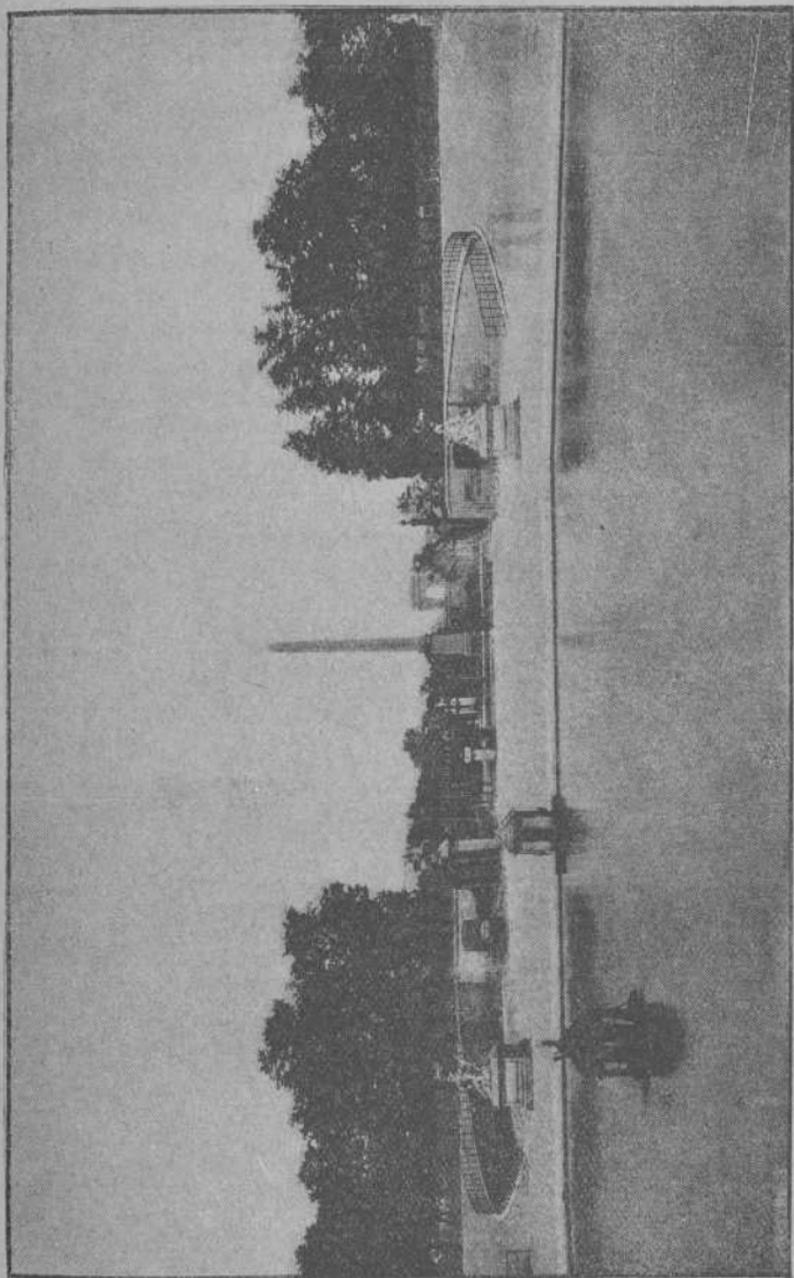
inexactitud con que nos han juzgado. Yo no me atrevería á presentar todas las mujeres francesas como este ejército que veo en los grandes boule-



El Triunfo.—Grupo del Arco de la Estrella, de Cortot

vards, y sin embargo, son aquí una nota tan típica como las corridas de toros en España.

Continuamos siendo un país de leyenda; pero



Jardín de las Tullerías.—Estanque

esto no debe indignarnos con los franceses; nuestro carácter y nuestras costumbres están tan lejos de las suyas, aunque otra cosa se pretenda, que ni ellos nos entienden, ni nosotros podemos comprenderlos.

Nuestra literatura más conocida en Francia mantiene la leyenda, que explotan desde el modesto paisajista, pintando abanicos y panderetas al gusto del extranjero, hasta Zuloaga, un pintor nebuloso, que goza de gran fama y presenta sevillanas con mantón de Manila y sombrero calañés, fumando en las puertas de sus casas.

París no es una ciudad, sino el conjunto de muchas ciudades; yo lo he cruzado ya veinte veces en todas direcciones, sola é inadvertida entre el oleaje de la inmensa muchedumbre que va y viene por todas partes.

He recorrido el Sena en los vaporcillos que lo surcan; crucé los subterráneos inmensos del Metropolitano, esas modernas catacumbas del progreso, iluminadas por la luz eléctrica, donde corren los trenes, con sus estaciones y vías superpuestas que forman una verdadera población, obra admirable de la moderna ingeniería. Ya es la ciencia, no la fe, la que separa los continentes y mina ciudades y montañas.

Los grandes boulevards de la Magdalena, Capuchinos, Italianos y Montmartre son los centros del lujo, el París moderno, el corazón de donde se nutren las arterias y las venillas de ese cuerpo gigantesco.

El movimiento y el ruido son aquí atronadores: los ómnibus y los tranvías, más caros y malos que los nuestros, con sus incómodas escaleras para subir á la vaca, son continua amenaza de morir aplastado bajo una montaña de tablas, carne y

trapo; sus maquinillas de vapor y el humo de los automóviles enrarecen el aire; miles de carruajes se entrecruzan por todas partes; y no he visto nada tan grotesco como los cocheros parisienses con sus fracs y sus enormes sombreros de copa, que me recuerdan á algunos diputados españoles. Entre tanta animación y lujo, pasan no pocos carros arrastrados por hombres, espectáculo desagradable y de un desdichado contraste. Bonafoux, con su gracejo incomparable, dice que los franceses lo hacen todo tan bien, que en su papel de caballos suelen desbocarse y atropellar á las gentes. Los contrastes no son aquí raros; algunas veces la multitud se detiene en la puerta de los elegantes *bars* á ver un hombre que traga lumbre ó come acero, lo mismo que los saltimbanquis en las ferias de nuestros pueblos. Es un medio de pedir limosna donde está prohibida la mendicidad.

De vez en cuando, un gendarme, con su varita blanca, detiene la circulación de carruajes para que puedan transitar los paseantes; todo el mundo parece caminar de prisa, como envuelto en la ola de animación y movimiento.

Cuando de éstos boulevards pasamos á los exteriores, Clichy por ejemplo, no parece que se está en la misma ciudad, sino en una tranquila y vieja provincia; los edificios, la gente, todo cambia y presenta fisonomía distinta; lo mismo sucede en otro distrito cualquiera.

Al entrar en el barrio Latino, no hay necesidad de preguntar dónde nos encontramos; desde la Cité se ven á la orilla del río largas filas de libros viejos; es el barrio de los estudiantes; á cada momento pasan alegres grupos con los libros debajo del brazo, ó cruzan parejas llenas de juventud. Se ve muchos melencidos que recuerdan á nuestros modernistas, que se llevaron de aquí, sin duda, el

patrón de sus cabelleras. Si pudiese usted conseguir que éstos se cortasen las melenas, harían un buen negocio los peluqueros de París; pero estos greñudos no presumen de artistas; son buenos muchachos despreocupados que gozan alegremente la edad más hermosa de la vida.

De vez en cuando, un señor gordo y barrigudo pasa en medio de un grupo de chicuelas que le acarician. Tal vez vuelve á este barrio como dicen que vuelven las *estrellas* cuando desde uno de sus miserables tugurios vuelan á los grandes boulevards. Vienen á buscar los recuerdos de la juventud pasada, las emociones que no han de volver á sentir y los hacían más felices en su alegre pobreza, que son hoy en sus brillantes posiciones.

Recordé á algunos artistas que se formaron en este ambiente de libertad, emanciparon su pensamiento de viejas rutinas, bebieron en los labios de estas muchachas la alegría de vivir, y ahora convertidos en burgueses grasientos, maridos medrosos y severos padres de familia suspiran todavía por esta atmósfera de libertad y placer.

Contrastando con el barrio Latino, el boulevard de San Germán conserva su aspecto frío, silencioso, severo; es el barrio católico y realista por excelencia; el último refugio de esa graciosa aristocracia francesa que va dejando el puesto á la burguesía enriquecida en la cual se mezclan todos los defectos del pueblo de donde ha salido y de las clases altas que pretende imitar.

En el Campo de Marte hay momentos en que creemos hallarnos en una plaza fuerte; las orillas del Sena dan en algunos puntos el efecto de un puerto comercial; en Passy se encuentra el silencio melancólico de una ciudad castellana; el Bosque de Bolonia presenta la alegría riente de los Cár-

menes granadinos y el Francis Bourgeois tiene un aspecto sombrío y siniestro. A pesar de su grandeza, París me causa una impresión de melancolía; se parece á una mujer hermosa y alegre que baiase envuelta en un velo gris.

*

Las estatuas abundan por todas partes y se repite varias veces la de Juana de Arco. Los buenos franceses le rinden un culto que ha resistido á la sátira de Voltaire; no pude por menos de recordarlo y saludar con una sonrisa á *la Doncella*.

Por una dichosa casualidad he visto colocar la estatua de Camilo Desmoulins en el jardín de las Tullerías. Tengo gran predilección por este sitio. Cuando se viaja pensando tanto en el pasado como en el presente, el palacio de Catalina de Médicis, de esta soberbia mujer á la que debe Francia la vergüenza de la *San Bartolomé*, dice mucho al espíritu. Los muros de los castillos reales de Francia han sido funestos para las soberanas. María Stuardo, reina un día de esta nación, murió en el cadalso; María Antonieta, fué la víctima expiatoria de todos



Juana de Arco

los crímenes de las monarquías; Josefina, repudiada con ingratitud, lloró sus penas en la Malmaison; María Luisa, herida en su orgullo, sentimiento único de su alma innoble, sufrió penoso destierro; y Eugenia de Montijo pasea hoy sus merecidas tristezas por toda la tierra.

Del patio de las Tullerías se puede decir que salieron las primeras ráfagas de viento á cuyo



Plaza de la Concordia

soplo ondeó la bandera de la libertad. Ha sido un azar dichoso el que me ha permitido ver surgir en figura corpórea al héroe tantas veces evocado allí por mis recuerdos.

Demasiado grande la estatua de bronce, para lo baja que la han colocado, Desmoulins aparece en proporciones gigantescas. Se le representa en el momento de subir sobre una silla para arengar al pueblo con su elocuencia sin rival. De estos árboles cogió aquella hoja que, colocada en su

sombrero como escarapela, fué más tarde la enseña de la revolución. Contemplo la estatua y no sé si es arenga ó invectiva lo que Desmoulin dirige al pueblo. Me parece que se levanta de la tumba para maldecir á los que prostituyen su obra.

En medio de la magnífica Plaza de la Concordia, donde murieron en menos de dos años en la guillotina más de 2000 personas, entre ellas María Antonieta, la Princesa Isabel y Carlota Corday, se alza el granítico monolito que Ramsés II hizo construir para conmemorar sus victorias en la vieja Tebas.

¡Cómo ha desplegado á nuestros ojos la antigüedad sus misterios! Champolión descifró los impenetrables jeroglíficos del Egipto y Targe Smit ha esculpido su nombre con letras de oro en el gran libro de la Historia, enseñándonos á leer lo que los caldeos grabaron sobre arcilla. ¡Cuánto hace pensar este colosal y viejo monumento egipcio, que ha visto pasar tantos siglos, perderse cientos de generaciones, derrumbarse dioses y morir religiones y dinastías, transportado desde las orillas del Nilo al centro de París!

En el Parque Monceau, uno de los sitios donde se reunía la buena sociedad del Imperio, y acuden ahora todas las nodrizas y niñeras del boulevard Courcelles, hay una hermosa estatua de Guy de Maupassant. Una columna sostiene el busto del genial escritor; á sus pies, echada con indolencia, una mujer recorre las páginas de sus libros.



Monumento de Guy de Maupassant

En el semblante de la lectora hay una triste impresión de desaliento; parece respirar todo el desencanto de la vida de este hombre vicioso, soñador y artista; tal vez admira á las virtuosas damas compañeras de viaje de «Bola de Sebo»; tal vez siente la nostalgia de aquel amor eterno de la viejecita que se suicida por la infidelidad del amado de su juventud. Pocos han visto la verdad de frente, sin cerrar los ojos, como Maupassant; su espíritu, demasiado clarividente para engañarse, le hizo pasar la vida corriendo en pos del engaño y en su cerebro estalló la hermosa locura por ser demasiado pequeño para su pensamiento. En el pliegue de sus cejas se leen las visiones estampadas en las páginas del Horla; una nube de pajarillos parecía abanicar con sus alas el rostro del poeta.

*

Aquí hay pajarillos por todas partes; los niños, y muchas personas mayores se entretienen en arrojarles migas de pan y de bizcocho; la turba revoltosa, en vez de huir revolotea en torno de las gentes y cuando el frío arrecia, penetra por las ventanas de los restaurants y picotea en las mesas. De aquí viene la frase «desvergonzado como gorrión parisién», y no he podido menos que envidiar la confianza de los pájaros, recordando con qué crueldad los niños españoles los despluman y les sacan los ojos. Está en los niños la verdadera esperanza de progreso de un pueblo, y en esto nos llevan ventaja casi todas las naciones de Europa. Es envidiable la corrección con que juegan los pequeños ciudadanos en los jardines públicos, á donde yo acudo todos los días para proporcionar el necesario recreo á mi hija, á mi morenilla, que como un rayo del sol de España, da vigor á mi cuerpo y fuerza á mi espíritu. El



Arco del Triunfo

municipio de París se preocupa de los niños; en todas partes tienen sitios de recreo y gimnasios gratuitos. Prefiero ver sus juegos infantiles á contemplar el triste espectáculo de las mujeres aliñadas al paso de las grandes damas y grandes cortesanas que pasean al obscurecer por la Avenida de las Acacias en el Bosque de Bolonia esperando algo del séquito que las acompaña. Es el sitio de la *feria de mujeres*; allí están expuestas desde la muchacha que desea vender su hermosura, hasta la madre que impúdicamente enseña su hija esperando un marido.

*

Los franceses son también muy aficionados á los arcos de Triunfo; hay muchos importantes como el del Carrousel en el jardín de las Tullerías y el de la Plaza de la Estrella. Pero lo notable es

que en su afán de triunfos no se han contentado con las glorias reales, sino que enumeran como éxitos sus derrotas. Así he visto figurar aquí la *Victoria de Zaragoza*. Me han dicho que una eminente actriz italiana, ofendida en su amor patrio por una victoria semejante, se contentó con escribir en el muro: «Por aquí han pasado los prusianos». Quiero borrar lo cruel de la frase recordando que debajo de este arco reposó el cadáver de Víctor Hugo. En cuanto á mí sólo me ha hecho desplegar una sonrisa: la sonrisa que trae á los labios todas las grandes pequeñeces. En Guadalajara, en el palacio de los Duques del Infantado, hay una sencilla lápida donde se lee esta caballeresca frase: «Aquí se hospedó Francisco I». No se alude para nada á la prisión del monarca francés; nuestro pueblo está tan acostumbrado á la gloria, que ni se en-vanece de ella ni necesita inventar victorias. ¡Si nosotros quisiéramos levantar arcos triunfales, ninguna nación nos aventajaría!

París, 14 de Octubre.





CARTA V

Cuadros de París

Vengo de ver uno de los rincones más viejos de la vieja *Lutece*, la «rue del Petit Pont»: es una calle estrecha, sucia, sombría que están demoliendo en la actualidad. La he visitado porque escuché á los amantes de la tradición lamentarse de que desaparezca uno de los sitios donde más se conserva el aspecto de la ciudad antigua.

En uno de aquellos muros hay una inscripción del año 886, con los nombres de doce bravos que defendieron la ciudad naciente contra las hordas normandas.

El ornato y la higiene exigen la desaparición de esa rinconada del viejo París dormida á la sombra de su antigua catedral; la lápida se conservará en alguno de sus Museos para solaz de extranjeros, porque el pueblo parisién no es dado á los recuerdos; es versátil, ligero, ama la novedad, la impresión del instante; el mismo recibimiento ha dispensado hoy al célebre estafador Ga-

Hay y á su amante la linda Merelli que hizo al Rey de España y al Zar de Rusia.

Creo que hay aquí ya hartazgo de visitas re-

gias; la policía recoge postales y revistas poco lisonjeras para los augustos huéspedes; los periódicos hacen sus reseñas del modo irrespetuoso que puede encontrarse en la colección de la *Petite République*. Se empezó por mirar con curiosidad á los príncipes viajeros y han acabado por cansarse de las incómodas visitas que interrumpen la circulación cuando van á la Opera, é



Columna de la plaza de la Nación

introducen perturbaciones en la vida pública. Es preciso confesar que tienen razón de cansarse; hay siempre uno ó dos soberanos en París. Vienen á divertirse libremente, á la sombra de la bandera republicana, como si esta ciudad fuese la mancebía de todos los reyes del mundo.

Por lo demás no veo al pueblo muy satisfecho de su república; el régimen no se diferencia mucho del monárquico. Estos presidentes, hijos del pueblo, que se codean con los reyes y llevan á las viejas cortes el triunfo de la democracia, son casi unos monarcas electos. ¿Por quién? ¿Por el pueblo? ¡Pobre pueblo! Se le dice mátrate para conquistar la libertad y se bate, muere, se inmola, se sacrifica.... ¿Sabe acaso lo que es la libertad y en qué consiste?

Al día siguiente de la lucha se encuentra como antes, tal vez peor.... veo escrito en todas partes «Libertad, Igualdad, Fraternidad». ¡Qué bellas palabras! Temo que no existan más que para recreo de los ojos. ¡Hay tanta miseria, tanta injusticia, tantas opresiones! Hoy la prensa hablaba de una mujer muerta de hambre; hace pocos días perecieron de igual modo dos hombres. Aun dista esto mucho de la sociedad que nosotros soñamos.

Nicolás Estévanez, ese hombre honrado que morirá trabajando y pobre, como ha vivido, por no hacer traición á sus convicciones, ha escrito una página en mi álbum. Es poeta y escribió en verso, de la misma manera que su vida es el ensueño de un poema. La última estrofa dice:

«Bienvenida á la ciudad
cuna de la libertad
que admiramos desde lejos
y que nos pone perplejos
cuando vemos la verdad».

Tiene razón el consecuente republicano; por eso aquí el pueblo sueña ahora con el socialismo y después..... después aspirará á *otra cosa*.

Estas naciones sobre cuyo espíritu pesa el fatigoso fardo de su historia monárquica es muy difícil que puedan ser libres; infinitas costumbres é innumerables atavismos gravitan sobre ellas. En París se hálla la sombra de un rey en cada piedra y la figura de los Emperadores lo llena todo; cuyas son las más hermosas glorias de Francia y los abusos de la Revolución convirtieron en mártires á los tiranos.

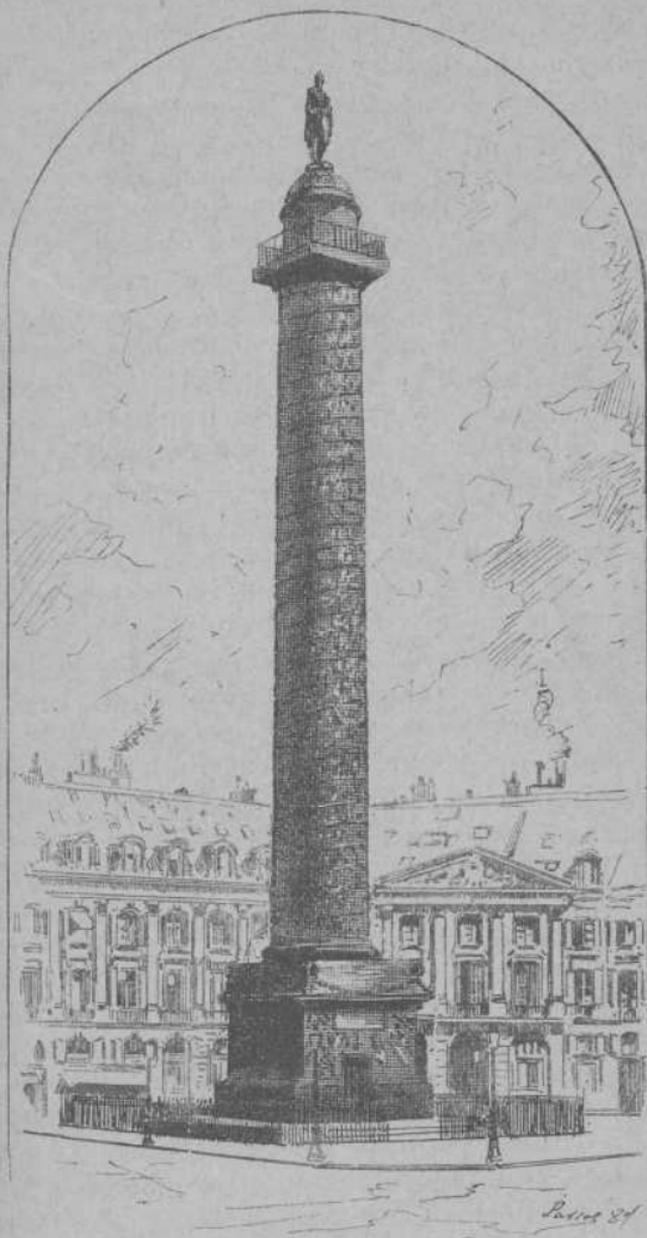
A pesar de mi amor á la democracia, el pueblo de París me es poco simpático. Veo muchos tipos que, enardecidos por el alcohol, justificarían las caricaturas que se hacen en nuestros teatros de los feroces hombres del terror. Tal vez contribuye á esto la manera grotesca de vestir.

Los sombreros tienen aquí algo de carnavalesco que nosotros no conocemos, pero cuanto más veo los sombreros en París, más amo la mantilla española. Las mujeres se peinan mal, muchas se colocan una nube de postizos, otras se prensan los revueltos rizos bajo el sombrero; no se ven las lindas cabezas de las hijas del pueblo español.

A lo mejor cruza una criada que acaba de venir del pueblo, con su vestido de paleta y su sombrero de plumas; una lavandera con el bulto de ropa sucia á la espalda y el sombrerito redondo en la cabeza.

En el mercado las vendedoras llevan grandes gorros sujetos bajo la barba con bridas de cinta y gasa. Muchas de éstas *Damas de la Halle* tienen gran representación social; hay lo que pudiéramos llamar *aristocracia del mercado*, y algunas de las que venden patatas y acelgas poseen una renta más sólida que muchas de las verdaderas aristócratas.

Formando contraste con estos tipos grotescos,



Columna de Vendome

están esas mujeres elegantes que van al Bosque á las horas de moda y cruzan por los grandes boulevards recogíendose las faldas *de un modo especial* que no se ve más que aquí.

Muchas veces he pensado en por qué se pondría á nuestras faldas el incómodo aditamento de la cola, pero ahora comprendo su necesidad. Cuando los vestidos eran largos, las francesas los recogían para mostrar el pie; hoy que se hacen cortos los levantan hasta enseñar la rodilla. Sin embargo, no veo aquí hombres que contemplen estos espectáculos con la atención de los españoles cuando aprovechan el día de lluvia para sorprender el pie breve de nuestras mujeres. Sin duda lo que se vela tiene mayores encantos que lo que se revela... y aquí no se vela nada.

Estas mujeres tienen extraño parecido con los maniqués de modas de los grandes almacenes; se duda de si ellas han sido hechas para los maniqués ó éstos se han hecho para ellas. Por desgracia, las líneas de figurín no son siempre las de la estatuaria griega y para reemplazarlas asusta ver el número de objetos y la cantidad de perfumes que llevan encima; son esclavas de la *toilette* y con tal de poseer bellos vestidos sacrifican los afectos más caros, incapaces de comprender que pudieran ser más felices vestidas de percal en un hogar modesto entre el amor y las sonrisas de sus hijos.

¡Los hijos! Se ven aquí pocos niños; tan pocos, que el Estado se alarma con la despoblación de Francia. Es consecuencia de la vida vertiginosa y de las costumbres. Las familias ricas los envían *por moda* á educarse al campo; la madre antepone el culto de su propia persona y los cuidados del tocador al deber para con sus hijos, creyendo que su fuerza reside en su hermosura. En la clase me-

dia la mujer trabaja en la oficina como su marido; no he visto en ninguna parte tantas mujeres empleadas como aquí; están en los comercios, en los cafés, en las oficinas, en todas partes; el matrimonio no tiene más que un fin económico. Recuerdo una escena verdaderamente notable. Estaba contemplando el enorme «vientre de París» la inverosímil cantidad de viandas que se acumulan en el mercado central, como si para esta ciudad estuviese hecha la frase «no tiene más dios que la panza»; y pensaba en el genio de Zola, que supo envolver en una gasa color de rosa estos asquerosos montones de queso y de carnes sanguinolentas; pues como los mercados de las frutas y las flores están separados, los ojos no pueden reposar en el lindo matiz de las manzanas maduras, de las granadas entreabiertas y las uvas de color de oro.

Cerca de donde me había parado, una mujer empujaba su carretilla cargada de vituallas; iba pobremente vestida y lucía en su cabeza el indispensable sombrerito de bridas. Otra mujer se le acercó pronunciando algunas palabras que despertaron mi curiosidad hasta el punto de seguirlas.

No había entendido mal; delante de la puerta de la alcaldía las esperaban algunos hombres, cuyos trajes de trabajo denunciaban el oficio de albañil. Penetramos todos en la sala y el alcalde leyó algunos de los artículos del código relativos á las obligaciones que contraen los que se casan; cosa que me parece más importante y útil que la epístola de San Pablo. Se acababa de celebrar un matrimonio.

Terminado el sencillo acto los recién casados se dieron en la puerta misma de la alcaldía un sonoro beso (cosa aquí muy corriente) y murmurando un «Hasta luego» él se alejó con sus compañeros de

trabajo y ella continuó despachando sus verduras. Habían cumplido las formalidades de la unión legal; pero no consideraban esto de importancia para perder un día de trabajo. Quizás no es la vez primera que han visitado la alcaldía para divorciarse ó contraer nuevo matrimonio.

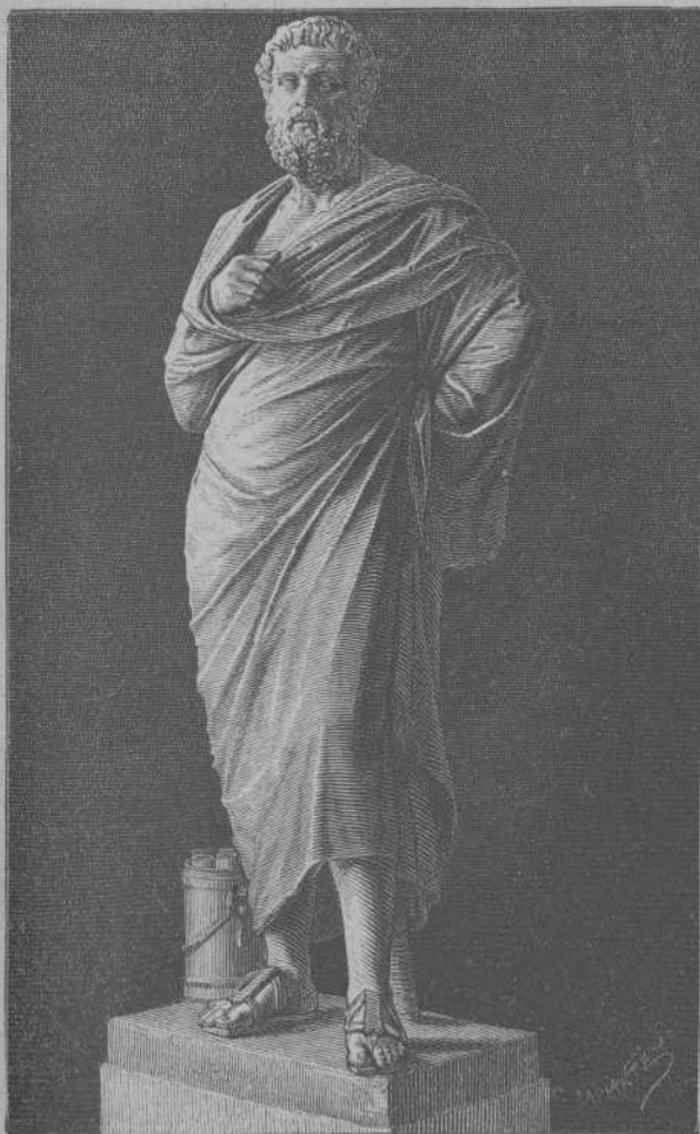
A la noche se encontrarán en el cuarto alquilado para dormir, contarán las ganancias del día, y á la mañana siguiente volverán á separarse para continuar el trabajo y comer cada uno en el restaurant que tenga más próximo; la familia que han constituido tiene un fin económico; seguirán unidos si la sociedad les es útil; si no, el mismo alcalde que les reunió dará por terminado su contrato y les dejará en condiciones de poder hacer otro más ventajoso.

Enfrente del cuarto donde habito viven dos prometidos; ella es camarera de café, él viajante de comercio. A las dos de la mañana entra la muchacha fatigada del trabajo, con los ojos exageradamente pintados de negro y los labios de rojo, y deposita en la hucha común el producto de las propinas del día. Cuando el dote sea suficiente se casarán para continuar la misma vida y el marido, lo mismo que el amante, no se inquietará por la procedencia del dinero que su mujer aporte; ella será más respetada, más querida que esas castas esposas españolas que pensando en la santidad del sacramento y el matrimonio se encierran en el hogar como en un templo, sin más objeto en su vida que el culto del amor único al esposo.

Hay aquí una vida, unas costumbres que no podemos comprender fácilmente los españoles; ni aun los mismos franceses que viven lejos de París.

Ayer se han suicidado en el cuarto de un hotel dos novios desesperados por la oposición de los padres. Huyeron de la casa paterna y no les ocurrió acudir á las autoridades ni gozar un amor

ROMA



Museo Gregoriano.—Sófocles

ilegítimo; como los grandes románticos de otros siglos, pensaron sólo en la muerte. Murieron unidos, envueltos en una ola de amor supremo, llevando ella al sepulcro su vestidura de virgen, y él todo el tesoro de sueños y deseos de los veinte años. He tenido la crueldad de recibir con agrado la noticia del doble suicidio, como si con ella llegase á esta sociedad una ráfaga de poesía. Inútil decirle á usted que eran provincianos y sólo han venido á París para cumplir su desdichado propósito. De haber tardado unos días más, los hubiera envenenado antes el aire de los boulevards que el de la habitación donde se asfixiaron.

París, 17 de Octubre.





CARTA VI

París de noche

La gran fama de París consiste en las facilidades que para divertirse ofrece. Se va á Italia para admirar, á Inglaterra ó Alemania para aprender, á Grecia ó al Extremo Oriente para soñar y á París para divertirse.

De día hay *matinés* en casi todos los teatros; los cafés y los *bars* se hallan siempre llenos; pero de noche cuando se apagan, temprano por cierto, las guirnaldas de luces de los comercios, las calles de la *Villa Lumière* quedan silenciosas, frías, abandonadas; los trabajadores van á buscar el reposo y empieza la verdadera vida de los desocupados, de los que acuden á teatros, bailes y cafés.

El brillante ejército de la cocotería despliega sus alas. Las cocotas son la nota típica, atrayente; la fuente de la riqueza parisién y no sólo se las tolera, sino que se las agasaja.

Son ellas las encargadas de dar el patrón de moda para que se vistan todas las señoras honradas del mundo. Se las ve triunfantes en teatros y paseos; los sastres las visten de balde para lanzar sus creaciones; en cafés y restaurants se las da una comisión por las comidas y cenas que hacen consumir; en todas partes se las mima y se las admite. Puede decirse que, como las cortesanas de Atenas, son las maestras de la juventud despreocupada; sin duda en este sentido, con profundo asco á la hipocresía jesuítica, Blasco Ibáñez exclamó en *El Intruso* hablando de Bilbao: «Hacen falta un par de docenas de cocotas para moralizarlos».

Hablar de París sin ocuparse de las *cocots*, es imposible; las hemos encontrado al paso en todas partes, pero confieso que su psicología es un misterio para mí. ¿Son la encarnación de la lujuria y la avaricia, bestias hermosas que sólo buscan el provecho y el placer? ¿Son dulces, buenas sentimentales como Femi ó Mimí y toda la corte de enamoradas de los poetas bohemios cerca de los cuales reemplazan á Beatriz, Laura y Eleonora? No lo sé; me inclinaría á pensar lo último después de leer algunos páginas de mi amigo Gómez Carrillo; el estilista adorador de la forma dispuesto siempre á hallar bueno todo lo hermoso. Pero en realidad ¿qué son esas mujeres? Una amalgama de carne, sangre y nervios que se agita y engendra vida, ideas, sensaciones; todo el conjunto que constituye el sér humano, capaz de lo sublime y lo despreciable.

En ese montón se encuentran corazones generosos, capaces de amor y sacrificio y criaturas locas, frívolas, vanas ó pervertidas. Son lo que el

medio en que se desenvuelven las hace; van arras-tradas en el engranaje de la gran máquina social. En toda mujer neurótica hay una santa ó una cocota; la neurastenia la llevamos impresa cuantos vimos alborear este siglo..... y se canonizan pocas.

Pero á pesar de mi tolerancia, le confieso á usted, amigo mío, que se necesita paciencia para oír cantar á todas horas y por todas partes la *Matchiche*, el aire más popular que hay en Francia.

Es precisa toda la frescura que no falta á este lado de los Pirineos, para que las francesas canten tratándose de las españolas:

«C'est la danse nouvelle
Mademoiselle
Ainsi qu'une Espagnole
Lascive et folle.
Il faut combler la taille
D'un air canaille
Cette dans' qui nous aquiche,
C'est la Mattchiche».

Y otras estrofas irreproducibles según las cuales en Barcelona bailan las mujeres en corsé... y etcétera.

Entre tanto el *baile chulo* español *hace furor* entre ellos; en los bailes públicos lo danzan muchas veces grotescamente ó con las luces apagadas.

Los empresarios no perdonan medio de atraer al público; en algunos circos el billete de entrada cuesta cincuenta céntimos y da derecho á un gasto de cuarenta. Las butacas tienen á la espalda platicos para que los sentados detrás puedan poner los vasos de café, vino, etc., que les sirven allí mismo.

En cuanto á la gente elegante, no puede usted imaginar cuánto se inventa para procurarles emociones nuevas. ¿Será esto progreso? En casi todos

los cafés y *tavernes* hay teatros y circos. De los teatros le hablaré á usted otro día; los circos son tan salvajes como los de todos los países; luchas de hombres entre sí, brutales ejercicios de fuerza en los cuales la animalidad de un hombre suele vencer la de un toro; mujeres descoyuntadas padeciendo en ejercicios arriesgados y difíciles; las tristes gracias de los payasos divirtiendo al público que se complace en verlos despojados de su dignidad humana.

¡Qué triste me ponen los circos! Mientras los rezos de los entierros me provocan extemporáneas carcajadas, los circos me apenan hasta hacerme asomar las lágrimas. ¡Cuántos dolores, cuántos peligros, cuántos tormentos veo en cada esfuerzo de un equilibrista! ¡Qué degradación moral encuentro en un clown!

Repito lo de antes, los miro como víctimas de esta máquina social que los tritura entre sus ruedas. Si la sociedad fuese culta nadie iría á estos espectáculos. Pero están muy lejos de desaparecer. Este año los más grandes éxitos del *arte francés*, han sido hasta hoy, las luchas de los atletas en *Folies Bergeres*.

Además de tan cultas diversiones, tienen los *Cabarets artistiques*, imitaciones del antiguo y famoso *Chat Noir*; entre los que son muy notables los de la *Muerte*, el *Infierno* y la *Gloria*. En estas postrimerías del hombre, como es natural, no se menciona para nada el *juicio*.

Cuando se llega á la puerta de *Neant*, un hombre vestido de negro sale á recibirnos y nos anuncia con las fatídicas frases «Recibid la Carne». Se descorre la cortina negra y un gracioso abate y varios sepultureros aparecen entonando el grotesco responso que recuerda los cantos de la Iglesia.

Todo allí es lúgubre; las mesas son ataúdes; velas de cera nos alumbran á ambos lados; las

lámparas están formadas de calaveras y huesos entrecruzados; los *bibelots* se han substituído por esqueletos.

Poco á poco, una luz cárdena hace palidecer las mejillas y tiñe de violeta los labios, mientras con un admirable juego de espejos las figuras de los cuadros se despojan lentamente de su carne y en los ataúdes aparecen las cóncavas, fosforescentes oquedades de los ojos. Este espectáculo no origina la conversión de ningún San Francisco; las carcajadas resuenan alegres y nerviosas de puro forzadas; se sigue luego internándose entre galerías de cementerio y se puede contemplar, por diversión, todo el horror de la muerte.

Se ha pensado, sin embargo, en la tensión de los nervios y cerca de allí espera «Le Ciel», la caricatura más grosera de la corte celestial. Un San Pedro, de cara de borracho para no desmentir la tradición, abre la puerta con una enorme llave. Angelitos panzudos con grandes pelucas rubias, un San Agustín con su larga correa, un San Antonio de sucio sayal y todos los demás conocidos de los beatos acuden á servirnos cerveza y á vender billetes para una ascensión, ni más ni menos que se venden las indulgencias para ir á la gloria.

¡Cuánto me he acordado aquí de usted! Debería ver este paraíso por si le niegan la entrada en el otro. Después de subir una escalera tortuosa, como de camino celestial, se llega á ver á los *bienaventurados*, ligeros de ropa, que son el número atractivo para la ascensión.

¡Prefiero el *Infierno*! Es algo más artístico; tiene bajorrelieves y figuras de sierpes y monstruos que se agitan y amenazan envolvernos; los diablos sirven envaneciéndose de sus cuernos como muchos mortales, y el espectáculo de ver cómo desaparecen algunas personas entre llamas no deja de ser grato.

¿Quiere usted más extravagancias? Pues todavía se puede ir á *Aristides Borin*, donde nos recibirán con un eco de burla y chacota y aun otra docena de *cabarets* y tabernas nos esperan.

Después de visto todo esto, no es extraño que un incauto con la bolsa vacía y el estómago lleno se deje caer en el lecho murmurando: «¡Qué gran ciudad es París, España no vale nada!»

Por mi parte cuanto más veo á Francia más amo á nuestra tierra; no se me ocultan sus defectos, pero al lado de la *civilización* francesa comprendo mejor sus virtudes.

París, 19 de Octubre.





CARTA VII

Los Museos

Desde muy antiguo todo creyente al arribar á un puerto se apresura á visitar los templos. Por eso los griegos construían los suyos cerca del mar y desde lejos contemplaba el viajero el remate del Partenón.

Fiel á estos usos he venido á visitar la *Catedral* del Louvre, y después las *iglesias* del *Trocadero*, *Carnavalet*, *Opera*, *Víctor Hugo*, *Hotel de Ville*, *Grévin*, etcétera.

No he de hacer á usted una descripción de estos Museos como puede hallarla en cualquier guía. En Madrid poseemos Museos hermosos; estos nos superan en cantidad; pero después de haberse extasiado días enteros en nuestro Museo del Prado, ninguna maravilla de pintura puede sorprendernos. Los más bellos cuadros del Museo del Louvre fueron sustraídos del nuestro. Velázquez, Zurbarán, Ribera y Murillo están aquí recibiendo, en homenaje á España, la admiración del mundo. Así es que después de detenerme delante de ellos, de la

hermosa Gioconda de Leonardo de Vinci y de ver el *facsimile* de la famosa corona cuyo peso tronchó la cabeza á Luis XVI, pude satisfacer mi deseo de contemplar la divina Venus de Milo.

Para llegar hasta ella se atraviesan largas salas llenas de estatuas que forman el séquito de la diosa de la belleza; al final está el templo rojo donde



La Gioconda

altiva y risueña, sensual y casta, incitante y púdica, con su blancura de mármol y sus líneas de hermosura suprema está la inmortal Afrodita, con todo el esplendor de su imperecedera belleza. *

La tierra que destruye y transforma todos los cuerpos la ha guardado con amor en su seno para devolverla á la luz del sol que la besa y á la admiración de la humanidad.

Silenciosos llegan los viajeros y los enamorados del arte para contemplarla; ella es la diosa

eterna é inmortal; no ofrece ideales tristes ó irrealizables; no anonada el espíritu con misterios incomprensibles; invita á la vida con su cuerpo hermoso, sus caderas de mármol y el soberano torso donde se marcan, formando hoyuelos alrededor, las protuberancias de los riñones.

La blancura desaparece á la vista, se cree que al extender la mano vamos á tocar un cuerpo caliente; que encendida sangre roja circula por sus venas; las carnes de mármol se estremecen y palpitan bajo la mirada, como si las animara el espí-

ritu invisible del artista que le infundió alma. ¡Es el triunfo y la glorificación de la carne!

Esta Venus es la Diosa del amor, del amor eterno que canta la naturaleza y la fecundidad; es la belleza suprema; pero no hay que buscar espiritualidad en la expresión de las facciones ni en los ojos sin pupila. Mirándola bien, contemplando la cabecita pequeña y graciosa, con los cabellos recogidos en torno de las sienes, se ve una mujer coqueta, vacía de pensamiento. Hay en su expresión algo de provocativa inocencia; la falta de los brazos contribuye á aumentar la duda de si va á cubrir su desnudez con el lino blanco en que se envuelve ó si va á desce-



Venus de Milo

ñirlo con impúdica altanería. Sin duda tembló la mano del escultor enamorado ante la incomparable hermosura del mármol convertido en carne; Scopas ó Praxíteles se hubieran considerado dichosos esculpiéndola. ¿Quién sería el artista desconocido? Acaso los ángeles impuros la modelaran y un ángel bueno la envolvió castamente en su cendal y extendió, para mayor encanto, el rubor de la desnudez sobre su faz.

Así ha dormido siglos, arrullada por las ondas del mar, en esa pequeña isla de Milo, donde antes tuvo culto y altares, para volver ahora victoriosa á alzarse deslumbrante en el templo artístico de la Atenas del mundo moderno.

Si el paganismo tuviera aún culto, aparte el que le rinde el arte, se presentaría como milagro la aparición de la Diosa en el subterráneo de un derruido templo del Archipiélago.

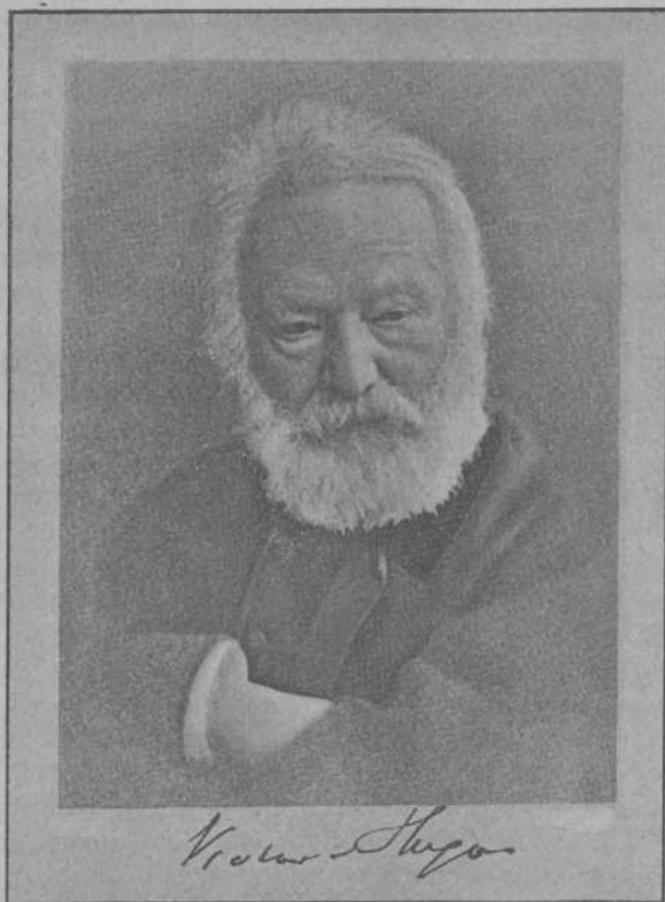
Me han dicho que la estatua tiene defectos, que existe una desviación de su columna vertebral, que su torso está inclinado, y su vientre se ensancha en forma irregular. Yo no veo estos defectos, ni quiero verlos. A mis ojos ofrece la impresión de la belleza perfecta; la emoción artística invade mi alma. ¿Para qué analizar? ¿No destroza el análisis bastante el corazón y el cerebro durante toda la existencia para que venga á robarnos también estos goces supremos?

Más adelante podré compararla con sus hermanas rivales la Venus de Canova y la Venus de Médicis que visitaré en Florencia.

*

Ahora voy á hablarle á usted de mi visita al Museo Víctor Hugo, donde se siente una impresión muy distinta de la producida en esos otros Museos, hacinamiento de obras capaces de dete-

ner nuestro paso cada una por sí sola, y que en conjunto nos distraen y marean. Taine tuvo razón al decir que las obras de arte pierden mucho de



su valor separadas del sitio para que fueron hechas. Un cuadro arrancado de los viejos muros de una abadía no nos causa la misma impresión en el Museo que en su vetusto templo, y el gran crítico, que supo llegar por el arte hasta el alma

de las naciones, confiesa que necesitaba muchos días para pasar de la impresión del conjunto al goce del detalle. El Museo Víctor Hugo complace porque se ve en él la vida del gran poeta. Está allí todo lo que le fué familiar; he recorrido aquellas salas con mi ilustre amiga la escritora portuguesa María Olga Moraes Sarmiento y las dos creíamos hallarnos en la casa del escritor maravilloso y que le íbamos á ver aparecer en aquellas estancias donde se siente su aliento.

Tributos de admiración apasionados, obras de arte, recuerdos de Jorge Sand, Dumas y los más grandes escritores y artistas contemporáneos se ven por todas partes; los muebles sólo representan una fortuna ¡y todo ha sido ganado con el talento! ¡A punta de pluma! Se reconstituye en medio de estos objetos toda la vida del gran escritor. Están los retratos de toda su familia, el de su esposa, escritora de valía que pasó obscurecida entre la aureola de luz de su marido, y el de aquella hija adorada, muerta entre el limo del Sena con su esposo, cuando aun no habían terminado las fiestas de boda, como si un hada maligna tuviese celos de su ventura ó su belleza.

Busco inútilmente un retrato que debió ser al poeta querido; no existe en el Museo; hay consideraciones que lo impiden; hasta después de la tumba se ata al hombre con el lazo de la legalidad; pero yo creo ver la imagen en los ojos dulces de Víctor Hugo, como reflejo del sentimiento que más grabado estuvo en su corazón.

En una vitrina están sus cabellos con los matices del oro, el ébano y la nieve; en otra se ven las ediciones de sus obras, las primeras ilustraciones, originales, cuartillas y libros con dedicatorias ó acuarelas.

Hay gran número de dibujos, caricaturas y cuadros pintados por el autor de *El Hombre que*

Rie. La fantasía de Víctor Hugo fué tan poderosa, que sus cuadros admirables no se parecen á ninguna escuela por el dibujo, la composición ni el colorido. Se ve en ellos una imaginación desbordada, un genio creador y potente; murciélagos con rostros humanos, flores que no existen, paisajes fantásticos, figuras extrañas, tonos confusos. Es nebuloso á veces, pero siempre artista y siempre grande.

El único que se le asemeja algo en sus obras es Rochegrosse, el enigmático Baudelaire de la pintura, también artista y soñador; porque en los cuadros y dibujos de Víctor Hugo no hay representaciones reales, sino paisajes de ensueño.

Lo mismo ocurre con sus grabados en madera; muy aficionado á este trabajo, existen allí gran número de tallas hechas por el inmortal autor del *Noventa y Tres*. No es posible viéndolas confundirlas con otras; ha impreso en ellas el sello de su potente originalidad.

Están allí todos los retratos del Poeta desde su juventud hasta su muerte. El gran Bonnat ha tenido la gloria de retratarlo en todo el apogeo de su grandeza y el triste honor de pasarlo por última vez al lienzo en su lecho de muerte.

Sin duda el pincel temblaría en su mano como tiembla el visitante al ver aquel lecho de madera torneado, de altas columnas y regio dosel, donde expiró el escritor humanitario. La alcoba está como en el fatal momento, con su sillón y todos los objetos que le eran familiares. Mi atención la atrae la almohadita, extraordinariamente pequeña, donde reposó su cabeza por última vez. Recordé el capítulo de *Los Miserables* «Una tempestad bajo un cráneo», para pensar con admiración que el cerebro que lo concibiera había descansado allí. ¡Un objeto tan pequeño bastó para sostener un mundo!

A los pies del lecho se ha colocado un pupitre

donde Víctor Hugo tenía costumbre de escribir, de pie, esparciendo por el suelo sus cuartillas, como si arrojase desdeñoso una nube de flores á la tierra.

La pluma, el tintero y las cuartillas conservan la misma posición en que acostumbraba á ponerlas; en la última están escritas estas palabras, con su letra grande y segura:

«Yo represento un partido que no existe aún: el partido de la *Revolución Civilización*. Este partido será el del siglo xx. El hará primero los Estados Unidos de Europa, después los Estados Unidos del Mundo».

¡Aquella cuartilla está allí clavada! ¡No se apartará para dejar el puesto á otra! ¡Se acabó la armonía sublime del acento que conmovió al mundo, la tinta se ha secado en el tintero, la pluma no volverá á escribir más...! ¿Qué mano osaría guiarla?

Siguen los testimonios del duelo; la esquila hecha en nombre de Francia y de la Humanidad entera; las fotografías de su entierro, los miles de objetos, medallas, cajas de papel, jabones, etcétera, que llevan su nombre. ¡Es una verdadera y merecida glorificación!

En España no tenemos idea de esto. Viene á mi memoria la frase de Larra: «Escribir en París es escribir; escribir en Madrid es realizar un monólogo». Y aquella otra: «No se produce eco entre las tumbas».

¿Será verdad? ¿Estaremos muertos para el entusiasmo más noble y grande que puede sentirse? No quiero admitirlo... pero ¿qué se ha hecho aquí por nuestros hombres geniales? ¿Dónde halla el viajero sus recuerdos? ¿Dónde se les honra? ¿Acaso no tenemos nombres dignos de figurar entre los primeros del mundo? Tan criminal es regatear la gloria á los vivos, pecado de que no está libre

Francia, como dejar caer á los muertos en el olvido. Es un crimen de *lesa patria*, porque la gloria de los artistas no es sólo para ellos, nos envuelve á todos; pertenece á España. Usted mismo sería tan universal como Renán y con tantos y merecidos méritos, si hubiera emborronado sus cuartillas en otra Nación.

*

Veo la protesta de la modestia y paso á otro asunto; mejor dicho á otro Museo digno también de imitar en España: el Museo de la Opera situado en el mismo edificio que ocupa el suntuoso teatro, que tantos millones cuesta al pueblo francés, sin que como monumento arquitectónico los merezca.

El museo y la biblioteca son tan chicos como grande es el teatro y en el primero se guardan, en pequeños nichos iluminados, los modelos de las decoraciones de las óperas más célebres estrenadas y de las salas donde antes de construir este edificio se representaban.

Es tan minucioso el detalle de las minúsculas reproducciones, que en los palcos se ven las elegantes con los trajes de la época.

Hay allí todo lo que pudiera llamarse la historia viva de este teatro; la bomba que Orsini arrojó á Napoleón III; un pañuelo de aquel duque de Berry asesinado cuando iba á ver á su querida; autógrafos, muebles é instrumentos de los grandes compositores; las faldillas de gasa de una pobre bailarina quemada durante la representación; testimonios ofrecidos á los artistas y numerosos retratos.

Entre los últimos veo uno de la hija de nuestro compatriota Manuel García, la que encantó al mundo con el nombre de *La Malibran*, y no puedo

menos de recordar con melancolía su triste historia.

Son muy aficionados los franceses á reunir los recuerdos; en el Museo Grevin, las admirables figuras de cera representan no sólo personajes, sino escenas enteras, momentos históricos, como aquel en que la hermosa Carlota Corday hirió al sanguinario Marat.

Si nosotros hiciéramos un Museo de nuestro teatro, desde los antiguos *corrales* hasta hoy, sería curiosísimo y digno de estudio. Podríamos exponer la partida de bautismo de esa orgullosa Adelina Patti, cuyo retrato veo aquí, y que niega su origen español. Tenemos empero glorias más españolas de carácter y corazón y no menos grandes.

¿No le parece á usted que sería una hermosa labor, en la cual pudieran ayudar los críticos teatrales, de cultura, en vez de gastar el tiempo hablando de obras que no merecen más que el «R. I. P.» de las tumbas?

París, 20 de Octubre.





La Gran Ópera

CARTA VIII

Los teatros

Hasta ahora las representaciones que he visto en París son pocas y malas. La primera fué de una obra femenina, escrita por Mme. Daniel Lesseur, y salí mareada de ver moverse en el escenario tanta gente como si fueran peonzas. Pensé que mi falta de hábito de escuchar el francés era la causa de mi impresión; volví al día siguiente para comprobarla, convenciéndome de que producía igual efecto en todo el público, y se aplaudía sólo el nombre acreditado de la autora.

Es una novela de folletín puesta en escena, una serie de sorpresas, suplantaciones de estado civil, asesinatos é inverosimilitudes que recuerdan los buenos tiempos de Ponson du Terrail. Hay tanto personaje secundario ó inútil en esta novela en acción, que el público acaba por perderse entre

sus giros y no comprender la trama. Esto no es lo que exige el teatro moderno. ¿Por qué ha escrito esta obra una mujer del talento de Madame Lesseur? ¿Acaso no ha podido detener el loco vuelo de su fantasía femenina y por ende poco reflexiva? ¿Acaso pensó halagar así el gusto del pueblo *soberano*?

Esto último sería más culpable. Es lastimoso que «le hablen en necio al pueblo para darle gusto» los que tienen la misión de educarlo. No debe ser el pueblo el que imponga su voluntad al escritor, sino éste el que le enseñe el arte. Es cierto que el pueblo que va á divertirse al teatro no puede soportar un tratado de filosofía indigesta envuelto en un drama. El teatro es escuela, sí; pero escuela de arte y todo lo que es arte es bello y humano y llega al corazón del pueblo. Lo que no llega y pervierte su gusto son estos *melodramones* que aterrorizan á los niños y aburren á los grandes.

¡Cuándo habrá teatro para los niños y para el pueblo! Se han hecho muchas tentativas pero aun no se ha encontrado la forma verdadera; porque aun se les sigue creyendo incapaces de comprender el arte puro; ó quizá porque existen pocos escritores capaces de saber expresarlo.

*

La otra obra que no he tenido la paciencia de ver terminar, es «D. Quijote». Drama en verso, tomado de la gran obra de Cervantes y arreglado para la escena por el poeta Jean Richepin.

Empecemos por la forma. Aunque fríos y vulgares los versos, están bien medidos. Richepin no necesitaba destrozar la mejor obra de antigua y castiza prosa española para acreditar que sabe medir sílabas y aconsonantar palabras.

¿El fondo de la obra? ¿Su espíritu? De eso no

hay que hablar. Se ha tomado al pie de la letra el símbolo; el asendereado D. Quijote aparece como un loco ridículo. Igual que los Duques estúpidos que se burlaban de *quien les era muy superior en ánimo esforzado y elevación de sentimientos*, este pueblo de París ríe de nuestro espíritu romántico y caballeresco que no es capaz de comprender.

La Duquesa tuvo una fuente que manaba la podredumbre de su hermoso cuerpo, y Cervantes la descubre para castigarla por sus risas; sería bueno que los franceses no olvidaran el símbolo.

Un gran poeta alemán, leyendo entre las brumas del norte esta biblia de la ironía, escribe que sintió su corazón querer romperse de dolor cuando vió al noble caballero caído en tierra, desvanecido y maltrecho, levantarse la visera y cual si hablase desde la tumba, con voz débil y lastimosa decir á su vencedor: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra».

¡Ah! mayor dolor hubiera sentido el poeta si hubiera visto á D. Quijote hacer bufonadas en el escenario de un teatro francés.

El añade: «¡El brillante caballero de la Blanca Luna, el que acababa de vencer al hombre más esforzado y noble de la tierra era un barbero disfrazado!»

Yo puedo añadir: El que lo ha presentado en las tablas es el versificador Richepin.



Gorki

*

Una tentativa más sería constituyere la traducción

de «En los Bajos Fondos» de Máximo Gorki, representada en el teatro de «La Obra».

Se esperaba con impaciencia en el mundo literario que conoce poco á Gorki como autor dramático. Su primera obra teatral «Los pequeños burgueses» fué muy aplaudida en Rusia, pero el gobierno la prohibió por contener algunas alusiones políticas. «Los Bajos Fondos» han obtenido en Alemania setecientas representaciones.

En Francia se estima mucho á Gorki, este genio extraño y prodigioso, revelado hace cuatro años por un artículo de Ivan Strannik en la *Revue de Paris*, y desde entonces su nombre se pronuncia como el de Tolstoi, Dostoïewski ó Tchekhov, multiplicándose las traducciones de sus obras.

La gran belleza de los escritos de Gorki reside en su originalidad; no se parece á nadie, es un temperamento de artista, ha pasado por mil fases formando su individualidad libre y poderosa. Ha sido pintor, jardinero, marmitón, mozo de cuerda, guarda barrera, comerciante, grumete y yo no sé cuántas cosas más. El azar puso un día la pluma en su mano y escribió, como pudiera hacer otra cosa cualquiera.

Sus héroes son los vagabundos. Gorki no inventa, narra sus aventuras y su vida. Tiene por los borrachos una especie de predilección, sabe interpretar su lenguaje cuando han perdido la vergüenza para llegar al cinismo y les presta un candor y una sinceridad que trueca las palabras vulgares en pensamientos filosóficos.

Hay que conocer el medio en que Gorki escribe para apreciar la cólera que despierta en él la organización de la sociedad rusa; hombre de acción, figura en las filas del partido nihilista; dirige un periódico que apareció hace pocos días y que á pesar de ser recogido por la autoridad circula rápidamente.

La tesis de «Los Bajos Fondos» consiste en averiguar qué es mejor: la verdad ó un engaño piadoso.

El escenario representa un asilo de noche de los más miserables. Se ven cuadros terribles, Wasilisa es un monstruo, aunque hay que confesar que un monstruo muy femenino; la escena en que incita á su amante á matar á su marido, el cual la escucha envuelto en la sombra es de una tensión dramática intensa.

Al fin del acto se ve una mujer que muere abandonada en un rincón, otra que se vuelve loca; todo es horror y miseria.

Louka encarna la piedad y el Barón Klestoh y Pepel representan la realidad. Son personajes simbólicos; pero hace falta no confundir lo real con lo verdadero. Gorki dice que la verdad sólo los fuertes pueden mirarla cara á cara.

El público no ha quedado muy satisfecho de la hermosa obra; creo que es la condición de buen novelista la que sobra á Gorki para ser autor dramático. La novela es el arte superior, la última expresión de la belleza literaria y se venga de los que habiendo llegado á poseerla la abandonan seducidos por el brillo de las candilejas.

Es muy distinto describir á dialogar; aquellos hermosos cuadros que el novelista esculpe en el libro, se hacen pesados y fatigosos en la acción del drama si quiere describirlos en el diálogo.

La gran artista italiana Eleonora Duse, llena de entusiasmo por la belleza de la obra ha querido representar una noche el papel de Wassilisa en unión de su gran amiga Susana Després.

Y ahora que hablo de artistas, puedo asegurar á usted que si nuestros críticos se dieran con frecuencia vueltécitas por París, no serían tan severos con los modestos artistas que si no poseen gran mérito tampoco tienen grandes pretensiones.

En cuanto á la Duse es admirable; no representa, vive los papeles. Con su cuerpo escultural, sus ojos profundamente hermosos, y su aspecto de inspirada, lleva el beso del genio sobre la frente.

Comprendo que d'Annunzio, de ser más artista amara apasionadamente á la mujer en quien encarnaban sus creaciones, la que les daba vida; la madre de los hijos de su espíritu; y comprendo también el amor de ella por un poeta fuerte y aplaudido creyéndolo capaz de comprenderla y admirarla. Lo que no comprendo es cómo pudo ser ese amor semillero de escándalos y dolores.

¡Oh! ¡Los artistas!... No han nacido más que para amar un sueño. Hay que darles lo mejor del alma: la idealidad, y dejarlos libres para libar las mieles en todas las flores y convertirlas en poesía como hizo Byron. El sueño de la amada del artista, que desee conservar su amor, es ser siempre á su lado una sombra pura; la Laura de Petrarca, la Eleonora del Taso; respirar en sus triunfos y vivir en sus glorias, en la forma más elevada de la pasión, sin que vengan á mezclarse para nada los celos ni las palpitaciones de la carne.

La Duse y D'Annunzio no han sabido vivir entre los dioses y cayeron en las miserias de los humanos.

París, 22 de Octubre.



Eleonora Duse



CARTA IX

La Pintura

Teatros y exposiciones celebran ahora sus *Vernissages* para los inteligentes y los favorecidos de la fortuna, antes de abrir sus puertas al gran público.

El *Vernissage* del *Salón de Otoño* es una fiesta muy *chic*, muy característica, de la alta sociedad parisien. Galantemente invitada por Max-Nordau he asistido á ella en compañía de Mme. Albertini, una de las mujeres más elegantes y más distinguidas de París, esposa del ingeniero que tanto ha de contribuir á la Exposición de Madrid en 1908.

Mme. Albertini une esta elegancia especial de las mujeres francesas, á toda la graciosa flexibilidad de las andaluzas; sus facciones animadas, su alegre viveza y su exquisito trato, hacen de ella una mujer excepcional en cuyo salón he pasado algunos de los ratos más agradables de mi estancia en París, conversando con su encantadora sobrina, el compositor americano Michelito, el ilustre doctor

Chopin y el arzobispo de Asiria, un buen padre Católico desprovisto del énfasis de nuestro clero, que parece un San Pedro con sus grandes barbas y su aspecto de guerrero.

Los salones del palacio del Elíseo donde se celebra la exposición de pintura conocida con el nombre de «Salón de Otoño», estaban llenos de una multitud elegante entre la que abundaban críticos y artistas.

Pocos cuadros detenían el paso de los admiradores; la *naturaleza muerta*, ese recurso de los pintores sin inspiración, del que tanto abusa, salvo honrosas excepciones, el pincel femenino, abunda por todas partes.

El santuario, el *Sancta Sanctorum* de la Exposición, son las salas 3 y 4, donde se exponen las obras de Ingres y Manet, los dos pintores hoy universalmente admirados y que durante su vida tuvieron que sufrir las persecuciones de las críticas y los envidiosos; esa lucha de mala ley que se desarrolla al lado de los artistas de genio cuando las medianías se asustan de su aparición.

Todos los que nos deleitan ofreciéndonos las flores del arte, se hirieron con sus espinas.

Tal vez esta lucha es necesaria para llegar al triunfo, tal vez el artista tenga que desgarrarse las entrañas como el Fénix para dar vida á sus obras.

Las historias de Ingres y Manet merecen ser contadas. El primero vino á París desde Montauban, pobre, desconocido, lleno de fe, de valor y de audacia, obedeciendo á ese impulso misterioso que arroja al genio en medio de la palestra social para luchar sin tregua ni descanso, esclavo de la voz que le grita: ¡Anda! ¡Anda! como la maldición del Judío Errante, á la que sacrifica todo su reposo, toda su dicha.

Gracias á su conocimiento del violín, Ingres pudo ganar su vida tomando parte en las orquestas de

los *cafés concerts*, componiendo dibujos para ilustraciones y viviendo en la celda de un arruinado convento de capuchinos, entre cuyas paredes buscaban su refugio otros artistas que también han llegado á ser célebres.

Su trabajo le valió el segundo gran premio de Roma en 1800, allí se formó su personalidad, sintió la admiración hacia el Divino Rafael y dió vida en sus lienzos á todas las bellezas del clasicismo.

Admirado en Roma, se le desdeñó en París. Es curioso ver cómo evoluciona el gusto en el arte, cómo los ojos acostumbrados á una forma de expresión de la belleza se resisten á admitir otra nueva y cómo todo lo hermoso se impone al fin.

La pureza y la sencillez de los cuadros de Ingres los separaba de la escuela de David y los pintores románticos Delacroix y Scheffer que acaparaban la opinión, y causaron un verdadero escándalo; se clasificaron sus pinturas de góticas ó bizantinas y el maestro tuvo que seguir, entre la reprobación general, su vida de pobreza y trabajo. Pero la juventud sana se agrupaba en torno suyo y la fortuna y la gloria le sonreían. No necesitó críticos ni propagandas; venció sólo la belleza de sus figuras clásicas, la armoniosa corrección del dibujo, hijo de un estudio detenido, que desdeñan los *genios improvisados*.

Creo en la fuerza de esos cerebros portentosos que reciben las impresiones con mayor intensidad y las transforman en nuevos moldes para crear formas nuevas; pero no admito que baste esa fuerza si no le acompaña el trabajo detenido y perseverante.

Ingres murió en plena gloria el 14 de Enero de 1867, á los 87 años de edad.

La vida de Eduardo Manet es distinta; su genio se manifiesta de diversa manera; es en su primera juventud un aventurero; siente la fiebre del arte

apartarle de lo vulgar, pero no sabe hacia qué punto lo encamina. Va al Brasil, recorre América y sólo á su vuelta entra en el estudio de Conture, de donde no tarda en salir por no poder entenderse con su maestro en la concepción del Arte.

Entonces Manet vuelve á viajar, ve de cerca á los grandes maestros; pero su fuente de inspiración es la Naturaleza. Envió á los salones de 1861 y 1862 cuadros que causaron verdadero escándalo, y los jurados se negaron á admitirlos. El acicate fué nuevo aliciente para el luchador y en 1867 fundó, con otros varios amigos, el *Salón de Rechazados*, donde expusieron los jóvenes cuyos lienzos no habían sido admitidos por el jurado. Estos eran los verdaderos maestros de arte contemporáneo Cazin, Fantin, Latour, Wistler..... Manet expuso su *Almuerzo sobre la hierba*; un pedazo de vida retratado en un lienzo; no hay allí nada de convencional: los personajes, la atmósfera, la luz, todo es real, de una hermosura maravillosa.

La indignación se desató contra este cuadro; el gusto pervertido por la escuela romántica quería seguir viendo figuras soñadas, nebulosas, falsas; la verdad les ofendía y la multitud llegó á amotinarse ante el lienzo. Los agentes de la autoridad tuvieron que defenderlo de su furor.

Un crítico de arte fué amenazado con despedirlo del periódico por intentar defender al creador del *plein air*; pero el gran Emilio Zola escribió en el *Evenement* un artículo célebre, que unió en la misma reprobación al novelista y al pintor.

La opinión evolucionó, los ilusos vieron; Gambetta, ministro de Instrucción, condecoró á Manet contra la opinión del Presidente de la República Mr. Grevy, y Manet conoció la gloria y la embriaguez del triunfo antes de su temprana muerte.

Al salir de la Exposición, Mme. Albertini me ha

ROMA



Villa Borghese.—Dafne perseguida por Apolo, de Bernin

acompañado al taller de una pintora paisana nuestra, María Luisa de la Riva Muñoz, que goza de gran reputación en París, y creo que en realidad la merece y posee verdadero mérito. Yo he encontrado en su estudio una nota que me ha conmovido profundamente.

La señora de La Riva se dedica á pintar con preferencia flores y frutas con deliciosos efectos de luz y los titula siempre «Fruta de España».

Es un homenaje de amor á la patria, lejos de la que hace tantos años trabaja y lucha. A sus triunfos asocia el nombre de España y entre nosotros apenas se sabe que existe.

París, 28 de Octubre.





CARTA X

Max Nordau

Cuando hace algunos años, en el apartado rincón de una provincia andaluza, leía las obras de los grandes artistas españoles y extranjeros á los cuales rendí siempre religioso culto, no pensaba que tan pronto azares de la suerte me conducirían cerca de ellos.

Han pasado desde entonces pocos años, y ya se agostaron muchas de mis creencias; perdí muchas ilusiones y derribé muchos ídolos; pero, fiel á mis admiraciones juveniles he ido á visitar los sepulcros de los que amé en sus páginas y á estrechar la mano de los que aun viven.

Una de mis primeras visitas á París, ha sido para el autor de las «Mentiras Convencionales». Encontré á Max Nordau en el pequeño y modesto gabinete de trabajo de su casa de la rue Seoní, cerca de una mesa cargada de periódicos, cartas, libros y cuartillas, que atestiguan su continua labor.

Muy parecido á los retratos que se publican en

la portada de sus libros, con sus rectas facciones judaicas, su barba y cabellos de plata y su mirada inteligente, el ilustre filósofo tiene una expresión de dulzura y de alegría juvenil, de la cual no dan idea las fotografías.

Me tendió la mano como á un amigo antiguo, diciéndome afectuosamente:

—Ya la conozco á usted y hasta tengo su retrato, inserto por mi buen amigo el Doctor Pulido en el libro «Españoles sin patria».

En seguida empezó á pedirme noticias de sus amigos y de la campaña en pro de los judíos españoles.

—¿Cree usted que no despertará sólo una simpatía pasajera y que podrá hacerse algo práctico? —me preguntó.

Le dije que la Prensa había dado cuenta del propósito que abrigaba el actual ministro de Instrucción Pública de establecer escuelas en todas las ciudades donde existe gran población de judíos descendientes de nuestra patria.

Max Nordau me escuchaba sin disimular la duda, y le oí murmurar:

—¡Oh! ¡España, qué hermoso y qué noble pueblo, pero qué poco práctico!

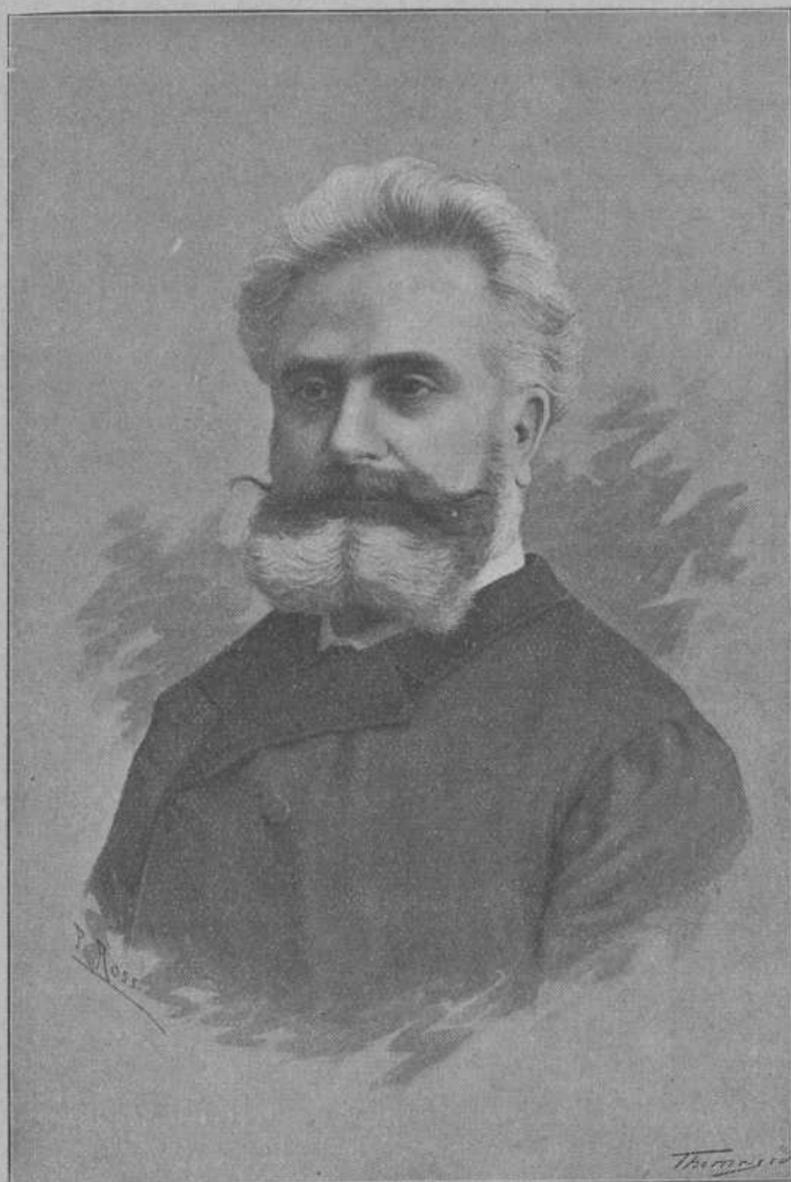
Después de un momento de silencio, añadió:

—Y de estas pensiones de estudios en el extranjero, ¿qué resultados obtienen ustedes?

La pregunta me desconcertó un momento, pero con el amor á España, que crece en razón directa de la distancia, empecé á hablarle de nuestros adelantos.

—Entonces, ¿espera usted que su viaje pueda servir para la reforma de la enseñanza femenina?

Eludí la respuesta, sirviéndome de base sus palabras para hablar del admirable tipo ideal de la mujer moderna, que ha sabido crear en la Nicolasa de «Matrimonios Morganáticos».



Max Nordau

—¡Oh!—me dijo sonriendo.—Yo también la creo un tipo de mujer perfecta; pero no es una creación mía; esa figura dulce y fuerte, que ama y piensa, se encuentra mucho en los países del Norte, mas ese carácter no se forma en la escuela, es preciso que sea igual todo el medio ambiente que se respira; hace falta vivir en una sociedad libre para que no pesen sobre la conciencia prejuicios y preocupaciones..... el fanatismo, de cualquier clase, es siempre perjudicial. No se necesitan ficciones ni la esperanza de premios y castigos; cuando la razón conoce la belleza, la busca y tiende al bien.

Me preguntó en seguida, como si quisiera apartarse de un terreno resbaladizo, por los adelantos de nuestra literatura, que conoce admirablemente, por algunos de sus traductores y prologuistas y por los autores alemanes más leídos en España.

Cuando en mi enumeración pronuncié el nombre de Henri Heine, Max Nordau me interrumpió:

—¡Heine! ¡Heine! Esa es la estrella. No se le puede leer traducido; ni él mismo acertó á traducir sus obras, de una belleza tal, *que SOLO POR LEERLAS se debe aprender el alemán.*

Largo rato seguimos conversando del poeta incomparable que dió armonía y dulzura á la lengua alemana; él fué el creador de su perfecto idioma literario, dándole flexibilidad y belleza.

Schiller y Goethe grabaron cada palabra de sus colosales concepciones á martillazos sobre piedra. Heine moldeó como cera aquel hablar áspero, lo hizo ligero, armónico; y con él dibuja, cincela, esculpe; cada palabra tiene su intención, cada frase envuelve un poema. Alemania no se redimirá nunca con su comercio, sus cañones y su ciencia, de su ingratitude con el más preclaro de sus hijos. Es verdad que Heine en su siempre dolorosa ironía

fué cruel con Alemania; pero hasta insultándola la cubrió de gloria. Muerto en suelo extranjero, se inclina el mundo ante su genio y cinco ciudades alemanas se niegan á admitir el monumento que le dedica un admirador. América recibe orgullosa lo que Alemania rechaza y en el Nuevo Mundo, en idioma distinto se honra la memoria del escritor genial.

¡Ah! ¡Alemania merecía que Heine no hubiese nacido en ella!

Comprendí que no debía prolongar más mi visita; gran número de admiradores del maestro esperaban en la antesala; pero yo no había realizado mi intento; en vez de interrogar fuí interrogada. La amabilidad del ilustre filósofo invitándome á volver al día siguiente para presentarme á su familia y frecuentar su trato, me ha proporcionado ocasión de penetrar en algunos detalles de su vida íntima que le gustará á usted conocer.

Pocos hogares presentan el aspecto de una paz tan dulce y de un amor tan plácido y tranquilo como el del ilustre escritor alemán.

Su esposa, muy joven aun, es danesa y tiene toda la belleza rubia y distinguida de su raza.

—Yo me casé muy tarde—me dijo Max Nordau, —no había encontrado antes á mi *compañera* y tener *mujer* no me seducía; así es que á mi edad tengo sólo á esta pequeñuela—y me mostraba á su hija única, encantadora criatura de ocho años, alta y fuerte, con largos cabellos castaños que caen alrededor de su rostro angelical, en el que se mezclan la severa dulzura de la madre y la viva inteligencia de su padre. Después Mme. Max Nordau, que era viuda al contraer matrimonio con el gran escritor, me presentó á sus otras tres hijas; en la mayor, una linda rubia de veinte años, que estudia la carrera de medicina, reconocí el tipo de *Nicolasa*. Es el mismo carácter, mezcla de

alegría y seriedad, la misma dulzura y firmeza en la mirada. Comunicué la observación al autor de «Matrimonios Morganáticos», que se contentó con sonreír, sin atreverse á negarlo.

La joven me preguntó si había doctoras en España y confieso que sentí algo de vanidad al citar sus nombres y hablar de mi ilustre amiga Concepción Aleixandre.

Allí en su elegante comedor donde Mme. Max Nordau ofrece todos los martes el té á sus amigos, aproveché la ocasión de sorprender los proyectos del ilustre escritor, que siente gran repugnancia en hablar de lo futuro.

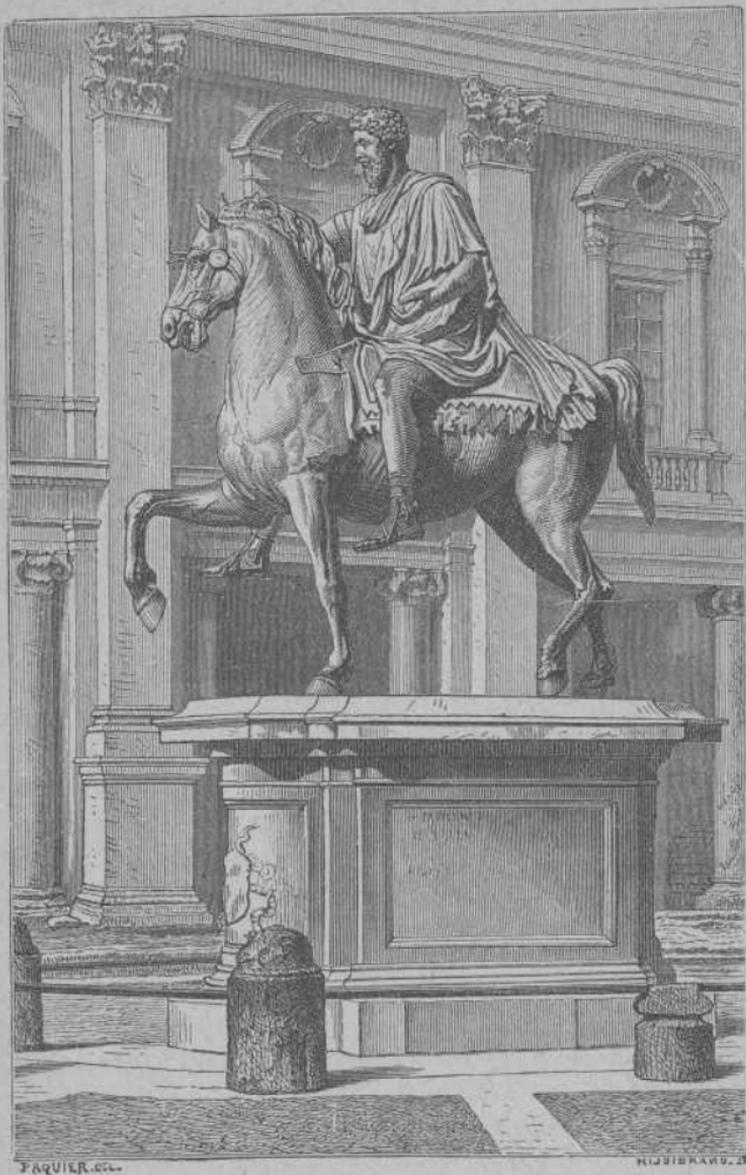
—Trabajo siempre—me dijo,—y mezclo tanto mis trabajos, que me es difícil decir cuál se acabará antes. Estos días se ha publicado en Alemania una obra intitulada «Arte y Artistas» que se traducirá pronto al francés. Me ocupo en ella de los grandes artistas de todos los países, en particular de los franceses.

—¿Y qué escribe usted?—le pregunté.

—Probablemente una obra sociológica sin título aun, que tiene por objeto investigar las causas que han movido á los hombres para producir los grandes hechos, encontrar los hilos que dan el tejido de la Historia. Esto me ocupa hace ya mucho tiempo y creo que con terminarla haría bastante, pero dentro de pocos días se pondrá á la venta un libro escrito en inglés por mi hija, intitulado «Cuentos de Hadas».

Miré con sorpresa á la linda Max que en aquel momento jugaba alegremente con mi hija sin preocuparse de la literatura ni de nuestra conversación, y el filósofo, que idolatra á la pequeñuela, me contó cómo desde que la niña tenía tres años, abandona sus trabajos y va á sentarse todas las noches á la cabecera de su cama para adormecerla refiriéndole los cuentos de las buenas hadas.

ROMA



Estatua ecuestre de Marco Aurelio

Max Nordau ha sabido escoger los cuentos que pueden escuchar sin peligro los pequeñuelos y la precoz escritora, con su instinto infantil los ha seleccionado, rechazando unos y dando forma sencilla á los otros, para contarlos á su vez á los niños que no tienen quien se los refiera.

Miré con asombro al pensador que, combatiendo prejuicios y mentiras, ha ido todas las noches á inventar lindas ficciones á la cabecera de la cuna de aquella hija adorada para que los ángeles la sonrían en sus felices sueños y las flores broten en su alma.

París, 30 de Octubre.





Monumento de Abelardo y Eloísa

CARTA XI

La Ciudad de la Muerte

No sé qué secreta influencia ejercen en nosotros los aniversarios, que en estos días todos nos sentimos inclinados á recordar á los que fueron.

No he visitado nunca más tumbas que las de los grandes artistas, de los que amé en sus obras, de los que me hicieron sentir las emociones más puras de la vida. Recuerdo haber ido á visitar en Madrid los sepulcros de Larra y Espronceda cuando dormían en el ruinoso cementerio de San Nicolás. Entonces estaban abandonados, porque á los muertos como á los vivos hay mucha gente que los visita según la casa en que moran.

Aquí la muerte se codea con la vida; en medio de las casas y las tiendas, del ir y venir de tran-

seuntes, los cementerios se alzan como grandes jardines silenciosos, ocultando el horror de la podredumbre.

En nuestras poblaciones hay un nimbo para la alegría y la riqueza; aquí la miseria y el lujo se mezclan. He empezado mis visitas por el célebre *Père Lachaise* cuando la gente sepulturera limpiaba sus calles para recibir la visita de los vivos; del 1 al 2 de Noviembre, más de 140,000 personas acuden á este recinto mortuario.

Las tumbas forman un laberinto, calles, caminos, plazas; es un pueblo verdadero donde se necesita un guía para poder internarse; no hay tapias con nichos adosados á la pared; todo son capillitas y losas que se mezclan con soberbios y hermosos monumentos, erigidos por el dolor y la vanidad.

Cerca de la entrada está el monumento alzado á la memoria de Abelardo y Eloisa; las estatuas de los dos célebres amantes reposan una al lado de la otra sobre el lujoso sarcófago. ¿Qué mujer no ha sentido latir su corazón con los infortunios de la desdichada religiosa? Recordé al lado de su sepulcro aquellas cartas incomparables donde vive eternamente el fuego de un amor inextinguible, expresado de una manera maravillosa. Tal vez esta mujer en vez de amar á Abelardo amaba en él al amor soñado y el Amor la inmortalizó. Aunque el ideal de sus pasiones sea distinto las grandes enamoradas viven siempre, lo mismo Safo que Teresa de Jesús; lo mismo Magdalena que Lucrecia Borgia, lo mismo Eloisa que Mesalina.

Aquí reposa la inteligente pintora Rosa Bonheur; y en la pequeña parte ocupada por el cementerio israelita, donde está el sencillo sepulcro de la soberbia familia Rothschild, se halla enterrada la gran trágica judía *Raquel*.

Parece el *Père Lachaise* el cementerio predilecto de la música y de la tragedia para que sus hijos

duerman en su seno; están aquí Talma, Tamberlick, Chopin, Cherubini, Bellini, Herz, Mehul y Rossini. El admirable maestro amante de la luz, los colores y las esencias, reposa dentro de una tumba semejante á un confesonario estrecho. ¡Oh! ¡Qué maravilloso sería un aquelarre en este cementerio!

Nombres de pintores, héroes y políticos detienen á cada momento el paso: Luis David, Gustavo Doré, Massena, Perier y Thiers. Los grandes escritores no faltan tampoco: Alfonso Daudet duerme no lejos del Secretario Perpetuo de la Academia.

Todo se une aquí! y más lejos encuentro dos nombres que han hecho las delicias de la juventud: Lafontaine y Molière. En un hermoso busto de bronce encontramos á Balzac y cerca de él á Gall, el frenólogo y el artista que con el escabelo de la observación y de la ciencia penetraron respectivamente en el corazón y el cerebro de la



Alfredo Musset

mujer. Un sauce inclinado sobre una tumba indica la sepultura de Musset, el amante de Jorge Sand, del poeta delicado, que ostenta como blasón de inmortalidad los títulos de sus obras inscritos en el pedestal de su estatua. Los versos de la losa del autor de *Rolla*, expresión de un deseo satisfecho, dicen traducidos literalmente al español:

«Mis queridos amigos, cuando muera
plantad un sauce en el cementerio,

amo su follaje melancólico,
la palidez me es dulce y querida,
y su sombra será ligera
á la tierra donde duerma».

Paso delante de grandes monumentos para detenerme en el cementerio musulmán. ¡Qué impresión de melancolía embarga mi ánimo! La hierba crece por todas partes, las tumbas están rotas, montones de hojas secas las cubren, en un ángulo se encuentra la sepultura olvidada de una pobre reina mahometana que reposa bajo la enseña de la media luna.

A la melancolía no tarda en suceder la repugnancia cuando entro en el *Crematorio*. A su alrededor, adosadas á las paredes están las pequeñas cajitas colocadas como los nichos de nuestros cementerios: es el *columbarium*, donde se guardan las cenizas. Retratos y coronas tapan la entrada de aquellos depósitos de polvo. Me parecen hipócritas las expresiones de dolor *A mi madre*, *A mi esposo*, *A mis amigos*. ¡Después de haberlos hecho quemar! Tal vez soy injusta ó atávica; pero no he encontrado ninguna inscripción que diga *A mi hijo*.

El edificio se alza con aspecto de fábrica; pero tienen mucho de lúgubres aquellas altas chimeneas ennegrecidas por el humo de carbones humanos; y dentro causa terror y causa frío, contemplar un triste catafalco ante la boca del horno de fuego. Desde 1889 se han quemado aquí, según me dicen, más de 3,000 cadáveres. Esto será progreso, no lo discuto, pero mi sentimiento lo rechaza. Prefiero para los que amo la sencilla losa de un cementerio de aldea ó una tumba sencilla donde corra el agua, crezcan las violetas, donde los pájaros vayan á posarse y las gentes se acerquen sin repugnancia.



El otro pueblo de la ciudad de la muerte que he visitado está en Montmartre. Este es más alegre, más bello, parece una ciudad cuyos habitantes reposan. Tiene calles formadas de pequeños hotelitos que se confunden con las casas vecinas, un tren cruza sobre las cúpulas de sus tumbas; se encuentra un ambiente tibio, perfume de flores, algo dulce que hace pensar sin miedo en la paz del descanso eterno.

No son los muertos más grandes los que tienen mejores sepulturas; generalmente debajo de un mausoleo soberbio, de una tumba llena de inscripciones, de una capillita de lindo estilo gótico, de un monumento egipcio ó de un templo de Pompeya ó Roma duerme un desconocido: un burgués rico ó un aristócrata vulgar.

Los curiosos pasan de largo; hay aquí muertos muchos inmortales, muchos artistas cuya memoria vivirá siempre como vive la belleza. A cada momento sus nombres nos detienen y nos hacen acercarnos; son los amigos antiguos, los maestros que formaron nuestro espíritu. ¿Acaso no hay algo de ellos en nuestro sér? ¿No encarnó su pensamiento en nuestro cerebro? Aquí duerme el gran Zola, cerca, muy cerca de Cavaignac, pero los recuerdos de su idolatrada memoria merecen carta aparte y no quiero hablar hoy de ellos.

Más adelante se encuentra la tumba, muy abandonada, de Teófilo Gautier; la Poesía llora en el sepulcro del autor de *Espirita* y sobre su losa se lee:

«L'oiseau s'en va, la feuille tombe,
l'amour s'eteint, car c'est l'hiver;
petit oiseau, viens sur ma tombe
chanter quand l'arbre sera vert».

Al lado de Ernesto Renán, del inmortal autor de la *Vida de Jesús* y de la *Iglesia Cristiana*, el pensador de espíritu sereno y suave decir, cuyas páginas he traducido al español deteniendo más de una vez la admiración mi pluma, duerme Alejandro Dumas, hijo, el popular novelista francés. Se ve su estatua yacente sobre la tumba, vestido con su bata de trabajo; una corona de laurel le acaricia la despejada frente y se lee esta inscripción tomada de sus obras:

«Je me constituai dans ma vie et dans ma mort qui m'intéresse bien plus que ma vie, car celle-ci ne fait partie que du temps, ce celle la de l'éternité».

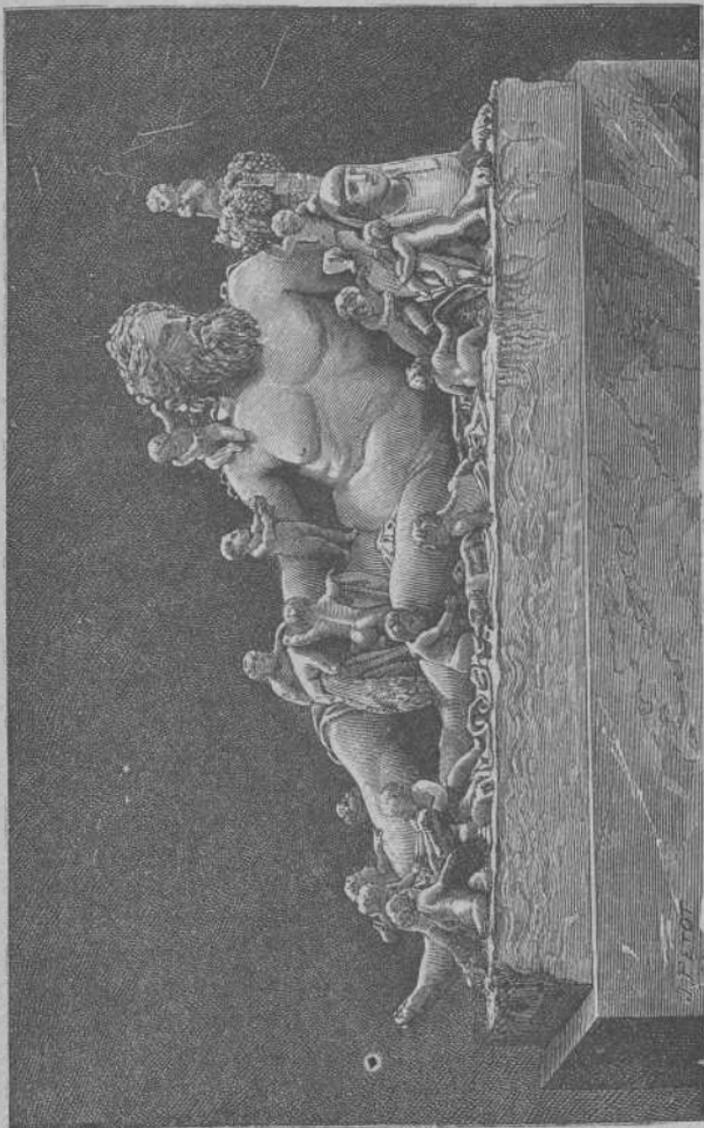
Los hermanos Goncourt descansan en un mismo sarcófago unidos por su pasión fraternal en la muerte como en la vida.

Perdida entre aquellas tumbas hallo una losa modesta, donde bajo un nombre italiano reposa una compatriota nuestra, Carlota Patti, hermana de la célebre diva; tuvo una hermosa voz de contralto y fué arrebatada al arte en edad temprana.

Bajo una sencilla losa de granito están los restos de Jules Simon, el ilustre filósofo y hombre de Estado; y enfrente una pequeña tumba que encierra al más grande de los genios, un nombre que hace caer de rodillas: ¡Enrique Heine!

¡Oh, Poeta! ¡Gran poeta del dolor y la amargura, qué sentimiento tan grande despierta tu tumba!

Aquel genio que halló pequeño el mundo, duerme encerrado en tan estrecho espacio. Recuerdo sus versos admirables pidiendo que le arrojasen al fondo del mar, como único sepulcro digno de su grandeza, y siento un impulso de protesta é indignación contra la naturaleza ciega que así



Roma.—El Nilo. (Braccio Nuovo)

destruye el cerebro cuyas células engendraron el genio.

Por ante aquella tumba de mármol blanco pasó una Emperatriz artista y enamorada; me dice el guarda que iba á sentarse al pie de la estatua del gran judío y á recitar en alemán sus versos. Conmovida por este amor romántico, que tanto comprendo, contempló la linda tumba de mármol blanco, donde hay versos, coronas, flores, un surtidor de agua clara y una caja para recibir las tarjetas que allí depositan los visitantes.

El que burlándose de todo habló de su inmortalidad, fué profeta. Sin duda conocía la propia fuerza; era consciente de la inspiración divina que llevaba en su espíritu; su soberbia es hermosa porque es la arrogancia del genio que lo desafía todo, y se halla tan lejos de la fatuidad risible del necio. Así debe ser el genio *que se conoce*: dejemos la modestia para vestidura de los hipócritas.

No sólo *las inglesas con sus velos verdes* acuden á sus tumbas; hombres y mujeres de todas partes del mundo dejan allí sus ofrendas; vi tarjetas con centenares de nombres ilustres y muchas de desconocidos admiradores.

Sostenido en bello pedestal se alza el busto del poeta. Heine, enamorado de la belleza, quería perpetuar su recuerdo de Dios Griego en todo el esplendor de su divina hermosura. ¿Por qué contrariarlo presentando su imagen de Cristo demacrado, aunque hermoso siempre?

Un amable redactor de *Le Matin* que me acompañaba, me tradujo los versos alemanes de su tumba. Literalmente dicen así:

«¿Dónde irá á reposar al fin un día el vagabundo cansado de errar? ¿Será bajo las palmas del Mediodía? ¿Será bajo los árboles de las orillas del Rhin? ¿Acaso una mano extranjera me

sepultará en el desierto ó dormiré sobre un lecho de arena en el fondo del mar? Pero de cualquier modo, en todas partes correrá el agua cerca de mí y las estrellas, como la luz que alumbra á los muertos, lanzarán sobre mi tumba su pálida mirada».

Heine, en los momentos de su vida en que siente llegar á su alma una ilusión, en que desgarran las nieblas del pesimismo que la envuelve y se entrega confiado á los ensueños y al amor, exclama:



Cementerio de Montmartre

—«¿No percibís perfume de violetas?»—como si el olor de estas flores encerrase para él la poesía más pura.

Pues bien, sobre su tumba, con los tallos bañados en el agua, una mano piadosa había colocado un hermoso ramo de violetas frescas. ¿Aspirará el perfume en la tranquilidad de su sepulcro? ¡No debe, no puede ser sólo un montón de polvo aquella esencia divina que le animaba!....

¡Yo he cogido violetas de la tumba de Heine!
¡Las guardaré sobre mi corazón como reliquia del

dios de los poetas y no olvidaré nunca que en los breves momentos pasados cerca de su tumba he percibido las armonías y los perfumes que supo grabar en las páginas de las *Reisebilder*.

*

El último lugar mortuorio visitado fué la Abadía de Saint-Denis. Grabada en sus ennegrecidos muros hay una gran parte de la historia de Francia. Aquí se refugió el papa Eugenio III para librarse de la persecución de los lombardos; su nombre evoca en mí esa «Historia Política de los Papas» que usted ha traducido y completado retratando también la desdibujada figura de Pío X. Desterrado el símbolo, tal vez un hombre sostuviese aún más tiempo la institución; pero se necesitaría *un hombre* del temple de Alejandro VI ó Julio II.

Despierta en mí estos pensamientos el lugar en que le escribo; la gloria de los monarcas se humilla aquí ante el poderío de la Iglesia. Ella consagró á Carlomagno, y sus Abades ejercieron la influencia decisiva en tiempo de los Capetos; en los hoy abandonados claustros exhaló el amante de Elvira las quejas de su pasión; falseado ya el espíritu cristiano hasta poner en lucha á la naturaleza con sus propias leyes.

Ante estos altares abrazó Enrique IV el catolicismo; pesó más en su ánimo la ambición que las creencias, si acaso tenía alguna. Abjurar la religión para sentarse en un trono, es ejemplo demasiado repetido ahora para que se siga viendo en este rey un apóstata, un renegado ó un perjuro; todos esos epítetos se dan á los conversos cuando no llevan una corona en las sienas.

Aquí se bendijo el matrimonio de Napoleón y María Luisa, mientras la infeliz Josefina ocultaba

su dolor y sus lágrimas en la Malmaison; en la religión de los soberanos se consienten divorcios, se anulan casamientos, se santifican déspotas, se permite todo; lo estrecho, lo inmutable, la punta del embudo es para el pueblo; ese debe respetar la santidad de los sacramentos mientras muere de hambre y miseria con la risueña esperanza de un cielo donde no entrarán los ricos.

¡Ya de todos los soberanos franceses, reyes y emperadores, no quedan más que recuerdos y polvo!

Veo la tumba de Dagoberto I, evocadora de los recuerdos de la antigua Francia, y cerca de ella la de dos mujeres tristemente célebres en su historia: Fredegunda y Catalina de Médicis. ¡Cuánto crimen, cuánta agitación y cuánta tormenta señaló el paso de estas criaturas por la tierra! Fueron dos mujeres enérgicas, dos voluntades, dos talentos, que supieron luchar y vencer en vida, pero que al caer en la tumba han sido vencidas por el terrible fallo de la Historia.

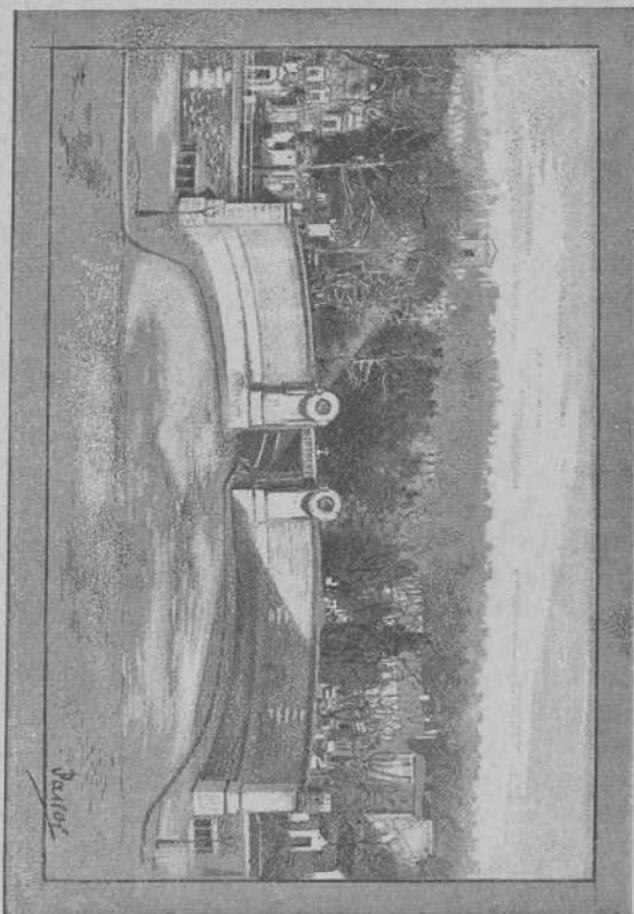
Al bajar á la cripta hallo la tumba de Beltrán Du Guesclin y la del rey *que se hospedó* en el palacio del Infantado. Luego me encuentro ante los sepulcros de los Borbones; leo sobre las losas los nombres de Luis XVII, Luis XVIII, Luisa de Lorena, esposa de Enrique III, y las Princesas Victoria y Adelaida de Francia; pero las sepulturas que más atraen la atención son las de Luis XVI y María Antonieta. Hay una estatua que la representa de rodillas, descotada, vestida con la original elegancia que dió fama á sus tocados. ¡Pobre mujer! Fué la víctima expiatoria de esta disoluta monarquía francesa; cayó sobre ella el peso de los odios acumulados durante siglos; sus gracias de mujer se le imputaron como crímenes; escuchó las frases más crueles que pueden llegar al corazón de una madre.

ANTONIO HUGUET

BARCELONA

He visitado estos días Trianón y las Tullerías. He visto en el Palacio de Justicia la sala donde se reunió la Convención, y los sombríos calabozos

Cementerio del Pere La Chaise



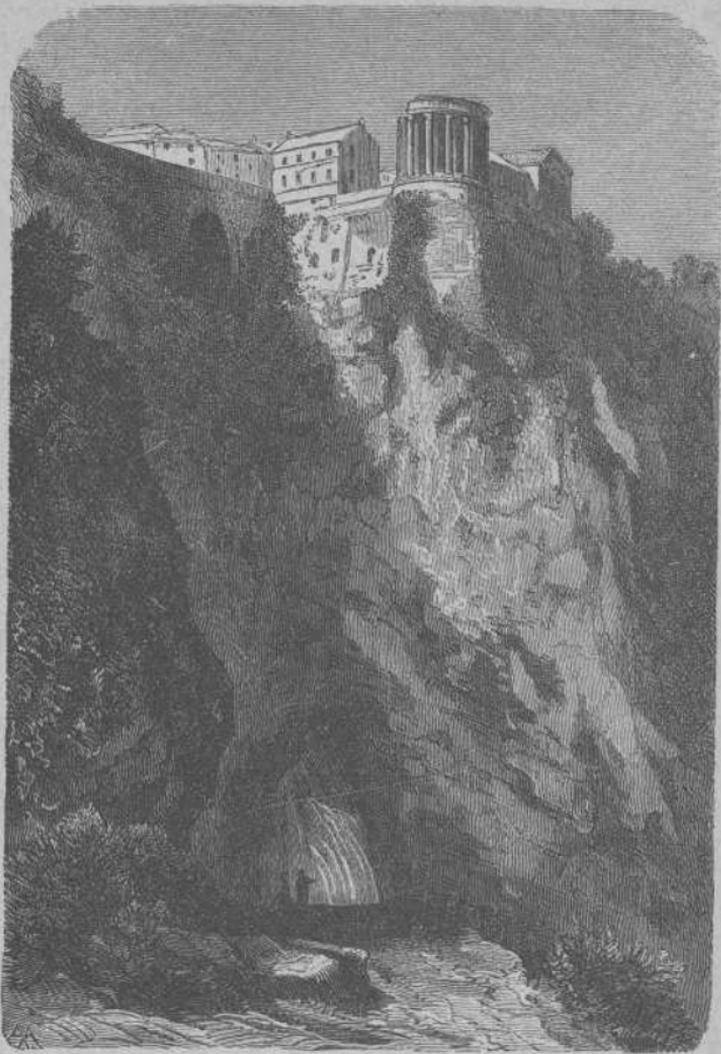
zos de la Conserjería; es decir, todo el calvario tristísimo que recorrió la austriaca, ciega en la locura de su poderío.

Sin duda tienen gran culpa los aduladores que ocultan la verdad á los reyes de las miserias en que caen... Pero los sepulcros regios no pueden conmoverme después de haber visitado los panteones de los artistas, de los únicos soberanos por *derecho divino*.

París, 3 de Noviembre.



ROMA



Tempio de Hércules, llamado de la Sibila



CARTA XII

El Palacio de Castilla

El escudo de España, puesto sobre una verja de la *Avenida Kleber*, ha detenido hoy mi paso. Estaba delante del palacio que habitó durante su largo destierro Isabel II, y que ha sido como un pedazo de tierra española enclavado en el centro de París.

En la actualidad el edificio está abandonado, muchas de sus vidrieras rotas, los lindos cuadros de flores pisoteados; se esperan los albañiles que han de demolerlo para edificar un hotel sobre su solar.

Con razón se ha llamado á Isabel II *la de los tristes destinos*. Desdicha fué nacer mujer y reina, pasar la infancia en un trono combatido por intrigas, envidias y ambiciones; y la juventud entre gentes que aprovecharon su temperamento para explotarla mejor.

De inteligencia vulgar, sencillota, buena, generosa, como una mujer del pueblo madrileño, tal vez hubiese sido amada y feliz sin el brillo de su corona; tal vez se hubiese también salvado al encon-

trar en su camino un hombre de corazón y de honradez capaz de amarla; pero esas son prendas que no se hallan en los palacios y sólo encontró ambiciosos de la peor especie.

No crea usted que me acomete el vulgar sentimentalismo por las desdichas de las reinas. Isabel II tuvo millones para vivir libre en París, Eugenia de Montijo posee palacios y un soberbio *yate* para pasear sus tristezas; hasta la negra Rana-Valo cruza en triunfo las ciudades de Francia; no hay que olvidar el adagio de nuestro pobre pueblo hambriento: «Los duelos con pan son menos». Cuando un luchador modesto ó un hombre que se sacrifica por la patria va al destierro, vive en la miseria y come si trabaja.

Lo que me apena es la fatalidad que parece perseguir desde la cuna á esta pobre reina, muerta lejos del suelo natal, cuyos herederos opulentos dejaron vender sus joyas y sus bienes en pública subasta. Tal vez alguno de sus descendientes acaricie mañana á una *cocote* adornada con las joyas de su abuela. ¿Qué importa? ¡Después de todo nada de extraordinario tiene el cambio!

Agrias censuras he escuchado respecto de esto; por mi parte confieso que amo los recuerdos y pienso con melancolía viendo las doradas verjas, con su corona real, en esas pequeñas casitas blancas de nuestras aldeas al lado de cuyo hogar muere la anciana que no abandonó jamás sus muros y donde los hijos guardan las amadas reliquias de sus mayores.

Muchas versiones han corrido acerca del palacio de Castilla; se pensó primero con lógica que lo ocuparía la Embajada de España ó sería una residencia reservada á la familia real española.

Luego se dijo lo compraba la asociación de señoras para la Paz Universal; y por último que lo adquiriría Leopoldo II para hacer en él un Serrallo.

Hay pocos hombres tan calumniados como el rey de Bélgica; pero hay que confesar que él sabe darse la gran vida.

No existe monarca que comprenda como él la Constitución; no tiene más cuidado que enterarse de si el Presidente del Consejo de Ministros cuenta con la mayoría de las Cortes; en caso contrario lo destituye y pone en su lugar otro que tenga dicha mayoría, dejándoles después gobernar á su gusto.



Escalera de honor del Palacio de Castilla

Entre tanto él hace la vida de un burgués millonario; viaja, se divierte, pleitea como un particular, alterna con la buena sociedad de todos los países y se ríe de calumnias y murmuraciones.

Sus súbditos le aman, es quizá el más rico de los soberanos de Europa y sabe hermopear á Bélgica con sus donativos; sus aventuras con la Cleo de Merode tienen algo de travesura estudiantil que lo hacen simpático.

La suerte del Palacio de Castilla era más vulgar que todo esto. Lo ha comprado un rico yankee para Hotel de viajeros.

Pensando en los cambios de la suerte, llegué hasta la *Plaza de la Estrella*; al cruzar uno de sus arcos oí pronunciar mi nombre. Es tan grato que le llamen á una cuando está sola entre tanta gente, que me volví con rapidez. ¡No había nadie! ¡Sin duda era una equivocación! Pero á los pocos pasos escuché de nuevo llamarme.

No vi á nadie tampoco, pero como esas personas á las que se las tapa los ojos y conocen por

la impresión quien les gasta la broma, exclamé á mi vez: ¡Bonafoux!

De detrás de una columna salió una franca carcajada, y apareció Bonafoux riendo y saltando como un chiquillo, á cuerpo, cuando todo el mundo iba envuelto en pieles; y me invitó á acompañarlo á su casa de Asnieres.

Un rato de charla con Bonafoux no es de perder; los suscriptores del *Heraldo de Madrid* que le leen pueden pensar que le escuchan; hablando y escribiendo es siempre el mismo, igual gracia chispeante, idéntico alegre desdén por las personas y las cosas empezando por su propia labor, y una nota de amarga ironía que forma el fondo de su carácter.

Bonafoux no es un amargado por el fracaso y el vencimiento; tiene un lindo retiro, una esposa amante y amada, hijas hermosas é inteligentes, el triunfo acompaña siempre á su labor literaria y su posición es modesta y desahogada. Su ironía no es tampoco malevolencia de carácter; nace precisamente de excesiva bondad de corazón. Tiene tal culto á la verdad, que lo que sería en otro acritud en él es sólo sinceridad. Si demuele, si derriba ídolos, no es por hacer daño, es que la verdad, que no se atreven á afrontar las plumas encadenadas á las conveniencias, se escapa de la suya libre, hermosa, pura, con toda su divina y virginal belleza.

El no piensa lo que puedan decir de sus escritos, no ve delante de sus cuartillas al público que las lee; su dios es la justicia, le indigna la tiranía y se vuelve contra ella con el ardor romántico que emplea en servir todas las causas nobles.

Después del esfuerzo ardoroso de la lucha estéril á veces y siempre ingrata, viene la reacción; ve la pequeñez de todo lo que le pareció grande al combatirlo; se convence de que tomamos siempre



Roma.—Villa Borghese.—Venus Borghese

molinos de viento por gigantes y vulgares mozas de partido por castellanas; pero en lugar de indignarse despliega desdeñosa sonrisa aunque sienta la amargura de los ideales irrealizables.

El periodismo lleva en sí esta triste predestinación á perder la fe en muchas cosas. ¡Hay tantas personas que nos estiman sólo por la pluma que llevamos en la mano! ¡Tantos mendigos de gloria! ¡Tantos que pretenden servirse de nosotros para lograr sus fines! ¿Cuándo es el escritor libre? ¿Cuándo dice lo que siente? ¿En dónde tiene acogida la sincera lealtad?

No viendo más que el exterior, la vida del periodista está llena de alegrías; pero Bonafoux es de los desdichados que tienen la desgracia de poseer como nosotros el peor de los talentos, el de ver bastante claro para no engañarse.

París, 8 de Noviembre.





Iglesia de la Magdalena

CARTA XIII

Las Iglesias

Sólo dos templos he visto en París: la antigua catedral que alza sus cuadradas torres en la *Cité* y la Iglesia de la Magdalena, centro de la elegancia, que ostenta sus columnas corintias y su soberbia escalinata en uno de los boulevards más concurridos.

La Magdalena no es un templo católico ni un pretendido y cursi museo como nuestro San Francisco; empezada á construir en 1806 para *templo de la gloria*, conserva los rasgos de la inspiración que le dió vida, y el suntuoso templo romano se aviene mal con el espíritu católico.

Está formada por una sola nave con tres cúpulas que la inundan de luz cenital; sin las vistosas

cristerías, altares ni paños, aparece deslumbrante de blancura con sus capillitas adosadas al muro, donde tiene entre las columnas que las forman, las estatuas de mármol representando en su mayoría á la pecadora de Magdala, en diferentes fases de su vida. Se la ve en el momento de la conversión, llorando al pie de la cruz, socorrida por los ángeles en el desierto y en su muerte y *tránsito al cielo*.

Es á este templo semi-pagano, á los pies de la gran pecadora arrepentida á donde la devoción de



Nôtre Dame

moda lleva las damas elegantes y las grandes Magdalenas sin arrepentir.

Las localidades de las tribunas y las entradas del templo se venden como en nuestros teatros; una magnífica orquesta recrea los oídos de los aristócratas creyentes y la multitud se agrupa para ver salir á las damas que *hacen toilette* para lucirla en la monumental escalera.

*

Nôtre Dame es muy distinta; de un gótico primitivo, sin emanciparse aún de la vieja arquitectura bizantina, tiene mucho de triste y sombrío con su flecha embutida entre las macizas y cuadradas torres todavía sin concluir.

La historia es bien conocida de usted desde que

ROMA



Arco de los Santos Juan y Pablo

en 1163 el Papa Alejandro II puso su primera piedra hasta que fué convertida en templo de la *Diosá Razón* y rehabilitada de nuevo para el culto. Fuera de su historia, poco tiene de notable.

Se venden billetes para subir á la torre en que está el célebre *Bourdon de Nôtre Dame*, campana monumental de 12,500 kilógramos de peso, que mueven ocho hombres cuando en las grandes solemnidades deja oír su voz de metal. En la misma torre hay otra campana traída de Sebastopol como trofeo.

Merece la pena subir los 397 sucios y pendientes escalones, no el ver las campanas, sino pasear por las altas galerías.

Allí lucen y viven todas las grandes estatuas que desde abajo parecen figurillas; todo un mundo, una flora y una fauna extraña, abortos de las imaginaciones de la Edad Media, bestias raras, diablos y quimeras; un universo fantástico que nos da la impresión de vivir fuera de la tierra; se ve desde allí á las gentes casi tan pequeñas como son.

Allí soñaría Víctor Hugo para alzarse un pedestal entre aquella fantasmagoría. Cuando entré en sus torres, esperaba ver surgir á cada momento, entre las maderas viejas y las vigas entrecruzadas, la figura de *Cuasimodo*. Es imposible dejar de evocar aquí ese hijo de la imaginación del poeta, como no se puede entrar en las claverías de la Catedral de Toledo sin evocar á *Gabriel Luna*.

Sobre los viejos muros de estas catedrales el arte ha hecho brotar nuevas flores, que acaso cuando los soberbios monumentos de piedra se derrumben perpetuarán su gloria y su recuerdo.

No le extrañe á usted lo incompleto de esta carta; he entrado en *Nôtre Dame* sólo por la influencia que ejerce en mi espíritu la novela de Víctor Hugo, y en la Magdalena por la curiosidad de ver el templo elegante de París.

ROMA



Iglesia de Santos Cosme y Damián

Sin duda para justificar el epígrafe debieran figurar aquí entre las iglesias antiguas San Eustaquio, la Santa Capilla, en la que hay que admirar los hermosos vidrios de colores, San Germán de l'Auxerroes, el bizantino Saint Merry y San Esteban del Monte; así como San Sulpicio, Val de Grace, Santa Genoveva, Las Victorias, otro centro de la aristocracia devota, y Santa Clotilde y el Corazón de Montmartre, vergüenza de la Francia Moderna, obra del catolicismo decadente que nos agobia.

Pero siento la influencia del espíritu libre que me anima. ¿A qué gastar el tiempo en hablar de estas antiguallas? Hay aquí templos de todas las religiones. ¡Monumentos inútiles con los que aun se sugestionan á millones de seres para que medren unos cuantos!

Protestantes, Griegos, Católicos, Judíos, Mahometanos..... pocos acuden á sus templos..... La Religión ha marcado honda huella en el sér humano; combatirla, preocuparse de ella, es renovar su fuego; esta despreocupación elegante de París que enfría el sentimiento, libra mejor al hombre de su atavismo que todas las campañas. Las religiones están heridas de muerte, acabarán cuando convencidos de esto ninguno nos ocupemos de ellas.

París, 10 de Noviembre.





La Morgue

CARTA XIV

La Morgue

No deseaba ver este cuadro lúgubre; he entrado en el sombrío edificio ignorando que aquélla era la casa donde se exponen los muertos desconocidos.

Saliendo de visitar *Nôtre Dame*, al ir á cruzar á la *Cité*, vi la multitud que entraba y salía en un pequeño edificio batido por el Sena; la curiosidad me hizo seguirla y sin saber cómo me encontré delante del gran cristal del depósito de cadáveres.

La multitud me empujaba impidiéndome retroceder; creía sentir un olor fétido, tal vez desprendido más de los cuerpos vivos que me rodeaban que de las emanaciones de los muertos.

Entraban hombres y mujeres, se detenían un momento ante la losa y continuaban silenciosamente

su camino. No les llevaba allí la ansiedad de buscar á una persona querida, sino el deseo de contemplar el espectáculo.

Recordaba cuanto leí de la Morgue y hubiera querida replegarme en mí misma para evitar el roce de aquellas gentes.

Este depósito judicial, admirablemente montado, recoge todos los años unos 800 cadáveres y presta verdaderos servicios para la identificación de los muertos.

El día que yo lo he visto sólo había tres cadáveres sobre las losas de exposición; un pobre anciano, que acababa de ser identificado; un hombre joven y una mujer, casi una niña, de la que ya se habían sacado fotografías para retirarla de lá vista del pueblo.

La temperatura permite conservar los cadáveres durante tres meses, con sus colores naturales, después se sacan fotografías que se colocan en un cuadro con las señas y la fecha del encuentro cuando no han podido ser identificados. En ese caso está esa desdichada muchacha.

La revuelta cabellera rubia cae alrededor de su cara manchada á lunares por restos de pintura, los flacos bracitos, el cuerpo anguloso y las manos pequeñas indican no haber llegado á la plenitud del desarrollo. Tiene los labios pálidos contraídos por una mueca de dolor y en los ojos vidriosos, de un azul muy intenso parece haberse enajado una mirada, mezcla de terror y lasciva caricia.

Airededor del cuello delgado, se ven las señas amoratadas de unos dedos que la oprimieron. La hallaron asfixiada en una apartada calle de Passy y nadie se ha presentado á reconocerla.

¿Quién sería en el mundo esta infeliz abandonada? Es probable que no se sepa nunca; en el cuadro de entrada están las señas de otra mujer

que no se ha podido tampoco identificar; la encontraron hecha pedazos y se pudo reunir su cuerpo para fotografiarlo. La espantosa imagen obtenida está en un cuadro con los restos de sus ropas, un pedazo de media y liga de seda, un trozo de encaje de la falda interior y una botina elegante.

Se cree que la joven expuesta perteneció á ese ejército de mujeres que pasa todos los días á nuestro lado con una impudicia sin ejemplo; porque lleva el sello de sus pinturas y sus ropas. Víctima de una pasión brutal ó de un arrebató de celos, el vicio ciñó á su garganta el collar de los dedos del asesino.

¡Nadie viene á reclamarla! Sus compañeras pensarán que ha levantado el vuelo á otro barrio para reaparecer de nuevo en el suyo cuando el capricho de un señor haya pasado. ¡Cuántas de estas infelices perecen del mismo modo! ¡Asusta pensar que no hay una persona que se preocupe de ellas! Un cadáver insignificante que nadie ama ni nadie busca y ante el cual pasamos con indiferencia ó repugnancia....

¡Oh! Todas las que la contemplamos somos cómplices de su asesino.

La mujer honrada que huye de su contacto sin tenderle una mano salvadora, la esposa que enseña imprudente su felicidad, la dama que la deslumbra con su lujo, los hombres que ponen precio á sus encantos, el Estado que reglamenta el comercio de los cuerpos como industria... la sociedad entera es la culpable.

Yo quisiera que todos contemplasen estos lúgubres cuadros de miseria que hacen despertar bruscamente los dormidos sentimientos humanitarios y protestar de las injusticias sociales. Pero no es necesario venir aquí; no es más triste la suerte de esta infeliz desconocida de la Morgue que la de

las elegantes del boulevard ó de las mujeres que tropezamos de noche en Madrid, en las esquinas de las calles.

La repugnancia á la exposición del vicio es mayor que la producida por la exposición de la muerte; aquí no queda más que un cuerpo insensible: en aquellas otras criaturas hay un espíritu capaz de sufrir. ¿Sabemos cuántos sentimientos puros, cuántas ilusiones, cuántas creencias, cuántos pudores, se han arrancado á su alma para que llegue á estereotiparse sobre sus labios la cínica sonrisa? ¿Que algunas no han tenido nunca esos sentimientos nobles? ¡Ah! ¡Con esas somos más culpables!

París, 12 de Noviembre.





A. Naquet con su señora y su sobrina

CARTA XV

Alfredo Naquet y Jean Jaurés

Alfredo Naquet no es un desconocido ni un forastero en España; los acontecimientos políticos que le llevaron á buscar un asilo en nuestra patria establecieron una corriente de simpatía entre él y nosotros.

Además, el rasgo característico de Naquet es la universalidad; se ha dicho de él *que tiene el verbo político*, pero lo que tiene es un espíritu tan humanitario, tan dispuesto á revolverse contra la opresión, tan pronto á pedir todas las reivindicaciones humanas, que lo mismo padece hoy con la revolución rusa, que sintió palpitar su corazón con la epopeya de Garibaldi.

Estando en Madrid hace muchos años, cuando aun se mantenían vivos los rencores que encendieron las luchas por la independencia, se celebró la procesión cívica del Dos de Mayo. Naquet asistió á ella, formando parte del cortejo que honraba á los inmortales Daoiz y Velarde. Hubo al-

guien que llamó la atención del futuro senador francés, hacia lo que aquel acto significaba, pero él se contentó con decir sonriendo:

—Los héroes tienen por patria toda la tierra, pertenecen á la humanidad.

Hoy el luchador incansable, el hombre de convicciones profundas que ha trastornado el aspecto social de su nación, vive retirado en un tranquilo hogar, pero su espíritu sigue é inspira el movimiento moderno; los políticos jóvenes acuden á recibir sus consejos sacándolo de las altas esferas de la ciencia á la que dedica las caricias de sus últimos amores este trabajador incansable, mientras su alma de artista sueña con *la república Universal*.

A España dedica él sus vigiliás, á la que se consagra escribiendo para publicarla en nuestra lengua, una obra de química que contiene todos los últimos adelantos de esta importante materia y todo el fruto de su observación de sabio.

Naquet conoce nuestra política, nuestra literatura, nuestra historia; á su lado, cerca del fuego, en el pequeño y cómodo gabinete donde constantemente escribe y piensa mientras la amable Madame Naquet y su sobrina leen y trabajan, se olvidan las distancias de pueblo á pueblo; creemos hallarnos entre una patriarcal familia española. ¡Este es el hogar del gran *divorciador* francés!

Aquí reunidos en torno de su mesa, en fraternal banquete, mientras corría el champagne en brindis por Francia y España, he conocido escritores y políticos eminentes, entre ellos á este apóstol del socialismo que se llama Jean Jaurés.

Jean Jaurés es joven, fuerte, de un temperamento sanguíneo y nervioso; tiene todo el tipo de luchador y una mirada inteligente y profunda.

Paso á paso ha ganado el puesto que hoy ocupa entre los principales jefes del socialismo francés. Elegido diputado socialista hacia el año 1894, ocu-

paba su sitio en la cámara cuando á causa del memorable asunto Dreyfus se produjo un movimiento formidable de reacción nacionalista, ante el cual muchos republicanos y aun muchos socialistas, no se atrevían á tomar parte en favor de la verdad y de la justicia. Este fué el momento que reveló á Jaurés; orador que posee la severa galanura de Vergniaud y la vehemencia arrebatadora de Danton, arrastró en pos de sí todo el espíritu del partido socialista, consiguiendo un memorable y ruidoso triunfo.

Envuelto en la persecución de que tantos grandes hombres fueron víctimas, Jaurés perdió en el 1898 un puesto en el Parlamento por espacio de cuatro años, pero el acto de valor y desinterés realizado le creó una situación excepcional y durante el gabinete Waldec-Rousseau y el gabinete Combes, él fué el verdadero jefe de la mayoría conocida con el nombre de Bloc. Actualmente es diputado por Carmaux (Tarne) y combate valientemente en el Parlamento y en las columnas del importante diario *L'Humanité*, del que es director y propietario.



Jean Jaurés

Ha tenido una gran parte en la ley de separación de la Iglesia y el Estado que ahora se está discutiendo y que sin duda será pronto un hecho. La mayoría de las cámaras es favorable á esta ley; el Senado aprobó ya sus primeros artículos, rechazando las enmiendas que como medio de ganar tiempo presentaban los reaccionarios, y á pesar de M. Cuverville que se indigna de lo que llama «Profesión de ateísmo inscrita por la cámara al frente de la ley de separación».

El quería suprimir la palabra *reconoce* del artículo 2.º, que dice:

«El Estado no *reconoce*, ni paga, ni subvenciona ningún culto».

Sin duda se han inspirado en el espíritu de nuestro Castelar; el hombre puede ser creyente, *el Estado no tiene un solo átomo de sentimiento religioso*. En cuanto al pueblo francés aunque otra cosa se diga, acoge en su mayoría bien la ley de separación; y digo en su mayoría, pero lo cierto es que nadie se ocupa ya de la cuestión religiosa, se puede decir que á nadie preocupa.

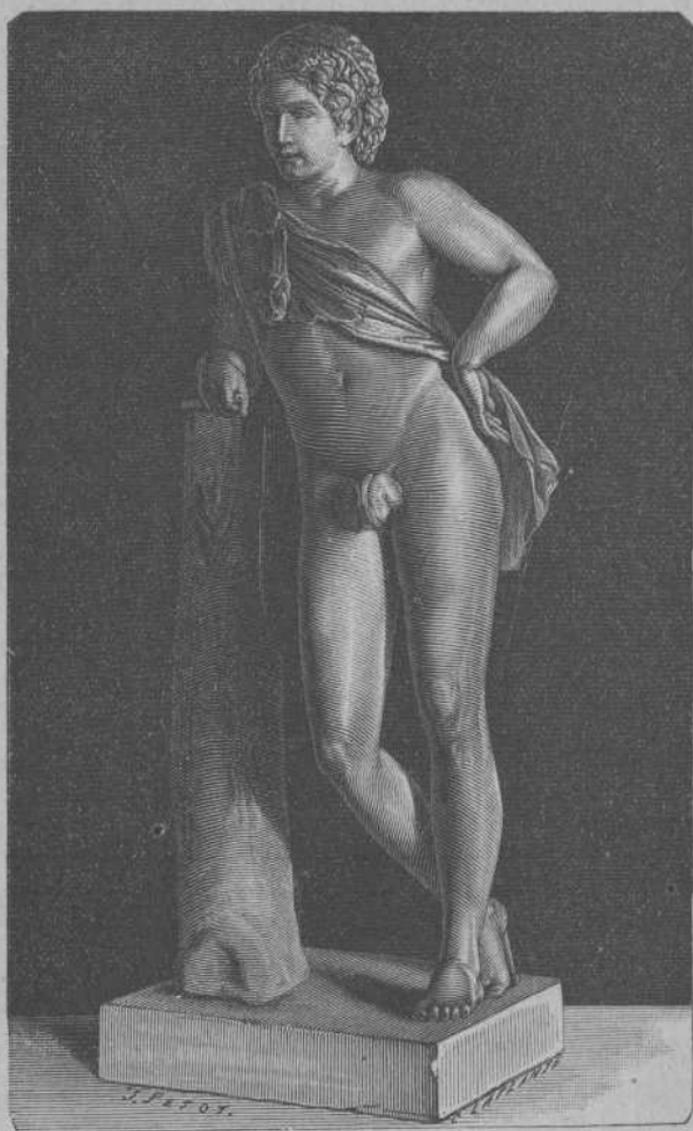
Los obreros quieren la separación; sólo se oponen los que sufren presión de los patronos; en cuanto á los aldeanos son todos separatistas, salvo algunas provincias reaccionarias como las nuestras del Norte.

Jaurés tiene fe en la organización de una sociedad superior á la nuestra, en que los siglos harán su labor de progreso para que se realice lo que hoy parece utopía.

—«Sueños de ideólogo parecían en otro tiempo—dice,—que se pudieran gobernar 40 millones de hombres ellos solos, sin nobles y sin reyes, y el milagro se ha realizado.....»

Tiene razón: la humanidad adulta se emancipó de muchas tiranías que pesaron sobre ella, alegre como el niño que deja los andadores para co-

ROMA



Capitolio.—Fauno, de Praxiteles

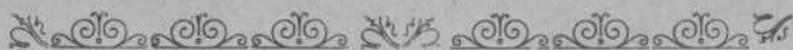
rrer libremente en la floresta y aspirar á pleno pulmón la auras vivificantes.

No discutiremos hoy si las religiones tuvieron necesidad de existir; pero es evidente la razón de *dejar de ser*, que se impone desde el momento que la razón las rechaza y el sentimiento no las necesita.

Escuchando á estos dos hombres, anciano el uno, que ya ha realizado su obra de derribar lo que usted con muy buen acuerdo llama «El Sacramento Impuro» (puesto que la Iglesia lo considera *inferior* á la destructora virginidad), y joven el otro, con alientos de campeón, para emancipar el Estado de la tiranía de la Iglesia, se abre el pecho á la esperanza, se siente llegar la visión consoladora de días más felices para la humanidad nueva, engendrada entre nuestros dolores.

París, 25 de Noviembre.





CARTA XVI

Los Anarquistas

¿Por qué los tipos de dolor supremo los encarna siempre la leyenda en una mujer? Lo ignoro; pero quizá la excesiva sensibilidad femenina nos hace predilectos del dolor, sentimientos de orden más elevado que los placeres. Hay millares de sufrimientos ignorados, de abnegaciones heroicas, de verdaderos sacrificios, de dramas sencillos y vulgares que ponen en crucifixión un corazón de mujer.

Hoy he conocido uno de estos dramas; vengo de visitar á Natalia Vallina, la hermana del anarquista preso aquí en unión de Malato y otros compañeros á causa de la bomba de la Rue de Rivoli.

La señorita Vallina es una mujer que frisa en los cuarenta años, alta, un poco gruesa, de fisonomía dulce y aspecto sencillo. Tiene todo el tipo de la señora de nuestros pueblos andaluces y toda la hermosa ingenuidad de las españolas.



Malato

Ha dejado la patria, las comodidades, la familia y las amigas para venir á cuidar á su hermano. Toda la ternura reconcentrada en su corazón es este *niño*, el menor de la familia, al que ella, en su sencillez primitiva, miraba con el respeto cariñoso que inspiran los seres superiores.

Con esta mujer no se puede hablar más que de sentimiento; fuera de esto lo ignora todo. Su hermano es para ella inocente y lo asegura con tal convicción, que logra inculcarla en el ánimo de los que la escuchan. Su amor la lleva á creerse ella la culpable de todo.

Se acusa de haber dejado á un muchacho joven expuesto á los peligros de su inexperiencia, cuando le enviaron á estudiar á Madrid con la legítima aspiración de asegurar su suerte; pero por un contraste notable encuentra muy naturales los sentimientos de su hermano. ¿Acaso un hombre de talento puede ver sin protesta la organización de nuestra sociedad? En un cerebro joven no caben ideas arcaicas; tienen que vivir en él las teorías más libres y más avanzadas, y cuando este cerebro pertenece á un hombre de sensibilidad exaltada, naturaleza soñadora y temperamento impulsivo, no es extraño que á la vista de una injusticia cometa imprudencias que le hagan sospechoso á los que desean alimentar el fantasma del anarquismo á cuya sombra medran.

Tal es en síntesis la creencia de esta buena mujer, que apenas ella acierta á expresar.

—Mi hermano ignoraba —añade— la venida del rey de Italia y sin embargo lo tuvieron preso durante su estancia aquí. Ocho días antes de llegar Alfonso XIII, todos los sospechosos de anarquismo se encontraban en la cárcel *de la libre república*. ¿Cómo pueden ser culpables de nada?

Afirma que no son ciertas muchas de las declaraciones que se atribuyen á su hermano.

ROMA



Fuente de las tortugas

—Los periódicos — dice — han sido engañados ó han mentido mucho. Los que desean confesiones, cuando no las tienen las inventan.

Tiene absoluta confianza en la absolucíon de su hermano, culpable sólo *de ideas*. ¿Acaso es delito permitirse el lujo de tener ideas aquí donde hay tanto cerebro vacío? Ella no gestiona nada cerca de los tribunales; su misión se reduce á cuidar al preso; le lleva todos los días la comida hecha por ella misma, le mimaba como á un hijo pequeño. Hasta la policía que la vigila está admirada de la abnegación de esta mujer y el juez le ha dicho al acusado: «Su hermana es una santa».

Hay que verla en un pobre cuartucho de una calle apartada, careciendo hasta de lo más preciso, imponiéndose toda clase de privaciones, para comprender lo que esta mujer ama y sufre.

—Si le condenaran — dice estremeciéndose, — yo le acompañaría á todas partes; nuestros padres no carecen de nada, mi otro hermano está con ellos; éste no tiene á nadie más que á mí.

—¿Admite usted la posibilidad de que le condenen?—le pregunté.

—¡Oh! No, no, es sólo una suposición. No puede condenarse á un inocente... ¡Si eso fuera!... ¡España! ¡Francia!...

Veo brillar un rayo de odio en sus ojos dulces; es el germen de protesta de toda alma noble contra la injusticia. ¿Acaso no es esto lo que engendra el anarquismo?

No quise molestar más á esa alma sencilla con la cruel curiosidad de publicista que penetra en el cerebro y en el corazón evocando recuerdos y dolores; pero he formado el propósito de acudir á la sala de audiencia de París á presenciar la vista del proceso; interesada por el sufrimiento de esta pobre compatriota nuestra, que llora entre las

brumas y la glacial indiferencia del mundo parisién.

*

Hoy ha empezado la vista.

La sala estaba llena de público, entre el que había muchas señoras. Ya sabrá usted que las damás tienen tanta afición á venir aquí, que los modistos estudian el color de los trajes á propósito para que hagan efecto cerca de las togas de los magistrados. He visto con pena en todas partes con qué avidez busca el público femenino los relatos de crímenes y horrores; les interesan más que política, ciencia y arte. Creo que hay quien desea todos los días una catástrofe horrenda por sentir el gusto de compadecer.

Vallina entró el primero. Es de regular estatura, delgado, nervioso y en la mirada dulce de sus ojos claros hay mucho de soñador, de iluminado. Detrás de él apareció Harweiy, cuyos largos cabellos de plata contrastan con la fresca encarnación del rostro y la rubia barba.

A Malato lo conocía ya por sus retratos y sus obras; es un tipo franco, abierto, de simpática é inteligente fisonomía. En cuanto á Caussanel, viejo soldado del Imperio, encanecido en las nieves de Rusia, luce su gran bigote y su aire marcial.

Los cuatro acusados han estafado al público; no se ajustan al patrón de un anarquista: nada de barbas hirsutas y rostros patibularios; Vallina parece un joven romántico, Harweiy un honradote suizo, Malato un hombre de sociedad, y Caussanel un veterano de los que han honrado á Francia. ¡Cuánto desencanto para los que esperaban ver los rostros de regicidas feroces, destructores de la sociedad, etc., etc., etc.!

El acta de acusación ha sido interminable, fastidiosa, y ha provocado la protesta del público. Causaba indignación escuchar que se acusa inju-

riando y que por un abuso de la respetabilidad de la justicia se dijera: «Caussanel es un individuo de inteligencia mediocre», ó de Malato «Es un literatuelo demasiado inexperto hasta en la anarquía y el crimen».

De los escaños ha salido una voz exclamando: —«Eso es un escándalo».—Resumía el pensamiento de todo el público. Ni eso es digno, ni tiene relación con lo que se discute.

En suma, resultan los cuatro acusados cómplices en la tentativa de asesinato cometida contra el Rey de España, el Presidente de la República de Francia y un ciento de personas más. Vallina y Harweiy son también acusados de retener y fabricar materias explosivas. El interrogatorio dió resultado honroso para los acusados. Vallina estudió medicina y es un químico notable; Harweiy ha estudiado en Oxford, ha estado en Oriente y posee grandes conocimientos en filosofía, historia, sociología y religión. En cuanto á Malato su personalidad de escritor nos es bien conocida.

Ninguno de los cuatro negó sus ideas ni su amistad; y sufrieron como héroes el desfile de gente policíaca, con sus contradicciones y falsedades, toda una novela inventada con arte para copar huéspedes incómodos, pero con la inesperada aparición del misterioso Ferraz ha podido tener resultados lamentables.

La impresión no ha podido ser más favorable á los presos y confío en su próxima libertad. La opinión se ha manifestado muy clara hoy en su fallo y no creo que los jueces se atrevan á ir contra ella.

Sabrá usted, como yo, el desenlace por la prensa; porque mañana mismo dejo París en busca de más aire, más luz y ambiente más puro.

París, 30 de Noviembre. (1)

(1) Los cuatro acusados fueron absueltos.



Marsella

CARTA XVII

De París á Niza

Si el hombre tiene instintos, ó por lo menos impulsos que dominan su sensibilidad y su razón, es indudable que se cuenta entre ellos el que le atrae al seno de la Naturaleza y le hace amar el aire, el sol, las montañas y el mar.

J. J. Rousseau, marca el ideal de la dicha cuando canta la vuelta al seno de las bellezas naturales, que satisfacen más al espíritu que todos los adelantos con que nos mortifica el progreso.

Prefiero este ambiente de Niza á todas las decantadas bellezas y placeres que guarda París entre sus húmedas neblinas, y este mar tranquilo donde se respira á pleno pulmón y reposan los ojos fatigados de contemplar las aguas del siniestro Sena.

Me he detenido un día en Lión, uno de los grandes centros de la industria francesa, que eleva estatuas á Jacquard porque inventó los modernos telares. ¿Acaso no las merece?

Estoy segura que el nombre de esta ciudad ha

hecho latir muchos corazones de mujeres que ignoran hasta su situación y si pertenece á Francia ó al Celeste Imperio. Aquí están las fábricas de los ricos paños de seda que durante muchos años constituyeron el sueño de las burguesas y las damas de provincia, que tenían como supremo lujo emplear sus ahorros en la *frufruante* tela y legaban el traje, guardado en el fondo del arca entre pimienta y alcanfor, de madres á hijas.

Desde Li6n el paisaje empieza á ser más bello. En Marsella, ese puerto comercial donde acuden las naves de todo el mundo, mi imaginación se apartó del bullicio y de la vida real para ir á buscar entre los celajes del amanecer la silueta del castillo de If y soñar con los héroes de Monte Cristo, que tanto nos deleitan, antes de que la Preceptiva Literaria nos haya envenenado el espíritu.

Desde que llegamos á Marsella hemos pasado del invierno á la primavera; el tren corre por el Mediterráneo; pasamos el célebre presidio de Tolón y las bellas y pintorescas ciudades de la costa.

En algunos puntos la *C6te d'Azur* pudiera llamarse la *Costa Roja*; un sol de llamas arranca sonrisas á los brillantes tejados de un encarnado vivo, y las casitas blancas quedan medio ocultas entre el verde y espeso follaje que brota en una tierra de rojo de almagro. Al confundirse á lo lejos estos matices, forman una gama de tonos grisáceos con los que chocan bruscamente las olas azules y las espumas blancas. Es un cuadro algo churrigueresco, un cuadro á plena luz y grandes brochazos, de tonos fuertes, como el paisaje de una pandeleta.

Yo he evocado aquí el recuerdo de una pequeña playa andaluza, perdida frente á la costa de Africa, donde corrieron los días más hermosos de mi existencia. Tal vez por esto he pensado en la felicidad de la vuelta á la Naturaleza que ha se-

ducido á tantos filósofos y artistas. ¿Pero se podrá ser feliz volviendo ál seno de la Naturaleza ó se necesitará no haber salido de ella? ¿Dónde podemos ir ya con este fardo de recuerdos, de anhelos y de dudas? Cuando el espíritu de investigación se apodera de nosotros, ya no hay felicidad posible.....

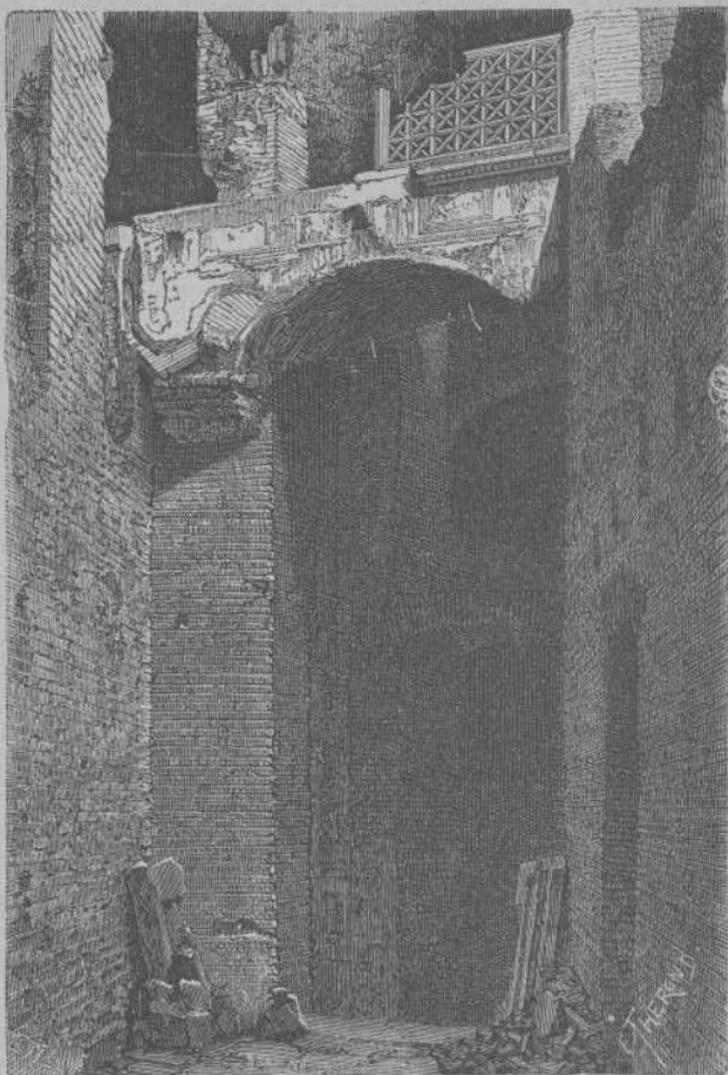
Esta certeza ha hecho asomar una lágrima á mis ojos. ¿Por qué negarlo? ¿Puede tacharse de debilidad femenina teniendo un corazón que ame, admire y sienta? No, es preciso que nos acostumbremos á que lloren los hombres sin avergonzarse y que las mujeres sueñen.

El estoicismo apaga los sentimientos generosos y es un lento narcótico que eleva y mata el espíritu de los pueblos. Hay que tener ideales para ser grandes; hay que ser locos como D. Quijote, si aun se llama locura la sublime hidalguía del honrado caballero de la Mancha. Para despertar estos sentimientos, para pensar y sentir, no hay nada como oxigenar el espíritu y el cuerpo en el seno de la Naturaleza, no para caer en el dulce Nirvana, expresión sublime de la felicidad, sino para despertar nuevas energías, ideales sanos y sentimientos puros.

Niza, 4 de Diciembre.



ROMA



Antepecho del palacio de Caligula



Niza.—Casino Municipal. El jardín de Invierno

CARTA XVIII

La Ciudad Encantada

Dudo que exista ciudad más limpia, más coqueta, más bella que Niza.

Fuera de las calles principales, las casas no están alineadas, se hallan entre jardines; se escuchan por todas partes cánticos y músicas que flotan en un ambiente primaveral.

Yo entré en Niza dominada por el pensamiento de que estaba en la patria de Garibaldi. Adoro al héroe de Marsala, al loco sublime que capitaneó mil hombres capaces de revivir en el siglo XIX las hazañas de la Odisea. En la plaza que lleva su nombre se le ha alzado un bello monumento; Francia é Italia mecen su cuna; falta la Humanidad entonándole un cántico.

Aquí empiezan los barrios pobres tan separados del centro, que recorriéndolo se ocurre pensar que en esta ciudad encantada no existe la miseria.

El puerto es chiquito, como de poco tráfico; la vida es muelle, regalada; el clima cálido enerva, y las gentes vienen dispuestas sólo á divertirse.

Me han dicho que un artista alemán vino varios años para hacer una exposición de cuadros de los más importantes pintores del mundo, y no logró despertar la atención. Son los hoteles y los casinos los que hacen *su Agosto*.

El *Casino de Niza* es de un lujo deslumbrante; todos los días hay conciertos al aire libre en el jardín público; teatros, ópera, cinematógrafos, carreras y cuanto pueda descarse.

La proximidad de Monte Carlo se deja notar en la afición á los juegos de azar. Actualmente hay una feria en la Plaza de Garibaldi, y las mesas de ruleta funcionan al aire libre; verdad es que se trata de una *ruleta disfrazada*, pues no tiene más que dos colores y un corazón, y sólo se admiten posturas de cinco céntimos á un franco; pero el obrero puede dejar en pocas horas el jornal de la semana.

Se juega también en el Casino y en el *Palacio de la Jectee Promenade*, que como su nombre indica, está construído sobre las olas. Tiene café, restaurant, conciertos y sala de ruleta. La ruleta no tiene más que nueve números y ningún cero; así aunque los efectos del juego son los mismos, se sigue diciendo que está prohibido en Francia.

Este afán de fiestas ha sabido aprovecharlo para un fin benéfico el periódico más importante de Niza, un gran diario político que se publica con el nombre de *Le Petit Niçois*, y ha empezado una rifa destinando los productos á lo que él llama la *Navidad de los Niños Pobres*. Gracias á su iniciativa se repartirán juguetes, ropas, dulces y naranjas con profusión á todos los niños pobres de Niza en estos días de pascua que se avecinan y

la costumbre ha consagrado para las fiestas de familia y de la inocencia.

En cuanto á mí, lejos de la una y de la otra, voy á ver cómo se pasa la Noche Buena en el gran Casino de Monte Carlo.

*

Lo primero que encontré al llegar á Niza fué una agradable sorpresa: en la calle principal, la «Avenue de la Gare», que desemboca en la plaza de Massena, están todos los comercios y los principales periódicos. Como población cosmopolita, cuya vida consiste en los extranjeros que la visitan, las noticias telegráficas despiertan extraordinario interés y se exponen al público en las puertas de las redacciones.

Ahora interesa sobre todo la revolución de Rusia; aquí hay muchos moscovitas y son muchos los corazones que laten de entusiasmo y de angustia ante esos héroes de su independencia que se sacrifican con una hermosa locura y combaten como leones contra la tiranía que los aplasta. Parece imposible que haya hombres que pidan libertad y no tengan á su lado todas las personas de buena conciencia, sin distinción de razas ni naciones. ¡Comprendo á Byron abandonándolo todo para ir á morir en Grecia!

Sigo con interés la suerte de los revolucionarios rusos, sin fe en su triunfo hoy, mártires de una nueva religión, que sólo piensa en librar á los otros de los males que ellos sufren. Su pensamiento está en las generaciones que vienen; por ellas se inmolan y luchan.

Cuando llegué á Niza fuí á leer los telegramas, pero en lugar de Rusia encontré noticias de España. ¿Qué más da?

Los telegramas daban cuenta de ocupar Moret

la Presidencia del Consejo. Dentro del régimen actual es el único hombre que me inspira confianza para que haga algo práctico por nuestra pobre *Rusia Española*. No basta la voluntad de un hombre para vencer tantos males como nos agobian; pero el que supo, con ardor juvenil, levantar su voz contra la esclavitud para que millones de seres pudieran alzar la frente deprimida por el látigo de la servidumbre, sabrá marcar su paso, como consejero real, dando á España muchas de las leyes que necesita para su evolución progresiva.

*

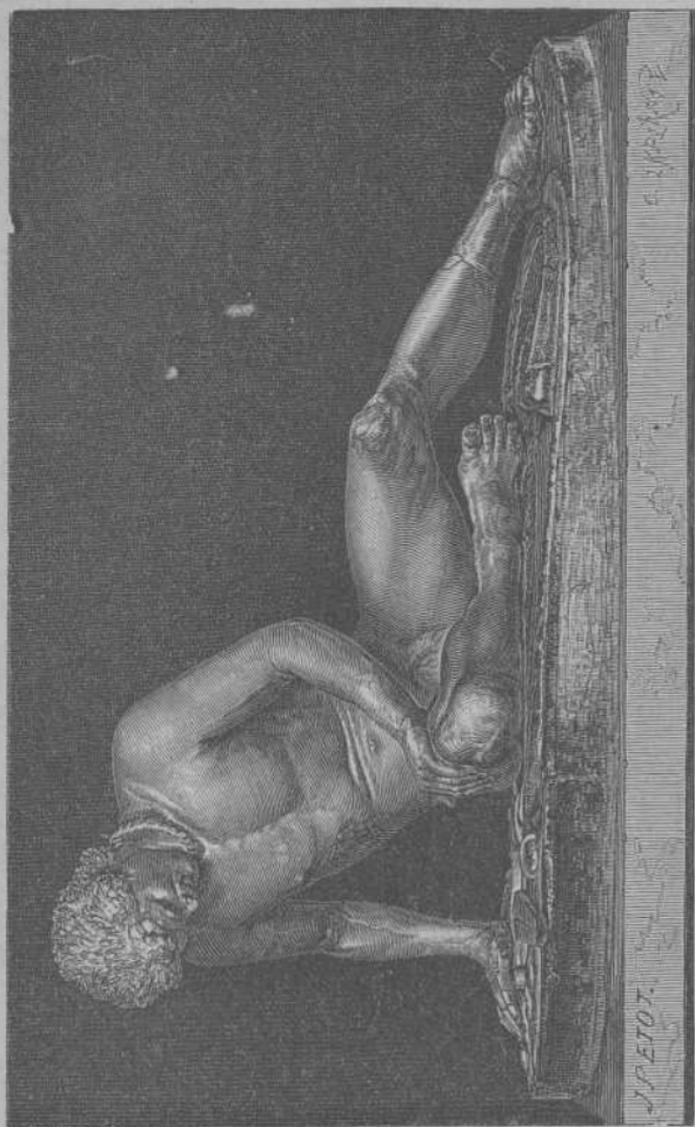
En esta misma Avenue de la Gare está la Iglesia de *Nôtre Dame de Niza*, pequeño modelo de *Nôtre Dame de Paris*, que tiene todos sus defectos y ninguna de sus bellezas, y enfrente de ella la calle que conduce al pequeño Museo de Pintura.

Las obras de mayor mérito que encierra son las del gran pintor *Niçois* Vanloo, que fué de una admirable fecundidad y tiene lienzos en iglesias y palacios desde Mónaco hasta Marsella, sin contar los que pasaron las fronteras de la *patria chica*.

Recorría las salas del museo con cierta indiferencia, cuando hirió vivamente mi atención un minúsculo cuadrito; era á la vez una obra de arte y un rostro amigo que me sonreía; alguien á cuya familia conocía yo mucho.

No había leído el índice ni llevaba guía: me vi precisada á llamar al conserje y preguntarle.

¡Un retrato pintado por Velázquez! Sí, era él, no podía confundirse con otro; aquel pequeño lienzo vale por todo el museo de Niza. El Pontífice que le hizo ensayar los pinceles, retratando á sus criados, inmortalizó una corte de imbéciles que la



ROMA. — Capitolio. — Galo herido

posteridad admira porque les ennobleció el pincel del divino artista.

*

En las otras salas se han recogido con cuidado todas las manifestaciones del arte *Niçois*. Hay un retrato de la heroína Catalina Segurana, la lavandera que defendió su ciudad contra las tropas, lo mismo que nuestra *desconocida* Agustina de Aragón.

Otro lienzo atrajo mucho mi curiosidad más por la expresión de las figuras que por su mérito: «Cristo y la Mujer Adúltera». Hay mucha belleza y mucha realidad en la actitud de aquella mujer de redondos brazos, fuertes caderas, ojos negros y rostro moreno, que cae á los pies del Salvador con los vestidos desgarrados, mostrando la carne exuberante que la indujo al pecado. La figura de Cristo es dulce y grave, parece comprender la inconsciencia de la pecadora y sentir el perdón compasivo que envuelve el desprecio por la flaqueza, y al mismo tiempo la indignación por los perseguidores. Las palabras *se ven* salir de sus labios como una luz que ilumina las conciencias de los hipócritas, que retroceden temiendo verse adivinados.

Este pintor tuvo más genio para la concepción que habilidad para ejecutar; pero su cuadro tiene tal expresión de realismo, que hace detener el paso.

Niza, 8 de Diciembre.





CARTA XIX

Paganini

Es aquí muy frecuente encontrar nombres de sabios, de artistas y de grandes señores que han muerto en esta ciudad adonde acuden á buscar la salud hasta los que tienen una dolencia incurable. Es Niza tan alegre, tan bella, tan acariciante, con su cielo claro, su mar azul y su dulce ambiente de pinos y sales marinas, que la muerte se oculta á los ojos del enfermo y se esconde entre flores para sorprenderlo sin agonía.

Aquí murieron el sabio Halevy y el incomparable violinista Paganini. Un vivo deseo de ver la casa en que murió el último se apoderó ayer de mí y dejando á la espalda la ciudad nueva, engalanada de flores y sonriente de belleza con el fin de atraer y adormecer en su regazo á los viajeros, me interné en los barrios de la antigua ciudad romana, para detenerme delante del número 14 de la *Rue de la Prefecture*. ¡Aquí murió Paganini! Esta exclamación se escapó de mis labios, y con-



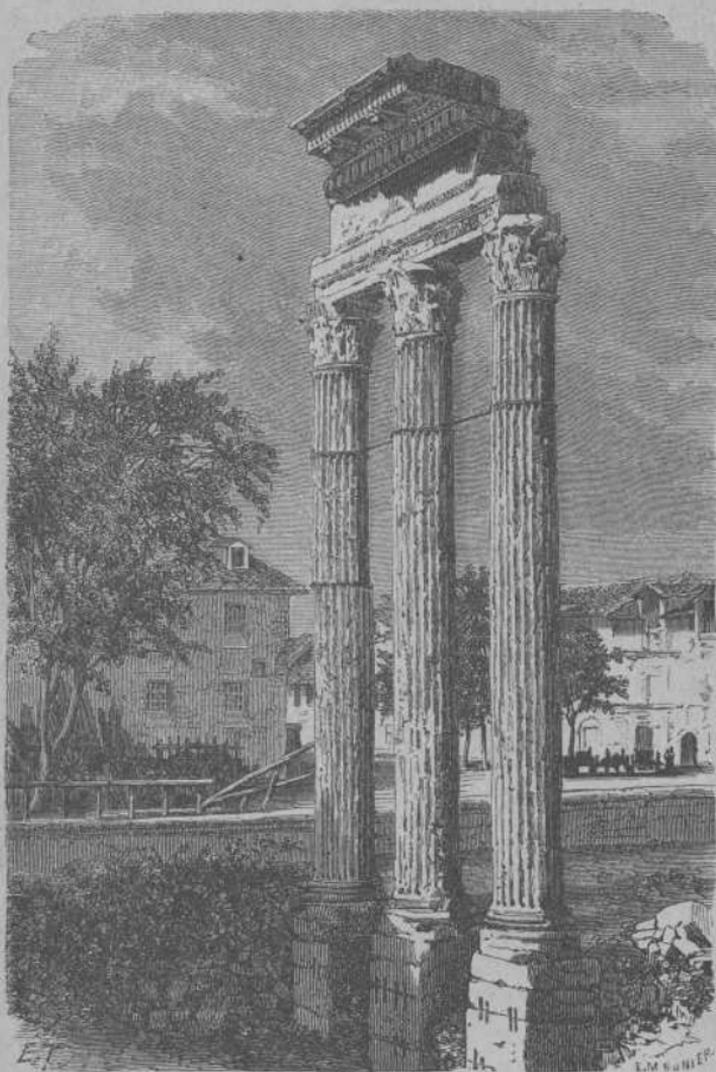
Casa de Paganini

viene advertirle á usted que pudiera pensar si había alguna lápida ó recuerdo para conmemorar que aquellas paredes habían albergado á un genio, á un artista, á uno de esos pájaros cantores que, con el cincel, la pluma ó el pentágono cruzan el mundo, llevando en la mente y en el corazón la llama del arte que viene con ellos á consolar los dolores de la humanidad.

Pensé en la vida extraordinaria de aquel muchacho genovés admirado por los príncipes, glorificado por el pueblo y adorado por las damas más hermosas, con esa adoración admirativa que el sexo femenino siente por todo lo grande y lo bello; con esa adoración que hacía llorar en el fondo de su Harém á una sultana, soñando con Carlos XI de Suecia, al que llamaba *Mi León*; con esa adoración que esclaviza á la hembra ineducada á la fuerza brutal de un hombre y hace sentir á la mujer culta el más sublime y grande de todos los amores.

La casa estrecha y alta, de persianas rojas y desconchados muros me volvió tristemente á la realidad. En el portal, largo y abovedado, se veían varias cajas para depositar el correo de los vecinos de los diferentes pisos; una librería católica ocupaba parte de la planta baja y en la restante un zapatero sacaba la curiosa cabeza por entre

ROMA



Restos del templo de Cástor

las apretadas filas de zapatillas de invierno. Sin duda extrañaba mi contemplación.

Me decidí por fin á preguntar al conserje si se conservaba la habitación en que había expirado el gran músico. Nadie me supo dar razón y una vieja murmuró que «ya debía hacer muchos años que se mudó de allí *Mr. Paganini*, puesto que ella no lo recordaba»; y otro más instruído me preguntó si yo era cantante; pensaba que había ido yo allí en busca de un maestro de música.

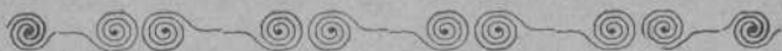
¡Esta es la gloria! El recuerdo de los artistas queda respetable y santo para un corto número de apasionados, tan locos como ellos. Me explico por qué Paganini derrochó su oro, sus armonías y su vida en una vertiginosa corriente de placer... Después de su muerte terminó todo; su pobre cadáver peregrinó de ciudad en ciudad sin ser admitido en ningún recinto. El fanatismo negó un pedazo de tierra para que reposara aquel genio que se acusó de tener pacto con el demonio.

¡Siempre me ha parecido la idea más peregrina, que los que creen en un demonio tentador, suma de todos los horrores y maldades, conciban un demonio artista, ennobleciendo á la humanidad!

Nada queda de Paganini más que su recuerdo, sus pobres huesos enterrados en un punto desconocido de la *Costa Azul*, donde las ondas besan y acarician al genio de la armonía; un viejo violín en Génova y esta casa que se derrumba.

Los sonidos mágicos con que encantó al mundo se perdían vibrando en el aire; no pudo grabarlos para que sirvieran de monumento á su gloria, como se esculpe el pensamiento en el papel, el lienzo ó la piedra; pero su s̄er se inflamó con el soplo sublime del arte para poblar los aires de armonía; fué un gran artista, y á la posteridad toca perpetuar su nombre.

Niza, 15 de Diciembre.



CARTA XX

El Castillo

He recorrido todos los alrededores de Niza; he visto las *Arenas de Cimiez*, las *grutas*, todas las cosas que se hacen valer en guías y descripciones y he sacado el convencimiento de que los franceses son inteligentes y saben hacer bien su reclamo.

Todo esto vale en realidad poco, pero se le hace valer; se aprovecha la bondad del clima para hacer la estancia agradable y conservar una hermosa estación de invierno. Nosotros tenemos una hermosa *costa azul* que se extiende desde Valencia á Almería; pero carece del *confort* que aquí encuentran los extranjeros. Hay que



Niza.—Paseo del Castillo

confesar que ayuda mucho la situación de Niza, su proximidad á París, la facilidad de los viajes de toda la Europa del Norte y de Europa Central,

y los Alpes Marítimos que la resguardan del viento y le dan un clima igual; pero en bellezas naturales nada tiene comparación con las costas de Andalucía y Valencia.

Nosotros no llegaremos nunca á este *confort* para hacer de Málaga, por ejemplo, otra Niza. Sería preciso descatalogarla primero; sanear su ambiente de la funesta influencia de Larios, Luises, Jesuitas, curas y demás aves negras que ahogan la libertad, miran como enemigo á todo el que no va á misa y ejercen su influencia en la sociedad femenina, supersticiosa y mogigata.

Mi sitio favorito es *El Castillo*, restos de una antigua fortaleza romana que ocupa un montecillo decorado con vegetación, paseos, escaleras y arcadadas; mitad rústicas, mitad naturales.

Desde su altura, entre árboles y flores se escucha el rumor de una cascada y se descubre un panorama grandioso.

Niza duerme al pie, limpia y alegre, con sus casitas blancas y sus tejados de ocre, retratándose en el hermoso espejo azul de la *Bahía de los Angeles*, donde lucen las doradas cúpulas del *Palacio de la Jectee Promenade*.

Hay aquí un bosquecillo de palmeras que se alzan cerca del agua entre cañaverales y juncos. Desde aquí veo de tal modo el horizonte, que el libro que llevo en la mano se recorta sobre el fondo azul del mar y el cielo. Es el sitio que más me gusta y donde paso gran parte del día, porque para mí viajar es sinónimo de leer. Reparto las horas entre mis visitas á los sitios notables y el estudio de la historia y la literatura del país que recorro. Parece que las obras leídas en la lengua y el sitio en que se escribieron tienen un sabor más intenso y nos compenetramos mejor con ellas.

Soy feliz en mi *silla* de piedra, delante del mar,

viendo á mi hija que juega gozosa cerca de las palmeras, los juncos y^l los cañaverales.

Amo estas plantas que se elevan en línea recta, sencillas y elegantes, con sus troncos desnudos de follaje. La palmera tiene para mí entre los vegetales algo de agosto, de puro, de sencillo. Me causan cierto respeto estos troncos añosos que ven pasar bajo su penacho de hojas tantas generaciones.

Con los juncos y cañaverales mi impresión es distinta; me parece que entre la envoltura de los mimbres y los nudos de las cañas se ocultan seres alados que las mantienen en continuo balanceo y murmuran antiguas historias y canciones.

Recuerdo que siendo niña he pasado muchas horas escuchando las historias que me contaban los cañaverales; ignoraba entonces que existían grifos, gnomos, enanitos y toda esa multitud de seres fantásticos nacidos entre las brumas de la Escandinavia; pero los presentía y éramos excelentes amigos.

Hoy los conozco tarde; el *Hada Realidad* tronchó mis creencias antiguas, pero todavía escucho la poesía de sus voces entre las cañas que se agitan como impulsadas por débil brisa; todavía delecto sus historias, todavía sueño...

Mas como no hay paraíso sin serpiente, viene á arrojarme del mío una angulosa dama inglesa, que trae á pasear todos los días cuatro perritos abrigados con mantas blasonadas. Ellos ahuyentan á mis gnomos con sus ladridos, eligiendo este lugar como sitio de merienda. Veo á la dama sacar de su bolsa viandas succulentas y repartirlas á los repugnantes falderillos entre tiernos besos en los fríos hocicos. ¡Hay quien puede ver eso con calma!

Quiero disculpar las aficiones de la *Miss* recordando el ejemplo de los hombres ilustres aficionados á los perros: Carlos V, Byron... todos los

desengañados de lo que vale el afecto de las personas... pero no logro convencerme.

No comprendo la *sensiblería* que hace amar de tal modo á una bestia y pasar indiferente al lado de las personas que padecen.

Conozco en Madrid una viuda, rubicunda y grasa, que tiene la friolera de ocho perros; el favorito atruena la calle con sus alaridos de placer cada vez que la señora regresa á casa; en cambio, los vecinos verían con gusto que no volviese. La cosa es muy natural; para el animal escrofuloso son sus más tiernas caricias y cuidados, y para las vecinas la más despótica de las tiranías de casera.

En Asnières hay un cementerio de perros, á los que se les han construído tumbas y monumentos de mármol con tiernas inscripciones; con lo que se gasta en el mausoleo de un perro se labraría la suerte de una criatura; pero ¿qué entienden de humanidad las *canófilas* fervientes? Usted que tanto los desprecia se indignaría en Asnières y... ¡lo que diría de esta *miss*!

Estos perros de la dama que viene al castillo, son agradecidos, no sólo á su dueña sino á todo el sexo; no ladran más que á los hombres... y á mí, que rechacé sus primeras caricias.

Le hablaba á usted de mis lecturas y no puedo dejar de darle la enhorabuena por su traducción de *La Vida de Jesús* de Federico Strauss. Es una hermosa obra que necesitaba un teólogo como usted para traducirla. Es un buen acierto el emplear á cada persona en el ramo en que descuelle por sus conocimientos. Se ven hombres escribiendo revistas de salones y crónicas de modas, críticos que juzgan sin leer las obras, y algunos no pocos, que hablan de teatros y de Arte sin haber estudiado nada de unos ni de otros... Por fortuna Strauss ha caído en manos que no le destrozarán.

Son muchas las horas que he pasado leyendo sus inspiradas páginas, seducida por el arte de la forma bella, única cosa que puede disculpar ahora la lectura de estudios religiosos y más, si como en este caso, la religión de que se trata es la que pone á la naturaleza en lucha consigo misma y se lee en esta tierra pagana, fecunda, á donde acuden los potentados de todos los países y donde la gente, encuentra elegante prescindir de la moral y de las conveniencias. Aquí los devotos que vienen se dejan el rosario en su país. ¡Son tan disculpables para la Iglesia las pequeñas faltas de los que viajan en yate ó automóvil!

Pero en medio de estos estudios encuentro siempre un pensamiento que me detiene de párrafo en párrafo. ¿Cómo el dulce y mal intencionado Renan y el analítico Strauss escriben una vida de Jesús? ¿Cómo el primero busca convencido de su existencia de hombre el lugar de su sepulcro, para dar el golpe de gracia á la creencia en su divinidad; y á ninguno de los dos llegan las dudas de la escuela novísima, respecto á la verdad de su existencia?

Anatolio France lanza esa duda en forma artística, velada, incierta, en su divino cuento *El Procurador de Judea*. Se ve allí que la figura que toma para nosotros tales proporciones es uno de tantos agitadores, anarquistas de su tiempo, que salían á predicar todos los días, y que en realidad no tenían gran importancia.

Sin duda en el transcurso de los siglos, fábulas, leyendas y hechos reales se han ido acumulando al nombre tomado por bandera de la entonces naciente secta política de los cristianos, que fué degenerando en secta religiosa, contra su misma doctrina.

Leo al mismo tiempo que estas páginas por usted traducidas, las hermosísimas del gran pensador Mi-

lesbo, y verdaderamente es para dudar de la existencia de un hombre al que se le atribuyen milagros y prodigios, fundador de una doctrina que ha de cambiar la faz del mundo, y cuyo nombre no mencionan historiadores de su tiempo de la importancia de Filon, Justo de Tiberiades, Plutarco, ni el satírico Juvenal.

Así, querido amigo, la suma de razones del estudioso Milesbo me hacen mirar el Strauss como bella leyenda, que ha tenido la suerte de llegar al castellano vestida con las galas de su pluma.

¡Bella leyenda! ¡Qué perniciosa ha sido! ¡Cómo este ideal que parecía vivificante ha traído la decadencia del arte y hasta de la belleza en la forma humana!

Desaparecieron con el cristianismo los baños, los masajes, las uncciones fortificantes de las religiones que tenían por culto el placer y la belleza; el cuerpo fué mirado como enemigo digno de castigo ó como fiera indómita á la que era preciso aniquilar para no ser devorado por ella; y el ayuno, los cilicios y la falta de limpieza fueron destruyendo las formas amplias y sanas para sustituirlas por la obesidad del linfatismo ó la delgadez de la anemia.

Entre todas estas mujeres que acuden á Niza y Monte Carlo, cargadas de perfumes, sedas, plumas y encajes, qué pocas líneas armónicas, sencillas y puras como las que nos ha legado la incomparable Grecia; ¡y los hombres! En unos y otras sobra de grasa en los tejidos, abdómenes abultados, prematuras calvicies, dientes careados, pieles arrugadas y amarillentas; cuerpos angulosos, como el de la dama de los perritos que viene de nuevo á interrumpir esta carta.

¿Será éste el patrón de la mujer del porvenir, hija del ideal cristiano y precursora del feminismo?—Niza, 20 de Diciembre.



Mónaco.—Palacio del Príncipe

CARTA XXI

Mónaco

Desde Niza á Mónaco, el camino corre á la orilla del mar, rodeado de villas, edificios y vegetación frondosa.

Asombra ver cómo se ha extendido este pueblo entre los acantilados y las rocas. El menor recodo de una peña sustenta un árbol como si fuese una maceta; las palmeras con el tronco revestido de yedra, los naranjos y los rosales, crecen por todas partes; en las verjas se enredan las campanillas azules y los jazmines tejen guirnaldas en las tapias. Se ve el trabajo con que generaciones enteras pensaron en embellecer la tierra. Cerca de Niza está Villefranche, el pequeño puerto militar donde se halla el cuartel de cazadores de los Alpes, de esos soldados que se cubrieron de gloria al lado de Napoleón, y un poco más lejos la linda villa en que el rey de Bélgica reside una gran parte del invierno.

Pasado Beaulieu el paisaje cambia, presenta un

tono sombrío, los árboles de un color verde intenso crecen sobre rocas blancas; algunos, sin espacio para extender sus raíces, parece que se aferran con colosales garras á las hendiduras de piedra y los troncos se inclinan sobre el mar, completamente tendidos, reflejándose en las ondas.

Más allá del *Cabo de Ail* se alza la roca de Mónaco, ciudad hermana de nuestra Cádiz en el origen, que surge como ella á los besos del mar azul, antiguo pedestal del dios fenicio Melkarh; que enclavada en la frontera de la república francesa, guarda aún hoy los vestigios del feudalismo.

Este diminuto Estado de 2160 hectáreas de superficie, tiene una vida distinta de todas las capitales de Europa. En la antigua roca se alza el castillo del príncipe reinante, la catedral y los museos.

A pesar de la belleza de sus jardines suspendidos y del horizonte dilatado que domina, oprime allí el pecho una extraña impresión de tristeza; es el recuerdo de la época feudal que revive de pronto ante nosotros. En aquel nido de águilas, oculto entre las rocas, vinieron á guarecerse los aristócratas arrojados de Génova para convertirse en piratas; sobre esta roca ha ondeado durante ochenta años el pabellón de España.

En caso de guerra Mónaco sería un puerto y una posición inexpugnable, cortada á pico sobre el mar y rodeada de fosos por tierra; su palacio real tiene mucho de castillo ó fortaleza. Se comprende que los señores que allí habitaron no necesitaban obedecer más ley que su capricho, y que ejercieron su tiranía para llegar hasta al abominable derecho de pernada. Y sin embargo los súbditos de Honorio I supieron escalar la fortaleza y arrojar al mar á su tirano.

El Castillo-Palacio es un edificio muy grande, construído á pedazos, que presenta almenas mo-

riscas y ostenta aún en el patio y en la entrada, como ridículo alarde de fuerza, los cañones que regaló Luis XIV á los príncipes de Mónaco.

Sobre la puerta está grabado el escudo de los fratricidas Grimaldi. Es la historia de todas las monarquías: luchas de padres y hermanos disputándose el poder con crímenes y bajezas.

El interior del palacio se muestra á los extranjeros en ausencia del príncipe; es decir, casi todo el año, porque Su Alteza vive tranquilamente en París ó recorre en yate los mares sin ocuparse de sus Estados sino para cobrar sus rentas.

Nada tiene de notable el interior de la morada. Salones decorados de diversos colores, alarde de lujo de mal gusto, como la casa de cualquier burgués rico.

Hay algunos cuadros notables, varios retratos pintados por Vanloo y una Magdalena de Domenico Feti. Es este un cuadro raro. La Magdalena parece arrepentida de su arrepentimiento; el pintor ha desviado la mirada y sus ojos contemplan con tristeza los brazos amarillentos y descarnados, como si pensara en la satinada piel y en la sangre roja que los embellecía antes de macerarlos la oración y el ayuno. ¡Lo que hace pensar la desviación de un pincel!

Frente á la tiranía feudal, la tiranía religiosa; frente al palacio la catedral de San Nicolás, pesada fábrica de estilo románico-bizantino escandalosa-



Mónaco.—Escalera del Palacio

mente restaurada, que luce en su parte más visible el trono episcopal.

Más adelante, junto al mar, en cuyas aguas baña los cimientos, se levanta la catedral de la ciencia, el admirable museo Oceanógrafo, que pasa por el primero del mundo.

Es un soberbio monumento dotado con magníficas salas de conferencias, y numerosos *acuariums* que alimenta el agua del mar. Hay en ellos las más curiosas especies de la fauna marina.

El Príncipe Alberto de Mónaco es uno de los más inteligentes oceanógrafos, quizá el que más hace por el desenvolvimiento de esta difícil é interesante ciencia.

Ha sabido rodearse de una corte de sabios y desde hace veinte años recorre los mares en su barco laboratorio recogiendo preciosas observaciones; así redime la memoria de sus abuelos piratas.

Su yacht «Princesa Alicia» está provisto de todos los aparatos más perfectos conocidos; sondas que permiten llegar á las mayores profundidades del Océano, ingeniosísimos instrumentos para poder apreciar la temperatura, cosa imposible con los termómetros ordinarios.

Todos los peces, crustáceos, esponjas y arcillas que el príncipe extrae del mar se entregan al químico doctor Richard, que procede á su clasificación y tratamiento mientras que un hábil pintor fija en magníficas acuarelas los colores de los animales demasiado delicados para guardarlos intactos en el líquido conservador.

Es curioso el detalle que me han hecho observar: los animales que viven en obscuridad completa tienen los ojos enormes; en el mundo de las tinieblas, todos llevan fanales de colores diferentes; los pulpos, los calamares y muchos peces poseen órganos luminosos; en algunos van unidos

al aparato de la visión, como una especie de proyector eléctrico; y hasta los pólipos y otros animales *inferiores* (les llamaré también así) poseen propiedades luminosas para esclarecer las sombras. ¡Cómo detiene la admiración la pluma al tratar de los misterios incomprensibles de la Naturaleza!

No tienen un interés poco práctico y meramente especulativo los estudios de la oceanografía. Los sondeos permiten investigar el relieve del fondo de los mares y los fenómenos volcánicos que son de capital importancia en el tendido de los cables eléctricos submarinos. Las especies de peces comestibles y crustáceos viven sólo en pequeños fondos, en lo que se ha llamado *plano continental*, donde el número siempre creciente de pescadores amenaza exterminarlos, y es conveniente descubrir nuevos terrenos de pesca en los planos submarinos llamados *bancos*.

También el conocimiento de las temperaturas de las diferentes capas del mar no pertenece sólo al dominio de la ciencia pura. Se ha descubierto que los bancos de bacalao se extienden siempre en una temperatura de 6º aproximadamente; y me asegura el sabio director de este museo, que los pescadores noruegos que usan los nuevos termómetros, reemplazan la pesca rutinaria por la pesca metódica y científica y obtienen mayores productos.

El Príncipe de Mónaco está en relaciones con muchos sabios; hábiles mecánicos estudian los órganos locomotores de los animales; los físicos el mecanismo de la producción de la luz, para llegar al descubrimiento de la *luz fría*, y de los arseniats que contienen los animales más apartados de nuestro mundo con objeto de determinar si son naturales en ellos ó los reciben de su proximidad ó nuestro medio.

Este museo es de lo más curioso é interesante que he encontrado en el curso de mi viaje.

*

Al pie de la roca, descendiendo entre admirables jardines colgados que la rodean, se llega á la ciudad de *Mónaco Moderno* donde están oficinas, consulados, el pequeño puerto y en una palabra donde se reconcentra la vida ordinaria. Como construída en un cerro, la ciudad es de calles tortuosas: con sus cuestas y escaleras, recuerda un poco á nuestra Toledo, pero nada tiene de notable, duerme envuelta en su muelle pereza meridional.

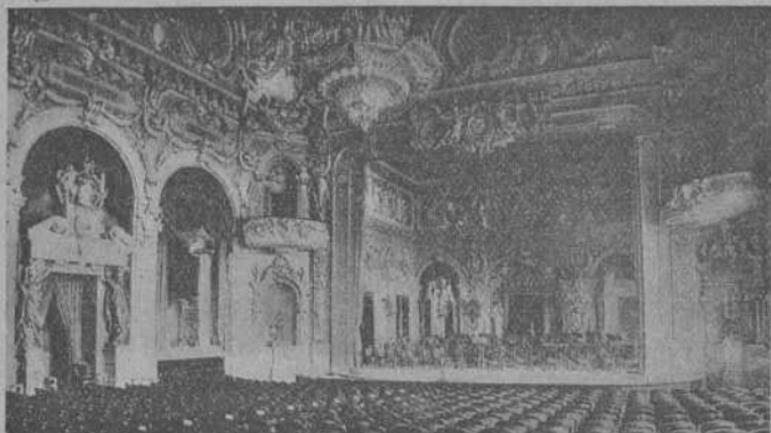
La animación se reconcentra en Monte Carlo, en esa metrópoli del juego, timba legal del mundo, á donde vienen á jugar los moralistas y los severos monarcas que prohíben el juego en sus Estados.

En Mónaco todo es libre; no se pagan consumos ni contribuciones; los productos del juego dan para atender á todos los gastos.

Francia ha establecido aduanas para que por esta estrecha faja de terreno no se la inunde de contrabando; porque Francia es aquí el *Deus et machina*; no se la ve, pero se la siente en todo, se puede decir que es la verdadera dueña del pequeño Estado, cuya libertad aparente conviene á sus fines.

Mónaco, 23 de Diciembre.





Monte Carlo.—Salón de conciertos

CARTA XXII

Monte Carlo

Monte Carlo es minúsculo; fórmanlo unos cuantos hoteles, entre jardines con balaustradas de mármol, que se agrupan cerca de la enorme catedral blanca del lujo y del vicio.

No es posible formarse idea del Casino de Monte Carlo sin verlo. Salas de columnas jónicas de ágata y mármol, pinturas, guirnaldas de luces, molduras Luis XIV y Luis XVI; son la realización de un cuento persa.

La sala de fiestas demasiado recargada de adornos, parece el camarín de una iglesia con tantos dorados, butacas y tapices de terciopelo rojo. Aquí se presenta la mejor *Mise en scene* de toda Europa; yo vi representar con un lujo fastuoso la pantomima *Bazar de Muñecas* que pronto correrá el mundo como un triste símbolo de la realidad.

La sala de lectura, situada en el piso principal, es una maravilla; se reciben todos los principales periódicos y revistas del mundo; pero donde está el *Sancta Sanctorum* es en las Salas de Juego.

Al penetrar en ellas *aturde el silencio* de tantos centenares de personas y el constante *tintineo* del oro y de la plata, al chocar unas monedas con otras sobre el muelle tapete verde. En torno de las diez grandes mesas de ruleta y de las cuatro ó cinco de *treinta y cuarenta* se apiña una multitud ávida, anhelante, que sigue con mirada ansiosa los montones de oro apiñados sobre el cabalístico tablero.

Hay más mujeres que hombres, jóvenes en su mayoría luciendo ricas *toilettes* que ofrecen á la vista un constante ir y venir de gasas, centelleo de joyas y ambiente de perfumes.

Entre los hombres hay muchas respetables cabezas blancas y calvas que se inclinan sobre el tapete verde; y merece notarse que las mujeres se apasionan más que el sexo fuerte por el juego. Casi todos los jugadores tienen en la mano libretas y es de ver las cábalas y combinaciones que hacen y las largas filas de sumas y restas para acertar en los cálculos, que deshace en un instante la loca bolilla corriendo alrededor de la ruleta.

Aquí el juego es una función sagrada: no se deja penetrar á nadie en los salones con abrigo ni paquetes; á los hombres se les prohíbe llevar doblado el pantalón, donde pudiera caer una moneda; en cada mesa hay ocho empleados, sin contar los servidores y el gran número de policías de todo el mundo. Según confesión del Gerente de la Sociedad que explota Monte Carlo, se eleva la policía á 500 individuos. Se puede contar un policía por cada dos jugadores.

El relevo de los *groupiers* se hace con la misma

ROMA



Patio del Palacio Mattei



Casino de Monte Carlo

solemnidad que el de una guardia regia, y cada vez que se suspende, empieza ó termina una partida, se levantan actas notariales con la mayor escrupulosidad.

Muchos *groupiers* son Caballeros de la Legión de Honor. La «Compañía» que se encubre bajo el modesto nombre de «Sociedad de Baños de Mar y Círculo de Extranjeros» cuyas acciones se cotizan más altas que las del Canal de Suez, en su afán de presentarlo todo del modo más decorativo posible, sabiendo el factor importante que es la vanidad, daba mayores sueldos á los que tenían una condecoración y muchos caballeros arruinados acudieron á ocupar los empleos. Los miembros de la Legión de Honor no podían ver esto con indiferencia, y hace tres años se suscitó en Francia un pleito célebre. Los legionarios querían expulsar á los *groupiers* de su seno y éstos alegaban que su posición no tenía nada de deshonrosa; podía considerárselos como funcionarios públicos, puesto que el juego es perfectamente legal: ellos no juegan, sino que pasan muchas horas de trabajo para ganar su modesto sueldo. Al fin se falló que no pudiesen usar la gloriosa insignia mientras desem-

peñasen el papel de *groupiers*. Esto no estorba para que lleguen allí á probar fortuna muchos caballeros con la condecoración en el pecho; todo consiste luego en metérsela en el bolsillo.

Los cilindros se cambian también todos los días. Por muy bien construído que esté un cilindro, siempre tiene algún pequeño defecto. Una compañía italiana advirtió el de los cilindros de Monte Carlo y jugando á lo que en su tecnicismo se llama el defecto del cilindro, realizó grandes ganancias: desde entonces se cambian todos los días.

El mismo escrupuloso cuidado se tiene con las cartas de juego. Un jugador llegó hace algunos años á entenderse con un *groupier* para usar barajas señaladas, pero se descubrió el engaño y fueron condenados á doce años de presidio.

Como un momento de obscuridad sería aquí terrible, se ha previsto el caso, y hay tres sistemas de alumbrado diferente: electricidad, gas y petróleo, capaz de iluminar, cada uno por sí solo, todos los salones.

Examinando bien esto hay para reirse de tanto incauto que vive soñando en Monte Carlo como



Bellezas de Monte Carlo

medio de hacer fortuna, cuando precisamente este lujo se sostiene á costa de los extranjeros que vienen á dejarse desplumar.

Aquí no se enseña más que la parte que conviene; la indiscreción es el delito más punible, y á las personas que estorban ó ven demasiado se las expulsa. Los policías no están sólo en los salones: van en los trenes, en los tranvías, se les encuentra en los hoteles, lo averiguan todo; parece sentirse siempre al lado el aliento cálido de los espías.

El periódico de la localidad, no da cuenta más que de fiestas ó diversiones ó de las ganancias de tal ó cual personaje. Nunca habla de los que se suicidan en un momento de desesperación por no haber podido resistir al demonio del juego, ni de las ganancias de la Banca que se calculan en unos 50,000 duros libres todas las noches.

Como le he dicho á usted en mi carta anterior, aquí no hay contribuciones ni impuestos; todo vive del juego. De él se dan al Príncipe todos los años sus dos millones; de él se atiende á todas las necesidades del pequeño Estado; de él recibe su salario ¡el Obispo! encargado de bendecir á los católicos dueños; porque eso sí, Mónaco es católico y una parte de este dinero del vicio, manchado de sangre y lágrimas, pasa al tesoro de San Pedro. Su Santidad recibe bien los francos que no conservan olor de judío, ni hereje, y reparte en cambio medallas, indulgencias é innumerables títulos papalinos, ¡y Jesús rechazó las monedas con el busto de César!

A los habitantes del Principado y de los Alpes Marítimos* les está prohibido jugar aquí; sólo se les consiente la entrada en el Casino el día de San Alberto, y acuden después de su fiesta con el ansia de hacer una rápida fortuna y gozar del sabroso placer vedado; pero se adelantan los relojes del

salón y los echan á la calle apenas empezada la partida. No se quiere que se arruinen; ese honor está sólo reservado á los inexpertos extranjeros, que sostienen los gastos del principado.

Las cantidades que aquí se cruzan son fabulosas. En la actualidad un rico americano tiene su yacht fondeado en la rada de Mónaco; los periódicos del departamento contaron que noches pasadas ganó 600,000 francos; lo que no dicen, ni yo puedo calcularlo, es lo que ha perdido hoy cuando le he visto jugar.

Estaba sentado cerca de la mesa de ruleta, tenía ante sí un enorme fajo de billetes de mil francos; cada postura cambiaba seis, el máximo de lo que se admite; se ponía de pie, y á manos llenas sembraba el oro en el tapete. Se le notaba el nervosismo, la agitación en su rostro que quería parecer tranquilo. La suerte le había vuelto la espalda y la raqueta del banquero barría su oro y sus billetes.

A la derecha estaba su esposa, una joven rubia, siniestramente hermosa, con los labios contraídos y la mirada torva; contemplaba el juego con inmovilidad de estatua y sólo murmuraba en inglés de vez en cuando: «Más», «Más».

A la izquierda, una niña de aspecto candoroso, hermana del marido, arrojaba con desdén, á pequeños intervalos, una pieza de plata entre los montones de oro.

No puedo comprender cómo estas dos mujeres jóvenes, hermosas y ricas, pasan tan gran parte del día en esta atmósfera asfixiante del salón de juego, cuando en esta tierra edénica sobran encantos, flores y alegría por todas partes.

El rico americano es muy joven, tiene el tipo sajón, el labio colgante y los signos de una degeneración prematura.

Sin duda es el heredero de alguno de esos *reyes*

americanos que viene á gastar en un día lo que sus padres tardaron muchos años en reunir.

Y ¡esta noche es Noche Buena! La noche de los aguinaldos, de los nacimientos, de las reuniones de familia, de todas esas *antiguallas*, de las que aquí siento la nostalgia y melancolía.

Allá, en mi rincón andaluz, se reunirán con tristeza mis padres, al lado del fuego, para pensar en los dichosos días en que pequeñuelos todos mis hermanos, les aturdíamos con los villancicos. ¡Hoy la muerte les quitó á una hija inolvidable, las luchas del mundo alejaron á los otros! El pensamiento salva la distancia, abandona este *centro de progreso*, y el corazón va á llorar cerca de mi hogar de Andalucía.....

¡Oh! ¡Mis amigos! ¡Los que amo! Ellos serán también dichosos en sus hogares y no pensarán en mí.....

Llega un momento en que la atmósfera se me hace insoportable, en que la montaña de oro pesa sobre mi corazón y busco en la terraza un instante de reposo. Los admirables jardines suspendidos se extienden hasta el mar con sus guirnaldas de flores; á mi espalda la Catedral Blanca del vicio sonríe seductora, bañada por los rayos de la luna que la envuelven en cresterías de nácar; á mis pies el tren sale rugiendo del antro oscuro de la estación, con su penacho de humo y allá, á lo lejos, junto á la playa, un grupo de hombres, mujeres y chiquillos del pueblo con los trajes astrosos del trabajo se dirigen hacia el hogar entonando alegres canciones.

Mi espíritu se dilata; esos que juegan ahí dentro son los *menos*; los *más* son estos: los que trabajan, los que luchan, los que aman.....

Monte Carlo, 25 de Diciembre.



Génova.—Panorama de la ciudad y del puerto

SEGUNDA PARTE

CARTA I

El Puerto de Génova

¡Italia! ¡Italia! Amigo mío: no sé cómo escribir á usted la primera carta desde la tierra de mis ensueños. ¡Tantas veces ha latido mi corazón con su nombre desde mi infancia hasta cuando hace pocos días divisaba en las terrazas de Monte Carlo dibujarse sus costas azulinas entre la bruma!

¡Se ha escrito tanto de Italia! ¡Han recorrido esta tierra tantos artistas y poetas! Recuerdo en este momento á Cervantes, Heine, Carlos Immerman, Goethe, Byron, Shelley, Taine, Víctor Hugo, Musset, Lamartine, Chateaubriand, Castelar, algunos de los grandes escritores españoles que hoy viven, y entre las mujeres, Mme. de Stael, Mme. Morgan y Jorge Sand.... Todos los que han venido buscando las huellas de los genios italianos y la armonía sublime que la naturaleza ha escrito en el cielo de Italia.

¿Quién ha de tener aquí voz para cantar la be-

lleza inmarcesible de esta matrona que, envuelta en su manto de flores, duerme acariciada por dos mares, con la cabeza reclinada en los gigantescos Alpes que la coronan de eternas nieves?

Y, sin embargo, todos los pájaros bohemios que venimos á quemarnos las alas en este ambiente pagano, aun careciendo de dotes, hemos de sentir impulsos de cantar, como cantan al día desde el ruiseñor al jilguerillo.

He entrado en Italia por Ventimiglia, por Génova, encantada de pensar que este mar y esta tierra son italianos y que el cielo que cubre mi cabeza es el de la antigua Liguria.

No he podido gozar la vista de Génova á mi llegada; fué de noche y gracias á una espléndida luna de Enero, veía la ciudad de los palacios recortando su silueta en el horizonte. Era una impresión extraña; la impresión de la forma y de la línea sin la luz ni el colorido. Palacios, villas, jardines, todo se desarrollaba como en fantástico cinematógrafo entre la luz blanca de la luna y las sombras de la noche.

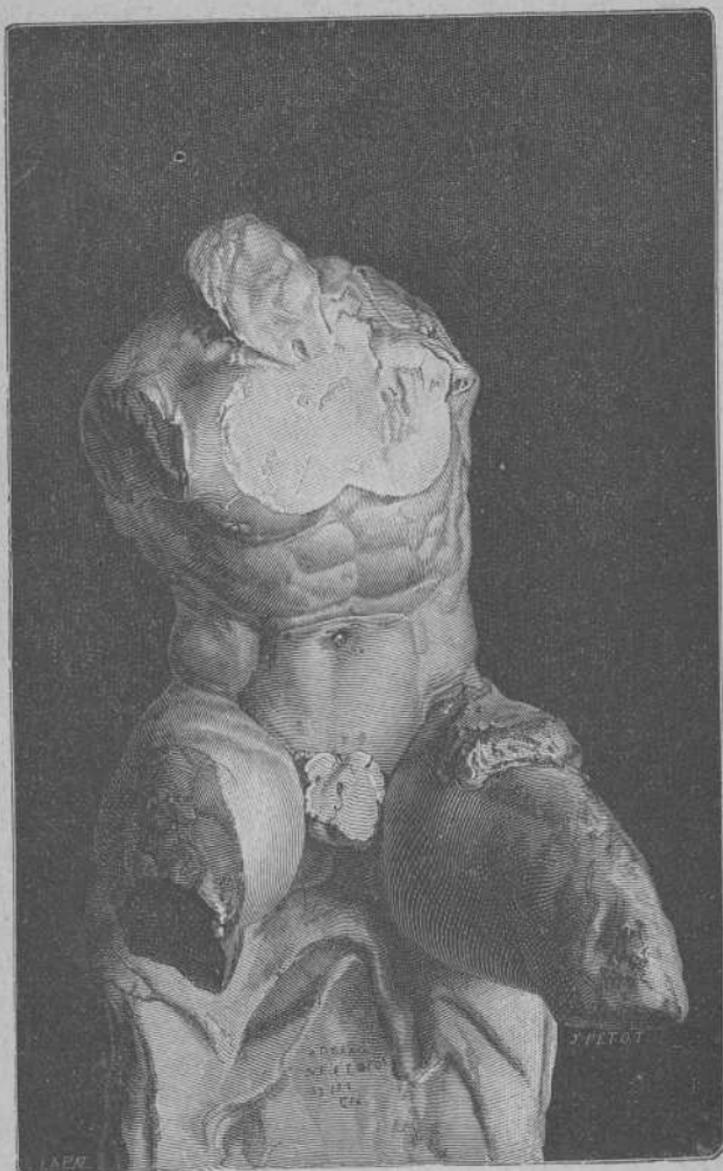
Eran las líneas vagas é inciertas; siluetas misteriosas, sombras que parecían inclinarse como las torres de Salamanca al paso del endiablado Montemar.

En cuanto amaneció, bajé al puerto deseosa de ver todo el panorama. Génova lanzaba los primeros bostezos de su despertar perezoso, y era allí, en el mar, donde empezaba á sentirse su desperezo.

Sobre las cubiertas de los barcos, se oían voces de mando, palabras en idiomas diferentes, rechinar de cadenas y rastrear de jarcias, los vapores atracados al muelle preparaban sus calderas, y los buques de vela, con los trapos desplegados, parecían á la incierta luz del alba engalanados con los velos blancos de una desposada.

Empezaban los pescadores á soltar las amarras

ROMA



Museo del Vaticano.—Torso del Belvedere

de los barcos; llegaban las brigadas de obreros con la cara aun tiznada de la faena del día anterior; y bien pronto empezó el tráfico inmenso de este puerto que mide 7 kilómetros de largo y es uno de los primeros del mundo.

Es imposible dominar su vista desde tierra; la mirada se pierde entre el bosque de mástiles y cordaje, en la confusión de tantas banderas como denotan la nacionalidad en la popa y el *terruño* en la punta de los palos de los barcos. Sin verlo, hasta que estuvo casi á mis pies, avanzaba por las aguas el vapor de la Compañía Transatlántica «Manuel Calvo», ondeando al viento la bandera española. Vino á detenerse junto al muelle *Andrés Doria* lanzando de sus pulmones de hierro un resoplido de bestia cansada, al mismo tiempo que dejaba escapar por las válvulas su aliento de vapor.

Bien pronto tuve que sufrir el asedio de una docena de marineros ofreciéndome barcas, y de algunos matutinos vendedores con las cajas llenas de joyas de mosaico. Esto forma el gran inconveniente de Italia en sus puertos de mar; todo el mundo pide, insiste y molesta al pasajero.

El contraste de Niza con Génova es demasiado brusco; después del silencio de la ciudad dormida en el placer, la ciudad moderna, trabajadora, activa, los muelles cruzados de trenes, vagonetas, almacenes inmensos, enormes filas de barricas, de pacas de algodón, maderas, hierros, carbones, montañas de sacos y todos los primeros productos de la industria, dificultan el paso.

Cientos de gruas, por bajo cuyos arcos de hierro pasan las vagonetas, depositan con sus poleas las mercancías en las barcazas, agrupadas en torno como polluelos de águila que esperan el alimento de su pico.

Acepté la barca del viejo Pascamel, el buen ma-

rinero que me ha servido después en todos mis paseos por Génova. El había sabido buscar la intercesión de mi hija para convencerme; á los pocos minutos llamaba á la *bambina María*, nos hablaba de la dulzura del nombre de la *Madona* y de las bellezas de la patria. Era todo un psicólogo el buen Pascamel; pero un psicólogo que casi se arrodilla y besa el borde de la falda si se le enseña una lira.

Alejándose de la orilla es como se ve el panorama de Génova; el puerto forma un semicírculo natural agrandado por los muelles y rodeado por un círculo de hierro.

Se alzaba el sol del mar envuelto en la luz rojiza y dulce que permite mirar el gran disco sin quemarse las pupilas, como un tirano de Oriente, que al despertar del ensueño se deja acariciar por las odaliscas y las rechaza brutalmente cuando la energía sacude su enervamiento.

Los primeros rayos, extendiéndose como gigantesco abanico de nacar polícroma iban á dorar las cumbres de las montañas y su corona de palacios; el brillo de los mármoles, los vivos colores de piedras y pinturas, las almenas de los *castellets*, y, más que todo, las estribaciones del terreno, dan la impresión de un gran anfiteatro, donde las fieras que han de luchar son estos enormes monstruos de madera y hierro que entonan el himno á la industria.

Creo que en esta lucha han de salir vencidos todos los puertos del Mediterráneo. Génova se engrandece de día en día; ahora se empieza un nuevo puerto de 5 kilómetros de longitud para unirlo con *Sampierdarena* y una vez terminado el túnel del Simplón que facilita el camino para Suiza y toda la Europa central, dará el golpe de gracia al puerto de Marsella. Vuelve á conquistar su poderío la antigua ciudad Liguria; Cristóbal Colón, acusado de

haberla perjudicado, abrió en realidad el Nuevo Mundo á su ciudad nativa. De aquí parten todos los barcos que hacen la carrera de América; y por cierto que cada trasatlántico lleva encerrado en su vientre un rebaño humano.



Génova.—«Vico» de Santa Brígida

Veo agruparse en los embarcaderos abigarrada multitud andrajosa, mujeres, niños, hombres, todos con los líos de ropa al hombro. Algunos han hecho ya el viaje á la Argentina y aun desengañados de su ineficacia vuelven de nuevo á cruzar los mares; tal vez les empuja el genio aventurero de las razas meridionales, para dejar lo seguro por lo incierto.

Al salir del muelle, Génova, parece menos bella. Yo la llamaría la ciudad de los *Vicos* (1). En pocas partes del mundo existen estos laberintos tortuosos, de inmundas callejas con cuestras y escaleras que se entrecruzan por toda la población. Es muy puerca Génova; en todos los *vicos* se guisa para la gente marinera; los hornillos encendidos tuestan la *polenta* (2), fríen bacalao, pastas y pescadillo menudo. No es posible pasar sin sentir náuseas; el suelo sucio, la gente astrosa, las paredes mugrientas, el olor de grasas y alimentos infestando el

(1) Callejones.

(2) Rebanadas de gacheta de maíz.

aire; un goteo continuo de agua sucia que se desprende de las ropas tendidas de una fachada á otra.

Estos callejones estrechos hasta el punto de no poderse cruzar dos personas, tienen las casas altas y la cubierta de ropas tendidas á secar, impide ver el cielo. Parecen empavesadas con gallardetes de colores como en una verbena; pero una verbena sucia. No se comprende de dónde salen tantos trapajos.

Lástima que los arquitectos en vez de ocuparse sólo de los edificios no pensarán también en el aspecto general de la población; hasta los palacios más suntuosos y amplios tienen este defecto de estar aglomerados, unidos en calles estrechas. La parte nueva de la ciudad está lejos del puerto, empieza en la plaza de Ferrari, centro de Génova, y se extiende por las vías del *20 de Septiembre* y de *Roma* y por las plazas de *Acua verde* y de *Corveto*. Esta última, antigua *Villeta di Negro*, tiene un jardín magnífico, no un jardín de moderno corte inglés, sino meridional, donde se pierde el paseante entre árboles y follaje y donde cae una cascada gigantesca. Subiendo hasta dominarla, se contempla una admirable vista de Génova y del mar.

La gente presenta aquí gran semejanza con los tipos españoles; esto se nota más después de una larga temporada en Francia; aunque como puerto de mar su aspecto es muy cosmopolita.

Las genovesas del pueblo visten como las del pueblo español; algunas llevan el *mezzaro*, toquilla de vivos colores semejante á los pañuelos de las andaluzas. Las de la clase media usan unos pedazos de gasa ó encaje negro que pasan por medio de la cabeza y se amarran debajo de la barba participando de manto y de bridas de capota. Es una cosa tan fea, que se necesita mucha nobleza en el perfil y en los rostros de moreno pálido y

grandes ojazos para que resulte bien la que lo lleva.

Al paso por las calles, he visto varias estatuas sobre magníficos monumentos; uno muy notable, al salir de la estación, dedicado al descubridor de América. Lo saludé como si fuera un hijo de España hallado en tierra extranjera.

La misma impresión he sentido al ver á Garibaldi en la *Plaza de Ferrari* y á Mazzini en la



Monumento á Garibaldi



Monumento á Cristóbal Colón

Villeta di Negro. El caudillo de Marsala, el hombre que abrigó el amor más ardiente á la libertad, el loco que paseó su capa roja en triunfo por toda Italia como un héroe de leyenda, y José Mazzini, el maestro, el que supo infiltrar el entusiasmo en los corazones, no son sólo italianos: todas las naciones los han adoptado por hijos.

Yo envidio más á Génova el ser la patria de Mazzini, que su magnífico puerto y todos sus soberbios palacios.

Génova, 3 de Enero.



Génova.—Casa de Cristóbal Colón

CARTA II

Los Palacios

El barrio de los palacios se extiende desde la estación á la Plaza de Ferrari; aquí están todos esos magníficos monumentos con que los antiguos patricios de la República Liguria dotaron á su patria.

Los palacios llevan el nombre de sus dueños: Grimaldi, Gambaro, Pallavicini, Balbbi, Durazo, Doria, Tursi, todos los antiguos señores de la nobleza genovesa.

El célebre arquitecto Galeazo Alessi construyó en el siglo xv los más hermosos palacios que pertenecen hoy á la ciudad de Génova. Dos magníficos, han legado últimamente los difuntos duques de Galliera, á los que debe su ciudad natal el *Moulo Nuovo*, el *Albergo de Bambini*, el *Manico-*



Duquesa de Galliera

mio y otras cien obras importantes. La Duquesa viuda, cuyo busto he visto en el salón del Municipio, no pensó en ganar el cielo por la donación de sus riquezas á los frailes, y prefirió el engrandecimiento de su ciudad y el alivio de los pobres. Es un ejemplo que sería digno de ser conocido por nuestras ricas devotas, si ellas fueran capaces de apreciarlo en lo que vale.

Los dos palacios legados son los antiguos de Brignole-Sale y de Ferrari-Galliera, que conoce el vulgo con los nombres de *Palacio Rojo* y *Palacio Blanco*, en los cuales se ven pinturas de Andrea del Sarto, Van Dyck, Caravaggio, Pablo Veronese, Rubens y nuestros Murillo, Velázquez, Rivera y Zurbarán, que en todas partes figuran entre las primeras del mundo.

El antiguo palacio de los Dux genoveses, construído en el siglo XIII y restaurado en el XVIII, pertenece también á la ciudad y sirve hoy para la inspección de policía.

Todos los palacios genoveses son de mármol. Hay un verdadero derroche de esta preciada piedra por todas partes, y serían realmente admirables á estar emplazados en más amplios solares. Edificios que servirían de ornato á toda una plaza están apiñados en calles estrechas que impiden distinguir bien y gozar la belleza de sus fachadas. La necesidad de hacer pequeño el recinto de las po-

blaciones para amurallarlas y las condiciones del suelo de Génova que se extiende en la falda de una montaña, pueden explicar esta economía de terreno, donde se ha derrochado tanto el oro.

La Universidad, construída por un plano de Bianco, es de un orden arquitectónico admirable y original. Desde el ancho patio, se abren magníficas escaleras, de modo que dejan ver los planos de los otros pisos y las nuevas escalinatas de los patios superiores, coronado el último de naranjos y laureles que muestran su brillante verde entre las blancas columnas, de un efecto sorprendente.

En el interior hay frescos de Carlonne y estatuas de Juan de Boloña; una magnífica biblioteca y un buen Museo Zoológico. Al menos, la juventud, se educa en un ambiente de arte y en estancias grandes y sanas. He recordado con pena casi todas nuestras Universidades, cuyo solo aspecto incita á la huelga. Enfrente de la Universidad está el *Palazzo Reale*; no tiene nada de notable sino las magníficas terrazas que conducen hasta el mar.

No se crea, por esto, que los reyes de Italia son pobres en palacios; antes de la unidad de su patria cada ciudad tenía la residencia de sus Dux ó de sus príncipes; de modo que los actuales soberanos poseen hoy un palacio en cada ciudad del reino.

En el Palacio Muni-



Génova.—Iglesia de San Lorenzo

pal, antiguo Doria Tursi, hay una sala consagrada á Cristóbal Colón, donde se conserva el primer escudo de su casa y los privilegios dados por los reyes de España al desdichado descubridor del Nuevo Mundo. Su vieja casa paterna, marcada con el número 73, en la *Via Dritta del Panticello*, se derrumba; su estado nos da la idea exacta de la miseria en que vivió el hombre que halló la tierra cuyo oro había de envilecer á Europa.

Colón es más grande por su pensamiento y valor, que por el resultado de su obra.

En la Sala del Consejo Municipal he visto el curioso medio de verificar las votaciones usado por los ediles, que aun conservan la antigua costumbre del antiguo consejo de los Dux. Hay una especie de embudo de concha, mitad negro mitad blanco, con una pared divisoria en el interior. Los votantes introducen la mano y depositan la bolita en uno ó en otro lado sin que nadie pueda advertir á cuál se inclina; al abrir el depósito, las que han caído en el lado blanco, son las afirmaciones; en el lado negro están las negativas. ¡Cuántas injusticias habrán pasado con la impunidad del misterio por la boca del sencillo aparato!

He dejado para lo último hablarle á usted de los palacios Doria. Visitando sus diferentes moradas, desde la pequeña *Plaza San Mateo* hasta el Puerto, se lee en los muros de piedra el engrandecimiento de la familia del célebre Almirante que tanta intervención tuvo en la historia española.

El ilustre Andrés Doria, que supo librar á su patria del dominio extranjero y consiguió la Constitución de que gozó durante 270 años, sabía también darse buena vida.

Encuentro mucha semejanza entre Carlos V y su ilustre amigo Doria, pero veo á éste último más grande y más fuerte que nuestro adusto y egoísta César. Carlos V buscó el reposo en el Mo-

nasterio de Yuste, en la pobre celda religiosa; Andrés Doria construye un soberbio palacio de mármol en cuya puerta escribe: «Después de haber sido Almirante del Papa, de Carlos V, de Francisco I y de mi Patria, edifico este asilo en 1529 para descansar en los días de mi vejez».

Y aquí está Doria, entre sus soberbios jardines, representado en una estatua de Neptuno como dios del mar, viendo sus tempestades desde las terrazas y los regios salones en que recibió la visita del Emperador, y donde más tarde había de albergarse D. Juan de Austria, fruto bastardo del monarca, hermoso y fuerte como hijo del amor, que con su sangre roja hubiera sostenido el prestigio que no supieron mantener sus linfáticos hermanos.

Carlos V depositó su afecto en un lebre, cansado, sin duda, de la adulación cortesana; Andrés Doria hizo su compañero á un hermoso gato, cansado quizás también de otras caricias felinas.

En los últimos años de su vida aun construía Doria su última morada; la cripta que se halla detrás del altar de San Mateo, pequeña iglesia del siglo XII, debida á la piedad de su familia.

Es de ver el cuidado con que él mismo se preocupó de que esculpieran los encajes de mármol y los relieves que cubren todas las paredes de la cripta y la suntuosa urna funeraria para encerrar sus cenizas. Doce años antes de su muerte se tendió en aquella tumba, donde con él se enterraría la grandeza de su familia, para juzgar de la bella postura que guardaría en su muerte. Del mismo modo Carlos V presenciaba sus propios funerales; pero Doria en su capricho se revelaba como artista; el tétrico germano mostraba su catolicismo siniestro, macabro.

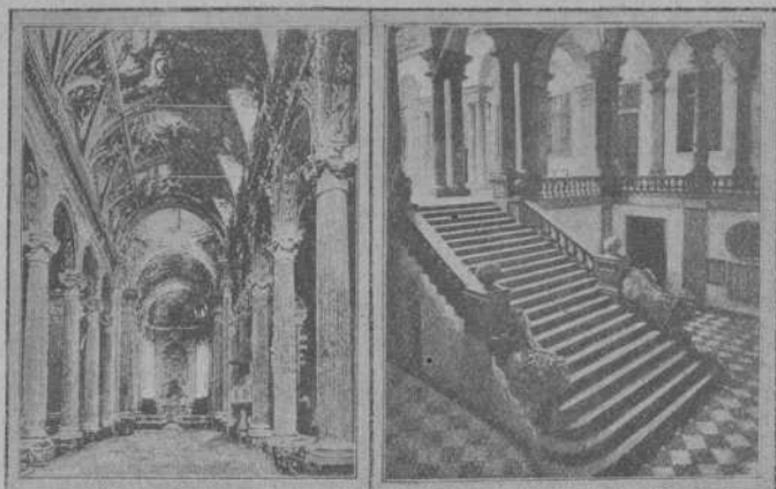
Después de Doria decae rápidamente Génova; después de Carlos V empieza la decadencia de Es-

pañía. Son dos nombres que marcan dos épocas de grandeza, pero que dejan agotados los gérmenes de vida y esparcen las semillas de la degeneración. Parece condensarse en ellos todo el vigor de su raza; luego no produce más que neuróticos y degenerados.

El deseo de perpetuar el nombre en monumentos de piedra es tan típico de Génova como del antiguo Egipto; no sólo acomete á los grandes señores; cualquier burgués enriquecido pretende vivir eternamente en el recuerdo. Esto hace de su cementerio lo que se ha llamado, con razón, la apoteosis del mármol.

Tiene la construcción habitual á todos los cementerios de Italia, pero es grandísimo, inmenso. La parte baja forma un gran patio rodeado de una galería con doble arcada. Unidas unas con otras están las tumbas en esos patios; todas parecen pequeños lechos blancos con cruces de mármol, coronas, flores y farolillos; un verdadero jardín de muertos. Las galerías son las que encierran la riqueza; miles de estatuas costosas, monumentos, inscripciones; un derroche de lujo y no tanto de arte; una exposición que abruma, pero no conmueve; un dolor tan ostentoso que provoca risa. Luego, siguen extendiéndose las tumbas y mausoleos góticos, romanos, bizantinos ó árabes, por todo el cerro, de un modo pintoresco; la vanidad de los vivos toma por pretexto la muerte; pero todos los esfuerzos no bastarán á perpetuar tanto nombre obscuro como se graba en el mármol. Para *vivir después de muerto* es menester dejar á la humanidad algo más que un mausoleo lleno de ceniza. Sin embargo, ¡cuántas insignificancias vivirán un poco más en la memoria del mundo gracias á la piedra de sus tumbas!

Génova, 8 de Enero.



Nave de la Anunziata

Entrada á la Universidad

CARTA III

Los Templos

Génova es muy católica, tanto que la religiosidad es condición indispensable para ejercer cualquier cargo público y aun para encontrar trabajo.

En ninguna parte he visto iglesias más ricas; la primera en que entré fué la *Anunziata*, y quedé sorprendida de su aspecto. Nuestro aparatoso San Francisco el Grande es muy pobre comparado con ella. ¡Cuánto capital muerto! Las columnas son de mármol jaspeado, las paredes revestidas de mármol también; las cornisas y los capiteles ostentan una profusión deslumbrante de dorados; las bóvedas están cubiertas de frescos que se iluminan admirablemente con la luz de las altas ventanas, con vidrios blancos, dispuestas de modo que resalten dorados y pinturas, aunque esto hace á la Iglesia demasiado clara, sin esa media luz tan fa-

vorable á la religión de las sombras y los misterios.

Después de la *Anunziata* aun me sorprende bastante la riqueza de *San Ciro*, la catedral antigua, donde se consagraba á los Dux genoveses en los tiempos que el poder civil se humillaba públicamente ante el eclesiástico. La portada es deslumbrante por su nivea blancura de mármol; el interior no he podido verlo bien, porque había gran fiesta; el clero esperaba junto á la puerta la llegada del obispo. Le vi entrar entre la multitud arrodillada, repartiendo bendiciones de las cuales cayeron algunas sobre mi cabeza, que fantaseaba queriendo ver en el mitrado más un Dux con báculo y capa morada, un soberbio señor del mar, que el representante humilde de Cristo.

Sonaba el órgano, el incienso poblaba la atmósfera de perfume oriental; las columnas revestidas de brocado de seda brillaban con los cientos de luces; el pueblo se arrodilló reverente ante su pastor... yo seguía mirando aquella figura, no sé si de Dux ó de pretor romano ó de sátrapa sirio, y escuchaba una voz triste entre los acordes de la música:—«Y el hijo del hombre no tendrá una piedra donde reclinar su cabeza.....»

Salimos de allí. El cochero nos lleva á *Santa María de Carignano*, fuera del recinto de la ciudad. Es una iglesia extraña, desnuda de adornos, blanqueada, construída en planta redonda, con cúpulas en lugar de ventanales. Sostienen la principal cuatro estatuas de mármol que parecen jugar á las cuatro esquinas. Entre ellas hay un San Sebastián de Paget; tiene una belleza apolina, pagana y andrógina; pero es una hermosa escultura.

En la nave de enmedio hay un altar que parece una mesa; detrás de él entonaban los canónigos sus rezos y canto llano, sin más fieles oyentes que una graciosa devota sentada ante un reclinatorio,

de modo que más parecía observar á los cantores que rezar á los santos: después de todo, para ella se molestaban.

Apresuradamente dejé *Santa María* para llegar á tiempo de ver el *Tesoro* de la catedral, ya que había decidido «echar el día á Iglesias».

La catedral, *San Lorenzo*, tiene la fachada de mármol blanco y negro de una desdichada combinación de listas y cuadros. En el interior, dieciséis columnas con arcos ojivales sostienen arcadas á plena cintra, y en realidad no encierra más que medianas obras de arte.

Como usted sin duda sabe, esta iglesia pretende poseer los restos del Bautista y le consagra la más rica de sus capillas. Pero en ella, amigo mío, está prohibida la entrada á las mujeres.

Un Pontífice, creo que Inocencio II, pensó que siendo la bella Salomé causa de la muerte del Santo, éste, allá desde el Paraíso, tendrá todavía enemistad con nuestro sexo, y las cenizas del cuerpo que no se estremeció en vida al dulce calor de los encantos femeninos, podían temblar en su sepultura con la proximidad de las faldas; lo mejor que se le pudo ocurrir fué perpetuar la incompatibilidad del Santo y las mujeres, prohibiéndonos la entrada cerca de él.

Hace cuatrocientos años que no se ha posado una planta femenina en esta capilla, hasta que yo arrodillada cerca, logré *colarme* en un momento de descuido. Como arte es poco importante y no se pierde mucho con no entrar. La ignorancia y unos cuantos céntimos, bastaron para disculpar mi desobediencia á la bula pontifical grabada en la pared, y el sacristán, con su banda roja y blanca cruzada al pecho y su aspecto de ministro se inclinó hasta el suelo llamándome *excelencia* y queriendo darme los medios de sacudir la excomunión en que han incurrido mis pies pecadores.

En el *tesoro*, rico en reliquias, huesos y otros detritus, pedí que me enseñaran el *Sacro timo*, y el guardián, que tradujo bien la frase, se apresuró á mostrarme la fuente de cristal verde conocida con el nombre de *Sacro Catino* (el sagrado plato) y que se hace pasar por una gigantesca esmeralda, presente de Salomón á la Reina de Saba, con la cual hubiera tenido para hacer brazaletes á sus trescientas concubinas el sabio rey de Israel, cuya moralidad escandalosa nos refiere tan sencillamente la Biblia. De su pretendido valor se valieron más de una vez para obtener préstamos los genoveses; pero de ser cierto su mérito no lo hubiera devuelto Napoleón, después de llevárselo á París: ¡bueno era el Corso! (1)

Al llegar al albergo, encontré sobre mi mesa «La Divina Comedia» que me acababa de enviar el vicecónsul de España D. Emilio Motta, un poeta convertido en diplomático sin dejar de ser poeta, que aun sueña con las juveniles luchas literarias de Madrid.

¡Qué casualidad! Abrí el libro por el canto XIX, que empieza: «¡Oh! Miseros sectarios, almas viles, que prostituís con el oro las cosas de Dios, que debían ser compañeras de la virtud». Y mientras maquinalmente continuaba leyendo el canto, pensaba que no están ni podrán caber, en el círculo octavo del Infierno de Dante, todos los simoniacos..... Génova, 15 de Enero.

(1. Este *sacro catino* es uno de los objetos que han pasado por ser el Santo Goal de las tradiciones germánicas medioevales; éste y una copa de ágata que hay en Valencia y de la cual se dice que fué la que sirvió en la Cena de Jesús para distribuir su sangre en forma de vino. Por cierto que todos los Jueves Santos se usaba esta copa como caliz en los oficios de la Catedral Valenciana, hasta que un año cierto canónigo al usarla hubo de romperla; luego lo compusieron y no ha vuelto á usarse más. El Santo Goal estaba en el famoso castillo de las leyendas que puso en música Wagner y allí los ángeles depositaban todos los Jueves Santos las formas para que comulgaran los caballeros. Hay quien dice que en efecto el Catino era de una sola esmeralda, lo que no parece imposible, pero que... lo de siempre, el clero lo vendió hecho pedazos y puso ese de vidrio que hoy se adora.



CARTA IV

La Ciudad dormida

Al internarse en Italia, por tierra, desde Génova á Pisa, el camino es poco agradable; está cortado por continuos túneles; la más notable perspectiva la ofrecen las sierras de Carrara, con sus grandes canteras de mármol, como enormes pilones de azúcar.

Sin duda, esta producción del suelo ejerció alguna influencia en el arte italiano; es natural que donde nace el mármol naciera en los hombres el deseo de alzar los soberbios monumentos arquitectónicos y moldear estatuas en los enormes bloques blancos.

Una gran parte de los artistas salieron de la tienda del orfebre, cambiaron la plata por la piedra cuya masa permitía realizar más grandiosas concepciones: Lucca della Robbia, Bandinelli, Donatello, Cellini y hasta el mismo Miguel Angel, siguieron cincelandó el mármol como antes el precioso metal.

Así se explica esta prodigalidad de formas bellas, de estatuas, palacios, bajorrelieves y encajes de piedra, los miles de figurillas, hojarasca y flores que ríen en todas partes, lo mismo en las pla-

zas públicas que en iglesias y suntuosas viviendas.

Un pueblo habituado á ver el airoso corte de miles de columnitas, los edificios gigantescos y majestuosos, las bellas formas que el sol dora y envuelve el aire de purísimo azul, un pueblo que encuentra en cada piedra una talla, en cada pared un cuadro, en cada calle un recuerdo de gloria, ¿cómo decae y no continúa siendo un pueblo de artistas?

Estas reflexiones me las he hecho mil veces durante los cuatro días que llevo en Pisa; cuatro días de sol pasados en la plaza del *Duomo*, diciéndome todos ellos: «partiré mañana», y sin resolverme nunca á dar la última mirada á tanta belleza.

Imposible, aun convirtiendo la pluma en pincel, dar idea de la impresión que se experimenta en este sitio y de su augusta y plácida grandiosidad.

Le escribo á usted sentada en el único sitio que hallé en toda esta extensa pradera, mientras mi hija juega buscando las escasas margaritas silvestres que esconden sus amarillas y blancas corolas entre la hierba verde que tapiza todo el suelo.

Se alzan frente á mí los edificios que conservan hoy el nombre de la antigua Pisa, el *Duomo*, el *Batisterio* y el *Campanile*.

Tal vez no es sólo su belleza lo que deslumbra, sino el medio en donde libremente la lucen: Abajo, una alfombra verde; arriba, un dosel azul; un sol de llamas que los dora y prolonga sus líneas en haces de luz, y un ambiente de silenciosa poesía que los envuelve.

La ciudad parece dormida; pocos ecos de vida llegan hasta aquí; ningún edificio, ni un árbol, ni un asiento, ni un poste rompen la unidad del paisaje. La gran pradera se extiende como alfombra de los edificios que se levantan en ella, luciendo

el tinte acaramelado que da á la piedra el moho de los siglos.

¿Cómo describirlos?

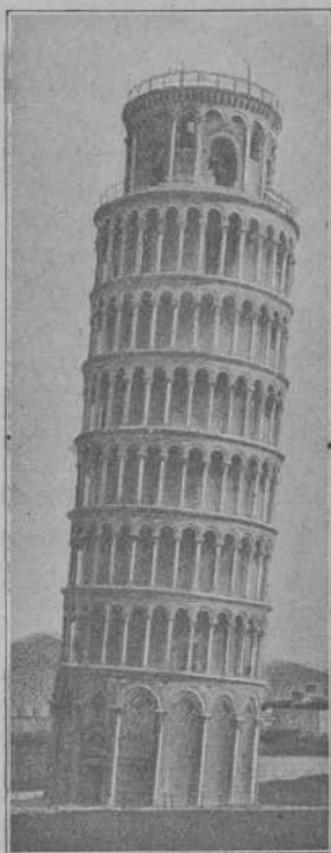
A mi izquierda, la rotunda del *Batisterio* con sus encajes pétreos y su cúpula semejante á un casco sarraceno; al frente, el *Duomo*, ostentando su forma de cruz latina y sonriente, con sus columnatas esbeltas, arquitectura original que guarda un resto de la belleza de las formas clásicas y trae algo de nuevo, alegre y pagano.

Sobre las figurillas de sus puertas de bronce juega el sol y hace lucir los mosaicos y los dorados de los santos bizantinos que las coronan. A cada momento se descubren nuevas bellezas; ya es un capitel nuevo, ya el follaje de un friso, una greca, una columna, la ornamentación de un arco, ó los bordes de

una arista. Aquí hay un rosetón, allí un mosaico, más allá una matizada columna geométrica y ni la vista se cansa de contemplar, ni se deja de descubrir algo admirable.

Elegante, alegre, risueña, coronada de estatuitas delgadas y altas, con las esbeltas columnitas, ornamento más que sostén, la fachada es bellísima.

Las puertas de bronce, oxidadas por el tiempo,



Torre de Pisa



Casa en que nació Galileo

están bordadas de figuras bíblicas que acusan aún la infancia del arte. La puerta del transparente Sur, salvada del incendio que destruyó una gran parte del *Duomo*, tiene los espacios que representan escenas de la vida de Jesús, encuadrados en follaje, botones de flores, animales y troncos entrecruzados, más lindos por las tonalidades de verde cardenillo y rojo bronce.

A la izquierda, la colosal torre inclinada, amenaza venir á acostarse en el césped; tiene un aspecto de alegre ligereza que sorprende y contribuye á la ilusión de que un soplo de aire puede hacerla balancearse como una caña de bambú.

Su belleza disimula el tamaño y la pesantez; el gigantesco cilindro parece un elegante juguete de marfil, uno de esos castillos de dominó que un niño levanta y que se inclinan minutos antes de caer, riéndose de las leyes de la estática.

Y cerrando todo este cuadro, al que sirve de fondo el aire azul, la blanca tapia del cementerio y el oscuro paredón coronado de almenas y torreones, resto de las antiguas murallas.

Pisa conserva aún su amurallado recinto: en el cementerio se ven colgadas las antiguas cadenas que cerraron el puerto de la ciudad toscana cuando sus tiranos eran señores de Sicilia, Córcega y

Elba; las naves de los Caballeros de San Esteban formaban el más formidable azote de la morisma, y el comercio y riqueza de la república pisana causaba la envidia de Venecia y Génova.

Como si las épocas de lucha y poderío fueran necesario estímulo del arte, es este el tiempo del florecer artístico de Pisa, el tiempo en que encuentra una forma nueva en arquitectura, y Nicolás de Pisa inicia el Renacimiento siglos antes de que se verifique, en que con restos recogidos en victorias y rapiñas se alzan estos edificios soberbios, y sus artistas se extienden por toda Italia, desde Nápoles á Génova, enseñando el arte de dar alma á las piedras.

Asusta contemplar tanta grandeza caída, tanto esplendor pasado; la vida de los pueblos, como la vida de los seres, es sólo un momento en el curso inmutable del tiempo.

Mañana tal vez edifique otro pueblo sobre las ruinas de estos monumentos que hoy nos asombran.

En la actualidad es realmente Pisa la *Citá morta e caduta*. Cerca de la estación hay algo de vida moderna: casas nuevas, hoteles y un pequeño paseo; pero cruzado el puente de *Mezzo*, sitio más concurrido de la población, nos hallamos en la ciudad de los piratas, de los caballeros guerreros y mon-



Lámpara de Galileo

jes. ¡Cuánto recuerdo de las cosas que lejos de aquí cautivaron nuestra fantasía! En una calle apartada la vieja casa en que nació Galileo; un farol alumbraba la imagen de la *Madona* en la hornacina de la puerta; y hasta los cocheros dicen que *il signore era molto religioso*; como si quisieran lavar su memoria del baldón que la religión ignorante y soberbia de los Papas arrojó sobre el sabio físico.

En la ribera izquierda del Arno hay un palacio, cuya fachada de *terra-cotta* dibujó Miguel Angel. Allí vivió la condesa Matilde, la amada de Byron, y más abajo está el palacio habitado un día por el poeta. Fué aquí, en esta ciudad dormida, dónde se deslizaron sus amores, esos amores que pasan envueltos en la amargura que rodea siempre la vida del bardo genial.

Tal vez aquella naturaleza apasionada que amó «cuando aun ignoraba lo que era el amor», que pasó por la vida soñando con un mundo más perfecto, forjó en la condesa Matilde su último fantasma de felicidad y dicha.

Soñaría en el amor contemplando la lenta corriente verde del Arno, y paseando al lado de la encarnación de sus ideales, por entre los bosques de pinos y las arcadas del cementerio. Aquí, en la dulce y melancólica calma de la plaza del *Duomo*, besaba la frente de su amada, que no supo conservar su puesto en el paraíso de los amantes fieles; olvidó el amor del poeta para ser la esposa de un rico senador francés.

No se concibe que la mujer que acarició la frente de Byron pudiera ceder á la pasión de un hombre vulgar, y así fué. ¡Sucedan tantas cosas inconcebibles!

¡Dichoso Byron, que murió á tiempo de librarse de un desengaño más!

Casi enfrente del palacio del poeta hay una Iglesia, *Santa María de la Espina*, pequeño juguete gó-

tico, bellísimo, que los arquitectos pisanos han desarmado piedra á piedra, como casita de cartón, para volverla á levantar en el lugar que hoy ocupa.

Otro sitio notable de Pisa es la *Plaza de los Caballeros*; en medio de ella se alza una estatua en mármol del Gran Cosme de Médicis, y á su espalda el palacio de los Caballeros de San Esteban, con la fachada ricamente adornada de bajosrelieves.

A un lado del palacio está la *Iglesia de los Caballeros*; es un templo de tres naves, sin columnas, en cuyas paredes se ven todos los trofeos arrancados por los caballeros pisanos á los turcos. Más que iglesia parece un cuartel ó un museo cívico. En el altar, San Esteban, de mármol, bendice á los guerreros, arrodillados, diciéndoles:

«En mi nombre obtendréis la victoria».

Esta concepción de los santos belicosos, que ha hecho á Santiago ir á matar moros á España, á San Dionisio combatir al lado de Juana de Arco, corresponde á la creación del *Dios de los Ejércitos* por una gente que aun no podía comprender al *Dios de Misericordia* ni al *Dios Sapientísimo*, que fueron necesarios después, en épocas de más dulces costumbres hijas de menos bárbaros ideales.

Los trofeos arrancados á los turcos con la vida, forman los adornos del templo; y los espolones de las naves, cascos y armaduras, se



Batisterio. — Púlpito

agrupan formando bajorrelieves. ¡Qué hermosas serían aquellas naves turcas que despleaban al viento estos pendones, con la media luna bordada en oro y plata, y estos estandartes de seda multicolor! Aquí están humillados en el templo cristiano y aun parecen altaneros, desafiando la cruz roja los pisanos.

Estos templos donde se santifica la guerra no los comprendemos ya los que en religión humanitaria aspiramos á la fraternidad universal.

Jesús dulce, inofensivo, humilde, reprendiendo á su discípulo por haber desenvainado la espada, no pudo pensar jamás que la cruz de su martirio fuese enseña guerrera y que en su nombre se quemara y martirizara á las gentes. Los discípulos del que predicó la paz, son guerreros; los ministros del que vivió pobre, atesoran riquezas; los imitadores del que perdonaba los pecados, son intransigentes..... Viendo estos trofeos guerreros, estos templos soberbios en cuya puerta los pobres hacen oficio de la mendicidad, mientras en el interior se comercia vilmente con los fieles, no puede menos de pensarse que el Cristianismo murió con Cristo y que nos han servido después una indigna mixtificación.

No han bastado los trofeos guerreros, se han reproducido en bronce figuras de cautivos, y allí están amarrados, cargados de cadenas, descompuestos los semblantes y los miembros retorcidos de dolor. ¡Extraña devoción la que ofrece á un Dios de Amor estos espectáculos!

Al salir de la Iglesia, para completar el cuadro lúgubre, el guía me mostró el edificio de paredes desconchadas, con restos de antiguos frescos, donde estuvo la famosa *Torre del Hambre*.

El movedizo suelo de Pisa, que ya se eleva ó se deprime, ha dejado al descubierto un pedazo de puerta que se enseña como perteneciente á la pri-



ROMA. — Restos de la Biblioteca del Palacio Público

sión de Hugolino dei Gherardeschi, conde de Donoratico.

¿Quién que haya leído á Dante no recuerda el martirio del traidor á la patria que muere enterrado vivo con sus hijos y sus inocentes nietos, después de contemplar su agonía horrible?

Castigo tan espantoso demuestra la ferocidad de este pueblo de corsarios; exterminaban hasta la raza del traidor.... y sin embargo la traición no ha desaparecido de la humanidad.... Hoy casi estamos familiarizados con ella y se cotiza públicamente.

Dante mismo no ha perdonado al conde y lo coloca en el infierno, si bien le da para saciar su



hambre y su venganza la cabeza del Arzobispo Rugieri degli Ubaldini por alimento.

*Ch' i' vidi duo ghiacciati in una buca
Si che l' un capo all' altro era capello,
E come 'l pan per fame si manduca,
Cosi 'l sovrán li denti all' altro pose
Lá' ve 'l cervel s' aggiunge colla nuca».*

Pisa, 20 de Enero.



Pisa.—El Triunfo de la Muerte

CARTA V

El Triunfo de la Muerte

Héme aquí otra vez en la plaza del Duomo, eterno imán del viajero en Pisa.

La ascensión á la torre inclinada es de las más fáciles y cómodas; la escalera de 338 peldaños sube dulcemente en espiral alrededor del cubo; pero el viajero no puede verse libre de algo de pavor y vértigo, cuando desde la parte inclinada mira hacia fuera ó desde la parte alta se asoma al interior. En ambos casos parece que la inclinación va á aumentar, que el suelo faltará bajo los pies y que seremos precipitados en el abismo.

Una vez arriba, la vista es maravillosa, todos los campos toscanos, los azules Apeninos, los caseríos y pinares que rodean á Pisa, las carreteras y vías férreas que cruzan la comarca, y allá, á lo lejos,

Liorna, el limpio Mediterráneo y las siluetas borrosas de Córcega y Elba. Continuamente vienen visitantes; todos los días hay nuevos turistas que, guía en mano, recorren estos sitios consagrados por el arte. He visto á un profesor yankee acompañado de cuatro alumnas. Las delicadas y lindas *misses* han pasado el Océano para venir á contemplar este espectáculo; las veía ansiosas de conservar los menores detalles, sacar fotografías, tomar notas y hasta palpar las líneas como si la vista no fuese bastante para apreciar toda la belleza de la forma.

Comprendo que para ellas hay en un viaje á Italia muchos motivos de admiración; los españoles, fuera de las obras de arte, no experimentan grandes sorpresas; la gente es indolente como la andaluza; las mujeres del pueblo calzan chancletas como allí; van peinadas con todos los ensortijados rizos de las gitanas españolas y ostentan como ellas grandes aros de oro en las orejas. Sol, suelo, trajes, costumbres, todo me recuerda el campo de Nijar, en la provincia de mi Almería. Allí como aquí no ha penetrado aún la civilización moderna, no se puede vivir en el siglo xx; estamos petrificados, en plena Edad Media, y se comprende el constante ¡ah! ¡oh! que se escapa de los labios alemanes ó ingleses.

El interior del *Duomo* corresponde á la grandeza del aspecto; las naves están formadas por columnas corintias que sostienen la galería alta; en el techo plano brilla el oro formando ricos artesonados.

Lo que más ha llamado mi atención es el mosaico del transparente de la izquierda, obra de Gado Gado; cuatro cuadros de Andrea del Sarto colocados á los lados del rico altar de pórfido y lapizlázuli, que sostiene un crucificado bastante feo, aunque lo firma Juan de Boloña.

Sobre el centro brilla un gran Jesús, de Cimabue, que aun sigue la escuela de Bizancio y todavía no indica la aurora del renacimiento que comienza en este artista para la pintura. A los lados la Virgen y otro santo se destacan entre los dorados con grandes aureolas. He pensado si los pintores antiguos verían la claridad que forma la luz en torno de las figuras y no disponiendo de recursos de colorido recurrirían al dorado para expre-



Pisa.—Triunfo de la Muerte

sarla, exagerándola en torno de los seres divinos, más luminosos por su divinidad. He pensado esto porque no rodea el oro sólo las imágenes de los santos, sino que se le ve en todos los efectos de luz que el pintor quiere hacer para destacar una figura ó quizás obedece á lo primitivo ó casi salvaje del instinto de aquellos desdichados y degenerados por el cristianismo que habiendo perdido el insuperable oro griego, iban á tientas desde la barbarie en que cayeron en busca de un arte. El oro

es lo primero que seduce las imaginaciones inocentes no refinadas; eso y los colores fuertes y puros así como los colores bajos exclusivamente usados, acusan la decadencia mental por estragamiento, perversión, etc.

En la nave central está la gran lámpara en cuyas oscilaciones estudiaba Galileo, y detrás del altar de la derecha un grupo de estatuaría que no he podido saber de qué escultor ni de qué fecha es, por impedirlo la distancia, aunque creo será de Mossa. Representa á Adán y Eva en el paraíso en el primer momento de su pecado, cuando el pudor, signo de inocencia perdida, substituye á la hermosa serenidad de la inconsciencia del mal.

Eva se inclina á tapar la desnudez y su cuerpo tiene la misma curvatura que la Venus de Arlés; es el mismo cuerpo, la misma línea, la eterna y deliciosa, la vencedora invasión pagana en el templo católico.

En el Batisterio hay un hermoso púlpito de Nicolás de Pisa; una porción de figurillas reales, vivas, con toda la armónica proporción de la forma, sin actitudes forzadas ni amaneramiento. Nicolás de Pisa fué una flor abierta antes de tiempo, una estrella que lució entre las sombras; y de haber tenido imitadores se hubiera adelantado dos siglos el Renacimiento.

Son también notables las condiciones acústicas de esta rotonda; los ruidos se transforman en sonidos, los sonidos en notas musicales. Un golpe sobre un banco produce el fragor de una batalla; un grito se repite en mil ecos agudos ó graves; una nota musical equivale á una orquesta; de arista en arista cambia, se repite, se extiende, impresiona y en nuevas ondas se multiplica al propagarse.

En ninguna parte he escuchado esto, como no he escuchado tampoco un eco tan claro como el

de la plaza del *Duomo*. Parece que un sér invisible repite no la última vocal sino toda la articulación, la palabra entera, oculto tras la muralla del Campo Santo. Este aire inmovilizado de Pisa acoge con placer la onda sonora que le hace vibrar con mayor violencia cuanto mayor sea su pesantez.

La última visita ha sido para el Campo Santo. Ya sabe usted la tradición. Arrojados los pisanos por Saladino de los Santos Lugares, pusieron como lastre á sus naves la tierra del calvario y el Arzobispo de Pisa edificó este cementerio para enterrar los hombres ilustres.

Cuatro galerías de arcadas góticas encierran las tumbas y sarcófagos; las paredes están cubiertas en toda su extensión de los antiguos frescos á los que debe su celebridad el cementerio. Me ha sucedido como á todos los que vienen aquí: sufrí la seducción de la sencilla ingenuidad del cuadro de



Pisa.—Campo Santo. Corredor del Sur

Andrea Orcagna, que se conoce por «El Triunfo de la Muerte».

Los pintores de este tiempo no hacían un solo cuadro, sino una serie de cuadros para pintar una historia, con su consecuencia ó *moralidad*. En «El Triunfo de la muerte», el dibujo es incorrecto, el colorido defectuoso; pero la expresión de los rostros es sorprendente, el alma de las figuras admirable; se ve una imaginación que desborda, una mano impotente para realizar todo lo que crea; por esto, no por su simbolismo, este cuadro impresionaria tanto.

La parte derecha representa una cabalgata de alegres damas y caballeros á los que la providencia les muestra lo percedero de esta vida, poniendo ante sus ojos, en los momentos de placer, los cadáveres descompuestos de tres soberanos.

La muerte les acecha, no acude á los desdichados que la imploran y viene á herir á los que descuidados y felices charlan y ríen bajo los árboles del jardín. Es este un grupo digno de la corte de Versalles. La dama que acaricia un perrito en su falda es una señora de la época actual; los dos amantes que se envuelven en lasciva mirada no desentonarían de un cuadro moderno, á pesar de sus contornos exagerados.

Caen los muertos al suelo y los demonios con uñas y alas de murciélagos, animales extraños, abortos de la imaginación que busca un sér para acumularle todas las negruras y los males, guardando el dualismo de Zoroastro, acuden á sacar las almas en forma de niños, de la boca de los muertos.

El ejército celeste es derrotado; son pocos los ángeles que llevan presa; en cambio, los demonios conducen una ristra ensartada en su tridente.

Un ángel y un demonio luchan por llevarse á un fraile de torso abultado, que se agarra con desesperación al mensajero celeste mientras el demo-

ROMA



Capilla Sixtina

nio le tira de los pies, y muestra las redondeces de más abajo de la cintura cebadas en el reposo del claustro. La *moralidad* de este cuadro quiso demostrar que debe huirse de las pompas y vanidades del mundo; pero luego se ven los frailes y los monjes en poder del demonio. En el artista pudo sin duda más el espíritu de protesta del pobre contra el poderoso que el convencionalismo de religión, y envió á los infiernos, grandes y sacerdotes, ricos y felices. Se apasionaba facturándolos para el reino de las tinieblas, y en esa pasión está el secreto de la vida que dió á su cuadro.

El centro del cementerio es un pequeño jardín con cuatro cipreses en los ángulos y algunos rosales que se destacan entre el césped que libremente brota por todas partes. No sé si es que no se ha querido hacer más frondoso jardín ó que la tierra del Calvario es poco fecunda. Supongo que no mezclarán estiércol á la tierra bendita, y la santidad, por sí sola no basta á nutrir las plantas.

Parece que sólo la semilla de la desgracia germina en tierra de Jerusalém; á Pisa la ha abandonado hasta el mar desde que esa tierra se esparció en su suelo.

Pisa, 22 de Enero.



Pisa.—Campo Santo



Liorna.—Establecimiento de aguas de la salud

CARTA VI

Liorna

He llegado á Liorna de *arribada forzosa*. Pensaba continuar á Nápoles, pero la falta de puntualidad en el pago de la pensión que como profesora me concede el Gobierno español, marca otro derrotero á mi viaje.

Estas pensiones de estudios no son para profesores ni alumnos modestos. En primer lugar, el pagar los meses vencidos hace preciso que el pensionado cuente con la cantidad necesaria para el viaje y el sostenimiento del primer mes..... ¡Del primer mes!... Muy pronto lo he escrito; unas veces por *fas* y otras por *nefas*, transcurren á veces varios meses sin recibir un céntimo, y los pensionados se ven en el caso de mendigar.

Este año no ha ocurrido esto, pero se está im-

primiendo el nuevo presupuesto, la Ordenación de pagos *desconoce el detalle* y el Tesoro no ha dado aún las órdenes de pago á los pensionados en el extranjero. Nadie piensa en la situación difícil de los que con modestísimos sueldos se encuentran lejos de la patria. La misma modicidad de las pensiones, que no permiten el ahorro, exigen la puntualidad en el pago.

¿Se dice que se saca poco fruto de estas pensiones? En ese caso que no se nos concedan. Por mi parte puedo decirle á usted que veo á muchos pensionados trabajar con celo é inteligencia; yo misma estudio á conciencia los problemas pedagógico-sociales en lo que á la mujer se refiere; pero no me atrevo á esperar que mis observaciones pesen para nada en el ánimo de los que las lean..... Si las leen.

Así pues, mientras recibo carta de España pasaré dos ó tres días en Liorna. Cada ciudad de Italia tiene su fisonomía diferente; después de la cosmopolita y activa Génova se llega al corazón de Italia, la Toscana, y el contraste con la augusta y solemne grandeza de la vieja y silenciosa Pisa, no es menos notable que el que se experimenta luego desde Pisa á Liorna, recorriendo sólo algunos minutos en ferrocarril.

Liorna no es ciudad de recuerdos ni ciudad de arte; se siente la poesía, porque en Italia son poetas el sol y el cielo; pero la población es nueva, sin historia política, nacida por el capricho del mar que se aleja de Pisa y que tal vez abandonará más tarde á Liorna.

Sencilla aldea de pescadores hace algunos años, hoy Liorna es uno de los más importantes puertos italianos; tiene más de 70,000 habitantes, anchas calles, hermosos paseos, canales, un buen astillero y una magnífica escuela naval.

No puede á los españoles sorprendernos mucho

Italia; hay, como ya lo he hecho notar, gran afinidad de costumbres y carácter con los de España. Quien conozca los puertos andaluces, no puede admirarse de esta nube de gentes serviles que nos rodea ofreciéndonos centenares de baratijas, barcas, billetes para los vapores, albergos, etc. No habría más que dejarlos hacer y nos encontraríamos en un momento facturados para cualquier punto del globo.



Liorna.—Monumento á Fernando I

Todas las mercancías tienen aquí tres precios: el corriente, el de los ingleses y el de los americanos. A éstos últimos se les hace el honor de pedirles más caro que á todos los demás, tal vez porque como pueblo más rico se les supone más espléndido, ó porque el instinto sagaz de estas gentes sabe aprovechar su desconocimiento de las costumbres meridionales.

El viajero que no esté acostumbrado á la modicidad real de los precios en Italia, no osará ofrecer la cuarta parte de lo que le piden ni resistir la perpetua exigencia de la *bonna mancia* (1) que todo el mundo se cree con derecho á hacerle.

Liorna, en verano, es uno de los balnearios más concurridos, el San Sebastián de Italia. Multitud de personas de Roma, de Florencia y de todas las ciudades del interior acuden aquí, donde se reúnen también muchas familias inglesas y americanas. Los establecimientos de baños son numero-

(1) Propina.

sos, tiene buenos hoteles, teatros y cuanto puede hacer agradable la existencia bajo el límpido cielo italiano.

Esto hace que la vida sea aquí más cara durante el verano que en el invierno. Ahora se encuentra todo á precios inverosímilmente económicos.... la moda no ha hecho de estas hermosas playas, cuyo clima no es inferior al de Niza, una estación de invierno; y á semejanza de Biarritz ó San Juan de Luz, es en el verano cuando Liorna tiene su época de esplendor.

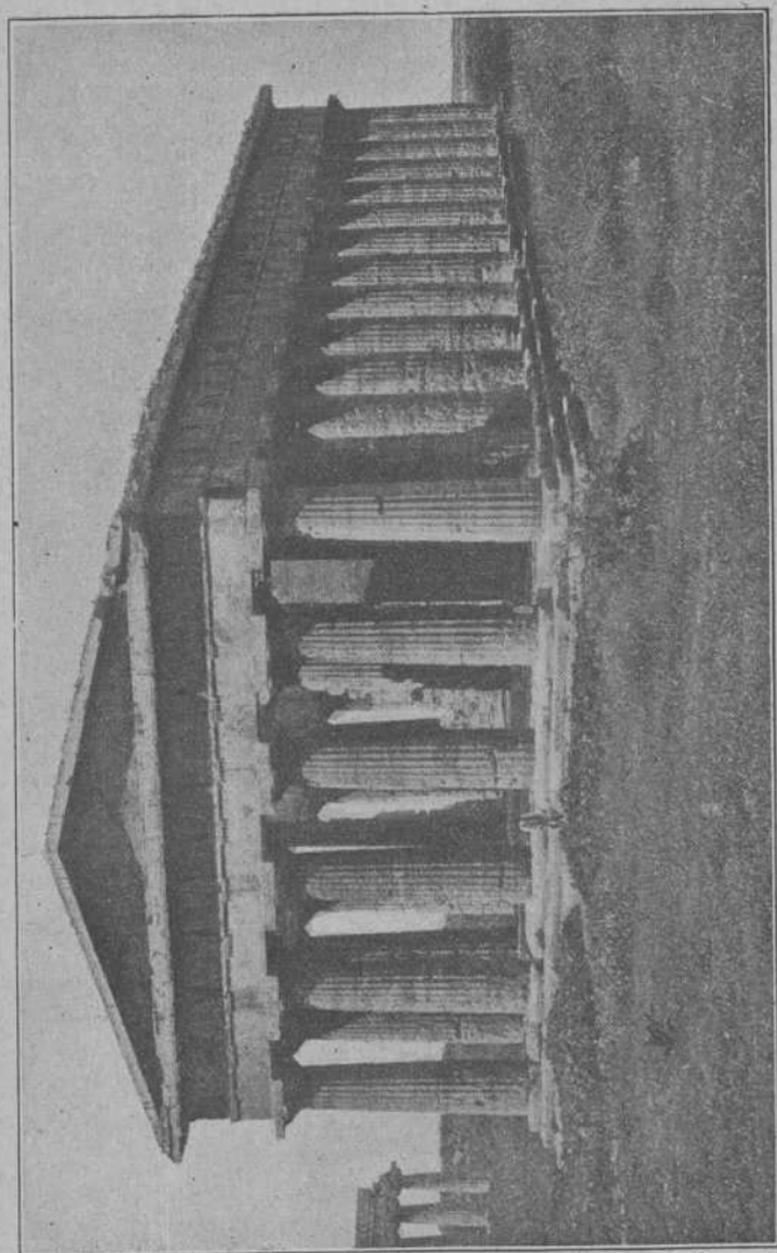
El cónsul de España en Liorna es hijo del notable escritor D. Ramón Valladares.

He leído estos días algunas obras suyas, que el hijo conserva con conmovedor culto á su memoria, y he sacado una vez más el convencimiento de la ingratitud con que se procede siempre en España.

Nuestra juventud no conoce ni olvida los nombres de muchos escritores de mérito del pasado siglo. Parece que tenemos deseo de demoler nuestra grandeza, se buscan con afán defectos en las obras de Cervantes, Quevedo y Villarroel; se desdeña á Zorrilla, Larra y Espronceda; provocan risa Fernández y González y Pérez Escrich; se regatea el triunfo á los que ahora luchan, y se olvidan los nombres de Eguilaz, Guerrero, Valladares y tantos otros. Con menos méritos se eternizan nombres en Francia.

Que el gusto evolucione, no quiere decir que nuestros antecesores carécieran de mérito; ningún fenómeno se verifica sin un proceso anterior; para llegar á Murillo ha sido preciso pasar por los dibujos incorrectos de los tiempos primitivos.

Le cito este ejemplo porque nada hay tan elocuente como las cosas materiales, para convencerlos. Cuando se entra en un museo de prehistoria y se contemplan los toscos bloques de arcilla que, modelados con el puño, dieron los primeros pla-



Nápoles.—Templo de Neptuno

tos, y se sigue recorriendo vitrinas para ver cómo van evolucionando, cómo se perfecciona la forma, se inventa el oro y se llega á la decoración, no hay que olvidar que aquellos hombres de las cavernas son los antecesores de los cerámicos que fabricaron los lindos vasos griegos y etruscos que son hoy la admiración del mundo.

Pinceladas maestras hay en muchos escritores olvidados del siglo XIX. Escribieron para su época con esfuerzo de combatientes y corazón sano; sus plumas retrataron las costumbres de aquellos tiempos de fecha tan próxima y ya tan lejana en el correr precipitado del progreso. Ellos nos prepararon el terreno, continuaron la evolución del pensamiento y como maestros debiera honrarlos esa juventud que canta las glorias de Platen, Mallarmé y Verlaine.

Liorna, 30 de Enero.





Elba.—Vista general

CARTA VII

Recuerdos de Napoleón

Han sido los recuerdos de Napoleón el Grande los que me condujeron á Elba.

La grandeza sugestionada siempre á la mujer; pero no es el guerrero invencible lo que yo admiro en el Emperador, es el temple de su alma; yo no lo amo hasta que lo veo vencido; me parece más grande en su dolor que cuando el viento de la victoria agitaba su verde redingote en los campos de batalla.

Apenas me doy cuenta de la impresión pasada en pocas horas. Sentí deseo de venir á Elba, me desvié de mi itinerario, llegué á Piombino mientras mi equipaje corría camino de Nápoles; el pequeño vaporcito italiano «Regina» me condujo á Puerto Ferraro. En un coche cerrado (cosa difícil de encontrar en Italia), á causa del temporal de agua y viento, recorro la pequeña población minera como si la viese en un cinematógrafo; y sa-

liendo de sus muros el vehículo se detiene delante de la verja cerrada de la villa que sirvió de prisión al héroe.

Azota la lluvia los cristales del coche; la gran villa oculta entre álamos y laureles se alza ante mí en el fondo gris de las nubes; esto nada tendría de bello sin la sugestión de los recuerdos y la historia.

Napoleón, joven, nacido en esa otra isla de erizada y abrupta costa, que he contemplado varias veces desde Génova á aquí, sabe elevarse y llegar á la gloria militar más grande que han contemplado los siglos después de Darío y Alejandro.

Grande es el muchacho corso, amante de la libertad; se ve su cerebro gigante conocer con intuición admirable, recibir impresiones múltiples, abarcar en un instante lo que otros tardan años en comprender; dominar el mundo como si hombres y naciones fueran ante su genio las figuras que un niño mueve á voluntad sobre un tablero de ajedrez.

Después, la ambición viene á envenenar su vida; ingrato, repudia á Josefina, como antes repudió á la República; se desvanece con el perfume de la gloria el que no se desvaneció con el humo de la pólvora; el mundo entero se conjura contra él, y este islote italiano es la primera prisión del gigante.

Aquí rugió como león encadenado el vengativo hijo de Córcega; de aquí escapó á las playas francesas, solo, envuelto en su redingote verde, para presentar el pecho descubierto á sus antiguos soldados.

Otra vez se levantó su gloria, otra vez la victoria coronó sus sienas; fué necesario que todas las naciones se coligaran contra un solo hombre para poder vencerlo.

Esta vez fué Inglaterra la encargada de guar-

darlo; no es ya Elba, sino Santa Elena su prisión. Y el César se resigna, no porque carezca su corazón de bríos y empujes, sino porque ve «l'infinita vanitá del tutto» y le falta el calor de los afectos más caros.

María Luisa despreciaba á su marido; la austriaca aristócrata y orgullosa como todas las de su raza, se sentía superior al César por su alcurnia; ella *bajaba*



Paseo de Napoleón

hasta la gloria de Napoleón y él sintió la sugestión del señorío y la realeza de que no pueden librarse los antiguos siervos. El Emperador creía legitimar su derecho uniendo á su sangre roja de soldado hijo del pueblo la sangre azul degenerada y viciosa de María Luisa. Su corazón no vió toda la podredumbre de su compañera hasta la época de desgracia; tal vez miró levantarse acusadora ante él la sombra de la dulce Josefina y soportó su dolor, su vergüenza, sus ultrajes, como un castigo.

Tres hijos del conde de Nipperg tuvo la impúdica austriaca en vida del César francés. Napoleón fingió ignorarlo para que nadie riera de su vergüenza; respeto y ternura solamente tuvo en los labios para la madre del infortunado Rey de Roma.

¡Fué más grande en el dolor que en la victoria!

Recordaba este fragmento encontrado en sus papeles y que me ha parecido siempre la protesta contra su esposa, la queja de su alma: «Nuevo Prometeo, estoy encadenado á una roca. Sí, yo ha-

bía robado el fuego del cielo para dotar á Francia; el fuego se remonta á su fuente y heme aquí. El amor á la gloria se parece á ese puente que Satán echa sobre el caos para pasar del infierno al paraíso; la gloria une el pasado al porvenir, del que está separado por un abismo inmenso. Nada tiene mi hijo más que mi nombre».

¡Espantosa queja de león encadenado!

«*Rien á mon fils que mon nom*».

Parece querer apartar de aquella cabeza adorada la vergüenza y el vituperio de la madre...

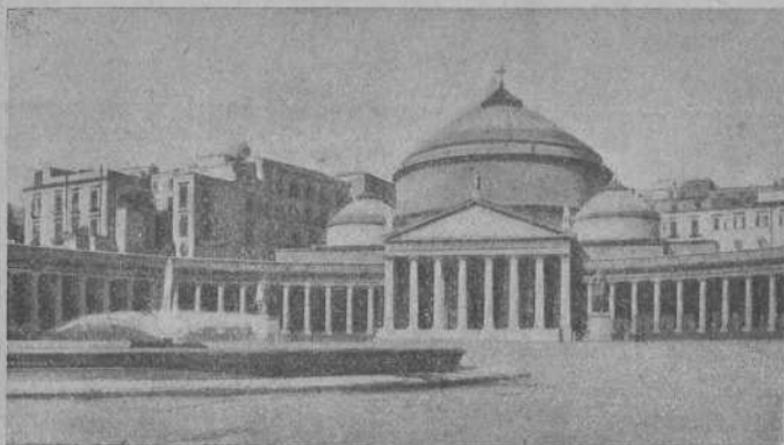
Escribo estas líneas en el pequeño camarote del «Regina» y dudo si realmente estuve en Elba ó he soñado con ella como soñé en Santa Elena, porque en vez de ver lo moderno, y contra mi costumbre, no he hecho más que revivir el pasado.

Nieva; es la segunda vez que veo nevar en el mar; la primera fué hace pocos días en el puerto de Liorna, á bordo del vapor valenciano «Cabañal». Vienen los blancos pétalos de misteriosas flores nacidas en las nubes á sepultarse en las aguas verdes. Los sigo con los ojos como una bella quimera y los pequeños cristalillos prismáticos se deshacen al llegar á las ondas..... Otros vienen á reemplazarlos y á morir también con toda su ideal pureza sobre las aguas.....

Llegamos á tierra; aquí parece que la nieve se convierte de ilusión en realidad; los copos forman una alfombra, los troncos de los árboles están vestidos de blanco. ¡Silencio, la Naturaleza se envuelve en su velo de virgen!

Vienen los carros cargados de mineral, la nieve de los árboles cae á tierra al retumbar de las ruedas, los pies de las bestias se hunden y manchan de fango la nívea alfombra.

Este es el símbolo de las ilusiones realizadas... ¡Vale más que se desvanezcan en el aire, que vayan á sepultarse en el mar!...—Piombino, 15 de Febrero.



Nápoles.—Basilica de San Francisco de Paula

CARTA VIII

La Andalucía Italiana

Amanece cuando el tren se detiene en la estación de la antigua señora del mundo. ¿Se puede venir aquí con indiferencia? Me lo he preguntado con algo de secreta inquietud todo el camino, y al llegar he comprendido que es imposible no sentir la sugestión de la grandeza romana.

No es el ser capital de la monarquía italiana; no es el ser la sede del Orbe católico lo que impresiona á los que no podemos figurarnos ya á los Lamas y á los reyes sin plumas en la cabeza y collares de dientes. Son su arte, sus recuerdos, su gloria, la historia de sus Césares y sus Repúblicas. Yo no amo la Roma antigua, porque veo siempre bajo su manto de púrpura la podredumbre que la roe los huesos. Ninguna ciudad presenta

una historia de crímenes como la suya. Ha engendrado monstruos y forjó cadenas para aprisionar á la humanidad; esclavizó á la divina Grecia y alzó el fantasma de los despóticos Emperadores, hasta que después de degradar al mundo imponiendo la servidumbre, cayó vencida por sus propios vicios como ramera extenuada en goces infecundos.

Ahora, todavía, como vieja cortesana, guarda el recuerdo de sus días de vicio; pretende conservar el dominio de las conciencias, imponiendo cadenas al pensamiento.

Sí, yo no amo la Roma del pasado, ni lo que ha quedado de él en el presente; amo la Roma que renace, la Roma moderna, la capital del Estado italiano, emancipado de los Pontífices, floreciente, unido y libre.

Quedó á nuestra espalda la ciudad como envuelta en sutil velo que empezaba á desgarrar la aurora, las colinas la ocultaron poco á poco, y el tren corrió por la triste campiña. Cerros de picos simétricos, como recortados en papel, cerraban el horizonte á la derecha, esfumadas las cumbres entre los girones de niebla; varios ríos cruzan la llanura, marcando su corriente fangosa como surcos de barro amasado; algunos pueblecitos parecen ciudadelas alzadas en montículos cubiertos de verdura, cuyas bases rojizas dan la ilusión de un foso.

¡Caserta! Nombre funesto en nuestra historia. Mientras contemplaba su magnífico palacio real, iluminado por los primeros rayos del sol, he tenido la visión de los antiguos napolitanos, he sentido ya la proximidad de la alegre Andalucía de Italia.

Vi entrar en un vagón de tercera clase dos muchachas vestidas con el traje clásico de cromos y panderetas; no puede usted imaginarse nada más gracioso. Seducida por su encanto he dejado mi

departamento para entrar en el suyo, y me he creído ante el escenario de un teatro.

Aquí todos cantan, todos discuten, todos charlan á un tiempo, hay un brusco contraste con las costumbres del Norte de Italia.

En un extremo del vagón, un hombre pregona á voces su mercancía que va mostrando al público; y en el otro, un músico ambulante entona canciones populares acompañadas de contorsiones y una exagerada gesticulación, mientras una muchacha implora la caridad de los viajeros. Parece una plaza pública en día de feria.

Mi atención se reconcentra en las mujeres que llevan por la calle el traje clásico de su país, mientras los de nuestras salmantinas, murcianas, majas y manolas, sirven ya sólo para bailes de carnaval.

Se necesitaría ser muy fea para no parecer hermosa con este traje.

Figúrese usted una falda negra, corta, ceñida, sobre la cual se dobla otra falda de encarnado brillante que no pasa de la rodilla; un delantalito negro hace lucir mejor la media y el zapato blancos, que aprisionan un pie de gaditana. El cuerpo lo forma un corpiño de tela rayada en colores vivísimos, del que se escapa una camiseta blanca y transparente, de huecas mangas, sobre la cual se coloca un pañolito multicolor que se pierde bajo el cinturón que rodea el talle.

Coloque usted sobre este bello busto una cabeza airosa, morena, cubierta por una toquilla de tela blanca y encajes que sombrean el rostro y caen sobre los hombros, y tendrá la visión de una figura griega, de una de esas canéforas esculpidas en el friso del Partenon que representa la procesión para cambiar el velo de Minerva.

Presta este traje algo de tan puro, tan elegante, que cada una de estas muchachas reidoras y li-



Nápoles.—Antiguo emblema
de la ciudad

geras, con sus zagalejas de colores y sus collares de vidrio recuerda la enamorada Graciella de Lamartine, que va á entonar su melancólica romanza á las orillas del encantado golfo.

Bajo esta impresión llegué á Nápoles y la hermosa ciudad de la *Campania Feliz* ganó desde el primer momento mi corazón.

El sol, después de los días de lluvia, reía mirándose en el golfo, como la colegiala traviesa que rompe los hierros del convento y contempla por primera vez al espejo su belleza de virgen en completa desnudez.

Humboldt ha dicho que sólo tres ciudades en el mundo merecen serlo por su situación geográfica: Constantinopla, Lisboa y Nápoles. Pienso que no hay ninguna tan bella como esta última.

Cada día se descubre un panorama nuevo; desde el *Vomero*, *San Martino*, *Posilipo*, el *Corso Víctor-Manuel* ó de cualquier otro punto elevado se admirarán paisajes espléndidos, que no tienen rival en el mundo.

Se despliega la ciudad en un gran perímetro; con los barrios que dependen de ella tiene más de seis leguas de circunferencia; es incómoda para el que haya de ocuparse de negocios, bellísima para con-



Tipo de antigua mujer italiana

templarla. Se extiende, escalonada en sus colinas, á las orillas del mar; retrata en las aguas su belleza griega; el sol la baña en ondas de luz; la envuelve con amor un cielo límpido; crecen árboles y flores con frescor lujurioso por todas partes; los bosques de limoneros y naranjos con su tierno follaje verde, alternan con el verde oscuro de los laureles; y los tempranos almendros y cerezos, bolas de nieve y de rosa, parecen gigantes flores del árbol inmenso formado por tantas ramas que se entrecruzan. La vid empieza á desplegar los tiernos brotes entre los troncos añosos enlazándose á los manzanos; toda la ciudad en primavera eterna parece celebrar una orgía de colores.

Se siente en el aire una ligereza que lo hace alegre, musical, por decirlo así; no tiene la triste pesantez de la atmósfera de Pisa; más oxigenado, comunica vida, fuerza, actividad, regocijo; se comprende que aquí todo el mundo cante, ría, chille y viva en medio de la calle; está en el ambiente la alegría: hasta los ingleses y alemanes cantan la *tarantela*.

Las mismas industrias napolitanas de corales, conchas y objetos de lava prestan una nueva nota de color á las calles; los escaparates están llenos de pinturas, estatuas, bronces y objetos de coral, que lucen sus tonos brillantes desde el blanco al rosa y rojo sangre, como bellas flores del mar.

Yo pienso á veces que Nápoles es tan hermosa porque guarda las huellas de la raza española; recuerdos de nuestra dominación hallo aquí por todas partes; de palabras castellanas está lleno el áspero dialecto napolitano, y entre el pueblo se ve el sello de la sangre de la soldadesca de Gonzalo de Córdoba y de la guardia de los Virreyes.

¡Qué bello pueblo! Me gustan de él hasta los defectos. Es sobrio, indolente, comunicativo, ale-

gre é ingenioso como el andaluz. Toda esta turba de descendientes de los *lazzaroni*, todos estos desaharrapados que pululan por la ciudad, todos los guías espontáneos que piden la *bonna mancia* y aguzan el ingenio para vivir sin trabajar, me son simpáticos y gratos.

Gesticulan como demonios; hacen extravagantes contorsiones; cantan y chillan sin cesar, como si necesitaran gritar para vivir; pero sus travesuras tienen gracia, tienen ingenio, tan natural en ellos, tan espontáneo, que los cuadros repugnantes en otro lugar aquí son pintorescos.

Es una mezcla extraña la del pueblo napolitano. ¿Cómo no? Cientos de razas han dejado aquí sus huellas, desde las gentes escapadas del antiguo continente de la Atlántida, hasta cuantos pueblos conocidos cita la historia. Jardín del mundo, se comprende que los hombres lucharan desde muy antiguo por la posesión del suelo de Italia.

Así es, amigo mío, que ya se ve á esta gente procaz y maldiciente comiendo en el infecto barrio de la *Puerta Capuana* las madejas de macarrones con la mano en medio de la vía, ó ya acudir á los jardines públicos y agruparse al lado de un lector que por dos céntimos les lee los versos del Dante, del Ariosto ó de Leopardi.

Los macarrones y la *pizzia* son sus comidas más succulentas. Las cocinas están instaladas al aire libre, con este afán de hacerlo todo en medio de la calle; por un sueldo les llenan un plato de macarrones ó les dan un pedazo de torta.

La *pizzia* es una torta de harina de trigo asada en las brasas, sobre la que vierten unas gotas de aceite y hierbas aromáticas ó colocan un pedazo de tomate ó de sardina.

Lo curioso es verlos comer; nada de cucharas ni de mesas; de pie, introducen los dedos de la mano derecha en el plato que sostiene la izquier-

da, levantan la madeja dorada de los macarrones en el aire más alta que su cabeza, abren la boca y van sorbiendo los amarillos hilos.

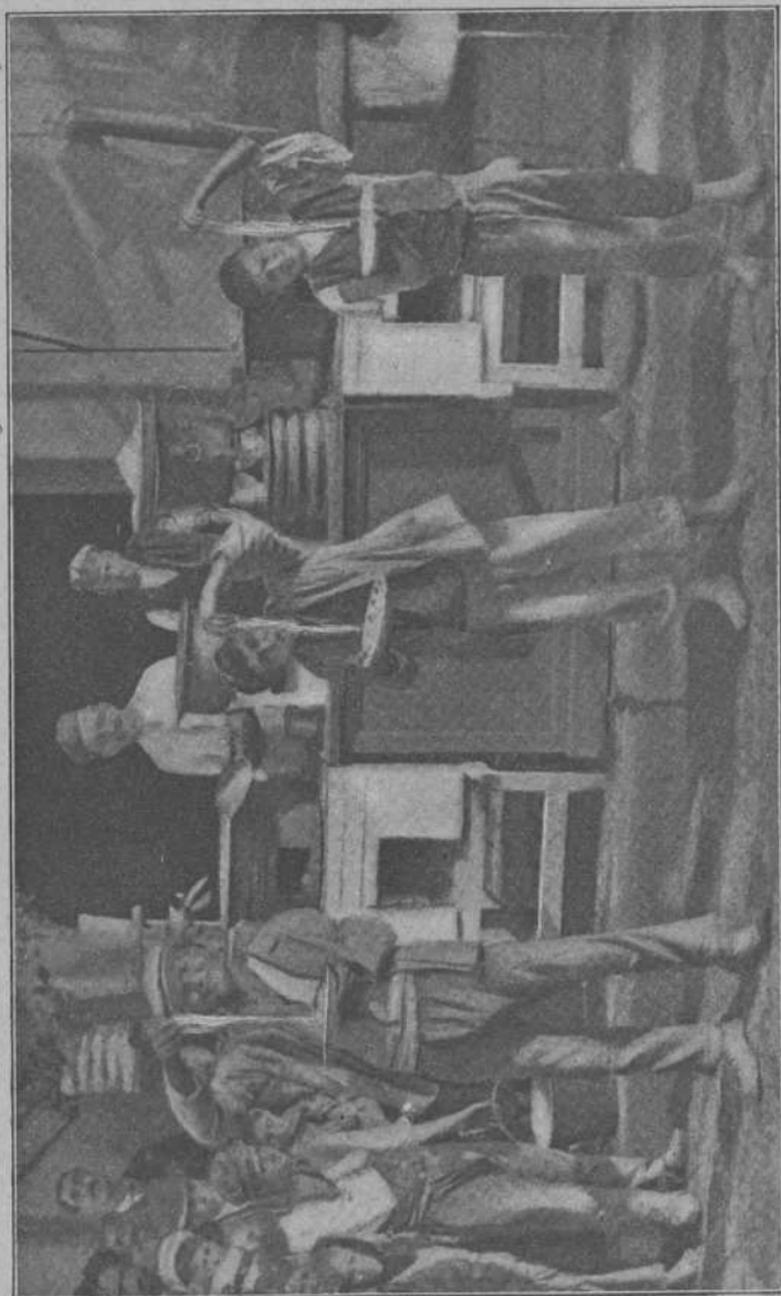
En cuanto á la torta se hace un rollo y se la introducen en tan grandes pedazos dentro de la boca, que parece que se van á desencajar las mandíbulas. Si durante la operación se les mira, sacan la lengua y hacen un gesto. En ese momento son ricos, son señores, no necesitan nada... un instante después vendrán á sacudir el polvo del abrigo de *su excelencia* pidiéndole un sueldo para la otra comida.

Lo mismo que se observa esta mezcla de afición al arte y de degeneración, de orgullo y bajeza, se ve también la de superstición é indiferencia religiosa á un tiempo mismo.

Un marinero desata maldiciendo la barca para hacerse á la mar y descubre la cabeza y dobla la rodilla al primer toque melancólico del *Angelus*. Impera la religión supersticiosa que les legamos; son devotos de los santos españoles.

Cristos y Madonas hay expuestos por todas las calles como en nuestra morisca Toledo. Las pobres imágenes sirven para despertar la risa de los extranjeros de que está siempre Nápoles llena; pero el pueblo se descubre ante ellas por costumbre, como siglos atrás lo hacía por inconsciente devoción. Su religión pide milagros iguales á los que los religiosos españoles piden á la *Virgen de los alfileres de Toledo*.

Viene á mi mente el recuerdo de esta pobre imagen: creo que es una dolorosa ó una soledad; las muchachas que desean casarse dentro del año echan un alfiler blanco por la rejilla expuesta á la calle y la Virgen escucha su súplica. En cambio las que quieren enviudar, piden la muerte de su consorte arrojando piadosamente un alfiler negro. Tal vez coincidieran muchas veces en la misma súplica



Nápoles.—Puesto de macarrones

los dos cónyuges. Esto es consecuencia lógica del *sacramento* que produce la *gracia desunitiva* y sólo la muerte puede romperlo. El día que yo miré por la rejilla había muchos alfileres negros... Una devoción así es la de los napolitanos.

Otra nota muy típica de Nápoles la constituyen los cocheros; hay millares de *carroselas* sucias, viejas, destartaladas, con pobres caballos famélicos y cocheros astrosos tan escuálidos como sus rocines. Toda esta pobre gente persigue al forastero, le acosa, le adula, empiezan pidiendo cuatro ó cinco liras y acaban por hacer una carrera de extremo á extremo de la ciudad por 30 céntimos cuando se convencen de que *la signora non é inglesa*; pero ¡ay! del que suba en un coche sin ajustarlo; se encontrará víctima de un pequeño despota, que en otro caso se inclina con humildad al suelo y nos llama *egregios* por un solo sueldo que pide con miedo y timidez.

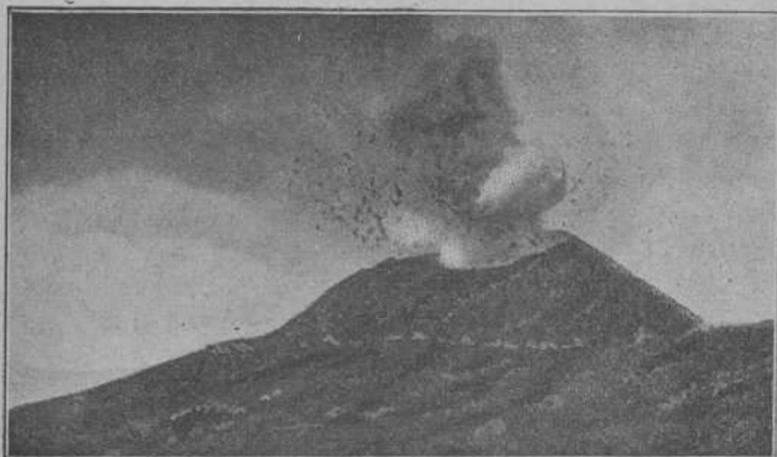
¡En el fondo de todo esto yo encuentro una nota de amargura infinita! ¡Apena la miseria del pueblo en un país tan rico! Iglesias y museos guardan millones; la tierra florece sin esfuerzo; el subsuelo encierra maravillosas riquezas; el cielo está enamorado de la más bella ciudad que alumbra... y sus hijos padecen la más espantosa de las miserias..... como en nuestra Andalucía..... Pero el pueblo no será siempre inconsciente y resignado por costumbre ó pereza. Italia es la cuna del anarquismo.

La miseria del pueblo de Nápoles es incomprendible, cuando se ve esta ciudad tan bella, tendida sobre sus colinas, dulce y perezosa como si arrullase el sueño de la antigua sirena de Partenope.

La «Villa Nacional», antigua «Villa Reale», es un paseo delicioso á orillas del mar, rodeado de calles para los carruajes y una magnífica pista donde pueden correr los caballos; está todo adornado de

estatuas, reproducciones más ó menos afortunadas de las bellas obras del museo, pero representando casi todas la belleza masculina..... ¿Será ésta la causa de que en Nápoles sean más bellos los hombres que las mujeres.....? El haber hecho esta observación antes que yo varios viajeros, me libra de que se crea influencia del sexo..... y tal vez pueda explicar muchas cosas.

Vivo cerca de este paseo, en la vía que lleva



Nápoles.—El Vesubio en erupción

el nombre del ilustre almirante Caracciolo, víctima de la perfidia inglesa; por un extraño contraste miro pasar los coches y automóviles de la aristocracia que viene á su paseo de moda; contemplo la instrucción del ejército que simula marchas y combates bajo mis balcones, y al mismo tiempo veo la multitud astrosa, las gentes de la playa que sudan como bestias tirando de la jarcia para sacar la red, aquí, en pleno paseo, escuchando los acordes de la música, con el miserable puñado de peces

que echan las mujeres en las canastas para venderlo en el mercado.

Y frente á mí, sobre todo este cuadro, con una belleza suprema, como un Júpiter amenazante y protector, se alza el *Monte Vesubio* coronado por su penacho de humo y su diadema de llamas.

Nápoles, 24 de Febrero.





CARTA IX

El Mundo Antiguo

Imposible hablar de Nápoles sin mencionarle á usted antes *mi guía*, el ilustre periodista Giuseppe Gramegna, director de la *Revista Franco-Italiana*, el cual ha contribuído á hacerme grata la estancia en su país.

Gramegna es uno de los más entusiastas y *desinteresados* defensores de la unión de los pueblos latinos; para él cada intelectual es un hermano y lo recibe con toda la cordial galantería de la hospitalidad en los siglos medioevales.

En su obra literaria, Gramegna es un orfebre que oculta un guerrero. Sus artículos de crítica literaria, sus estudios sobre Leopardi, su obra maestra « Carmencita », son trabajos cincelados, preciosos juguetes por la forma, mientras que el pensamiento es tempestuoso, violento, lleno de vibraciones y de ardor. Como todos los que se dedican al periodis-



Giuseppe Gramegna

mo por deseo de enseñar, y no los que fundan sociedades femeninas y masculinas para vivir bullendo entre la adulación, el engaño y la mentira, Gramigna es un mártir de su propia obra, que sólo le deja la satisfacción de cumplir sus deberes y sus aficiones.

Hoy me he transportado con él, su joven esposa y el encantador pequeñuelo que lleva los nombres de Horacio-Virgilio, á las regiones del mundo antiguo.

Hemos estado en Puzzuoli, en Cumas, en Fu-



Nápoles.—Pescadores de Posilipo

saro, donde se encuentran la Stigia, el Cocito, el Tártaro, el Letheo... ¡Qué nombres, amigo mío! Ellos solos despiertan un torbellino de ideas; evocan la visión de la antigüedad. La historia del mundo.

Hemos cruzado á pie la antigua gruta de Posilipo, desdenando la gruta nueva, alumbrada de luz eléctrica y provista de ascensores para subir á la cumbre de la montaña. Hemos recorrido el camino que cruzaba Tiberio en sus excursiones; hemos caminado entre sombras un cuarto de hora, viendo siempre la luz ante nosotros y pareciendo alejarse al acercarnos. Resonaban los pasos en el

vientre de la montaña; las piedras salientes parecían rechazar el eco con sus aristas; el ácido carbónico cargaba la atmósfera con sus exhalaciones y al ver el ventanal ó claraboya que rompe la cúspide del cerro, he comprendido el fundamento de la conseja del pueblo que acoge la idea del diablo preso en este antro y escapando por la cumbre. ¿Para qué más diablo que el recuerdo de Tiberio entre estas sombras?

Al salir á la luz, nos baña un sol ardiente; los niños, que se han estrechado contra nuestros cuerpos con temor instintivo, nos abandonan para correr con alegría de hermosos corderitos que triscan en los campos.

Cuatro pasos más, y encontramos la lápida que marca el sitio dónde está la tumba de Virgilio.

Si viniera un guía con nosotros, destruiría esta ilusión con razonamientos de sabios que lo niegan; pero hoy no estamos para escuchar la voz de la ciencia. Después de todo, ¿qué importa que no sea esta la tumba de Virgilio si su espíritu vive aquí?

Estos que tenemos enfrente son los famosos campos *phlegraei*, el Teatro de la epopeya de Homero, donde Virgilio colocó la entrada de su infierno; donde Petrarca plantó un laurel sobre la tumba del inspirador de Dante, y donde duerme ahora uno de los genios más grandes de Italia, Leopardi.

No podemos conocer á Leopardi por las traducciones; se necesita leerlo en italiano, para comprender toda su dulzura y toda su grandeza.

He recorrido los lugares santificados por su recuerdo. Su historia, como la de todos los grandes poetas, soñadores que viven cerca del cielo y cuyas almas de exquisita sensibilidad destroza lo vulgar de la vida, es una historia de dolor y de lágrimas...

Pero Leopardi no es un resignado, *mogigato* y falto de voluntad como el Tasso; en su cuerpo endeble hay un alma de gigante que no se abate;

sus gritos de rebeldía son fuertes y enérgicos; ama la Naturaleza y la quietud, ama la muerte porque es el reposo, la belleza, el Nirvana.....

El conoce *l'infinita vanità del tutto* y concibe la muerte no como esa vieja de feroz guadaña que aterroriza á los devotos; se le aparece bella, joven, compañera del amor, brindando el descanso y el olvido entre sus brazos de rosa.

«Bellissima fanciulla
Dolce á veder, non cuale
la sí dipinge la cobarda gente».

Engendrada á un tiempo mismo que el amor
y que

«.....Ogni gran dolore
Ogni gran male anulla».

¿Cómo había la Iglesia de no indignarse contra el que borra el miedo al espantable y explotado misterio de la tumba?

Ella rechaza de su seno al poeta; y aquí, á dos pasos de la gruta y de la tumba de Virgilio, en el vestíbulo de la pequeña iglesia de *San Vital*, se halla su sepultura. Entre esos dos sepulcros separados por tan poco espacio de terreno, se esfuman los siglos para unir los espíritus de los dos grandes poetas del mundo antiguo y del mundo nuevo.

Pero no se puede ver la tumba de Leopardi sin indignarse. Está construída á expensas de su amigo Renieri; el Estado italiano la declara monumento nacional..... la Iglesia la rechaza de su recinto, está fuera de sus muros..... ¡Ha hecho bien! ¡Era demasiado pequeña para el gran poeta! Así calienta su tumba el sol, la acaricia la brisa, lle-

gan á ella las emanaciones del mar, y la alumbran las estrellas con su luz pálida. Tal vez de noche la luna «Solitaria y eterna peregrina» viene á contarle las historias de amor recogidas en las florestas, y penetra con sus rayos fríos hasta el polvo de sus huesos.....

¡Cómo se ama á estos genios cuando saben hacer latir el corazón expresando nuestros mismos sentimientos!

Pero sigamos. El coche, que se ha detenido para dejarnos por un momento elevar nuestra oración, con los ojos húmedos, al querido recuerdo de Leopardi, se aleja.

Recorremos toda esta región encantada desde Bagnoli á Cumas. Ruinas y restos del paganismo se encuentran por todas partes. La antigüedad abre su libro ante nuestros ojos.

Aquí el templo de Serapis, con cuyas rotas columnas jugó el caprichoso mar; allí el Anfiteatro mostrando sus tres filas de arcadas, sus pórticos y subterráneos; y ocultos entre las viñas, restos de los templos de Neptuno y de Diana, semejantes al de Pestum; y los lagos Lucrino y Averno, las moradas de las divinidades infernales, que venían á comprar almas, y que ya deben tenerlas de sobra porque según parece las pagaban muy poco. Se señala aún la sombría *boca del infierno* y se cuenta que ningún pájaro puede cruzarlo sin morir.

La tradición no tiene nada de extraña; en este país volcánico se escapan de la tierra gases metélicos. Atrás hemos dejado una gruta donde perecen ahogados los perros que penetran, á causa de la acción del gas pesado que forma una capa irrespirable de tres palmos de altura desde el suelo; un hombre puede pasar, un niño pequeño, un perro, etc., no.

Es preciso recorrer estos lugares para entender á Homero, á Horacio y á Virgilio. Se comprende el infierno en todos estos sitios sombríos, en el laberinto obscuro de las *Estufas de Nerón*; en los antros misteriosos donde jugaba con el porvenir la célebre Sibila cumana.

Nos hemos detenido largo rato en la *Solfataras*. No es un volcán muerto; es un volcán dormido.

Figúrese usted un inmenso cráter casi apagado, por el que caminamos sintiendo retumbar la débil corteza que nos sostiene y el calor del fuego que abrasa nuestros pies. Parece un lago disecado y lo rodea una pobre vegetación que crece en rocas quemadas. El Vesubio está en una espantosa actividad, y esta actividad tiene aquí respuesta; las *fumarolas* de la *Solfataras* arrojan nubes de humo que nos envuelven; las piedras ardientes, blancas en la parte superior, muestran al levantarlas las bellas estalactitas formadas por el más puro azufre. En cualquier parte que se clave un bastón, brota un chorro de humo; donde se aproxime una antorcha se provoca un fuego invisible, sin llamas, lejano, que nos envuelve en ardientes bocanadas. En algunos puntos basta arrastrar la tierra hacia las aberturas de la roca para que se líquide y hierva como metal fundido. Hace cuatro días se ha abierto una nueva boca de muchos metros de circunferencia que exhala un humo rojizo y sulfuroso. A poca distancia hay una galería para baños de vapor; corren allí cerca aguas termales; toda esta tierra arde; es frágil la corteza que cubre las oquedades del interior. El guía arroja al suelo una bala de cañón, y un eco de las profundidades resuena pavoroso. Alzamos la cabeza y entre los raquíuticos árboles del montecillo, arriba, en su cumbre, como un Vesubio en miniatura, se alzan las columnillas de humo de un

ciento de *fumarolas*. ¡Se comprende el infierno y la inspiración de sus cantores!

Pero esta tierra maravillosa ofrece pronto en recompensa la dulce visión del paraíso; los tranqui-



Nápoles.—Interior de la iglesia de Santa Clara

los campos de viñedos, el cielo sereno y el mar inmóvil. Se siente la impresión de los poetas que entonaron églogas y madrigales; todo el encanto de la poesía bucólica flota aquí, en el aire.

Acabamos la tarde en la célebre *trattoria* de Po-

silipo «Asso piglia tutto» (El as lo pilla todo). Y, en efecto, todos los encantos que desee el *gourmand* ó el poeta puede encontrarlos aquí.

De terraza en terraza se descende hasta el mar; el comedor parece el camarote de un buque anclado cerca de la costa; se divisa todo el paisaje maravilloso de la ciudad riende en su manto azul; una centena de barcos, con sus velas blancas, cruzan como ligeras gaviotas la rizada y clara superficie del agua; frente á nosotros brilla, como una inmensa hoguera de pastores, la corona de fuego del Vesubio.

El color de su llama no puede confundirse con otro: es clara, viva, metálica; más viva y más transparente en su rojo color de grana que todos los demás fuegos. Hay momentos en que se oscurece y se apaga para brotar después en llamadas azulinas de relámpago, ó elevar su cabellera de fuego hacia las nubes.

A sus pies corre la encendida lava, visible ya á pesar de la luz del claro crepúsculo.

No lo puedo mirar tranquila; ejerce sobre mí la atracción irresistible del peligro; parece decirme: «¡Ven! ¡Ven tú que amas todo lo grande, ven ya que tu temperamento desea vencer dificultades y dominar obstáculos! ¡Ven y yo distraeré tu pensamiento de su propia contemplación!...»

Iré, sí, pero el último día de mi estancia en Nápoles. Retardando la dicha se prolonga el placer de esperarla. No quiero saber aún cómo es en realidad ese bello monte pizarroso, esa montaña de fuego que tan bella me parece. Sé ya por experiencia que las cosas pierden su encanto y que lo grande se empequeñece cuando se le ve de cerca...

Y dejando la poesía por la realidad, aquí comemos la famosa sopa de pescado y marisco con todo el perfume de las algas del mar; las ostras



Costumbres de Nápoles

del lago Fusaró y las frutas riquísimas que celebró Enrique Heine, comparando el jugo de esta tierra de fuego, con la fría Alemania y sus manzanas... asadas.

Al salir nos rodea una turba de gentes que piden y esperan aquí el regreso de los *turistas*; unos bailan, otros hacen cabriolas; una linda gitanilla morena entona al son de su pandereta el canto popular hoy en moda *Lili kangú*; cien ecos de risa, alegría y algazara nos siguen todo el camino por la ribera de flores, mientras la luna empieza á dibujarse en el cielo y á temblar entre las aguas como insignia del profeta, que una mano invisible borda en plata sobre un inmenso estandarte azul.

Y alzándose sobre todos los rumores, dominando los demás ruidos, la voz llena, vibrante, metá-

lica, apasionada, de la gitanilla que repite en el dialecto napolitano su canción:

«Chi me piglia pe' francesa
chi me piglia pe' spagnola
ma so 'n nata 'o Cante 'e Mola (1)
Metto 'a coppa á chi vogl' i'!

Caro *Bebé*
che guarde á fa?
Y' quanno veco á te
me sento risturbá».

Nápoles, 10 de Marzo.

(1) Callejón de Nápoles.





CARTA X

La vida en Nápoles

En este país encantador la vida se pasa bien; el que tiene dos sueldos come (aunque yo no he visto como Alarcón que se alimenten de sandía en Enero), y con una modesta renta podemos darnos aires de príncipes rusos.

Hay *pensiones de familia*, donde se participa de agradable intimidad al mismo tiempo que de completa independencia; están tan lejos de nuestras casas de huéspedes, como esta querida *signorina* Corsani, directora de la que yo habito, de nuestras inciviles patronas.

La señorita Corsani ha sido institutriz de las hijas de Wagner y ameniza la comida que preside contándonos anécdotas de la vida del célebre maestro alemán, cuyos retratos y autógrafos se ven por todas partes.

Alrededor de la mesa se reúne una multitud de extranjeros, señoras en su mayoría, que con la con-

fusión de lenguas recuerdan Babel. El idioma universal no es aquí un sueño; el que menos ha compuesto su charla trilingüe y todos nos entendemos.

Hay muchos ingleses, alemanes, franceses y americanos; españoles sólo estamos mi hija y yo.

Cuando la dueña de la casa nos presenta, suele escaparse una exclamación de asombro á algún buen alemán ó americano que nos examina con curiosidad impertinente, como si fuésemos *ejemplares* raros.

Uno me ha preguntado si había *ya* trenes en España, y otro si viajo para ver al Papa.

Una angulosa y larga miss prolongó tanto su examen, que me obligó á hablarle.

—¿Ha estado usted en España?—le dije.

—No; pero he estado en Marruecos—contestó.

—Es casi lo mismo—aseguré imperturbable, riendo de ver una anécdota en acción.

¿Qué nos importa la opinión de tanto ignaro? No crea usted que exagero; somos un país de leyenda, misterioso, inexplorado para muchos extranjeros.

Tal vez sea así mejor; tanto inglés y americano como viaja por Italia, darán pronto al traste con su bello carácter legendario, á cambio del puñado de oro que siembran, y lo abandonarán después.

Son pueblos aficionados á viajar no por arte, sino por moda; para pasear su *espleen* y disfrutar más suaves climas. Lo ven todo como por obligación, guía en mano; se fijan más en si el suelo está limpio que en si el cielo es bello; y prefieren una chuleta á la mejor estatua.

Con su imperturbable seriedad parece que guardan sus impresiones, pero en realidad no tienen ninguna; lo gracioso es cuando se hacen un poco expansivos.

Ayer una hermosa yegua tudesca metida en un gran corsé, se lamentaba amargamente de que estuviesen los almacenes cerrados. Me confesó que

«todos los Museos son iguales, sólo producen dolor en la nuca; en viendo una *magelona*, se ha visto todo».

Le aconsejé que diese un paseo por el campo. Pero ¡cosa extraña! ¡No le gusta el verde! los panoramas sólo le ofrecen tejados y casas. Le he preguntado por qué viaja y contestó con gran aplomo, mientras se estiraba los encajes de la corbata: «Que se debe viajar y verlo todo». ¡Y esta gente es la que tiene dinero! Pienso muchas veces que



Luis Romaniello

para ellos *se inventó* el sacramento del matrimonio; son capaces de pasar la vida de hotel en hotel comiendo patatas cocidas y carne sin condimentos y sin cansarse de abrazar los huesos de la miss que les haya tocado en suerte.

Los días se pasan en excursiones y paseos de que ya le hablo; las noches en agradables veladas ó en el teatro.

Ratos amenísimos transcurren para mí en casa

del ilustre maestro Romaniello, escuchando su hermosa música, que toca con admirable sentimiento, mientras su amable y dulce esposa, una princesa, unida por amor al músico, vuelve las hojas; y su encantador Aldo, pequeñuelo de dos años, permanece serio y atento para prorrumpir al acabar su padre en alegres palmadas repitiendo: ¡*babo!* ¡*babo!* con su balbuciente voz de ángel.

¡Los italianos nacen músicos!

Otras noches toca el turno á la literatura en casa del Dr. Galli, cuya mujer es escritora de gran mé-

rito que ha publicado aplaudidas novelas. Departimos agradablemente, mientras nuestros hijos bailan y juegan.

Dos ó tres veces por semana, vamos á escuchar la ópera al gran teatro de San Carlos, que como usted sabe, es de los primeros del mundo, y con el de la Scala de Milán forma la consagración de los artistas. Pocos teatros habrá tan bellos, con sus seis órdenes de palcos que parecen otras tantas guirnaldas de luces y flores.

Todos los palcos de la primera fila los ocupa la oficialidad del ejército italiano, que tiene fama de bello, en el sentido de hermoso mejor que en el de marcial; como elemento decorativo es de buen efecto, imita las hojas del *bouquet* formado por las damas.

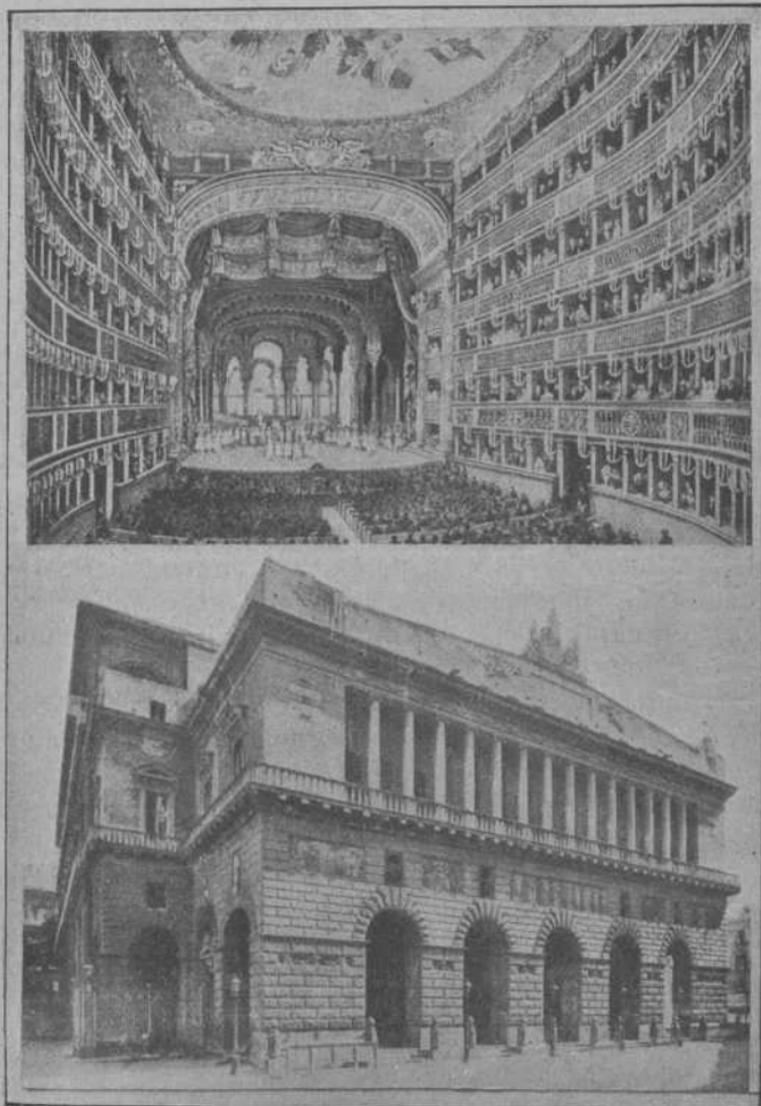
La Duquesa de Aosta viene siempre los días de moda; es elegante, distinguida, muy vivaz, y me parece mucho más inteligente que su marido, este pobre Duque que acude á ver con devoción el milagro de la sangre de San Genaro.

En la escena de este teatro se han estrenado las obras maestras de Verdi, Donizzeti, Rossini, Bellini y todos los grandes músicos.

Yo he sentido latir mi corazón de española con los ruidosos triunfos alcanzados por nuestro compatriota el tenor Antonio Paoli en el *Otelo*; los críticos más descontentadizos reconocen que ninguno de los artistas líricos actuales vive el personaje de Shakespeare como él lo hace; el difícil y *diletto* público de San Carlos lo aplaude frenéticamente; la noche de su beneficio el palco escénico se llenó de flores, coronas y regalos valiosos, y los periódicos coinciden todos en sus juicios: «Desde Gayarre (otro español), dicen, nadie ha cantado así». Es preciso escuchar esa voz potente, plena, hermosa, redonda y clara, que llena los ámbitos de la sala y hace estallar el entusiasmo, para

comprender cómo la naturaleza da á veces á los hombres garganta de ruiseñor.

Otra vez que cante en España ya se hará jus-



Interior y exterior del teatro de San Carlos



Antonio Paoli

ticia; antes no nos lo había dicho la prensa extranjera y ¿cómo iban á suponer nuestros críticos tal mérito en un español?

La vida de Paoli ha sido la de todo artista de genio: desdichas, luchas, miserias, hambre... y luego el triunfo ruidoso, franco, espontáneo, cuando ya el alma está amargada por las personas y las cosas, cuando ya se desprecia hasta la misma gloria. Así es que Paoli conserva la hermosa sencillez de su carácter; si de algo se envanece, es de su miseria pasada vencida por su propio esfuerzo; no tiene sólo voz; tiene temperamento de artista y talento dramático. Hoy ha conquistado un nombre y una fortuna que le permite vivir tranquilo con la compañera de sus pasadas luchas y con sus hijos.

La noche de su beneficio he conocido á Mascagni; lo vi dejar un palco é ir á abrazar á Paoli en un raptó de entusiasmo y rogué á la esposa del tenor, señora amable, sencilla y buena, que me acompañara al *camerino*. Así pude ver de cerca al autor de *Cavallería Rusticana*. Esto no es cosa fácil; su mujer, una antigua bailarina de ópera (de la que sus amigos dicen que tiene un humor insoportable, con conatos de erudita), lo tiene como secuestrado; con esa fiereza de la hembra celosa que no defiende en el macho el amor, sino la *propiedad*, que le produce bienestar y dinero.

Se dice que esta mujer bebe la vida del Maestro, como la *mujer negra* de que hablaba Heine.

Al entrar yo, Mascagni se quejaba de que *no hay libretos* para hacer buenas óperas; no pude contener una sonrisa; se conoce que está amargado

por continuos sinsabores; *Amica* ha sido un nuevo fracaso; el libro insignificante no está defendido por la inspiración del músico; el *intermezzo* es incomprensible, obscuro; una poesía modernista.

Hay para dudar de si es que no existen libretos ó no existe ya músico en Mascagni.

Su cabeza cuadrada se asienta en un cuello firme: la expresión es dura, algo colérica. Yo creo que Mascagni está irritado con el público; ha hecho alardes de soberbia tolerados á su nombre; como á todo artista triunfante, lo rodean enemigos, se murmura, y ha habido un pleito en los tribunales sobre esto, que *Cavallería Rusticana*, su sola obra, era de un compañero muerto hace años, que le confió el manuscrito, y cuya familia lo reclama; los maldicientes tienen en su apoyo que el maestro no ha producido otra semejante. ¿Se agotó en una partitura de un acto solo toda su inspiración y lucha en vano con el tormento de no poder producir nada igual? No sé; pero cuando se presenta á recibir el aplauso del público, lo hace como un vencido, humillado. Sabe que no es su obra lo que se aplaude, sino su nombre; su primera ópera alimenta la llama sacra... Esto no puede satisfacerle; es soberbio, tiene anhelos, deseos; se agarra desesperado á la gloria que se le escapa. De haber muerto Mascagni después de su primera obra, hubiera pasado á la posteridad como un genio...

También he visto aquí á Giordano dirigiendo la orquesta en el estreno de *Fedora*. Es joven, bastante simpático; trae algo nuevo á la música con sus melodías y dulces recitados; no se aparta demasiado de la escuela italiana pura y clásica y aun lleva con él esperanzas y promesas.

¿Las realizará? ¡Quién lo sabe! *Siberia* ha sido

una nota falsa en su carrera, pero un tropezón no es una caída...

Romaniello prepara para el año próximo una nueva ópera, *Valencia*, cuyas primicias he gozado, pues su mérito no es menor como compositor que como ejecutante, y ha alcanzado fama de concertista en toda Alemania, Italia y Francia.

Tengo confianza en que esta obra sea de las que *quedan*; guarda las líneas puras, sencillas, de las óperas de Verdi, del cual es admirador y discípulo el maestro; no hay abuso de situaciones, es dramática y bella por su fondo, clara y ampliamente armónica en la forma.

Se conoce que su *fórmula* en arte es la misma de Verdi.

«Tornate all' antico», á la melodía dulce, pura, inspirada y clara, que llega al corazón de todos sin necesidad de estar iniciados en la retórica fonética.

He conocido aquí también á Matilde Serao; como usted sabe, es de las primeras escritoras de Italia.

En la parte física, en las costumbres y en los modales se parece de tal suerte á D.^a Emilia Pardo Bazán, que se creería en un plagio de la Naturaleza entre las dos célebres escritoras.

Matilde Serao es más simpática, tiene un temperamento de luchadora; con actividad asombrosa dirige un gran periódico diario, *El Giorno*, colabora en él, da conferencias, escribe novelas y hace una agitada vida de sociedad.

Hemos coincidido en las opiniones contrarias al feminismo, y favorables al divorcio. Se propone hacer aquí la campaña que yo he realizado en España. Sin duda nos ha aproximado la simpatía del periodismo; en mi viaje he encontrado muchas intelectuales; ninguna periodista como Matilde Serao.

No es sólo un talento, es una voluntad; en su vida íntima ha sabido romper prejuicios y atender

á su dicha. Es la primera vez que veo romper abiertamente las *consideraciones* y *conveniencias* sin que la sociedad se indigne.



Matilde Serao

Es verdad que á sus espaldas murmuran y protestan las gazmoñas que la envidian; pero se inclinan ante ella y le estrechan la mano.

Franca, alegre, jovial, Matilde Serao habla á voces y ríe á carcajadas; se ve en todo la naturaleza fuerte, vigorosa, que produce en sus obras flores de pensamiento, no frutos de neurastenia. A mí sobre todo, me gusta porque desprecia al mundo y no es hipócrita.

En el paseo me han señalado una Princesa de cabellos blancos, cuyas facciones conservan rasgos de una belleza excepcional, y me han dicho que es hija de Enrique Heine. La he mirado con el respeto de una reliquia perteneciente al gran poeta. Aseguran que heredó su hermosura y su espíritu satírico, empleado sin el talento del padre, y hace huir de su lado á todas las damas, de las que se burla graciosamente.

Y ya que hablamos de aristocracia, he de mencionar á usted el suicidio de un joven Príncipe de veinte años, la víspera misma de su boda con una bella Princesa á la que adoraba.

¿Cuál ha sido la causa? No se sabe; los neos la achacan á la influencia de la lectura de Leopardi, cuyo libro abierto por la página en que se halla el sublime diálogo «Del Alma y la Naturaleza» se encontró sobre su lecho.

En realidad parece ser que se ha suicidado á consecuencia de una juventud disipada prematuramente, que le impedía gozar ahora el amor verdadero.

Ha sido un hecho tristísimo que ha envuelto en tocas de viuda á la linda joven que aun no vistió el velo de desposada.

Y para hacer bueno en esta carta el dicho de Zorrilla «A los palacios subí y á las cabañas bajé», debo contarle mi excursión por los más inmundos callejones de *Piedegrotta* para visitar con cu-

riosidad de arqueólogo una ruína viva, la mujer que se cree ser la más vieja de Italia.

Carmela San Germán cuenta 108 años, y habita en un tercer piso cuyos cincuenta y dos peldaños sube todavía.

En el portal de la casa arde un farolillo ante el nicho de una imagen del Nazareno empotrada en la pared, y junto á la puerta un grupo de muchachas cosían cantando mientras otra peinaba á un pequeñuelo, con hermosa libertad y abandono.

La viejecita estaba sentada dentro de una pobre estancia que sirve á la vez de comedor, sala y dormitorio á toda la familia. Cerca de ella su hija de sesenta años, con alardes de muchacha junto á la ancianidad de la madre; una *joven* nieta de 40, la biznieta de 25 y el tataranieto pequeñuelo. ¡Cinco generaciones! ¡Es un curioso espectáculo!

La anciana no está aún decrepita; sus encías conservan cuatro colmillos descarnados y amarillentos; su cabeza ostenta abundante cabellera de un blanco plateado y brillante que cae alrededor de un rostro coloreado por la sangre con extraño frescor.

Los ojos están tan cargados de carne, que necesita un esfuerzo para alzar los párpados y lanzar la mirada; la voz es ronca, honda como si el espíritu se hubiese reconcentrado en las profundidades de su sér y le costase trabajo exteriorizarse. Nada ha hecho para alcanzar edad tan larga; su vida es sencilla y vulgar; se casó de 28 años, quedó viuda á los 45, tiene dos hijos.... Yo quise ver si guardaba recuerdos de algo; todo está borrado de su memoria; sólo conserva el nombre de *Napoleón* que escuchaba pronunciar con entusiasmo en su juventud.

¡Pero hasta en esta edad, hasta en la tumba nos

sigue la vanidad femenina! Sus muertos ojos han lanzado un relámpago de placer cuando le he dicho que aun está joven y bella...

La familia me hablaba de su deseo de enviarla á un asilo y ella misma lo quiere «Porque la cuidarán mejor».

No existen ya aquí lazos de cariño; la viejecita siente el egoísmo de la vida que se acaba; la familia desea verse libre de tal carga....

¡Qué pena vivir tanto! ¡Esto es una maldición! Vegetar así, sin ideas, sin goces, sin amor... ¡Cuesta trabajo poder pensar que esta mujer ha sido joven y querida!

¡Debemos morirnos cuando ya no hay nadie que nos ame!

La muerte despierta en mí la idea de lo tristes, de lo lúgubres que son los entierros en Nápoles; aquí, como en la Toscana, se hacen procesiones, que acompañan encapuchados con hachones de cera; enmedio va un féretro con paños negros, bordado de calaveras y huesos; delante, un crucifijo chorreando sangre, de espaldas al público, ó sea mirando para el muerto. No puede usted imaginar mascarada más lúgubre, más imponente... y sin embargo hay en ella una nota cómica... En el féretro no va el cadáver; lo enterraron ya obscuramente el día antes.

Todo esto no es más que un pretexto para que pueda cobrar los derechos la parroquia, su lira cada uno de los pobres del albergó de San Genaro, y tengan ocasión de beber unas cuantas copas los amigos, dejando satisfecha la vanidad de la familia, que ha cumplido con la tradición.

«¡Cosi va il mondo!»

Nápoles, 14 de Marzo.



Nápoles.—Palacio Real

CARTA XI

Recuerdos del pasado

Recuerdos de España hay aquí por todas partes: lápidas conmemorativas, monumentos y edificios levantados por nuestros virreyes á los que se deben las mejores obras que posee Nápoles.

La fachada del palacio real ostenta en su friso las flores de lis de los Borbones y las insignias del Toisón. Entre las estatuas de reyes que la adornan, se ven las de monarcas españoles.

Recuerdo en este momento una anécdota que revela el espíritu burlón de este pueblo, tan semejante al nuestro.

No han estado muy acertados los escultores en estas estatuas y el representante de la casa de Borbón encoge su enorme nariz como si percibiera un olor fétido. La estatua que está á su izquierda señala hacia arriba, mientras la de la derecha di-

rige el índice en sentido contrario; y la indicada por ella tiene gravemente la mano sobre el pecho. El pueblo ha compuesto el siguiente diálogo, entre ellos:

«Carlos de Borbón.—¡Qué mal olor!

Víctor Manuel.—¡Viene de arriba!

Joaquín Murat.—No, viene de este lado.

Carlos V (1).—Juro que yo no he sido».

Es tan exacta la actitud de las estatuas con la aplicación de la frase, que es fuerza reirse de la observación de estos andaluces italianos; pero donde más recuerdos de historia se encuentran, es en las iglesias que sirvieron de enterramientos y de archivos.

Yo he recorrido varias, empezando por la pequeña de Montserrat, propiedad de España, que administra el consulado. Es el girón último del dominio nuestro; parece casi una burla esta reliquia que posee aquí nuestra nación y que obliga á los cónsules á entenderse con los sacristanes.

San Francisco de Paula es una iglesia moderna, se terminó en 1832, edificada por un piadoso voto de Fernando I de Borbón sobre el solar de una pequeña iglesia del siglo XIII y de un convento de franciscanos. Tiene á ambos lados dos bellos pórticos que imitan á los de San Pedro en Roma, sostenidos por 44 columnas de basalto traídas de

(1) En París, barrio latino, se imitaba hará unos veinte años esta gracia sobre cuatro apóstoles ó evangelistas de talla que servían de muestra en una tienda de imágenes y broza religiosa. Los estudiantes y demás gento de buen humor decían que el diálogo era como sigue: Un evangelista: Aquí hay mal olor; el otro: no sé, tal vez; el otro: sí señores, ha sido éste. El último en actitud resignada: perdón compañeros, yo he sido ¡qué le vamos á hacer!

Si no es copia, hay que confesar en la humanidad... latina cierta unidad de lo pícaro, pues no sería este sólo el ejemplo que podría confirmarlo. ¿Serán los hombres en religión, en política, en filosofía y en todo como los castores ó las abejas que no saben idear ni hacer más que una especie de habitaciones ó panales?

Puzzioli. Seis grandes columnas jónicas de mármol sostienen el peristilo, y el interior imita el Panteón de Roma en su planta redonda. Su cúpula es la tercera de Italia por el tamaño; ya sabe usted que la primera es la de San Pedro y la segunda la de Santa María, en Florencia.

Me gusta esta arquitectura en las iglesias porque trae algo de alegremente pagano á la severidad católica; estas imitaciones de los templos de los dioses antiguos y las ligeras columnillas toscanas, no son menos bellas que el decantado gótico para repetir la eterna muñetilla que como usted dice muy bien, debemos cederle á Ruben Darío: «Se eleva en haces de luz hacia el cielo, etcétera».

Santa Clara ostenta un magnífico campanario en forma de torre cuadrada, sin concluir, modelo de arquitectura románica (1). Está dividida en tres pisos: el primero de orden toscano, dórico el segundo y jónico el tercero; el cuarto y el quinto, que debían completar esta especie de muestrario de las órdenes arquitectónicas, quedaron sin hacer. A su lado está el antiguo convento donde aun se encierran algunas jóvenes de la nobleza napolitana, las hijas de familias pobres y aristocráticas que se ofrecen á Jesús por despecho y orgullo, al ver que los jóvenes de su alcurnia prefieren dorar sus blasones con el oro de las americanas, mejor que cargar con una gazmoña é inútil señorita de rancia sangre azul.

Esta iglesia es célebre por las tumbas de los Angiovinos y de los Borbones. Estos tienen una

(1) Esa torre, si continuara, debería tener el orden corintio en el cuarto piso y el compuesto en el último que siguiendo antiguas reglas sería un templete octógono (no puede ser exágono ni de otra forma poligonal estando sobre bases cuadradas), pues el orden compuesto que es el inventado por los romanos para hacer más esbelto y adornado el corintio, es el más gentil y menos robusto de todos.

espléndida capilla donde reposa la venerable María Cristina de Saboya, mujer de Fernando II, tenida en opinión de santa. Me la figuró como una buena señora algo necia y bondadosa.... á ratos.

Como siempre «tras de la cruz está el diablo», no lejos de la buena señora reposa la disoluta Juana I. Se la ve recostada sobre su tumba, vestida con manto regio y llorando por su pueblo.... ó como dicen que lloran los cocodrilos cuando no pueden hacer más víctimas. Esta mujer tenía algo de araña; después de sus accesos de pasión violenta, se revolvió y 'mataba al macho.... tal vez hacía bien.... la única buena acción que llevó á cabo, le costó la vida.

Las iglesias napolitanas están llenas de tumbas de sus víctimas; yo he visto la *Ieoromatta*, un pequeño templo que conserva su sabor antiguo; se alzó en memoria de su coronación; allí contrajo su primer matrimonio con su amado Andrés de Hungría.... y no tardó en hacerlo estrangular en un convento.

Después sólo crímenes y disolución presenta su historia; de otros tres maridos no tuvo tampoco hijos; aquel corazón de fiera sintió sólo ternura por su primo Carlos Duras; lo designó para sucederla en el trono y éste fué su asesino. Sobre el sepulcro se lee en latín la siguiente inscripción:

«Aquí reposa la Ilustre Juana I, Reina de Nápoles, feliz de descansar, demasiado pronto por desgracia. Hija de Carlos, otro Carlos le hizo sufrir la pena de muerte en que ella había hecho perecer á su esposo».

¡Hermosa historia de crímenes dentro del recinto de una Iglesia!

Detrás del altar un bello mausoleo representa al Rey Roberto en su doble carácter de Rey y Monje Franciscano; tiene en el pedestal bajorrelieves en mármol, obra de *Masuccio II*, y cerca

de él en traje imperial se ve á la reina María, hermana de Juana I y esposa de su asesino.

Me he detenido largo rato en un monumento moderno, contemplando un bello y dulce rostro que reproduce el mármol. Es el sepulcro de la hermana del escritor Ranieri; dicen algunos que la amó Leopardi..... la veo poetizada con el encanto del amor de mi poeta favorito entre los italianos... ¡Frágil barro que un poeta diviniza! ¡Ninguna de estas mujeres tan amadas supo aspirar el perfume ideal que encerraba un grosero vaso de arcilla.....!

En Santo Domingo el Mayor se conservan los recuerdos del gran teólogo Tomás de Aquino; se ve su tumba y el Crucifijo que según la tradición, fué más galante que mucha gente á quien nuestra condescendencia *bombea*, y le dijo un día durante la oración:

—«Bene scripsisti de me Thoma, quam ego mercedem accipies?»—y el santo respondió:

—«Non aliam, Domine, nisi te ipsum».

Se ven aquí también muchas tumbas de la casa de Aragón, y la del célebre Marqués de Pescara, esposo de Victoria Colonna, muerto en Milán á consecuencia de las heridas que recibió en la batalla de Pavía.

El guerrero español aparece grotescamente vestido de franciscano, siguiendo la antigua costumbre de envolverse en este hábito antiestético y sucio para purgar en la tumba las culpas cometidas en la vida; pero no se presta el hábito á la idea que tenemos del noble Virrey de Carlos V.

Se puede decir que Nápoles encierra los crucifijos históricos. En San Severo está el célebre de madera que Pío V regaló á D. Juan de Austria; y en la iglesia del Carmen, el que producía, según dicen, los amorosos éxtasis á la neurótica Santa Teresa, y el venerado «Cristo del Milagro».

Es una de las iglesias que más me gustan, esta «Santa Maria del Carmine»; se halla cerca del puerto, en el barrio popular, próxima á la Plaza del



Nápoles.—Campanario del Carmen

Mercado, donde murió Coradino; y más tarde *Masaniello*, caudillo de este pueblo voluble y tornadizo, que ahorcó á los nobles y levantó la bandera de la rebeldía contra nuestro dominio demasiado tiránico.

Abandonado por sus secuaces, murió también aquí el héroe infeliz, elevado desde pescador á Rey en pocos días, para pasar desde el Capitolio al Gólgota. La suerte de todos los héroes populares que toman en serio el amor de sus pue-

blos. Masaniello está, según dicen, enterrado en esta iglesia del Carmen, donde también reposa Coradino de Suavia, cuya madre elevó el templo con el dinero que fué inútil para su rescate.

El campanario es de los más elevados y originales que ostentan las iglesias de Italia; se veneran en este templo la Virgen de *la Bruna*, una negra Virgen del Carmen de facciones judaicas, y el crucifijo del milagro de que hablaba antes.

La conseja cuenta que el 17 de Octubre de 1439, una bala de cañón arrojada contra los aragoneses que sitiaban la ciudad, penetró en la iglesia y hubiera dado en la frente del Cristo, si la milagrosa imagen no hubiera evitado el golpe bajando la cabeza..... á tiempo.

Se ve la bala suspendida sobre la pared á la

derecha, y una inscripción indica el estupendo milagro.

La imagen es de las más feas que pueden verse. De madera ennegrecida, grotescamente labrada, tiene un aspecto terrible, pavoroso, parece que los brazos no sostienen bien el peso del cuerpo y va á venirse á tierra. La cabeza inclinada deja caer sobre el rostro una enmarañada madeja de sucia seda que figura los cabellos. Parece un hombre ahorcado y se cree que vamos á ver cuervos revoloteando á su alrededor..... Los suplen con ventaja los carmelitas del anexo convento que van y vienen por todas partes.

Santiago de los Españoles es interesante por los recuerdos que guarda; lo construyó el Virrey don Pedro de Toledo y su ostentoso sepulcro se admira en una capilla detrás del altar mayor.

No seguiré; en todas las ciudades de Italia se cuentan por cientos las iglesias; le he hecho á usted gracia de las riquezas y las obras que encierran, porque su descripción necesitaría un volumen.

Hablaremos sólo de la Catedral; se alza sobre las ruinas de dos templos griegos dedicados á Apolo y á Neptuno. Todavía sin terminar, la fachada es magnífica; el interior, en forma de cruz latina, está lujosamente decorado. Vasari pintó dos cuadros representando en personajes divinos la familia de Paulo III Farnesio; la Virgen de la Natividad es una sobrina suya, que tenía poco de lo que representa; y bajo los trazos de San Genaro se conoce al mismo Paulo III.

La Capilla de San Genaro, llamada del *Tesoro*, costó ella sola 4.500,000 liras; tiene forma de cruz griega y está toda cubierta de ricos mármoles; estatuas y candelabros de plata la llenan por todas partes. El busto de San Genaro, también de plata, está cubierto de ricas joyas. Se dice que dentro

de la cabeza de la estatua se encierra el cráneo del Santo, decapitado en Puzzoli, bajo Diocleciano, el año 306.

Me he sentido por un momento estadista, ó si se quiere socialista. Todas las riquezas de los templos italianos, repartidas entre el pueblo, y todos los conventos é iglesias puestos á su disposición, harían que nadie careciese de albergue y desapareciera en un día la miseria de la bella Italia.

Claro que reuniría en un museo los *capo lavoro* y entre ellos un admirable San Genaro pintado por nuestro Rivera, en el instante que sale incólume de las llamas, y que me gusta más que la estatua de plata, aunque lo cambiaría por ella. *Domenichino* ha pintado al óleo sobre planchas de cobre cinceladas magníficos cuadros en esta capilla.

Detrás del altar, en una de las dos celdas cubiertas con chapas de plata, se guarda la sangre del santo en dos frascos de cristal herméticamente tapados. Me hicieron notar las grandes cerraduras, cuyas llaves guardan personajes diferentes, que necesitan reunirse todos para abrirlas. Aquí es donde se opera tres veces al año, gracias á la química, el milagro de la liquidación de la sangre del mártir, como en Madrid el de la de San Pantaleón, y otros como ellos en otras partes.

En esta ocasión se reservan puestos para sus descendientes, pobres gentes, pescadores y pordioseros en su mayoría, á los que no les quita el hambre su pariente intercediendo por ellos en el cielo. El milagro se verifica de nueve á diez de la mañana; el pueblo llora y reza *credos* y *letanías*; pero si tarda en verificarse la liquidación, prorrumpe en injurias contra el santo llamándole entre otras lindezas *faccia giagliuta* (cara amarilla), pero así que los reactivos han obrado y se produce el fenómeno, acuden en tropel á besar la sangre

y se sacan en procesión las reliquias, que pueden adorar durante ocho días.

Esto me recuerda los pescadores de Carboneras, un lindo pueblo de la costa española, los cuales si no sacan la red llena de pescado, tiran al suelo su gorro de bayeta y lo van llenando de piedras que representan: 1.^a, «la Virgen»; 2.^a, «San José»; 3.^a, «San Antonio», y así sucesivamente, pateando después con brío encima de toda la corte celestial de que han llenado el gorro. Esto no impide que al botar la barca para un nuevo lance se santigüen y digan devotamente: «Vamos con Dios».

¡Oh! ¡Religión estúpida é inconsciente! ¡Que aun en el siglo xx sigas dando estos espectáculos!

El cuerpo de San Genaro está encerrado en la capilla subterránea que pertenece á la familia Caraffa, y se conoce con el nombre de la «Confesión de San Genaro».

¡Qué bella es esta capilla! ¡Qué delicadeza en los preciosos bajorrelieves que ríen en las paredes y en torno de las columnas jónicas que sostienen el techo!

Hay aquí un admirable consorcio del paganismo con la religión católica; es el arte el que realiza este milagro. En este reducido espacio se guardan espinas de la corona de Jesús y preciosos relieves de Neptuno y de asuntos mitológicos. Ya antes se ve la pila bautismal con atributos del dios Baco. En Italia vive siempre el paganismo y penetra hasta en los templos católicos.

Detrás del altar de la *Confesión* hay una estatua del Cardenal Oliviero Caraffa, esculpida por Miguel Angel. Lo ha representado de rodillas, con las manos unidas en actitud de orar.

¡Qué manos! Son suaves, delgadas, adorantes, espirituales; manos capaces de levantar una hostia pura, de esas que revelan un carácter, que lle-

van escrita una historia de sufrimientos. El guía coloca una luz entre ellas. Este es un milagro de arte; se ve circular la sangre bajo la piel de mármol; se ven las venas, los huesos, los músculos y los tendones..... Son unas manos que no se olvidan nunca.

Y terminemos con las *cosas santas*.... Después del lujo de las iglesias, la tristeza de las Catacumbas.

La entrada de ellas está en el Hospicio de «San Genaro dei Poveri», donde se asilan los ancianos, que salen vestidos de capuchón á los entierros, cobrando de una á dos liras, según el lujo del traje.

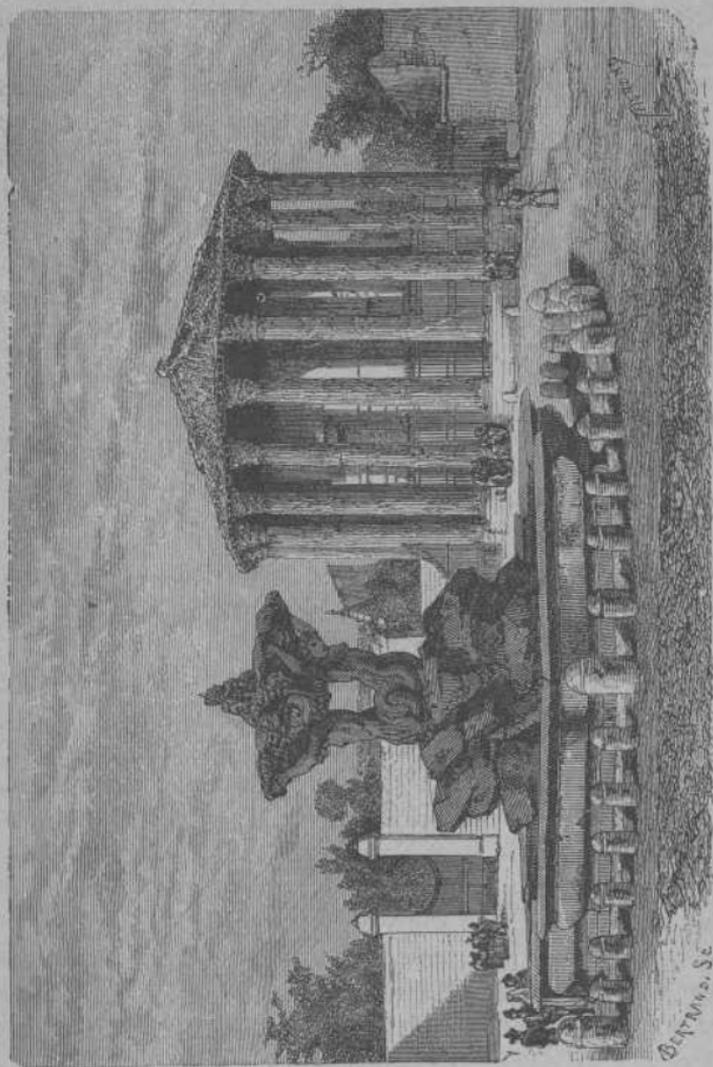
Sólo una pequeña parte es viable; nos muestran una tosca silla de piedra donde se sentaba San Genaro y cubren los nichos varias pinturas de la infancia de este arte. Se ven santos y vírgenes pintados de frente, como los primeros dibujos que hacen los niños, sin redondeces ni anatomía, pero hay en ellos espiritualidad, son personajes divinos.

El guardián que me acompaña me llama á cada momento *Signora Madama*, y acerca su farolillo para que vea los montones de huesos. No son todos de los mártires cristianos, de aquellos pobres ilusos, de fe ardiente, que no pensaron jamás en que se falsearía su obra y que por una lira se enseñarían sus huesos á los curiosos.

Se enterraron aquí muchos cadáveres durante la peste de 1656.

La mano brutal del guía levanta una calavera de su derruido sepulcro y me la muestra. Parece de una joven ó de un adolescente; es pequeñita, de dulces curvas, cráneo alto y aun es bella, desprovista de la carne que la cubriera.

¡Pobres generaciones cristianas! ¡No pudieron pensar nunca que su hermoso comunismo se convirtiera en vulgar explotación y sus huesos en artículo de industria!



Roma. - Fuente de Bizzaccheri y Templo del Sol

Filtra agua á través de estas piedras; se respira en la obscuridad polvo de huesos; hablan al espíritu con amarga queja esta fe sencilla, este espíritu puro, estos restos de una religión que parecía en sus principios aurora de libertad para el esclavo y sólo ha logrado encadenar conciencias, proteger la soberbia de unos cuantos que han buscado la impunidad hablándoles á los demás de *otra vida de goces*, donde tendrán pan los que padecen hambre en ésta, y entronizando como virtudes la obediencia, la pobreza y la castidad, destructoras de la voluntad, los nobles anhelos y los intereses del amor y la naturaleza.

Nápoles, 20 de Marzo.





Venus y el Amor



Toro Farnesio

CARTA XII

El Museo Secreto

Estos museos de Italia son como el mar donde han venido á sepultarse los ríos del arte antiguo.

He visitado en Nápoles muchos de propiedad privada ó del Estado, tales como el del Príncipe Satriano, el duque de Martina, el *Tesorone* y los de San Martino y Capodimonte; pero la verdadera maravilla es el Museo Nacional, llamado aún Museo Borbónico; no tiene rival para el interés del estudio de la historia y por sus magníficas colecciones de bronce y cerámica, así como por los recuerdos de Herculano, Pompeya, Pestum, Stabies, Capua, etc.

He tenido la suerte de visitarlo acompañada del

Secretario señor L. Conforti, uno de los hombres que poseen más cultura clásica en esta tierra de clasicismo; fué compañero de nuestro Castelar durante su estancia en Nápoles; poeta como él, ha cantado en bellos poemas la destrucción de Pompeya, sin perjuicio de sus profundos estudios de arqueólogo.

Un guía tan inteligente, me hace apreciar todas las bellezas del museo y no perder el tiempo en los detalles insignificantes.

Le hablaré á usted de las cosas que más fuertemente han atraído mi atención.

Pasando entre los bustos de los Emperadores romanos, de sus esposas y de todos los filósofos griegos y latinos, cruzando toda la corte de dioses del Olimpo, se llega á la sala donde hay dos maravillas de la escultura, el *Hércules* y el *Toro Farnesio*. Las dos han sido encontradas en las *Termas de Caracalla*; el primero se cree obra de Clycon de Atenas; el segundo, de los escultores de Rodas, Apolonio y Taurisco.

El gran grupo del *Toro Farnesio* representa el momento en que Circe es arrojada al toro furioso; el enorme bloque tiene una gracia y una ligereza indecibles; el perro que se abalanza á la soberbia bestia es un perro vivo, y al lado del pedestal corren lindas figurillas. Se tiene idea de lo que sería este grupo del que sólo quedan ya originales los bustos, pues todas las cabezas, manos y pies de las figuras están restaurados por escultor poco competente.

Más afortunado el *Hércules*, sólo tiene una mano restaurada con admirable maestría por Guillermo de la Porta, y aparece con su hermoso cuerpo fuerte, modelo maravilloso de anatomía, que causaba la admiración de Miguel Angel. Parece que está cansado, inclina la cabeza sobre el pecho con desaliento y se apoya en una columna, sin cuyo

sostén se vendría abajo. El musculoso gigante representa perfectamente la animalidad humana; en aquella cabeza pequeña no hay pensamiento ni voluntad; se comprende que en momentos como el escogido por el escultor para representarlo en reposo, hilase á los pies de Onfalia, abdicando la fuerza bruta ante el poder del ingenio, de un cuerpo débil y hermoso.

Un poco más allá veo el hermoso grupo de *el amor enlazado por un delfín*. ¡Bella escultura y bello símbolo! Este animal es más sabio que todos los humanos; ha rodeado los anillos de su cuerpo con presión poderosa en torno del amor y no hay cuidado de que se le escape... Retener el amor, ceñirse á lo que constituye la felicidad, apriornar la dicha..... ¡Bello ideal.....! Pero temo que el amor lo encuentren sólo las bestias.....

Hay muchas Venus notabilísimas. Una hermosa Minerva, de formas elegantes, llena de vida, sin la severidad que rodea siempre á esta diosa; tiene el casco caído á sus pies; se la conoce por *Venus Victoriosa*, y parece estarlo de haberse desprendido de sus arreos guerreros para mostrar la hermo-



Hércules Farnesio

sura de su cuerpo. Influida hoy por la idea de los símbolos, me parece que el autor presintió el feminismo y nos muestra cómo es mejor ser mujer y amada, que buscar triunfos y glorias masculinas.

La célebre *Flora* ó *Venus vestida* que se atribuye á Praxíteles, es de las esculturas que más encantan; bajo el velo de transparente mármol se ve la carne rosada; es púdica, graciosa, expresiva; se puede decir que es la única *Venus intelectual*.

De Praxíteles también, y del más puro estilo griego, es la hermosa *Venus Callipyge*, de líneas suaves, inocente, coqueta, dichosa de mostrar su desnudez; contempla complacida su propio cuerpo, lo acaricia con la mirada como si quisiera besarlo. Experimenta la misma satisfacción con que un amigo mira á la esposa de otro asistir á las fiestas con el seno y los brazos desnudos.

Bajo los trazos de otras muchas Venus, se han hecho retratar las Emperatrices de Roma; un cuerpo de Venus de Médicis sostiene la cabeza de Martina, hermana de Trajano; y otra Venus desnuda y en cuclillas, reproduce el rostro de Agripina. Es un hermoso cuerpo, grueso y mantecoso, que sería bello en posición más airosa y menos violenta. Recuerda á las mujeres de Rubens, en su exuberancia transparente y linfática. El amor juega con ella acariciando el pliegue de su vientre, con una mezcla de maliciosa y estúpida complacencia.

En bronces, hay una colección de estatuas y bustos únicos en el mundo; descuellan entre mil, el *Fauno dormido* y el *Mercurio en reposo*, dos obras de los mejores tiempos de la escultura griega. Los *discóbolos* (jugadores de discos) representan el movimiento tan bien como los dos primeros representan la calma y la estabilidad. Se les ve lan-

zarse á la carrera, se siente el aire de los cuerpos al moverse, mientras que en los otros los nervios sin tensión, los músculos flácidos indican el descanso absoluto, la completa calma. Entre todos descuella el *Fauno borracho*, el *animal animalizado*, aun más embrutecido por la borrachera; es de una ex-



Venus Callipyge



El Amor y el delfin

presión, de una vida, de una realidad indescrip-
tibles.

En la pintura hay más copias que originales, con poseer muchos notabilísimos. He desconocido á Velázquez en una copia horrible de *Los Borrachos*. No se puede copiar bien á los genios.

La colección de cerámica es espléndida: vasos etruscos, italo-grecos, de Cumas..... una maravilla.

Están aquí el célebre vaso de Darío, que representa con sus figuras rojas sobre fondo negro, la guerra de los pueblos orientales; se ven las pobres provincias arruinándose para llevar dinero al tirano que ha soñado una noche con nuevas conquistas. Los dibujos de líneas simplicísimas son muy expresivos y bellos, así como la forma de los vasos tan elegantes á pesar de su enorme tamaño.

He visto la famosa *taza Farnesio*, transparente; representa *La Fiesta del Nilo* en su complicado y bello dibujo. ¡Con qué paciencia cincelaban los antiguos! En la colección de camafeos y piedras preciosas grabadas, he admirado una que en el espacio de un centímetro de diámetro ostenta 16 figurillas admirables, y todo un cuadro de composición.

Cinco magníficos tapices del pintor alemán Von Orley rodean una gran sala; representan la batalla de Pavía; los personajes llevan escritos sus nombres en la espada, y las hermosas figuras de los héroes españoles recuerdan aquí uno de los períodos gloriosos de nuestra historia. Se considera con pena *cómo hemos venido á menos*.

En recuerdos prehistóricos, en epigrafía y en objetos y pinturas de la antigüedad, hay un tesoro.

No le hablo nada de los recuerdos de Pompeya, que merecen carta aparte.

De Herculano le mencionaré sólo la colección de manuscritos carbonizados que se despliegan y se leen, gracias á una sencilla y admirable máquina que los desarrolla y fija sobre cartulina. Es invención del P. Antonio Piaggi. En Pompeya no se han encontrado manuscritos.

Notabilísima es también la grandiosa biblioteca anexa al museo y la colección de monedas y medallas. En estas últimas, admirablemente coleccionadas por el señor Conforti, se lee toda la histo-

ria de Italia, desde los tiempos primitivos, cuando se cambiaban enormes pedazos de metal, hasta las lindas monedas grabadas en oro y plata.

Una bella Diana del tiempo de Augusto, alcanza por su originalidad un valor de cuatro millones.

Y acabaré por donde quería haber empezado, por el *Gabinete Secreto* que mandó cerrar Pío IX para hacerlo más deseado.

Su entrada, prohibida á sacerdotes, mujeres y niños despertó mi curiosidad y he logrado que se abra su puerta para mí.

Desde luego puedo asegurarle á usted que todas esas publicaciones que avivan la curiosidad del público pretendiendo reproducir fotografías de este Museo, son falsas. No se permite sacar fotografías, ni hay reproducción ninguna.

Han tenido la galantería de dejarme recorrerlo sola por si sentía rubor ante estas figuras; era inútil; el arte y la belleza no producen sensaciones bastardas, que son las únicas que avergüenzan. Prefiero ver las figuras así, libres, como son, sin las hojas de parra que se han colocado en nuestros museos, y que despiertan la malicia ó la curiosidad.

¿Qué es la Moral? ¿Hay una moral absoluta? ¿Podemos nosotros desde nuestro punto de vista cristiano y católico medir y juzgar á estos pueblos, jóvenes, alegres, despreocupados y libres? No; sería preciso colocarnos en su medio social, en sus costumbres, en sus creencias; despojarnos del fardo de 2,000 años de superstición, de aniquilamiento; y nuestros atavismos ingénitos ya no lo permiten..... Con un esfuerzo supremo, me retrotraigo hacia aquellos tiempos; aquí, en esta atmósfera suya que se respira en Pompeya y las ciudades antiguas, en los momentos de soledad y de evocación los comprendo; luego huyen de mí, se alejan, se esconden.....

Todas estas representaciones de fuerza y fecundidad eran cosa corriente para ellos, en su religión natural y humana; sin sombras ni misterios, los exageraban, los reproducían por todas partes, no llamaban la atención de nadie, no podían causar escándalo; era una cosa familiar, que estaban habituados á ver.

Algo de esto podemos encontrar entre nosotros. La Cruz, signo tétrico é infamante, lo vemos como protector y dulce merced á la influencia de la costumbre. Todo es convencional, acomodaticio. Las mujeres nos dejamos coger las manos y el talle en los bailes y rechazamos estas libertades fuera de esa diversión.

Pero basta de consideraciones. El Museo Secreto es pequeño, lo forman dos salas, con vitrinas en las que hay expuestos objetos decorativos y figurillas desnudas, más ó menos exageradas en las proporciones.

Pinturas de lupanar adornan las paredes; es notable en ellas la belleza de los cuerpos masculinos; los pintores los hacen redondos como los de las mujeres, y para distinguirlos emplean un color más obscuro.

No sé si es que aun no poseían recursos para la expresión de las formas y de los rostros. Por una parte me fijo en el cuadro que he visto en las otras salas, *El Sacrificio de Efigenia*, donde la figura que debiera representar la desesperación se tapa la cara con un velo como si el pintor no supiera darle la expresión necesaria.

Y por otra parte veo en la soberbia Medea meditando el asesinato de sus hijos una expresión magnífica, trágica, incomparable, de indecisión, piedad, dolor y amargura á un tiempo mismo.

No debían faltarles recursos; las figurillas de bacantes y alegorías, ligeras, frescas, bien dibujadas, son tan aéreas, tienen tal encanto, que no se en-

cuenta nada igual ni aun en los grandes pintores del Renacimiento.

Hay lámparas, amuletos, caricaturas, vasos, mosaicos y pinturas al fresco. Como es natural en su tiempo, son casi todos los asuntos mitológicos, sátiras, *Leda y el cisne*, *Baco y Hariana*, y otros asuntos semejantes.

No hay una pornografía baja que se deleita en desnudeces; hay arte, algo de espíritu satírico que se burla de sus propias creencias.

Apolo, el bello dios de la Poesía, bajo la figura de un sátiro, persigue á la ninfa Dafnis que se convierte en laurel y lo deja burlado en muy cómica actitud. Un sátiro descubre á un hermafrodita y huye aterrorizado de su engaño, y perseguido á su vez.

Un mosaico representa á un asno astuto que consigue engañar á un león y subir sobre su espalda, vengándose de los ultrajes recibidos. El pobre rey de la selva, sometido á prueba tan dura se revuelve espantado, y el burro ríe con tal malicia, que la Victoria viene á colocar una corona de laurel sobre sus orejas.

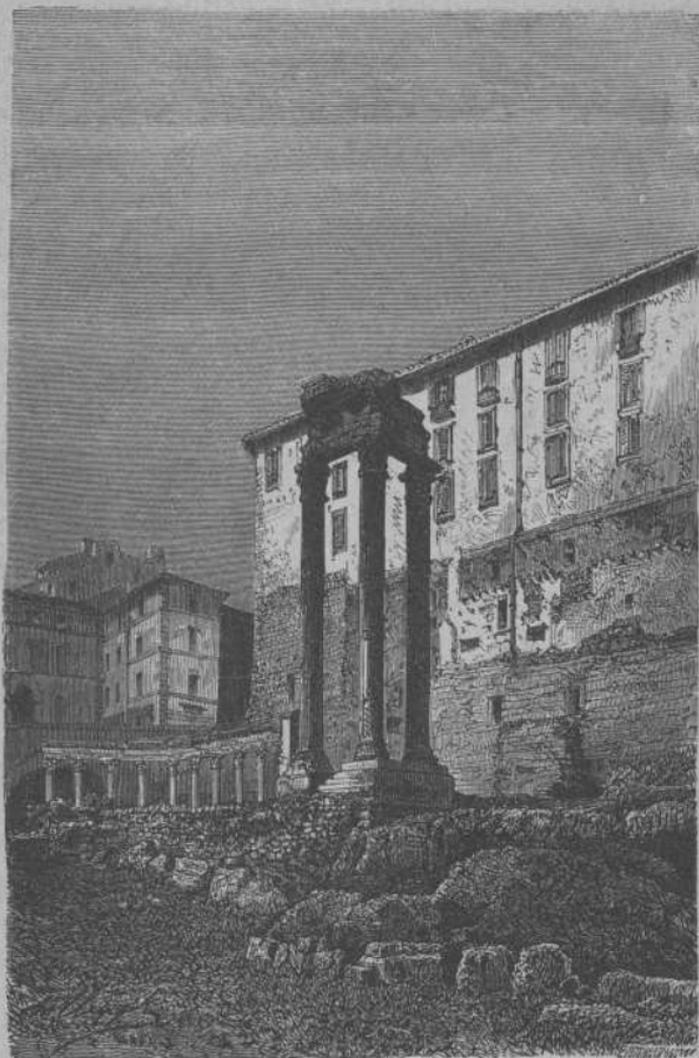
En el centro de la estancia hay un bello busto en mármol; una cabra sujeta por un sátiro. La expresión es preciosa; la cara del sátiro ha perdido los rasgos humanos en la bestialidad más feroz; la del animal se ha espiritualizado; tiene en los ojos algo de beatitud, de resignación ó de agradecimiento. Como escultura, presenta líneas armónicas, bellas y elegantes.

Un trípode de bronce de elegante labor está sostenido por tres sátiros desnudos y airosos, que extienden la mano para que no lleguen hasta ellos las vírgenes inocentes. Tienen una expresión de burla graciosa en los semblantes, como si supieran que el mejor medio de atraer es rechazar.

Por esto sin duda, la prohibición de entrar en

este gabinete es lo que trae más gente á verlo; no porque en realidad tenga nada de extraordinario.

Nápoles, 22 de Marzo.



Roma.—Templo de Vespasiano: Pórtico de los Doce-Dioses



Pompeya.—Panorama

CARTA XIII

Pompeya

Vivo ahora á muchos siglos de distancia de nuestra sociedad actual. Contemplando todos los días estas ruinas de Pompeya y Herculano y las antigüedades de los museos, nos transportamos á una existencia y unas costumbres distintas de las nuestras, que acaban por sernos familiares y queridas.

Hay momentos en que tengo la crueldad de alegrarme de la destrucción de Pompeya.

De haber continuado su vida vulgar, sufriría como todas las ciudades de la antigua Europa, los efectos de las hordas cristianas que arruinaron su brillante civilización. El Vesubio vino á cubrirla con su manto de cenizas para guardarla como un libro abierto al estudio de la posteridad. ¡Y qué libro! Cada día ofrece una nueva página, una nueva belleza.

No conocerán ya á Pompeya los que hace al-

gunos años la visitaron. La *vía de las Tumbas*, la del *Lupanar*, las casas de *Diomedes* y del *Poeta trágico*, SON YA ANTIGUAS, no despiertan la curiosidad como las obras recientes, las nuevas casas que aparecen, las calles que se abren, los cuadros que se reconstituyen.

Y sin embargo no está aún descubierta la mitad de Pompeya; se conocen ya su forma, sus edificios y sus murallas por las pinturas encontradas, las vistas en las cuales se la contempla bañada por el mar, que se retiró como asustado del desastre, en la falda del Monte Vesubio, el enemigo oculto que parecía protegerla.

He recorrido cien veces estas calles con pavimento de lava donde están aún marcadas las huellas de los antiguos carros; he ido de visita de una á otra casa, como si se tratase de antiguos amigos. En algunos momentos parece que estamos en una ciudad habitada; circulan empleados, guardas y viajeros sin cesar por las silenciosas calles; las casas están reconstruídas con admirable acierto; los jardines tienen flores y plantas en la misma forma que aparecen en los dibujos; los techos cubren los muros reedificados, se restauran pinturas y mosaicos, se recomponen columnas y capiteles; las fuentes de mármol y los *Hermes* se levantan por todas partes, vuelve á correr el agua de los surtidores. ¡Pompeya revive!

Las calles son rectas, de anchura regular, con piedras colocadas de uno á otro lado para que los transeuntes puedan cruzarlas con comodidad los días de lluvia; ante las puertas de las posadas públicas hay anillas de piedra para dejar amarradas las caballerías; las casas de los ricos propietarios están rodeadas de tiendas donde se vendía el vino caliente y toda clase de productos; se observa en la organización general que la comodidad y el placer presiden la vida de individuos que no

esperando otra existencia para recibir premios de las privaciones, querían pasarlo todo lo mejor posible en ésta.

La destrucción de la ciudad ocurrió cuando reparaba los desperfectos ocasionados por el terremoto del año 63. Se nota una desgraciada evolución en el gusto de aquella época; las lindas columnas dóricas estriadas se recubren con una capa de estuco para hacerlas jónicas; se cortan los bellos capiteles corintios; empiezan á buscarse otros nuevos elementos decorativos. Un siglo más y Pompeya hubiera perdido este carácter que hoy nos encanta.

¡Templos por todas partes! Es el defecto de todas las religiones: el ser insaciables. Aquí cerca del Foro está el templo de Venus, con su bello pórtico de columnas dóricas; más allá el de Vesta, construído en honor de Livia; enfrente el templo de Júpiter, el de la Fortuna Augusta y el de Mercurio, construído por una mujer, la sacerdotisa Mammie, cuyo sepulcro se ve en esa silenciosa y melancólica Vía de las Tumbas, que une dos ciudades hoy muertas: Herculano y Pompeya.

Es curioso que las feministas deseosas de reivindicar derechos no piensen en reclamar este derecho al sacerdocio siendo un oficio lucrativo que exige poco trabajo. Cuando un sabio les habla de inferioridad se revuelven airadas y aceptan en cambio de hecho, la inferioridad, el desprecio, la impureza que arrojan sobre ellas muchas religiones considerándolas indignas del sacerdocio..... y sin embargo, si no fuera por la ignorancia de la mujer, ¿qué sería de las religiones?..... Quizás por esto no se quiere que las vean de cerca..... Ninguna comedia es bella entre bastidores.....

Pero entremos en una de estas lindas casas pompeyanas. Hemos cruzado ante la Villa de Cicerón; el buen sabio se daba excelente vida; las pinturas

de bacantes que se han encontrado en su casa, valen más que todo un tratado de filosofía.

La casa de Diomedes es ya muy conocida; entre las víctimas encontradas en ella hay el cadáver de una pobre niña, cuyo cuerpo se ve en la vitrina del museo. ¡Qué honda impresión me produce! Es un cuerpo de adolescente, de líneas purísimas, que se adivinan bajo la capa de yeso conservador que la cubre. La vitrina está colocada



Pompeya.—Casa de Salustio

de manera que se baja una escalerilla y se la puede ver por completo. Echada boca abajo en tierra tiene el rostro oculto entre los brazos y queda todo el cuerpo al descubierto; la especie de camisa que la cubre está enrollada alrededor de las espaldas y del naciente seno; no trató sólo de librarse de las exhalaciones de gases que la ahogaron, sino de librar su hermosura, de defender su rostro y sus ojos del humo y la ceniza. Su cabeza graciosa está peinada coquetamente á la griega; tiene un brazalete de oro incrustado en

el hueso de su brazo..... y á su lado se encontró un espejo, donde se retrataron las convulsiones de la agonía..... Yo he visto este espejo de acero pulimentado, en el Museo de Nápoles; todavía conserva su brillo; me asomé á él como si fuese á encontrar el retrato de la pobre niña y vi en su fondo mi propia imagen..... El espejo no guarda recuerdos, no conserva jamás un retrato, reproduce sólo lo que tiene delante: es el sím-



Bacantes danzantes de Pompeya

bolo fiel del olvido..... el olvido es una ley natural sin la que la vida sería imposible..... Pero el olvido hace daño; una cosa que se olvida es una cosa que muere en el alma; un cadáver que sepultamos dentro de nosotros; ramas que se secan hasta dejar el árbol sin savia; flores que caen hasta convertir el jardín en páramo..... Nuestros corazones son inmensos cementerios sin epitafios siquiera.

Pero sigamos. La casa del *Poeta Trágico* ostenta preciosas mascarillas; la de la *pared negra* llama la atención por este tétrico color de pintura en



Pompeya.—Boticarios.—Casa de Vetti

un pueblo que abusaba del rojo y el blanco, que amaba la belleza, la alegría y el placer.

Nuestra visita debe ser hoy para las dos casas que se han encontrado últimamente, ya que son también las dos más bellas.

Siguiendo hacia la Puerta del Vesubio, donde se están haciendo las obras, veremos la *Casa de Vetti*, descubierta en 1895, y la *Casa de los Amorcillos Dorados*, la cual no ha sido aún abierta al público.

¡Qué encanto y qué emoción produce ver las obras! Bajo la capa de cenizas surgen pedazos de pilastras, relieves y figurillas; ya asoma un trozo de columna, ya se adivina un mosaico, una taza de mármol, un capitel bellamente labrado, una joya, una pintura, un nuevo misterio.... Se siente impulso de apartar la tierra, de excavar con las uñas, para que aparezcan todas las bellezas ocultas; la ciudad, las casitas de recreo que la rodearon, los jardines.... y toda su vida antigua; escándalo de nuestro siglo desmoralizado con careta de pudibundo.

Describiendo á usted la casa de Vetti (*Domus Vettiorum*), tendrá usted descrito el plano de la mayoría de las casas de Pompeya; todas se parecen, con pocas variaciones; su arquitectura no es más que una mala imitación de la arquitectura griega.

Tienen todas ellas una parte destinada á la vida pública, á las relaciones sociales, á lo exterior;

y otra para la vida íntima, la tranquilidad del hogar; el santuario guardado celosamente por todos los pueblos latinos y orientales.

Un pasaje llamado *fauces* pasa por detrás del *Cubiculum* y el *Tablinium* para separar más ambos compartimientos, como si no se quisiera que llegase el eco de la vida pública allí donde empieza la intimidad doméstica.

Un patio, el *atrium*, rodeado de pórticos y pequeñas habitaciones destinadas á dormitorios de los siervos, *cubiculos*, tiene en medio el *impluvium* de mármol destinado á recibir las aguas de la lluvia; en el fondo se encuentra el *tablinium* ó sala de audiencia, donde acudían los visitantes y los siervos deseosos de dar los buenos días al patrono.

Cuanto más rico é influyente era el amo, tanto mayor y más asidua era la concurrencia. Desde el alba esperaban algunos en la puerta para ser los primeros en darle los buenos días ó la *salutatio*.

Juvenal hace ya objeto de sus sátiras á Trevio que por acudir á estos *officia antelucaná*, no tiene tiempo de amarrarse el calzado. ¡La adulación es antigua como los tiranos!

Viene en seguida el *peristylum*, que tiene enmedio un pequeño jardín; alrededor de él se encuentra el *tridinium* ó comedor, la galería de pinturas (*pinacotheca*), las capillas de los dioses lares (*Lariarium*), la sala de baños, la biblioteca y más al fondo la elegante habitación, recuerdo del *gineceo*,



Flora.—Casa de Vetti

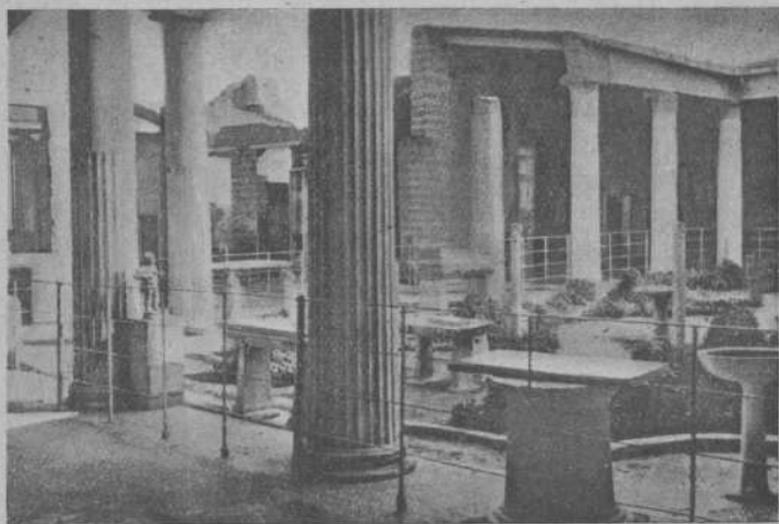
donde las mujeres, cultivadoras del arte de agradecer se entregaban á sus recreos y á las conversaciones tan vacías de sentido como las que se sostienen hoy en los salones..... hemos cambiado poco en dos mil años.....

Lo común en estas casas es tener dos pisos; algunas llegan hasta tres, pero son pocas.

¡Qué riqueza de decorado! Los más insignificantes edificios, así como los más soberbios, aparecen llenos de mosaicos, de estatuas, de pinturas y de preciosos mármoles.

Vetti no era un gran señor, era un burgués, y su casa puede competir con los palacios. Hoy es la admiración de los visitantes de Pompeya.

Bajo el dintel de la puerta se lee en bello mosaico la palabra *Salve*, como en todas las casas pompeyanas, aunque no todas tienen el perro con las palabras *cave canem*. Alrededor de las paredes del patio está repetida muchas veces la imagen pro-



Pompeya.—Casa de Vetti



Herculano.—Jardín de la casa de Arco

tectora de la sierpe, á la cual se le ofrece en un vaso de comer el huevo y la piña, para que sea propicia á los moradores.

Asuntos mitológicos cubren las paredes de todas las habitaciones, mezclados con animales extraños, peces y sátiros. Se ven con frecuencia los mitos de Adriana y Teseo, y el pobre Acteon ostentando el regalo femenino de sus cuernos, ni más ni menos que un marido con el *santo sacramento indisoluble*; lindas figurillas de bacantes, de sátiros y de raros arabescos; en estos colores vivos, luminosos, tan finos y tan transparentes lucen sobre fondos claros.

Cerca de la puerta, cubierto por una rejilla que rara vez se levanta, hay un mosaico bellissimo por la delicadeza de la ejecución; representa á un hombre que pesa su fuerza y á cuyo alrededor la Naturaleza fecunda hace brotar flores, frutos y amorcillos. En otra habitación hay otro bello mosaico que figura un laberinto, admirablemente hecho.

En el peristilo, que sostienen 18 columnas corintias, se ha repoblado el jardín con las mismas plantas que aparecen en los frescos que las reproducían y que se ven en el zócalo de este patio. Los *Hermes*, las fuentes y las tazas de mármol ocupan de nuevo su lugar.

Pero la verdadera maravilla es el tridinium, el friso rojo donde corre toda una corte de amorcillos bellísimos, alados, ligeros como mariposas de figura humana.

El pintor hizo desempeñar á los amores todos los oficios de los mortales; los castigaría sin duda por alguna mala pasada.

Se les ve cardar la lana, servir de floristas, de jardineros, de pastores y de farmacéuticos. Nada puede usted imaginar más lindo que éstos últimos. ¡Con qué gracia manejan un enorme mortero, componen filtros, arreglan drogas y acuden presurosos á llevar la poción á una hermosa doliente!

La joven me parece harto confiada aceptando remedios de Cupido, el dios pérfido, que lleva siempre consigo la traición..... Quizás piadosos le ofrezcan el olvido..... pero no lo creo..... ¡Todos los dioses atormentan á los que le rinden admiración!

La otra casa, aun no abierta al público, lleva el número 7 en la *Vía Stabiana* y su puerta de servicio cae sobre el *Vicolo*, casi enfrente de esta admirable *casa de Vetti*.

Cuidadosamente restaurada ha recuperado su aspecto antiguo; están en su puesto pinturas y estatuas, bajorrelieves, columnas, fustes, capiteles y arquivadas. Se diría que vamos á encontrar á sus moradores.

Llaman mi atención entre otras maravillas de su decorado, dos ó tres máscaras teatrales, de una bella y tranquila expresión; un sátiro que recuerda el exquisito arte de Scopas y una figura fe-

menil seguida de un amorcillo, que parece una *Madona* cristiana.

En medio del intercolumnio hay una máscara de Sileno y dos *lariarium* de distinto culto, uno enfrente de otro, como dos rivales preparados á la lucha. El de la derecha está destinado al culto clásico; á la trinidad de Júpiter, Juno y Minerva, acompañados de Mercurio, cuya presencia indica que el propietario de esta casa se dedicaba al comercio; el otro *lariarium* está destinado al culto de las divinidades orientales, introducido en Italia después de la conquista de Egipto, como si este vencedor pueblo romano hubiera siempre de ser dominado por los ídolos de sus esclavos.

La estancia más magnífica de la casa es el *æcus* ó *esedra*, el lugar que, como ya hemos dicho, se destinaba á las mujeres. Hay una decoración extraña y única en todas las casas descubiertas hasta ahora en Pompeya; una *imitación* de nuestro moderno papel de tapizar cubre el zócalo, pinturas bellísimas y *libres* lucen en la pared; y en dos medallones de vidrio esmaltado hay miniadas en oro unas figuras de amorcillos con alas. ¡Nada semejante se había encontrado hasta ahora en Herculano ni en Pompeya! ¿De dónde vendría la familia que habitó esta casa? Su decoración extraña le ha dado nombre y dentro de pocos días se abrirá al público con el de *Casa degli Amorini Dorati*.

En otra de sus habitaciones interiores hay una hermosa cabeza de mujer que parece un tipo egipcio, vestida á la pompeyana.

¿Será un retrato? No desdeñaría firmarlo Ticiano. ¡Qué hermosa figura! ¡Cuánta nobleza en el perfil, cuánta majestad en la cabeza coronada de trenzas de ébano; qué mirada tan profunda y tan serena! Tiene una mano cerca del descote y no se sabe si es más linda esa mano que la cabeza

y el seno amplio, sano y fuerte, cuyo comienzo se adivina.

Esta mujer era sin duda de esa burguesía de libertos enriquecidos, fastuosos y amantes del placer. Tiene algo de la soberbia de la plebe triunfante.

¡Cuán vulgar y prosaica es nuestra vida! Aquí sabían unir belleza y sentido práctico. Como no hay fábricas que hagan todos los objetos semejantes, se busca de continuo la originalidad, rivalizan en crear formas bellas. En el tirador más sencillo de una puertecilla hay una cabeza cincelada; un asa representa una figura viva y bellísima; un plato vulgar, una taza, una acéitera, son modelos de forma bella; cualquier lámpara sorprende por la línea elegante; una greca incrustación, un grupo de arte se halla en todas partes; en una estufa, en una hebilla, en un mueble hay figuritas risueñas maravillosamente ejecutadas; la belleza se muestra sin velos ante los pompeyanos; la línea le ha revelado sus secretos (1).

Nápoles, 28 de Marzo.

(1) Cuando se ve este arte greco-romano llegado á tal perfección, es cuando se tiene una idea de la desastrosa influencia del cristianismo que todo lo destruyó, y en su odio á la tierra, á la carne, al amor y á la naturaleza, olvidó y dejó perder el dominio de la forma toda á tanta costa adquirido, y cuando quiso al fin tener un arte, no pudo menos de *volver* á empezar por las figuras groseras y la arquitectura ruda del bizantinismo al que sucedió el bárbaro y siniestro goticismo hasta que por fortuna el renacimiento vino á darnos la luz... ¡Y hay en nuestros días quien pretenda no sólo restaurar y perpetuar, sino hacer de nuevo el arte de la Edad Media, con el nombre de modernista y volver á las figuras escualidas y chupadas, á las pinturas sin términos, ni gradaciones, al arte primitivo y semisalvaje de los cristianos para llenar de él poblaciones modernas!

Herculano y Pompeya se levantan con su rediviva grandeza para condenar ante locura... fomentada en secreto por la reacción.



Pompeya.—El Foro

CARTA XIV

Las costumbres pompeyanas

Quedamos ayer en el *æcus*, tras una noche en compañía de las lindas pompeyanas; mi espíritu se une á ellas, somos ya amigas, vienen á conversar conmigo y me revelan sus secretos.

Me han dejado penetrar en su tocador, santuario cerrado á los profanos, hasta al amo y esposo, según el consejo de Ovidio, que no se desdeñaba de hacer crónicas de *Colombine*.

La coquetería moderna no es más refinada que la antigua; botes llenos de preciosos aceites, un servicio de tocador con polvera, pinceles para las cejas, pulidor de uñas, limpiaoídos, hierros para rizar el cabello, carmín, afeites y esencias, todo como en el gabinete de una *cocotte* francesa ó de una dama de la moderna aristocracia.

Ya había perfumerías en Pompeya. En una tienda pequeña de la *Vía Mercurio*, se ha encontrado una

especie de estante donde colocaban vasos de perfume, cosméticos y peines ó *novacula*. En medio de la tienda (Taberna) había un mostradorcito de piedra y á la derecha el hornillo para calentar el agua. Tal tienda se llamaba *myropolium*.

La *gente de la buena sociedad*, es decir, las antiguas gazmoñas, tenían á deshonor venir aquí como las mujeres de teatro y demás personas vulgares; pero no más virtuosas, también llenaban su tocador íntimo de los preciados menjurjes.

Los productos tomaban generalmente el nombre del país de donde venían. Eran celebrados el unguento de Chipre, el bálsamo de Merole, el nardo de Achemenis, el malobatrurn de Sidonia, destilado en aceite para el cabello, las esencias de la Arabia y la Asiria, el *opobalsamum* de Judea, el cinomomo de la India, la mirra de Oriente y el iris de la Iliria, del cual ya nos habla Plauto, como si le hiciera un reclamo, en el primer acto de *La Mastellaria*.

Otros perfumes y unguentos tomaban el nombre del inventor, ni más ni menos que el «Petróleo Gall», tales como la *Niceroziana*, recordada por Marcial y el *Foliatum*, compuesto por Folia, la amiga de Gratidia, que anatematizó Horacio en sus Odas. Aquí tenemos ya el depilatorio con base química, las pastas emolientes y los masajes modernos.

Aparece una primitiva forma de corsé: el *mamillare*, para corregir las líneas del seno.

Sabiendo verlas, estas antiguas pinturas nos revelan muchos secretos.

Aquí hay un grupo de damas pintando de negro el cerco de sus ojos oscuros, haciendo resaltar con el pincel el arco de las cejas y el carmín de las mejillas; allí unas esclavas peinan á la griega la hermosa madeja de cabellos, que permite lucir el noble perfil romano; la visten el *sup-*

paro de tela finísima que deja al descubierto los brazos; les ponen collares y brazaletes preciosos y aretes que desgarran con su peso las orejas: es que se preparan para una fiesta de boda.

Más allá se ve el cortejo que conduce á la esposa á la casa del marido. ¿Le gusta al hombre robar la felicidad? Se conserva aún algo de la forma salvaje de los matrimonios por captura enmedio de esta sociedad refinada. Se lleva á la esposa en brazos al *Tablinium* y allí el marido le pregunta:—¿Quién eres tú?—á lo que ella responde sólo:—Donde tú seas amo, seré dueña yo también.—Yo creo que debiera responderle:—Soy la mujer que viene á ser dueña de ti.

Pero la ceremonia es hermosa, se descorren las cortinas del *Tablinium*, el jardín aparece iluminado; suenan los acordes de la música y danzan las esclavas.

El esposo adapta al brazo de la esposa el brazaletes de oro formado por dos sierpes, que lleva escritas estas palabras: «*Sperata, pacta, sponsa, nupta*», y la ceremonia ha terminado.

Se pasa al *Tridinium*: allí están los tres lechos; se tienden en ellos los invitados, á quienes las esclavas descalzan antes, y se cubren con tapices preciosos; las cabezas están coronadas de rosas, los braseros arden esparciendo nubes de esencias. Empieza el *Tridinarca* (1) á hacer servir los manjares, bailan danzas lúbricas las esclavas, los vinos encerrados en ánforas que llevan el nombre de los Cónsules para contar sus años, salen hechos pasta por su antigüedad; es preciso desleírlos en agua caliente y hacerlos colar; se esparce su incitante olor en la sala y empieza la orgía.

¡Qué hermosas están las mujeres levantando el

(1) Esclavo que dirige el festín.

desnudo brazo más alto que la cabeza, el cuello tendido y los brazos entreabiertos para recibir el hilillo de dorado licor que sale del *brindis!* (2).

¡Quién será capaz de contar las voluptuosas promiscuidades de la carne, excitada por el vino, que siente bajo el tapete oriental el roce de otro cuerpo!

Es verdad que el Cristianismo varió toda la faz de una sociedad sólo con la prohibición de comer en los lechos.

Y eran higienistas estos pompeyanos. Sus comidas presentan una fórmula de las más sanas: «de la ova á la mele», en latín «*ad ovo, ad mala*», ó sea: «Desde el huevo á las manzanas». Ya conocían las propiedades alimenticias del huevo propias para asimilarse y preparar el estómago á recibir carnes y pescados; ya sabían favorecer al final la digestión con el ácido saludable de la manzana.

Las esclavas llevan las viandas partidas en pedazos en cacerolillas con mango que servían de plato. Han llegado hasta nosotros restos de carne, de pescado, miel, dátiles, huevos, queso, leche, aceite y vino. Todo lo han respetado los siglos como si de un modo deliberado lo guardasen para la posteridad.

En medicina se ven todos los instrumentos quirúrgicos: forceps, espéculos, pinzas y lancetas. Hay farmacias y los lindos vasos de cristal donde se deposita la orina, que servía de dentífrico por recomendación de Horacio; se llevan á ensayarlas tan pronto se nota alteración en ella, como ahora hace la modernísima medicina.

En religión no valían más que nosotros; los *luperici* ó sacerdotes de Pan vivían encerrados en las cuevas y fomentaban la superstición de las mu-

(1) Vaso en forma de cabeza de ciervo.

jeros con filtros y ritos extraños; las ceremonias fúnebres eran grotescas siempre, y se conmemoraban con banquetes en los que no se comía apio, sal, ni miel, evocando después el nombre del difunto como lo hacen nuestros espiritistas.

Pero dejemos las casas; sus habitaciones son tan pequeñas porque la vida toda se hace en común, en los Foros, en la Basílica ó en las Termas.

En la «Via di Stabia» está la entrada que tiene la palabra *Mulier* escrita sobre la puerta.

Se entra en una gran sala llena de mosaicos y estucos, donde en 29 nichos se ven objetos de adorno femenino; la entrada aquí está prohibida á los hombres. Las bellas ungen su cuerpo de pomadas preciosas; con un extraño instrumento de metal, parecido á una hocecilla, rascan blandamente la piel.

El cristianismo pudo prohibir las comidas en los lechos y dejar que subsistieran los baños. ¿Por qué envolver lo bueno y lo malo en igual anate-ma? Pero se empeñó en ser triste y sucio... y lo ha conseguido.

La multitud acude á los Foros, á la Escuela Pública y á la Basílica para discutir, negociar, escuchar la voz de los maestros y presenciar la justicia de los magistrados.

En el *Foro Triangular* se venden preciados tapices de la Siria, las esclavas hermosas, y todos los productos del lujo asiático.

Más tarde están los teatros, desde cuya galería velada por rejas de hierro veían las mujeres los espectáculos; paseamos todas estas ruinas: el *anfiteatro*, la *caserna de gladiadores*, y cruzamos á la *Vía del Lupanar*. Algunas señoras se vuelven atrás. ¿Por qué? ¿No son un inmenso lupanar todas nuestras grandes ciudades? ¿No son más inmorales que esto los Boulevards de París ó la puerta del Casino de Monte Carlo?

Por aquí paseaban las muchachas, cuyos collares formados de cuentas sonaban como campanillas de mulas para llamar á los transeuntes. A pesar de nuestra *alta moralidad*, esta desdichada venta de mujeres continúa; pagan contribución por su industria al Estado, y envenenan la sangre de una ciudad entera. Cuando los Papas eran también reyes, permitían y..... sacaban tributos á la prostitución reglamentada. Un cardenal presidía el negociado de *higiene*.

Es la hora del *Solis Occasus* cuando llegamos al *Foro Civil*, corazón de la vida de Pompeya.

Construído como un *agora* griega, forma un paralelógramo alargado; elegantes columnas dóricas aparecen como tallos de donde se han arrancado las flores; pedestales de estatuas, restos de arcos triunfales y cimientos de derruidos edificios lo rodean..... ¡Aun es rico y fastuoso en sus ruinas!

Se diría que estamos en los buenos tiempos de la ciudad, al verlo tan concurrido; nos cruzamos con una princesa de Inglaterra, hermana de Eduardo VII, y su séquito, que se pasean por estos sitios.

Es hoy el día de mi última visita á Pompeya; la miro ansiosa, para conservar su imagen grabada en mi cerebro.

¡Qué posición tan bella la de este Foro! Al fondo el Vesubio, el terrible enemigo, que parece reirse de su obra destructora; á lo lejos el mar, que la acariciaba antes, extiende ahora su superficie de plata líquida; cerca de nosotros, el polvo de los siglos, el aroma de los recuerdos, la poesía de un mundo que pasó.

Se oculta el sol como una granada roja; brilla con más intensidad el fuego ardiente del Vesubio, diadema que prende el velo donde se envolvió la triste ciudad; Luigi Conforti sube sobre el pedestal que antes sostuvo una estatua ecuestre y en su bello idioma italiano, que parece formado sólo

para la poesía y la caricia, nos lee un trozo de su último hermoso poema cristiano, escrito con espíritu griego, como si para él en siendo bellos valieran lo mismo Jesús ó Apolo.

¿Cómo decir adiós á Pompeya, á este lugar único en el mundo?

Herculano no presenta nada semejante; la costra de dura lava que lo envuelve no puede levantarse; carece de esta magnificencia; comparado con Pompeya, es una aldea de pescadores al lado de una gran ciudad.

Es Pompeya la que absorbe la atención de los viajeros, la que hace hasta á los más católicos venir á visitar sus templos paganos sin acordarse de la iglesia del Valle donde hay una olvidada *Madona*.

La última visita es para el templo de Isis; la diosa egipcia era aquí más bien que Venus la reina de la *sagrada disolución*.

Su templo es bellissimo; el área, circunscrita al pórtico; entre los intercolumnios varias *aras* destinadas á los sacrificios. Aquí están representados *Anubi* con cabeza de perro y el dios del *Silencio*, que preside los misterios de la Naturaleza. En medio se ve el templete de la diosa, estatua que ya no existe, y cuyos restos revelan que tuvo la cabeza de mármol, el cuerpo de madera, y el vestido de tela, lo mismo que nuestras imágenes vestidas.

Bajo el pedestal hay aun objetos del rito, como el *favissæ*, donde se ponían las cosas sagradas que bañó el agua del Sarno. Se ve la escala subterránea por donde entraban los sacerdotes para *confeccionar* milagros, como después hicieron y aun hacen los sacerdotes católicos (1); la piedra egip-

(1) Cuando Enrique VIII que sabía, pero se las callaba, todas las tretas de frailes, monjas y curas, rompió con el Papado, mandó sacar á las plazas públicas de las ciudades de Inglaterra todos los bártulos y artificios de que aquéllos se valían para *hacer milagros*. Así el pueblo pudo ver y tocar las ampollas que producían el llanto ó el sudor de sangre en los Cristos y las Dolorosas: los

cia, donde se conserva grabada la plegaria á Osiris, y bajo el pórtico occidental, cinco puertas que conducen á la gran sala destinada á la iniciación del rito secreto de la fecundidad.

Aquí, desobedeciendo el mandato de Tiberio, venían personas de todas clases y de todas las edades; vestidas las mujeres de blanco lino transparente, suelto el negro cabello y agitando los instrumentos de música al compás de sus danzas... Apuleyo mismo guarda un prudente silencio acerca de lo que pasaba en el santuario..... Recordábamos aquel tiempo pasado entre las columnas rotas, los pedestales sin estatuas y las entradas secretas que descubrían los últimos misterios de la tradición isiaca (1).

De pronto, entre las sombras del anochecer una figura blanca se mueve sobre el pedestal que sostuvo á Isis. ¿Resucita acaso la diosa?..... Es mi hija que nos ha oído hablar de bailes, y danza

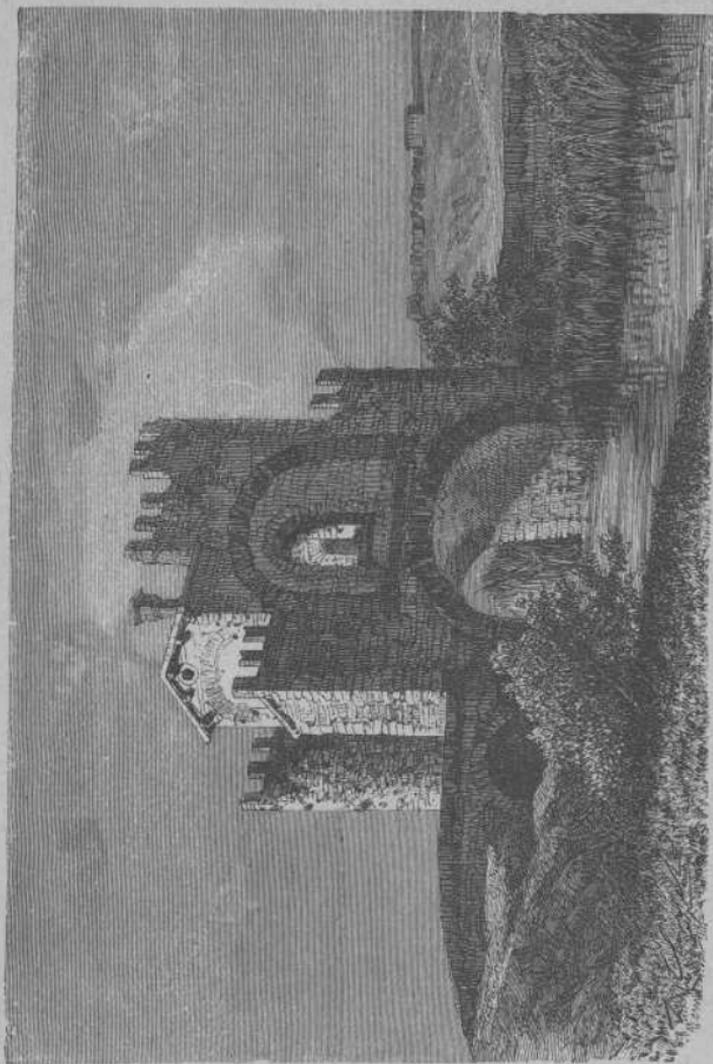
tubos acústicos que hacían hablar á las efigies, lo mismo que los que se encontraron en los templos del paganismo al ser destruidos por los cristianos, que enseñaban como triunfadores aquella superchería, bien que poco tardaron en practicarla á su vez. Se vieron resortes para mover brazos, piernas y cabezas de efigies y así otras muchas artimañas. En Italia y en España pudiera hacerse otro tanto.

Recientemente el gobierno francés ha suprimido la tarifa de trenes baratos para peregrinos de Lourdes, disposición tomada á consecuencia de las curiosísimas revelaciones que han trascendido con sus pruebas á la prensa periódica, sobre la confección artificial de milagros, la complicidad de los medicastro asalarados por el clero y los farsantes pseudo enfermos, etc., etc.

¿Por qué tanta oposición de los franceses á los inventarios de los templos á tenor de la nueva ley de separación? Porque aun mal verificados y todo, no se ha podido ocultar y ha resultado evidente que había en Francia 8 brazos de San Blas; 18 de Santiago Apóstol; 9 de Santa Teresa; ¡60 dedos! de San Juan Bautista y del mismo ¡20 mandíbulas! De Santa Agueda 6 pechos, una pluma del arcángel Gabriel (en Reims, catedral) un relicario con *aliento* de Cristo en un tubo de cristal y en Daux Sevres, una gota de leche de María (en Murcia poseen una botellita medio llena que se liquida en ciertos días)... A ver, ¿en qué se diferencian los sacerdotes católicos de los paganos?

(1) Que en nuestros conventos ocultan misterios semejantes lo han insinuado y á veces probado infinitos escritores é historiadores: se deduce de las obras de Molinos, religioso español de quien viene el sistema censural-místico llamado *molinocismo*, que ha sido imposible desterrar de las casas monásticas y he prometido dilucidarlo seriamente con datos y documentos en un libro que tengo planeado y se titulará *La Venus eclesiástica y monacal*.

(Notas de don José Ferrándiz.)



Puente nomentano

un tango español arqueando los brazos sobre su cabecita de rizos negros y girando como una bayadera sobre el templete de la diosa.

Sin música, sin acompañamiento, el cuerpecillo ligero se mueve en cadenciosas contorsiones, se inclina, se repliega, gira.... Hay algo de religioso y severo en los movimientos ya dulces y lánguidos, ya vertiginosos y agitados de la niña. ¿Quién la ha enseñado á bailar así? Parece que un espíritu misterioso la anima hasta que sacude la negra melena y queda inmóvil mirando el dosel azul donde brillan los luceros de la tarde.

El efecto de cosa tan sencilla, fué poético y grandioso en aquel momento; este baile parecía una oración elevada á la pobre diosa desaparecida. Conforti ha escrito á propósito de esto un bello artículo en el periódico *Don Marzio*.

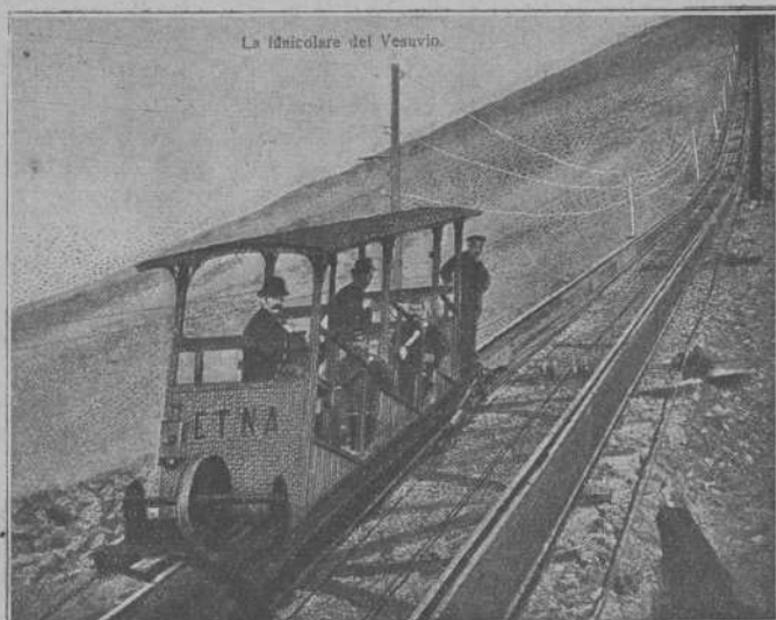
Pero es preciso alejarnos; se van á cerrar las puertas de la ciudad; dentro de poco podrá decirse con razón: *cave canem*; los perros, terribles guardianes, recorrerán á la luz de la luna las calles de esta ciudad de encanto que recuerda los cuentos de Scherazada.

Los galantes empleados de las obras, que ya me conocen como moradora de las ruinas, me ofrecen un ramo de flores, que distribuyo entre mis amigos y bien pronto lucen sus colores en el corpiño de las señoras y en el pecho de los caballeros.

Todos nos sentimos conmovidos al tener que volver del mundo de los sueños dulces al mundo amargo de la realidad.

Salimos de las ruinas acariciados por el perfume de las flores que han nacido en ellas.... Parece que resucita el paganismo, ó que no ha muerto.

Nápoles, 30 de Marzo.



El funicular del Vesubio

CARTA XV

Sobre el Vesubio

Es el último día de mi estancia en Nápoles, el destinado para subir hasta el Vesubio; adelanté mi llegada porque los periódicos anunciaron que el volcán tenía una actividad extraordinaria y yo deseaba contemplarlo; pero hasta hoy no he podido realizar mi deseo de subir al cráter.

La excursión ofrecía gran peligro; hace pocos días un millonario ruso que la intentó fué herido de gravedad con un cascote lanzado por el ardiente monstruo.

Los precedentes no tenían nada de tranquilizadores y confieso que al emprender la expedición estuve á punto de arrepentirme, si no hubiera temido ver una sonrisa bajo los velos azules de dos inglesas ó en la cuadrada faz de un americano que ocupaba con ellas los otros tres asientos de la carretela puesta por la agencia Cook á nuestra disposición.—«Adelante»—me gritó la negra honrilla latina. ¡Cuántas veces este amor propio es la oculta causa que cubre la máscara de la valentía!

La primera parte de la excursión es bellísima; el carruaje nos conduce á Pórtici y Resina, donde se toma el tranvía eléctrico que nos lleva al funicular.

Este tranvía corre por la falda de la montaña empujado por una máquina; su camino está abierto sobre la durísima lava que sepultó á Herculano y la movediza que fué sudario de Pompeya.

En estos momentos la línea está interceptada por la lava, y antes de llegar al funicular hay que recorrer á pie una gran parte del áspero terreno, hasta tomar el coche ascensor que nos conduce al cráter.

Si durante la ascensión se mira á los lados ó hacia abajo, se experimenta el vértigo. Sube la vagoneta por un plano casi perpendicular, hasta la cima.

Al saltar á tierra nos encontramos en un verdadero infierno; como negros djablos (oliendo á azufre y todo) nos rodea la *piratería del Vesubio*; hay que ponerles la cruz y defenderse; el más pequeño favor que se acepte, cuesta bastantes liras.

Los viajeros se dividen en dos grupos: unos ascienden hacia el cráter, otros van á ver primero la *fuenta de la lava*. Soy de los últimos.

Empezamos á andar por la lava requemada que se resquebraja bajo los pies; en sus asperezas se enredan los vestidos y se desgarran los zapatos;

un viento infernal, revuelve ropas y cabellos haciendo más difícil el camino; el humo se arremolina y nos quita la vista y la respiración. ¡Esto es divertirse! Yo he rechazado una silla de manos igual á la que ocupan las inglesas, conducidas á hombros por los *facchini*; no me inspiran gran confianza las bestias humanas, y hubiera venido á tierra varias veces sin el auxilio del fuerte brazo del guía y su ferrado bastón. No queda ni aun el recurso de sostenerse poniendo las manos en tierra: la lava endurecida las destroza; el suelo arde; un denso humo de azufre se escapa de todas las grietas. A nuestros pies corre la lava como un río de fuego enrojecido y se precipita por la montaña en ondas de metal líquido.

Hace diez días se ha abierto un pequeño cráter en las fuentes de la lava; lanza bocanadas de denso humo y chispazos encendidos. Esta lava es la sangría del Vesubio, la seguridad de Nápoles y de todos los pueblecitos que duermen al pie de la montaña. Mientras la lava corra, no hay peligro de una catástrofe; si la fuente se obstruyera, aumentaría la actividad del cono central, como sucede estos días, y ¿quién sabe lo que puede pasar?

Pero ocurrirá una y otra catástrofe y se seguirá edificando aquí, encantados por la belleza del suelo, hasta que éste, siguiendo su tendencia á descender, se oculte en el transcurso de los siglos bajo el mar como la Atlántida.

¡Cuántas ciudades hay aquí sepultadas! Partenope, la antigua Nápoles, Stabia, Herculano, Pompeya y otras ciento de que apenas hay noticias. En excavaciones recientes se han encontrado ruinas superpuestas de tres civilizaciones.

Los sabios sostienen que fué este admirable golfo en la antigüedad un inmenso cráter, del que se derivaron otros sesenta hoy extinguidos por com-

pleto, ó en sueño como la *Solfatara* de Pozzuoli, de los cuales sólo queda al Vesubio actividad.

Este monte lo representan las pinturas de Pompeya, todo unido; se quebró en su erupción primera como un pedazo de vidrio. El sifón volcánico eleva el terreno cada vez más y hoy la boca del cráter está á muchos centenares de metros sobre la antigua; se levanta al mismo tiempo que descienden Cumas y Pozzuoli; Bestum esconde ya entre pantanos las hermosas ruinas de sus templos griegos.

Pero el espectáculo que desde aquí contemplo es único en el mundo; Nápoles duerme tendida sobre sus colinas como la antigua Partenope al pie del sepulcro de la *Sirena*; el sol poniente la baña en luz, la envuelve el aire luminoso; los jardines parecen broches de esmeralda entre encajes pétreos.

Al N.O. avanza hacia el mar el famoso *Cabo Miseno*, ese puerto de donde salían las naves romanas, las *libúrnicas* de almenado castillo y alta popa que se lanzaban á la conquista del mundo; se divisa el golfo de Pozzuoli y la montaña que viene hasta la pequeña isla de Nisida, ese pico de roca, resto del antiguo cráter que hoy cubre el mar Tirreno, donde Tiberio desplegó los esplendores de su crueldad y lujuria, donde Bruto lloró sus remordimientos después de la muerte de César, y donde vino á buscarlo Cicerón para ahondar en sus heridas con su elocuencia de sabio. Más cerca se ve el *Cabo Posilipo* coronado de jardines y palacios.

Por el lado S.O. se extienden las llanuras de la *Campania*, la punta de la *Campaniella* y la hermosa ribera que cierra el golfo con una guirnalda de flores y pueblecillos pintorescos.

Aquí Portici, Resina, Torre del Greco, Torre Anunziata, Castellamare, Meta, Vico, Esquense y Sorrento, escondiendo entre naranjos la casa donde

nació el Tasso y la que habitó cuando desterrado de Ferrara, lloraba los amores de la sensual Eleonora.

Al Norte cierran el horizonte Prócida é Ischia, las islas de la epopeya de Homero, y al Sur, Capri, teatro de la disolución romana.

A nuestros pies se ven las ruinas de Herculano, que contempladas desde aquí infunden terror; y sobre nuestras cabezas la cima del monte, negro, pizarroso, ardiente, con la suprema belleza de un nuevo Sinaí.

Los compañeros de excursión renuncian á subir al cráter; continuamos sólo un alemán y yo la ascensión penosa.

Huye la tierra bajo nuestros pies; la ceniza candente resbala y siempre nos encontramos en el mismo sitio; desde arriba nos tienden cuerdas con argollas que nos guardamos bien de aceptar; cuando el apuro es mayor aparecen de nuevo los *diablos* ó *piratas* de este reino de fuego, brindando una ayuda que harían pagar á precio de oro.

El guía, que va en combinación con ellos, ve que estamos prevenidos; entonces se enlaza una cuerda á la cintura y nos arrastra en pos de sí. Los zapatos y el borde de mi falda empiezan á oler á chamuscado. Del centro de la tierra se escapa un ruido sordo como de una enorme caldera en ebullición, y por raro contraste montecillos de nieve vienen á mitigar el ardor de nuestros pies. ¡Qué bellos son los helados copos blancos cerca de la terrible boca de fuego! Se asemejan á mariposillas que van revoloteando á precipitarse en la llama.

Los guías se niegan á seguir: son necesarias súplicas... y *liras*, el eterno resorte que mueve al mundo, para que den algunos pasos más, y montamos sobre el cráter.

¡La Naturaleza vive! ¡Se escuchan los latidos del

corazón de la tierra; se sienten las pulsaciones, el aliento de su pulmón gigante!

El peligro es grande.

Estamos cometiendo una verdadera temeridad; el volcán en actividad arroja constantemente lavas, cenizas, piedras y cascotes enormes.

De pronto el hervor se acentúa, el humo se hace más denso; se escucha un fragor como el estampido de un trueno, tiembla el monte bajo nuestros pies..... nos sentimos poseídos de pánico y nos dejamos resbalar huyendo por la pendiente, mientras á nuestra espalda se levanta inmensa columna de fuego y cenizas.

*

En el momento en que escribo, veo á lo lejos el fuego del volcán con su llama clara, vívida, límpida y transparente; sus resplandores vienen temblando entre la ondulación del agua hasta la ciudad dormida tras la guirnalda semicircular de luces blancas.

¡De lejos parece bello! Viéndolo desde aquí, á pesar del cansancio de mis ojos cegados por la ceniza y del dolor de mis pies desgarrados en los picos de las rocas, dudo de la verdad de la excursión y pienso que la lectura del Dante me ha hecho soñar con un viaje á los reinos de Plutón.

Nápoles, 1 de Abril.





CARTA XVI

La Erupción del Vesubio

Mejor que carta, amigo Ferrándiz, esta es una postdata á mi anterior. He salido de Nápoles el día 2 de Abril, y no pensaba al estrechar las manos de los queridos amigos que me acompañaron á la estación, en la desgracia que amenazaba á aquella hermosa ciudad. La vi ocultarse en el horizonte, lentamente, tendida al pie del Monte Vesubio, como, si éste en vez de temible enemigo fuese un adorno de su prendido de gala.

Pero la desgracia, presentida en el infierno del cráter, ha estallado; el volcán amenaza en estos momentos renovar sus espantosas hazañas. Corren los ríos de lava incendiando y asolando los primorosos pueblecillos; la ceniza nubla el aire y envuelve en densa noche á la ciudad de la luz; ruge el mar indignado de ver interrumpida la calma de la odalisca que besa; la naturaleza toda viste luto, ante el terror y la desolación de la incomparable Nápoles.

¡Qué aterradoras son las noticias! La ceniza, pesada, metálica, amenaza desplomar la ciudad; se ha hundido el techo del mercado público, causando numerosas víctimas; los pueblecitos que dormían al amparo del monte, están destruídos; los habitantes infelices huyen de sus míseros hogares sin

pan, sin techo y sin refugio. Pueblan el aire gritos de terror, lloros y acentos de súplica vana. Se renuevan los horrores de Pompeya.

Yo he sentido impulsos de volver al lado de mis amigos, pero en estas circunstancias aumentaría sus pesares con mi presencia; el espectáculo terrible me haría daño; amo demasiado á Nápoles para verla con ojos indiferentes en su desgracia.

Los reyes han acudido al lugar del siniestro; han hecho bien; el pueblo desdichado siente una esperanza de protección con su presencia, y siempre la esperanza es un consuelo. De algo han de servir los reyes; siquiera de esperanza....

De menos sirve el Papa; se hizo la leyenda de que impresionado por las noticias lamentó no poder salir de su prisión voluntaria.... Fué un bello *canard* de los corresponsales ingleses, no menos vivos que nuestro Morote. *L'Italie* lo ha desmentido con sólidas razones. El sueño de Pío X no se ha turbado con la desdicha de una población empecatada por los restos de paganismo que guarda y ¿querrá usted creerlo? los periódicos del Vaticano atribuyen la desgracia á castigo de los pecadores napolitanos. Dicen con cierta fruición: —«¿Veis como Dios castiga?» (1)—Da lástima de eso que ellos llaman Dios en este caso; la humanidad ha querido designar con esta palabra la suma de todas las perfecciones, y esta gente la deshonra nombrando con ella á un sér mísero, que para vengarse de los débiles pecadores los atormenta, destruye niños é inocentes y siembra el dolor sobre la tierra como si se gozara en el mal.

Pero esto son los clericales; ya los conoce usted. ¡Ni á Dios respetan! El que menos, se cree superior á todos los dioses habidos y por haber...

(1) Los diarios del Vaticano han dicho: «que la tribulación de una sola comarca, tal vez merecedora de tal castigo, no era bastante para determinar que el Papa se moviera de su palacio comprometiendo de este modo su papel de prisionero que tanto interesa al honor suyo que es el del catolicismo todo.

¿Recuerda usted la muerte de un redactor del *Heraldo*, ocurrida hace pocos años mientras hacía un viaje por las provincias del Norte? Yo no lo conocía, pero supe que era un hombre honrado, que mantenía á su familia fatigosamente, como puede hacerlo una pluma honrada en España.—«Milagro—gritaron los clericales,—ha muerto un periodista liberal cuando estaba lleno de vida, de ilusiones y de esperanzas».—¡No olvidaré nunca la canallada de aquella oración fúnebre! ¡Y aun siguen nuestros periódicos sin emplear su fuerza para destruir de una vez tales alimañas! Acaso tengan razón en no preocuparse de ellos; es darles una satisfacción después de todo. Voy á contarle á usted dos *casos*, aunque no sean del *caso* ahora.

Cuando mi campaña en favor del divorcio me atrajo el anatema de Nocedal y sus ridículos fariseos, un cura, no tonto, con pretensiones de poeta y de escritor, ansioso de notoriedad, fingiendo el fervor que no posee (un pillo muy largo, en una palabra), enamorado y descreído, bastante cínico por añadidura, fué uno de los que se mostraron más indignados de mi pecaminoso atrevimiento. Se firmaba *Conde, Duque ó Marqués de no sé cuántos picos*, y vino á verme para conseguir de mí que le contestara en mi periódico; su objeto era *dar ruido, que el Obispo agradeciera su defensa del matrimonio* y le premiara con un destino.

Después un *niño litri* á quien usted arrojó casi violentamente de su casa porque el pobre *angel* quería explotar á la vez *El País* y *El Correo Español*, me propuso otra polémica acerca de si Santa Teresa era ó no era.... Sin importarle sacar á relucir todos los trapos del pobre San Juan de la Cruz, con tal de aparecer como defensor de una religión en que no cree.... Quiere vivir; venga la moneda de Dios ó del Diablo.... ¡Y es un joven solo, fuerte, capaz de trabajar, el que se vende así

por unos trapos viejos y un mendrugo de pan que le arrojan....!

Me aparto de mi objeto; pero este suelto que atribuye la desdicha de Nápoles á un *castigo divino*, me ha hecho perder la serenidad....

Y, entre tanto, ese pobre pueblo supersticioso, saca los santos en procesión, entona letanías por las calles, y coloca las imágenes frente á la inmensa hoguera como si fuesen diques capaces de detener su fuerza destructora.

Bien es verdad que al ir á sacar devotamente á San Genaro, no les ha impedido robarle de paso algunas alhajas, y algo es algo. La efigie del santo, lo mismo que la de Santa Ana, lejos de amansar el Vesubio, tuvieron que retirarse por no perecer bajo sus fuegos. Pudiera ese pueblo hacer el milagro de tener mañana casa, si se decidiera á desalojar de sus guaridas las alimañas.

Un verdadero héroe está siendo el profesor Matteuchi; solo, encerrado en su observatorio, incomunicado del resto del mundo, continua con fe de apóstol el estudio de las fases de la erupción.

El ejército, por su parte, está haciendo proezas á favor del pueblo; sólo el clero se muestra indiferente..... la Iglesia resulta vencida en caridad por la monarquía, el ejército y la ciencia que tanto maldice.

Tenga uno ú otro origen el fenómeno, sea el fuego central que se comunica misteriosamente por toda la tierra, sean oquedades que el agua llena provocando los gases que se inflaman y rompen la corteza, es lo cierto que esto no se puede prevenir, no se puede contrarrestar. ¡Oh! ¡Soberbia humana, no conocemos lo que nos rodea y aspiramos á la posesión de lo inaccesible! Pero si así no fuera, ¡cuántos bienes habrían dejado de realizarse!

Roma, 8 de Abril.



El Coliseo

TERCERA PARTE

CARTA I

El Coliseo

El primer impulso que se siente en Roma, es el de cerrar los ojos para no verla como es en realidad, por el temor instintivo de que se desvanezca un hermoso sueño.

La ciudad moderna es bella: calles rectas, anchas, luminosas; el Corso es la arteria principal, y, aunque menos bulliciosa y animada, se parecería mucho á Madrid si no fuera por el aspecto de soberbia grandeza que forma el carácter romano y ha hecho escribir en la puerta de uno de sus palacios: «De esta ciudad eterna, yo también formo parte; viviré mientras ella viva».

Palacios y magníficas iglesias se hallan aquí por todas partes; las plazas espaciosas están ornadas de bellas fuentes, y las estatuas, las columnas y monumentos parecen recordar á cada instante al viajero que pisa el suelo de la noble señora del mundo.

Pero á mí me ofenden estas calles modernas, estos palacios restaurados, las luces eléctricas, los coches, los automóviles y todos estos hombres y mujeres vestidos por el patrón universal de las modas francesas.

Yo deseaba ver *la otra*, la Roma que llevamos en la imaginación; la de los repúblicos, de los cónsules y de los césares, ó siquiera la de los pontífices-reyes, poderosos é impúdicos que paseaban entre esbirros sus mancebas.

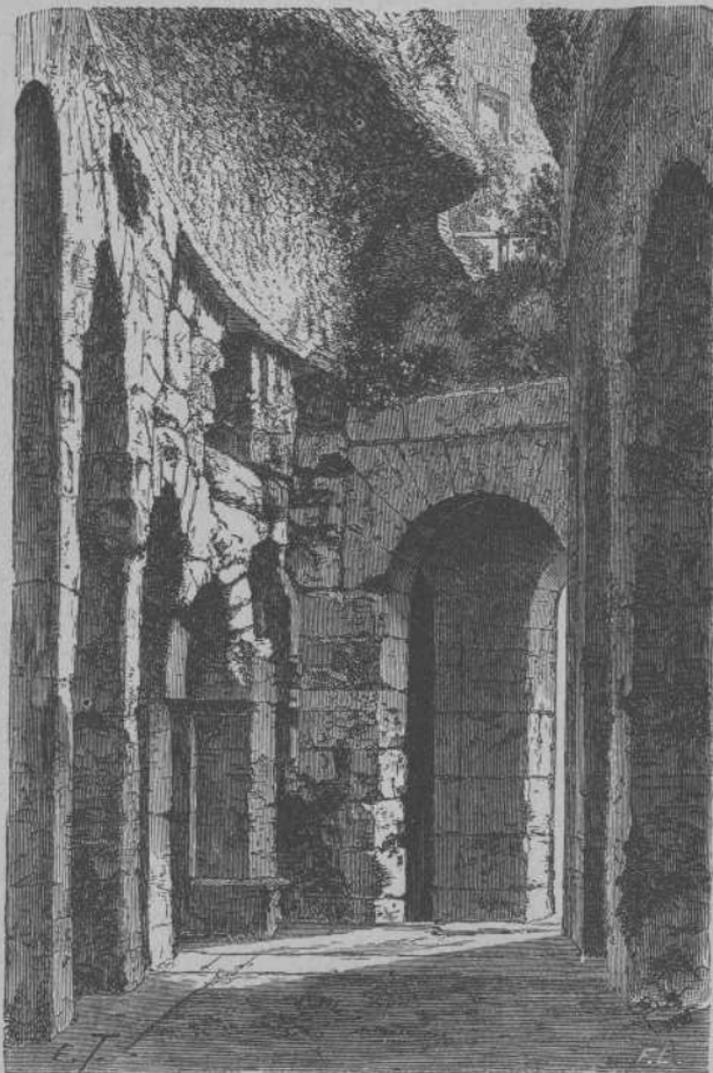
Cuesta trabajo acostumbrarse á la idea de que esta ciudad moderna y vulgar, es la vieja Roma que sirvió de antorcha para alumbrar las crueldades de Nerón y que esta multitud que pulula por las calles va sencillamente al café ó al teatro en vez de correr al Coliseo, al Capitolio, al Foro ó á las Termas.

Afortunadamente Roma se presta á satisfacer todos los anhelos; hay en ella recursos para hallar todas las mentiras.

Viven unidas sin confundirse la ciudad de los recuerdos y la ciudad moderna; se miran frente á frente el poder civil y el poder de los Pontífices; luchan el viejo espíritu pagano, el triste y soberbio ideal del cristianismo y las más avanzadas ideas de progreso; un túnel alumbrado de luz eléctrica mina las históricas colinas sobre las que se alzan los cimientos de la Roma imperial; el panteón de Agripa y la mole Adriana siguen guardando su carácter pagano bajo la cruz que los cubre y las columnas de Trajano y Marco Aurelio soportan mal las doradas estatuas de los Apóstoles Pedro y Pa-

blo. En esta mezcla parece escucharse el oleaje de las pasiones, la lucha de los espíritus.

Hay contrastes fuertes y bruscos; al fondo de una vulgar callejuela se divisa la silueta del Co-



Un corredor del Coliseo

liseo ó la fachada del Panteón; un tranvía eléctrico pasa bordeando el Foro; cerca de la silenciosa corriente del Tíber se levanta la antigua mole Adriana convertida en Castillo del Santo Angel; más allá la altiva cúpula de San Pedro y frente á ella un monolito egipcio con sus enigmáticas inscripciones orientales, parece reirse de la pequeñez de todo lo que creemos grande, mientras el agua de las fontanas murmura un misterioso canto.

Yo he venido á sumergirme en el pasado, á revivir la deliciosa impresión de la antigüedad que he sentido en Pompeya y Cumas.

¡Estoy en el Coliseo de Roma!

Soñemos, alma, soñemos.....

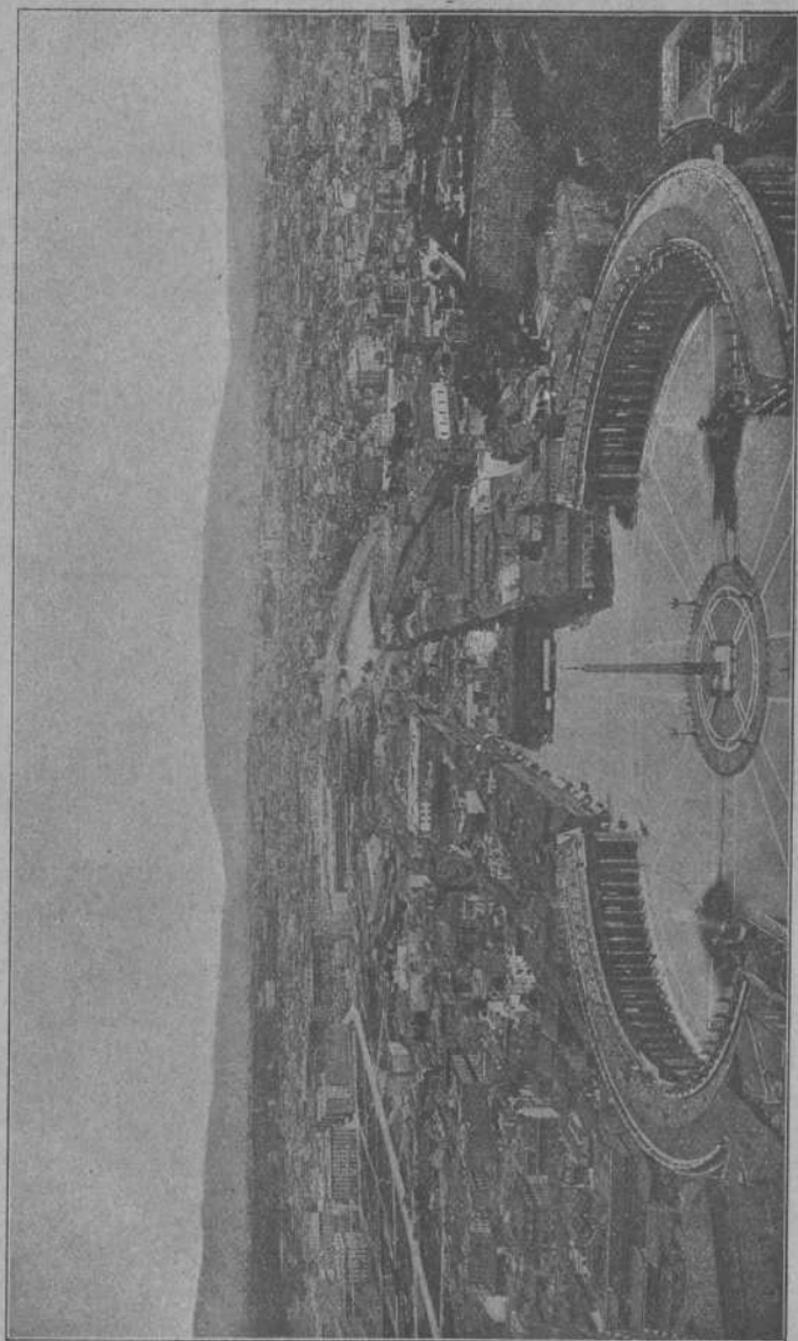
Atardece, es la hora de misteriosas nostalgias que nos trae el crepúsculo; las primeras sombras envuelven con amor en ligera gasa la inmensa mole de este edificio.

«Mientras el Coliseo exista, existirá Roma; si el Coliseo perece, Roma perecerá y con ella todo el mundo», dijo el pueblo romano en sus días de esplendor; y aquí está el soberbio anfiteatro medio derruido, derrumbado, deshecho, guardando toda su augusta y suprema grandeza.

La mullida arena de los jardines de Nerón sobre los cuales lo construyeron, ha cedido bajo su peso; uno de sus lados está completamente destruido; el otro presenta en exageradas proporciones las grandes ventanas rectangulares sostenidas por pilares corintios que adornan el último piso.

¡Qué extraños caprichos tiene la vida! Los dos Emperadores más piadosos, Tito y Vespasiano, empezaron y concluyeron esta obra, y sólo en las fiestas de su inauguración, que duraron 100 días, murieron 5,000 bestias... y no se puede decir con exactitud el número de personas.

En sus mármoles manchados de sangre encontraron después los Pontífices hermosa cantera de



Panorama de Roma, visto desde la cúpula de San Pedro

construcción; Paulo II edificó con ellos el palacio de Venecia; Sixto V quiso destinarlo á una fábrica de tejidos de lana, dando así fin á esta grandeza, y Benedicto XIV lo consagró á la Pasión poniendo una enorme cruz en su centro y un *vía crucis* en torno de sus muros.

Todo esto ha terminado ya; ahora, libre de todo



Interior del Coliseo

signo y enseña, es templo abierto á la admiración de los viajeros. La peregrinación constituye una fuente de riqueza en Roma: tanto da que acudan á ver el Vaticano como á contemplar el Coliseo.

¿Qué tienen estas ruinas para causar impresión tan solemne, tan inexplicable y tan imposible de describir?

He subido las ruinosas escaleras empotradas en los fuertes muros para llegar al último piso; desde esta gran altura (1) domino todo el inmenso anfi-

(1) Cincuenta y siete metros.

teatro con sus enormes proporciones; (1) todavía puede verse la curvatura gallarda de su forma; aun se aprecian los órdenes arquitectónicos de las medias columnas que sostenían los pilares (2) de los diversos pisos.

Todos los que lo han descrito soñaron aquí el pasado; es imposible sustraerse á su influencia. ¡Qué hermoso sería este anfiteatro todo revestido de mármol y tapices, adornados de estatuas los pisos superiores, con sus ochenta arcadas principales, que eran otras tantas puertas, animado por las voces y los gritos de 87,000 espectadores!

Aquella arena húmeda es la que sirvió de teatro á las cruentas luchas de fieras y hombres, más crueles que ellas. A mi izquierda está el antiguo *Podium* con el *Pulvinare* ocupado por el Emperador entre su séquito de cortesanas y de efebos. Allí tomaban asiento los grandes de la corte, los marinos de la flota imperial y las vírgenes consagradas á Vesta (ó al placer de los poderosos por un refinamiento de voluptuosidad) envueltas en sus cándidos é incitantes linos blancos. Cerca de ellas las hermosas matronas con sus mantos de púrpura, fulgurantes las joyas, descubierto el seno y coronado de severas trenzas el severo y noble perfil.

¡Oh! Los vicios de Roma son menos repugnantes, porque supo ser grande hasta en ellos.

Yo experimento aquí una sensación nueva, jamás sentida; me parece comprender la transfiguración; siento el espíritu dilatarse y quedar inerte el cuerpo, como si desatase los lazos de la carne para volar por regiones ideales.

Brilla la luna en un aire de intenso azul, sus rayos penetran en haces de luz por los arcos que aun se sostienen y por los intersticios de las pie-

(1) Su circuito elíptico es de 569 metros; el eje mayor mide 183 metros y el más pequeño 158.

(2) Los pilares del cuarto son también corintios.

dras. En algunos lugares la admirable obra de los hombres se ha confundido con la Naturaleza; los arcos caídos y las columnas rotas, están cubiertos por una capa de verde hierba y la brisa de la noche agita sus cabelleras de serpientes.

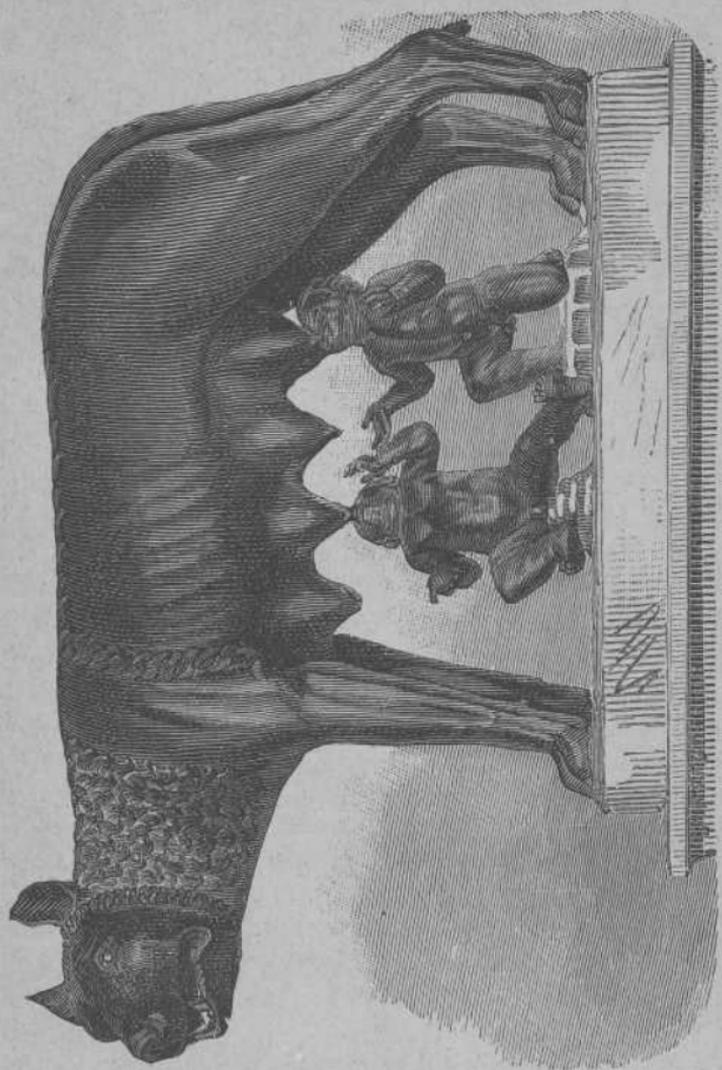
Fingen los salientes de las piedras al prolongarse en la sombra figuras extrañas y fantásticas; forman dibujos y arabescos las aberturas de los muros, los arcos luminosos esparcen sus reflejos de plata; hay un misterioso encanto, un claro obscuro indescriptible, un juego de luz y sombras que no puede fotografiarse. ¡La luna ha sido creada sólo para alumbrar el Coliseo!

Han entrado varias personas; en uno de los ángulos, apoyados en el muro, hay una joven pareja silenciosa que se destaca envuelta en luz; parece venir con ella un soplo vivificante á las ruinas; el amor bate aquí sus alas y hace brotar rosas de sangre como lirios de pasión.

En medio de la arena se han reunido unas veinte personas, mujeres en su mayoría; forman una apretada masa oscura y de su centro se eleva un canto bíblico. Son alemanes turistas que entonan allí sus preces. ¡Qué templo más augusto, demasiado grande, para una religión tan mezquina!

Siento extraña impresión de dulzura, deseo de detener la loca carrera del tiempo, de quedar así siempre. ¡Hallo hermosa la absurda idea de la Eternidad!

Me pareció que las manos de los dos jóvenes apoyados en el *Podium* se buscaban y que se unían las dos cabezas. Sentí respeto. La Naturaleza realizaba la unión de la fuerza y la juventud, por la atracción irresistible de una corriente de simpatía estallando en un apretón de manos y en un beso de fuego. ¿No es esta la unión santa y legítima que no necesita sanción de leyes ni sacerdotes?



La loba y los gemelos Bronce etrusco

Una nube ocultó á mi vista el grupo; cuando pasó ya habían desaparecido....

Seguía resonando el canto litúrgico con un ritmo cadencioso, triste y grave. El áspero hablar de los alemanes se había tornado dulce y armonioso en la música; parecían cristianos primitivos que iban á buscar los cuerpos de los mártires...

Es cerca de la madrugada cuando me resigno á volver al Hotel; cruzo las desiertas calles de Roma y en medio del silencio creo oír el débil aleteo de un canto rozando ligeramente el aire. ¿Es el rumor del agua cayendo en la fontana de la solitaria Plaza de Trevi el que murmura los versículos de la Biblia?

El colosal Neptuno de mármol blanco se destaca sobre la concha guiada por los tritones, de la cual tiran caballos marinos, entre un pueblo de estatuas de la Abundancia y la Salud, y de la joven virgen que mostró á los soldados de Agripa el nacimiento de agua para salvar á la ciudad.

¡Qué fontana tan hermosa! Hay muchas y bellas en Roma; la de la Plaza Nabona es hermosa obra de Bernini, pero ninguna como ésta. Es una montaña de mármol que ocupa toda la plaza y deja escapar torrentes del *agua virgen*, la cual entona riente canción al rodar por las tazas de mármol en cascada de cristales.

Recordé entonces la antigua tradición que hacía á todo romano ir á depositar en esta fuente una moneda para asegurar su vuelta, y pensé si lloraría el agua las quejas de los que no tornaron jamás....

Yo envidié su fe sencilla y deposité á los pies del dios el más amargo de los suspiros, con el deseo vehemente de volver á revivir en Roma los recuerdos y las impresiones de este día inolvidable.

Roma, 10 de Abril.



ROMA.—Vía Apia Nueva.—Acueducto de Claudio

CARTA II

Ruinas y recuerdos

Durante estos días he recorrido todas las ruinas y antigüedades de Roma, y de las paganas las que más me han impresionado son las del *Foro*, las *Termas de Caracalla* y el *Panteón*.

El *Foro de Trajano*, la *Roca Tarpeya*, las columnas históricas, las *Termas de Diocleciano* y hasta el mismo *Palatino* ya no dan idea de su antigua grandeza; son restos diseminados, perdidos, que se mezclan á las construcciones nuevas ó quedan aislados entre ellas.

El *Panteón* se alza en una plaza rodeada de casas y construcciones modernas como cualquier igle-



Panteón de Agripa

sia vulgar; su inmensa mole queda perdida entre los edificios que le circundan. Mucho lo afean los dos campanarios que el vulgo conoce por «las orejas de asno de Bernini», pero su portada magnífica y su hermosa cúpula lucen siempre la sin rival belleza del clasicismo antiguo.

Nada más que este pórtico resta del primitivo edificio que Agripa, como su nombre demuestra, consagró al culto de todos los dioses. Su primera planta era cuadrada, pero incendiado dos veces, en tiempo de Tito y Cómodo, y demolido por las turbas bajo Trajano, debe su forma circular á las restauraciones de Adriano, Antonino Pío, Septimio Severo y Caracalla. La depresión del suelo ha hecho no sólo desaparecer los seis escalones que le daban acceso, sino que es necesario descender algunos por estar el pavimento del templo más bajo que el de la plaza.

El pórtico, hecho para el edificio cuadrado, se adhiere de una manera extraña á la rotonda actual;

lo forman dieciséis columnas corintias de granito gris y rojo, que lo dividen en tres naves; cada columna está hecha de un solo bloque y tienen doce metros de altura sus fustes, ó sea sin contar la base y el capitel de mármol blanco.

Es un verdadero milagro que hayan escapado á la rapiña de que fué víctima este monumento, despojado de sus estatuas, de sus mármoles y de sus piedras. Hasta los clavos de bronce fueron arrancados de él por orden de Urbano VIII para hacer las columnas que rodean la confesión de San Pedro y 80 piezas de cañón para el castillo del Santo Angel, acto de vandalismo que dió origen á la frase de Pasquin: «Lo que no hicieron los bárbaros lo hicieron los Barbarini», á cuya familia pertenecía el Papa.

En el interior es donde verdaderamente se siente



Termas de Caracalla

la grandeza de los espesos y sombríos muros. Entra la luz cenital por la abertura de la cúpula y quedan en la sombra los nichos que antes sostuvieron dioses y emperadores divinizados.

Ahora duerme aquí Víctor Manuel II en un magnífico monumento fundido con el bronce de los viejos cañones; las líneas sencillas y severas de su tumba armonizan con las correctas líneas del vasto Panteón y las armas de la casa de Saboya se destacan entre las innumerables coronas del libertador de Italia.

Casi enfrente de esta tumba está la de Rafael de Urbino. El divino pintor eligió él mismo el lugar de su sepultura, dando origen al epígrama del Cardenal Bembo:

«Ille hic est Raphael, timuit, quo sospite, vinci
Rerum magna parens, et moriente mori» (1).

Detrás del nicho á la derecha del altar, descansan los restos de su prometida María Bibbiena, muerta tres meses antes que el pintor.

Esta niña era sobrina de un cardenal; Rafael se preparaba á consolidar con un casamiento ventajoso la tranquilidad de su vida serena y sin tempestades, y reposa tranquilo cerca de ella sin que sienta al ver sus sepulturas la grata complacencia que inspiran los amantes unidos por toda una eternidad, en esa unión dulcísima con que Dante ha tornado en paraíso el infierno de Francesca y de Paolo.

Aquí se piensa en la Fornarina. A despecho de la legitimidad y del orgullo de raza, es la muchachuela del Transtibere la que va siempre unida á Rafael: fué su amor, su inspiración, su alma; la que absorbió entre sus brazos la vida del di-

(1) ¶Aquí yace aquel Rafael, del cual temió la gran madre de las cosas ser vencida y morir con el triunfante muerto.



Retratos de la Fornarina y Rafael

vino pintor que hacía arrodillar ante su imagen á los devotos y la alzaba como virgen sobre los altares. Donde quiera que repose en su ignorada tumba la hermosa transtiberiana, es ella la que comparte la gloria de Rafael, porque al mismo tiempo fué la forma bella que le sirvió de modelo y el alma que le prestaba inspiración.

¡Tiemble el derecho de legitimidad! Al lado de los artistas no se perpetúa el nombre de esposa ni el de prometida, sino el de la mujer á quien amaron.

*

Desciendo del *Palatino*, donde he visto los restos de los palacios de Tiberio y Calígula, la casa de Livia y la célebre Prisión Mamertina, para llegar hasta el *Foro*.

Quedan á mi espalda los jardines que acabo de abandonar; á lo lejos cierran el horizonte por la derecha, la silueta del Coliseo, que desde aquí parece pequeño é inclinado como un castillo de do-

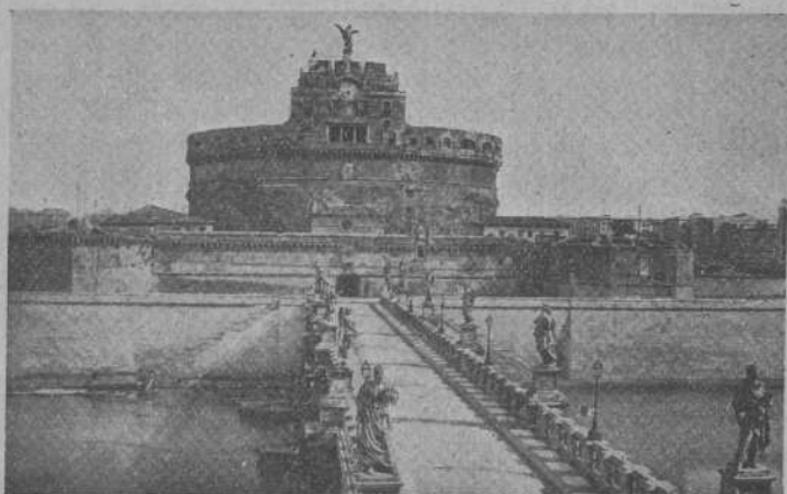
minó que un niño empezase á derribar, y más lejos unas enormes moles terrosas de las *Termas de Caracalla*. A mi izquierda se alza la fachada posterior del *Palacio del Capitolio* y más cerca las ruinas del célebre *Tabularium* que servía á la vez de archivo, escuela y notaría. Aun distingo claramente el pórtico de los *Doce Dioses* y los templos que vienen extendiéndose hasta el *Foro*.

¡Pobre *Foro*! El también ha sentido los efectos de las hordas devastadoras de bárbaros y Barbarinis. Convertido en campo de bestias (*campo veccino*), quedan estos restos de él gracias al espíritu superior de Rafael y Miguel Angel que lo protegieron.

Parece un inmenso tablero de ajedrez donde se han derribado las figuras. Algunas columnas se sostienen aún de pie y veo destacarse entre ellas, unidas por los capiteles y por el bello arquitrabe corintio tres columnas de mármol de Paros del templo de Castor y Pollux, y ocho columnas de



Roma.—Arco de Septimio Severo



Roma.—Puente y Castillo del Santo Angel

granito del templo de Saturno; parecen ramos de azucena entre los tallos truncados de un jardín donde se han cogido las flores.

Distingo los arcos de Septimio Severo, de Constantino y de Tito, y me explico el valor y arrojo de esos caudillos que iban á conquistar el mundo para merecer los honores del triunfo en este lugar de delicias, entre este pueblo romano que aclamaba al vencedor, coronado de rosas y embriagado por el triunfo, mientras el populacho le dirigía improperios para recordarle que siempre los venenos de la calumnia y de la envidia quieren emponzoñar las dichas de la gloria.

Muchas antiguas basílicas están convertidas en iglesias; se las ve rodeando el Foro y apoyándose en las bellas portadas del paganismo. La Basílica Julia es hoy *Santa María in Foro*; el Templo de Faustina y Antonino, la iglesia de San Lorenzo, y sobre el antiguo templo elevado por Magencio se alza San Cosme y San Damián.

No es posible ya formarse una idea de la antigua grandeza de Roma. Para continuar la *Vía Sacra* hasta el *Foro de Trajano*, haría falta derribar media Roma. Detrás del *Panteón* están enterradas las *Termas de Agripa*; unas insignificantes ruinas revelan las *Termas de Diocleciano* donde hubo aguas para millares de bañistas, bibliotecas y museos sin cuento.

Si se pudiera levantar la Roma antigua, eclipsaría los esplendores de todas las ciudades modernas; aun las hace palidecer con estos cuantos capiteles caídos, pilastras derribadas, columnas truncadas, balaustres rotas y pedazos de monumentos en ruína.

*

Desde el Foro me he venido á las *Termas de Caracalla*. Aquí no parece verse una obra humana, sino natural. Los macizos son bloques enormes, los arcos á medio caer ó sostenidos por un milagro de equilibrio, parecen grutas y cuevas; hay una frescura húmeda de tierra de labor, la hierba tapiza las antiguas piedras labradas y hasta sonrientes arbolillos en flor hunden sus raíces en los enterrados capiteles.

Aquí se han encontrado entre innumerables estatuas el *Hércules* y el *Toro Farnesio* de que le he hablado ya; había playas para 1,600 bañistas, teatro, gimnasio y sala de lectura, y, sin embargo, no eran estas las termas principales.

Los tiranos de Roma miraban por el bienestar del pueblo; éste sabía imponerse, y más culto que el nuestro no se contentaba con *pan y toros*; exigía participar de la molición de sus soberanos.

Y lo que yo envidio más que nada entre todas sus opulencias, es el refinamiento de estas Ter-

mas, de estos baños públicos al alcance de todos; de estas bibliotecas abiertas al populacho, cuando nuestros obreros carecen de agua para limpiarse el polvo de las secas calles y nuestros labriegos son rudos analfabetos.

Entre esta vida hermosa de los pueblos paganos y nuestra mísera vida cristiana actual, ¡qué abismo tan grande existe!

*

Antigüedades cristianas he visitado también muchas: el convento de *San Onofre* donde subsisten los recuerdos del Tasso, que por pobre de espíritu merece puesto entre los bienaventurados; *Santa Inés* (fuera de los muros); las Catacumbas de *San Calixto*; la *Escala Santa* y las Catacumbas de los israelitas.

Claro es que no he gastado el tiempo en husmear reliquias, de las que está llena Roma, no todas en verdad auténticas.

Las célebres catacumbas no son tan espaciosas y bellas como las de Nápoles. Forman un sombrío laberinto, un dédalo de callejuelas llenas de huesos y de recuerdos lúgubres que el fraile que me sirvió de guía tuvo buen cuidado de hacer resaltar.

Iba yo prevenida; estaba enterada de que este fraile había tratado con la tradicional grosería monástica á mi amiga D.^a Concepción Gimeno de Flaquer, cuando pocos días antes visitó las catacumbas, y declaró ser escritora y congresista de una Asamblea donde se trataba de esa ciencia que había dado el golpe de gracia á las supersticiones con que ellos medraban: la Física.

Así es que le rogué que ilustrara mi ignorancia de analfabeta por haber pasado mi vida al servicio de Dios, esto es, sin hacer nada de provecho

ni atreverme á pensar, y en prueba de mi inutilidad presenté á mi María como una linda sobrinita que pienso educar para bestia católica. Porque ya sabe usted que contra todo lo que se cree, el pecado que Dios castigó en Adán no fué el de su unión con Eva, puesto que les había dicho: «Creced y multiplicaos», sino el de buscar la ciencia, cuando le mandaba ser ignorante.

El buen fraile me pareció encantado de mi estupidez, pues con gran amabilidad me enseñó el *oratorio de San Calixto* y toda la parte que puede verse de este inmenso subterráneo que mide cerca de 600 kilómetros cuadrados.

Cruzamos la *galería de las tumbas* y llegamos á la *Camara papale* de tres metros de ancha por cuatro de larga, cuyos muros están cubiertos de inscripciones hechas por los peregrinos. Allí está la tumba de Sixto II, muerto en el año 258 por orden de Valeriano.

De la cámara papal se pasa á la *tumba de Santa Cecilia*, rodeada toda de pinturas bizantinas que representan á la Santa, á Cristo y á San Urbano.

Hay muchas cámaras sepulcrales y la *Cripta del Sacramento*, con curiosas pinturas simbólicas que demuestran la fe sencilla y conmovedora de los buenos é ignorantes.

En otra cámara se conservan dos sarcófagos que contienen restos momificados.

Yacen aquí muchos Papas. En aquellos tiempos el oficio no resultaba tan lucrativo y exento de peligros como ahora, aunque ya vuelve á estar en decadencia. Pero el cristianismo primitivo era al mismo tiempo una lucha política; peleaban por una nueva forma de la sociedad, encantados con la doctrina igualitaria que inventó San Pablo y que luego no se ha realizado bajo el cristianismo.

Aquí están los lugares en que se escondían los

pobres cristianos; la necesidad los obligaba á buscar estos refugios en las canteras abandonadas, y el pueblo pagano los bautizó mercedamente con el nombre de *gentes que huyen de la luz* (lucifugatio). ¿No parece este mote un símbolo, toda una síntesis?

Todo esto me lo contaba el fraile, á la vez que



Claustro de San Onofre

me describía la vida de sencillo comunismo de los primeros días, las ceremonias conmovedoras, la fe pura que animaba á los cristianos; y yo le oía pensando en el contraste de esta doctrina primitiva é inocente, de esta humildad, de esta pureza de espíritu, con la soberbia de sus sucedáneos; con los terrores de la Inquisición y las evan-

géticas iniquidades cometidas en nombre de la doctrina de Jesús.....

Al salir de aquí, aprovechando el estar próximas, entré en las Catacumbas de los israelitas. También los pobres acusados de deicidio por la injusticia y la ignorancia de la humanidad tenían que esconderse debajo de tierra; esta cantera abandonada que les sirvió de refugio no es tan extensa, se asemeja á las Catacumbas de San Sebastián, igualmente próximas, y ha llamado mi atención que entre el candelabro de siete brazos que se ve reproducido por todas partes, aparezcan en los frescos figuras de animales, contra lo que prescribe la ley mosaica. Se piensa si todas estas catacumbas no estarían unidas en un principio.

He salido de la visita á los subterráneos con una gran depresión cerebral. Las antigüedades cristianas no elevan mi espíritu como las ruinas del paganismo; me hacen experimentar una sensación de disgusto y de aniquilamiento. Las religiones modernas no sirven de elementos al Arte, única cosa que aun las haría un poco aceptables.

*

La *Escala Santa* se venera en una capilla frente á la iglesia de San Juan de Letrán. Dicen que es la escalera del palacio de Pilatos y que fué manchada con la sangre de Cristo.

Esta escala recubierta de madera, la suben siempre de rodillas los fanáticos; no se permite pisarla. Al fin de ella se encuentra la capilla *Sancta Sanctorum* cerrada por una reja, detrás de la cual se adora, entre otras reliquias, una imagen de Jesús adolescente pintada sobre madera, de la que

se supone que empezó á pintarla San Lucas y fué acabada por los ángeles. No es mala, pero no acusa en verdad la mano de estos sublimes artistas.

A ambos lados de la escalera santa hay otros dos de piedra para los fieles que no sienten necesidad de ganar las indulgencias concedidas por los pontífices en cada uno de los 28 escalones que la forman: estos despreciadores de tan ilusorias gracias son los más, afortunadamente.

Y en verdad que están bien ganadas. El día que yo estuve allí, tres fieles ejecutaban el molestísimo acto de devoción.

Uno de ellos era hombre del pueblo que hacía resonar las tablas con sus rodillas como si les diera con una maza, exhalando fuertes resoplidos del robusto pecho; los otros dos eran un anciano de cabellos blancos y una pálida jovencita próxima á desvanecerse.

¡Los contemplé con admiración y lástima! ¿Qué habría dentro de aquellas cabezas? El anciano y la joven murmuraban plegarias en voz baja; de vez en cuando se detenían para depositar un piadoso beso en los lugares que un redondel de cristal deja ver las manchas de la sangre del Redentor y se limpiaban el sudor con expresión de angustia y desfallecimiento. ¡Bien se merecían un puesto en el cielo de los inocentes!

En cuanto al robusto jayán, tenía algo de mecánico en sus movimientos y mucho de exagerado en sus alardes de devoción. Después he pasado dos veces por allí y he vuelto á verlo de la misma manera; sin duda tiene por oficio subir la Santa Escalera para despertar el fervor de los fieles.

Hay que confesar que todo predispone aquí al misticismo. Brillan luces vagas á través de la misteriosa reja de la capilla que encierra las reliquias; resuena en el interior la vaga armonía del órgano,

y un coro de voces dulcísimas entona melancólicos salmos de teatral efecto.

¡Oh! Está bien combinada la sugestión de grandeza y misterio que obran sobre los espíritus débiles de los ignorantes.

Roma, 20 de Abril.



Grupo de bronce descubierto en Palestina



Roma.—Capitolio

CARTA III

La vida en Roma

La sociedad romana tiene hoy un carácter cosmopolita que borra la división mantenida durante muchos años entre el mundo *blanco* y el mundo *negro*. El Vaticano mantiene aún las antiguas tradiciones; los Orsini y los Colonna reivindican los títulos y privilegios de sus familias, humildes servidoras del Pontífice; y entre las damas, la Princesa Chigi tiene el derecho de ser recibida la primera por cada nuevo Papa. ¡Cómo gozará con este privilegio! Ser la primera en todo es la ambición de muchas mujeres; yo, que he tenido ocasión de verlas unidas en algunas obras filantrópicas, he podido apreciar la enorme vanidad que nos anima. Si una buena hada se presentase trayendo en la

mano la antítesis de la caja de Pandora y anunciase que nos la iba á entregar, estoy segura de que casi todas exclamaríamos: «Si no soy yo la que he de tener el privilegio de abrirla, llévatela». ¿Quién es capaz de señalar el límite entre la vanidad y otros impulsos menos egoistas?

Los Lancellotti, los Ruspoli, los Salvati Rospigliosi, los Borghese Socchetti y Soderini, permanecen fieles al Papado; pero otros muchos como los Doria, Gaetani, Odescalchi, Sforza y las ramas menores de las familias Ruspoli y Colonna, son afechos á la casa de Saboya. Cada familia se arrima á donde halla mayores ventajas.

La presencia en Roma de un doble cuerpo diplomático, mantiene en la vida social una gran animación. Hace pocos años la separación era tal, que algunos de los diplomáticos cerca de la Santa Sede no tenían relaciones extraoficiales con sus colegas cerca del Quirinal. Había una línea de demarcación infranqueable entre *negros* y *blancos*.

Las dos Embajadas españolas estuvieron instaladas en el palacio de la plaza de España. Un baile en honor de la Reina Margarita, ocasionó graves dificultades; los satélites del Vaticano se escandalizaron de que la esposa de Humberto pisara las alfombras de un edificio donde estaba la Embajada de Su Santidad, y más siendo ésta la de España, feudo del Pontificado.

Para evitar estos conflictos hay la verdadera Embajada Española la que tiene importancia, la que es necesaria á la vida política de la Nación; la del Quirinal está instalada en el palacio Barbarini, y la otra sigue en la plaza de España.

¿Qué necesidad tenemos de esta Embajada cerca del Vaticano? ¿Para qué sirve? Los asuntos que las Cortes tienen que tratar con el Pontífice no merecen el gasto que los pueblos hacen para lisonjear la vanidad del que no cree bastante repre-

sentar á Dios en la tierra y pretende continuar ejerciendo el dominio más práctico de los bienes temporales, mejor que guardar las llaves del Reino de los Cielos.

Las relaciones con el Pontificado cuestan más caras que las sostenidas con las otras Cortes. Aparte la habilidad que ostenta el mundo de traje talar para sacar dinero, las naciones tienen que pagar no sólo sus Embajadas en el Vaticano, sino también las que el Papa les envía á ellas.



Roma.—Palacio Margarita

Así es, amigo mío, que mientras Francia, Inglaterra y demás países costean las representaciones diplomáticas que nos mandan, nosotros hemos de pagar al Nuncio de Su Santidad y todos los gastos que origina la Nunciatura, aunque no nos sirve para nada.....

Muchas naciones se han convencido ya de esto y han retirado sus Embajadas del Vaticano. Nosotros seguimos pagando con humildad de siervos; aunque á pesar y con grande injuria de nuestra

Embajada, de la nación entera y de la Corona, Pío X recibió á D. Carlos de Borbón con honores regios, como legítimo é indiscutible monarca español.

Pero el tiempo hace su labor, y ya hasta como elemento decorativo las Embajadas del Vaticano pierden su importancia.

La sociedad más joven y más cosmopolita se agrupa cerca de las Embajadas del Quirinal. Antes, la presencia de los Cardenales daba cierta solemnidad á las recepciones de los diplomáticos *negros*; pero por una orden de Pío X los príncipes de la Iglesia se apartan cada vez más de la vida mundana, lo que contribuye á aumentar el esplendor de la sociedad que se agrupa al lado del poder civil.

Sin duda el Papa no quiere que la inmaculada tranquilidad de los purpurados se turbe con la contemplación de los espléndidos descotes de las bellas damas; pero tal vez contribuye á esa prohibición el deseo de que no teniendo que alternar en sociedad se disimule mejor la insignificancia intelectual y la miseria de muchos Cardenales, Obispos y Arzobispos, que no tienen más rentas que las asignadas por el Vaticano para que den brillo con sus trajes chillones á la corte Pontifical.

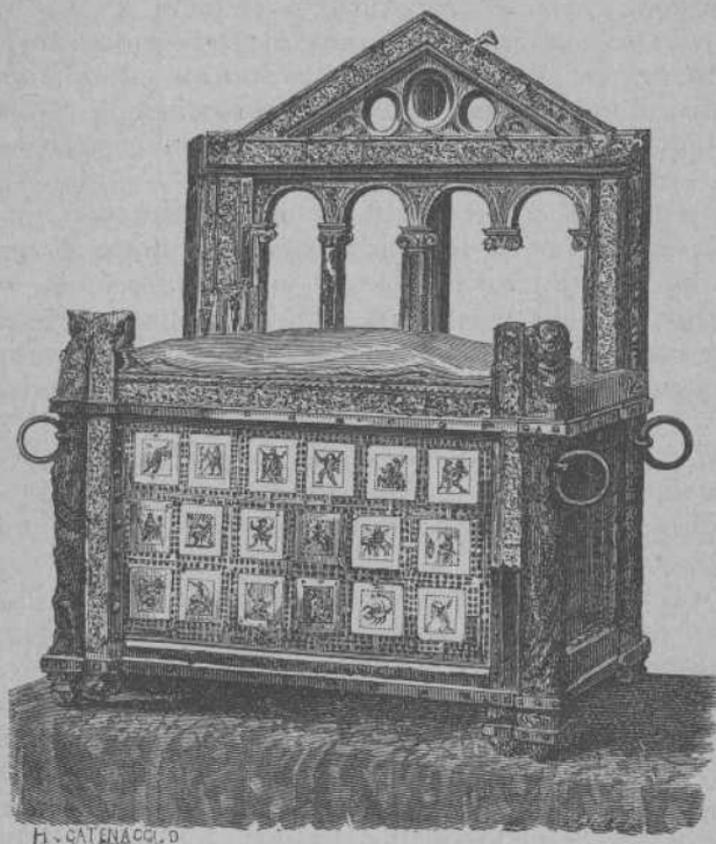
Se ha acabado ya el tiempo del fausto, en que cada Cardenal tenía su pequeña corte y era un poderoso señor. Ahora viven en el tercero ó cuarto piso de algún vetusto palacio, del que se amueblan unas cuantas habitaciones, y donde el ayuda de cámara suele hablar solo, cambiando la voz para que el visitante crea que hay numerosos servidores.

Lo que más contribuye á la función del mundo *blanco y negro*, es el elemento extranjero que hay siempre en la sociedad de Roma.

Se celebran muchas fiestas en el *Gran Hotel* y la sociedad romana toma un carácter cosmopolita; el elemento americano tiene buena acogida por la

animación que proporciona.... y por las ricas herederas que tantas codicias despiertan.

Vienen los yankees, pletóricos de dinero, á buscar una nobleza que les deslumbra y á comprar



Silla curul que se supone de San Pedro

con su oro las obras de arte de Europa y la sangre azul degenerada de los viejos pergaminos. Otros negociantes sórdidos compran directamente los ilusorios y desacreditados títulos pontificios. No hace mucho, en tiempo de León XIII, al choricero de

Chicago John Furner, lo hicieron marqués de San Juan por la pequeñez de un millón de duros.

Se celebran muchos matrimonios entre romanos y extranjeros. La Princesa Doria es hija del Duque de Newcastle y la Duquesa Gaetani del Conde de Lamthom.

No está, sin embargo, muy desarrollado el espíritu de sociedad de aquí; hay pocos salones, las gentes, divididas por ideas y conveniencias, desconfían unas de otras y esto establece gran frialdad en las relaciones.

Mi amistad con el Príncipe de Wiszniewki, noble polaco que pasea las nostalgias de la patria perdida por toda Europa, me ha hecho entrar en muchos salones aristocráticos, entre ellos el de la Condesa Gaetani Lovatelli, que como usted sabe, consagra á los artistas que pasan por la ciudad eterna.

La Condesa Lovatelli es una mujer encantadora, hija del Duque de Sermonetta; se ha dedicado á difíciles estudios de Arqueología y publicado notables trabajos.

En su salón se agrupan todos los literatos y artistas de Italia, así como los extranjeros de paso en Roma.

En este salón fué recibido el gran Anatolio France y la bella judía que le acompaña. La condesa dió un hermoso ejemplo de su alta estimación al arte, prescindiendo de ideas y de convencionalismos para honrar al genial escritor francés.

Yo he sido invitada á su mesa y á sus salones; por cierto que aquí, como en Francia, todas las damas fuman después de la comida y mientras conversan en el salón. Para mí es un compromiso esta costumbre; excuso decirle á usted que no es que tenga ningún prejuicio que me impida fumar, sino que la educación de mi paladar rechaza el tabaco y gusta de los caramelos y las pastillas per-

fumadas. Cuando he rehusado los cigarrillos, las damas se han mirado con extrañeza exclamando: «¡Española y no fuma!» No se nos conoce más que por la leyenda. He tenido que explicarle que en España no fuman más que las mujeres que pinta Zuloaga y algunas aristócratas.

Los paseos juegan gran papel en la vida social, sobre todo durante el reinado de la Reina Margarita, asídua concurrente al Pincio, la Villa Borghia y la Villa Pamplili; la sola aparición de su librea roja despertaba el entusiasmo de la multitud; el pueblo acudía á verla; los diplomáticos iban también por cortesía y el desfile de coches por las tardes en el Corso formaba parte de los espectáculos notables de Roma. Hoy siguen siendo de moda estos paseos, pero han perdido parte de su interés porque la Reina actual se muestra poco en público.

El Rey Víctor se casó por amor con la princesita montenegrina que salió de sus montañas para ser reina de este país encantador, realizando un cuento de hadas.

La Reina Elena es hermosa pero solemne, con inmovilidad y rigidez de estatua; no parece conmoverse por nada, no hay emociones que descompongan un músculo de su expresión un poco dura; así es que no tiene simpatías ni amistades. Una exagerada timidez le hace huír de todo acto de corte: es la más vulgar de las burguesas, buena esposa, excelente madraza..... reina, no. Ella sería tan feliz en una casa de campo, casada con un comerciante en grasas, como al lado del rey de Italia.

Así es que á pesar de su bondad, la nobleza no la quiere; se la acusa de no compenetrarse con el alma de su pueblo; todavía no habla nada de italiano y conversa con el rey siempre en francés.

¡En verdad que se necesita mal gusto para renunciar á la caricia del idioma del amor!

Así es que á pesar de su viudez, del alejamiento de la corte, la que influye siempre en la vida pública es la reina Margarita.

Conserva la monarquía italiana el sello de democracia que le imprimió Víctor Manuel, como si no olvidase que ha nacido á impulso de las auras de revolución que agitaron este país.

La misma carta de Audiencia de la Reina revela ya el espíritu democrático. No dice como en España: «Su Majestad *hará el honor* de recibir, etcétera»; sino «Su Majestad recibirá á D.^a etc., etcétera».

Bajo esta grata impresión fuí al «Palacio Margarita» donde está retirada la Reina Madre desde su viudez; tiene todo el aspecto de una opulenta casa particular.

En el momento de subir yo la escalera rasgaron el aire los acordes de una marcha militar que saludaba á una bella dama elegantemente vestida de viaje. Me aparté para dejarle paso y se inclinó sonriendo; era la reina de Inglaterra que en aquel momento se hacía anunciar como una simple visita.

La Reina Margarita me recibió en un salón sencillo y elegante, sobre cuyas paredes lucen bellas pinturas y tapices, y me hizo sentar á su lado en el sofá.

Vestida de negro, con encajes blancos alrededor del cuello y de las manos, adornados los cabellos con esmeraldas, que hacían resaltar más su rubia belleza, la figura gentil de la reina se destacaba con toda la gravedad aristocrática de una pintura de Rembrand. Sobre sus bellas facciones tan correctas y de gesto tan gracioso hay como un velo de melancolía; parece envuelta en una sutil atmósfera de tristeza dulce que despierta la simpatía; la imaginación sueña con rosas otoñales y perfume de violetas arrancadas de su tallo.

Con galantería sin igual la Reina me habló de

las bellezas de nuestra España, manifestándome su deseo de ver pronto las joyas de arte árabe y cristiano que guarda nuestro suelo, y sobre todo nuestro Museo del Prado, que pude asegurarle con orgullo, es uno de los primeros del mundo.

—Puede usted hablarme en español—me dijo Su Majestad graciosamente en nuestro idioma,—yo lo entiendo y me complace escuchar su armonía.

Y demostrando su interés y su cultura general, me pidió noticias de nuestro desenvolvimiento artístico, escuchó complacida mi reseña de los progresos reales que tenemos en la novela y el periodismo; pronunció ella misma los títulos de muchas obras, y me habló con entusiasmo de nuestros pintores y artistas.

¡Qué lenguaje tan extraño en boca de una reina!

Recordé una vieja Infanta que al ofrecerle un escritor un libro, decía siempre: «¡Yo no leo nada...!»

La casa de Saboya es simpática en general; yo he sentido siempre lo efímero del reinado de Don Amadeo, sobre todo desde que he visto al Duque de los Abruzos y he hecho comparaciones.

Esta noble sangre de príncipes no es decadente. Carlos Alberto fué un verdadero héroe de la independencia, y Víctor Manuel un soldadote de corazón franco, poco dado á los convencionalismos cortesanos y que supo desligarse de pueriles temores para libertar á su patria de la tiranía clerical.

Será lástima que sus descendientes degeneren entre la molicie de la corte.

Ahora emprende el Duque otro de sus viajes; gran aficionado á los *sports*, no es de esos idiotas que incapaces de sensaciones de alto orden intelectual y de espiritualidad exquisita, buscan y sólo pueden hallar expansiones para su burdo sensorio en la carrera y en las emociones fuertes de cochero ó chauffeur.

Y es que el modo de vivir de los reyes se acomoda al espíritu de la nación.

Italia, siendo un país monárquico goza de mayor libertad que la República Francesa; el espíritu liberal está en el pueblo, en las costumbres, y las clases altas tienen el buen acuerdo de no luchar contra él.

Hace pocos días se reunieron públicamente los anarquistas, después de haberlo anunciado en los periódicos, en una hostería fuera de la Puerta de San Sebastián, para inaugurar la bandera del círculo «XXIX de Julio», es decir, la conmemoración del regicidio de Monza.

El pedazo de tela negra fué izado sobre un asta de hierro niquelado, labrada en zig-zag como símbolo del fulminante.

La policía no les inquietó para nada.

El Rey Víctor acaba de dar un hermoso ejemplo uniéndose á la manifestación de simpatía de que es objeto Lombroso, con motivo de su cumpleaños, y enviándole un telegrama de felicitación, y el actual presidente del gobierno conservador ha confiado una cartera á un republicano.

Ahora la reina Margarita dirige una fiesta de caridad en favor de las víctimas del Vesubio; es una kermesse en la Villa Borgia, donde están representadas todas las regiones de Italia y todas las naciones amigas..... todas menos España.

¿No hay en Roma damas españolas con cargos importantes? ¿Es que no se cuenta con ellas ó que con culpable apatía se alejan cuando se trata de representar á la patria?

Cuanto más veo los decantados adelantos del extranjero, más pena siento por España. Nosotros tenemos una savia potente, una primera materia sana y pura para ser grandes; pero estamos envenenados por la apatía del nirvana católico, por el egoísmo, por la indiferencia. Si en vez de resig-

nados fuesemos rebeldes, ¡qué gran pueblo podríamos ser! Pero los pueblos sometidos al papado no pueden gozar las grandezas de la rebeldía.

Los españoles que viajan tienen que sufrir mucho en su amor patrio; se nos desconoce, se nos calumnia, y tenemos que aceptar la amarga censura porque es nuestra la culpa de no saber presentar lo mucho bueno que España encierra. La antigua caricatura de la 'cucaña', con los pueblos unidos para ayudar á subir á sus hijos en busca del premio, mientras los españoles procuran hacer que caigan los suyos, tiene una triste realidad.

Un notable escritor italiano, amante de España, ha deseado, desinteresadamente, dar á conocer aquí nuestra literatura contemporánea. De veinte cartas dirigidas á escritores españoles pidiendo datos sólo dos han contestado, y uno fué para discutir el mérito de los libros de D'Annunzio. Estoy segura de que, en igual caso, hubieran respondido los veinte italianos ó franceses con más cordura.

Respecto á los teatros, no he visto en Roma nada notable. Anoche estuve en el Constanzi, que equivale á nuestro Teatro Real, donde se dió una función de gala en honor de los delegados del Congreso Postal. Es un lindo teatro; estaba espléndidamente decorado con ramos de flores. Se cantaba un «Ballo in Maschera», de Verdi, que proporcionó á nuestra compatriota Matilde de Lerma un ruidoso triunfo.

En el teatro La Argentina (equivale al teatro de la Comedia), se representa una obra de Suderman «Piedra tras piedra». Es de las más admirables que conozco; hay en ella un verdadero estudio social, un perfecto conocimiento del alma de las multitudes; se ve cómo se niega al caído el derecho de rehabilitarse, y cómo los canallas, cuyos crímenes no castiga el Código, se codean tranquilos y

considerados con las gentes de la más pulcra sociedad.

Cuanto al Teatro Nacional (semejante al Español), poco ofrece de particular. Se ponen en escena escandalosos vaudevilles franceses, de esos en que el lecho representa principal papel en la obra. El público gusta de los chistes fuertes y las señoras no están obligadas á ruborizarse por las crueldades que hallen traducidas del francés.

En el Teatro Manzoni (nuestro Novedades), han estado crucificando á Cristo y haciendo salir á toda la corte celestial á las tablas con el espeluznante drama de la Pasión; ahora se representa un acertado arreglo de *Quo Vadis?* hecho por mi ilustre amigo Silvano d'Arborio.



D'Annunzio

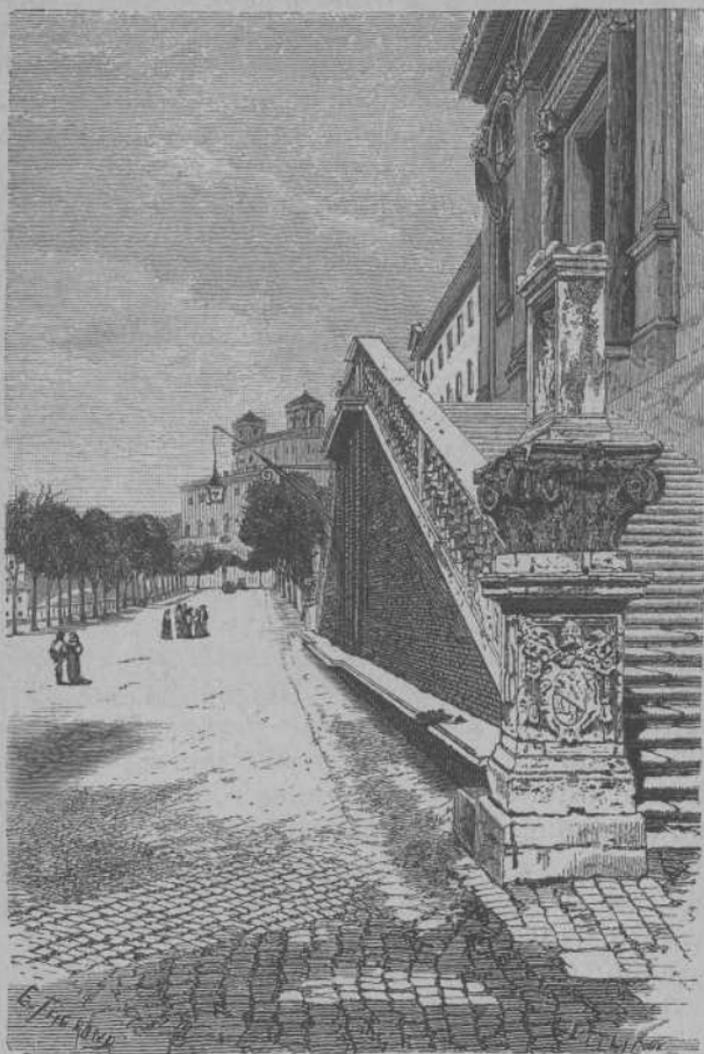
Los periódicos dan cuenta de que en Milán ha alcanzado un verdadero triunfo Gabriel d'Annunzio con su drama *La hija de Jorio*. En Italia no hay una centralización de literatura como en España; las diferentes regiones tienen vida propia y lo mismo se leen en Roma los periódicos

de Génova y Milán, que en éstas ciudades los de Nápoles, Florencia y Roma.

Tal vez esto contribuye al florecimiento é importancia de que goza la prensa italiana. Los periodistas son real y sólidamente cultos, hay entre ellos lazos de compañerismo y de estimación. Así es que la prensa italiana se distingue por su seriedad y su templanza, al mismo tiempo que por su espíritu de libertad é independencia.

La asociación de la prensa italiana goza de gran influencia; ocupa un espléndido local en la Piazza Colonna, y pertenecen á ella las personas más influyentes.

ROMA



Escalinata de la Trinidad.—Villa Médicis

Acogida con exquisita galantería por ella, gracias á la presentación de mi querido compañero Arturo Mattei, el corresponsal del *Heraldo de Madrid*, que tanto por su posición social como por su talento ocupa puesto distinguido en la Prensa y la buena sociedad romana, he tenido lugar de ver la organización admirable del periodismo italiano.

Algunas mujeres toman en él activa parte, y descuella entre ellas la señora Lotti, que ha hecho célebre su pseudónimo de Febea. Es una verdadera periodista, infatigable, trabajadora, entusiasta y sencilla. Yo creo que nuestra profesión en la que se ve tan claro la pequeñez de todo, nos libra de la vanidad que suele acometer á las aficionadas que buscan aplausos en los salones escribiendo libros de *Moral de Cocina*, insufribles, falsos y ñoños.

La cultura de las italianas es grande; hay muchas escritoras de mérito y existen también bastantes *mujeres de letras*. No me tache usted de afrancesada por llamarles así; yo designo con esta frase á las aficionadas que no se pueden llamar literatas.

Uso este giro francés, porque los franceses parecen poseer el *sentido de las atenuaciones*. Su *sprit* halla medio de dulcificar todas las asperezas, de disculparlo todo, de envolver las cosas en una suave penumbra que no es la claridad pero tampoco las tinieblas.

Muchas damas aristocráticas se hacen notar por sus gustos literarios y como aficionadas entran en el mundo de las escritoras, pero no logran tomar en él carta de naturaleza, á pesar de los aplausos que debidos á su posición social se les tributa en los salones.

En Roma vive también la Baronesa de Kabath, casada con el ilustre profesor de la Universidad de Pavía Esteocles Lorini.

Augusta de Kabath edita su música en París, en la importante casa Pitault, y en Milán en la casa Ricordi, con tanto éxito, que se vende para todos los salones de Italia, Inglaterra y América.

Escuchando sus *Canciones Españolas*, me he creído á las orillas del Guadalquivir, bajo el bello cielo andaluz, evocado genialmente en una visión lumi-



Roma.—Plaza de Colonna

nosa. *Douchinka*, en cambio, es una bella composición que nos transporta á orillas del Neva, á un paisaje de nieve, donde resuenan las notas clásicas de Chopin mezcladas con los conceptos profundos de Wagner como diamantes arrojados sobre un manto de armiño.

A esta no se la puede clasificar entre los artistas de la aristocracia; tiene un espíritu radical y no es una hipócrita que oculta sus impresiones. Desdén su título con sincera convicción.

—Si habla usted de mí—me ha dicho,—no diga

que soy baronesa; quiero deberlo todo á mi trabajo y no ser más que Augusta de Kabath.

Roma, 25 de Abril.



Baronesa Augusta de Kabath



Roma.—Foro romano

CARTA IV

Feminismo y Arte

Si se designa con la antipática palabra *Feminismo* el progreso de la mujer, en Italia hay mucho feminismo; pero si con ella se significa el desequilibrio de las que pretenden una *igualdad* á que se opone la naturaleza y hacen y dicen tantas extravagancias, en Italia no hay feministas.

No se encuentra aquí el tipo de esas mujeres de caricatura, de líneas duras, mal vestidas, desprovistas de gracia femenil, ridículas y capaces de hacer antipática la causa más justa. Las mujeres italianas son enemigas de las exhibiciones ruidosas, son amantes del hogar y poseen un juicio recto y equilibrado.

Sin embargo no son frívolas, se interesan por la situación que deben tener en sus Códigos, tratan de reivindicar todos sus derechos civiles y hasta los políticos.

Las mujeres italianas, en gran mayoría, abogan por el establecimiento del divorcio y tratan de presentar á las Cámaras una petición reclamando el voto político.

Esto que en España se trataría con la ligereza que nos es habitual, se mira aquí seriamente. Este Parlamento no es una reunión de ambiciosos donde va alguno que otro payaso á hacer reír y atraer la atención por medio del escándalo, cuando no á realizar un negocio lucrativo.

Aquí no viene cada representante del pueblo, movido por su interés personal, dispuesto á hacer obstrucción á toda idea que no sea de sus amigos, sin fijarse en que convenga ó no convenga á la patria.

Aquí no se viene á hablar, á lucirse, á *hacer chistes*; por eso Italia prospera y se engrandece, porque tiene hijos que la aman, porque hay calor de entusiasmo y de pasión, porque no domina un feroz egoísmo, porque es un pueblo joven cuyo corazón late, no un país de descreídos y espíritus muertos.

Tiene muchos partidarios el sufragio de la mujer, pero no están de acuerdo; mientras unos piden que sea universal, otros se asustan de la influencia que podría desplegar el partido reaccionario si contase con las ignorantes á las que sugestiona el confesor. Ya muchas presentan instigadas por ellos la papeleta de voto al esposo, como Eva presentó la manzana á Adán.

Pero las mujeres discuten, se interesan, dan conferencias, y yo misma he tenido que tomar parte en esta vida activa del pensamiento italiano. Honrada por invitación de la Sociedad de la Prensa, he dado una conferencia en su hermoso salón de la Piazza Colonna.

Cada vez que nombro esta plaza, viene á mi memoria una anécdota que se cuenta de la visita que hizo Loubet á Roma. El Presidente de la Repú-

blica, que no estaba privado de venir á ver á los reyes de Italia por los estúpidos convencionalismos que detienen á otros jefes de Estado, cruzó en el coche del ministro de Instrucción Pública esta hermosa plaza en cuyo centro se alza la Columna de Marco Aurelio.

—¿Qué columna es ésta?—preguntó Loubet.

—Esta—repuso el ministro desconcertado,—es.... la columna.... de la Plaza Columna....

He pensado si será esto un mal generalizado en la Instrucción Pública de todos los países, al recordar al ministro que en el entierro de Campoamor exclamó impaciente: «Si esto *andara*», al ilustre Lacierva y á algunos otros.... de su altura.

Pero volvamos á mi conferencia; he salido del paso hablando de la mujer española, y presentando los cuadros de la luz sugestiva de nuestra tierra, los cuales siempre electrizan al público. Claro es que, por patriotismo, no dije la verdad, y me guardé muy bien de hablar de la estupidez de las señoras de Carrión de los Condes coligadas contra la prensa liberal, y de muchas damas aristocráticas que censuran esta *mala prensa* sin perjuicio de venir á buscar en ella *bombos* á diario.

Esta ocasión me ha hecho conocer á muchos ilustres italianos, entre ellos el inspirado y joven poeta Uberto Bianchi, el gran pintor Juan Pablo Michetti y el ilustre escultor Vicencio Jerace.

¡Cómo me ha recordado Juan Pablo Michetti á nuestro compañero Luis Morote!

El artista se le parece en el tipo; tiene la misma viveza, el mismo entusiasmo, la misma expresión del batallador diputado republicano. Trabajador como él, á cuya *raza* pertenece. Michetti hace cuadros como Morote libros, mientras sueña con la muerte del clericalismo y la resurrección del arte.

Michetti trae algo nuevo á la pintura; una ma-

nera suya original; la expresión de una personalidad libre, grande, poderosa y fuerte. Es un verdadero hijo de los Abruzos, «*paese forte e gentile*», como le ha llamado un gran poeta. En esto, su ingenio de artista tiene un punto de contacto con el de su paisano Gabriel d'Annunzio.

Michelli acaba hace poco de dibujar una serie completa de sellos nuevos; está en ella representado el rey Víctor en diferentes aspectos: de perfil y de frente vistiendo siempre un traje militar sencillo y severo; las líneas son expresivas y el dibujo claro y correcto. Hasta ahora ha salido sólo al público el de 15 céntimos.



Para este sello, Michetti ha dibujado dos tipos diferentes; el primero representa al rey de frente, y es uno de los retratos más admirables del soberano.

El sol de gloria que ilumina el escudo de Italia, lo alumbra con dulce resplandor; y el pequeño sello tiene toda la hermosura de un cuadro de Rembrandt.

Aceptado este sello, predilecto de su autor, Savage lo grabó con gran cuidado y se tiraron unas cuantas pruebas. ¿Por qué no fué del gusto del soberano? Lo ignoro; pero éste mandó destruir las pruebas, é hizo que se estampase el otro.



Jerace

En éste, que ya circula hace unos meses, Michelli se ha inspirado en la Oda de D'Annunzio, cuando la muerte del rey Humberto sorprendió á la real pareja navegando en su *yacht* por las azules aguas del Mediterráneo.

El sello representa al Rey, que llega á Italia mi-

rando el estro secular que irradia luz desde lo alto.

—Los dos son míos—me decía Michetti,—pero el primero era más bello.

—Lo conozco—le dije,—por una rara casualidad; ha caído entre mis manos una de las pruebas que se mandó destruir.

Michetti se resistía á creerlo; cuando vió que era cierto me rogó que la destruyera, porque está prohibida su publicación.

—Eso será en Italia — pensaba yo, sin poder resistirme á la tentación de que se conozca esta joya filatélica, aun á riesgo de incurrir en el enojo del simpático y gran artista.



La Virgen de Gracia.—Jerace

*

Jerace tiene un temperamento distinto; basta verlo para exclamar:—«He aquí un artista».—Tiene el tipo cabalrés, de ojos dulces y frente atrevida, que contrasta extrañamente con la expresión de ascetismo de la barba y la boca.

Jerace pinta y tiene un género suyo, *Las Sanguineas*, mujeres de ensueño que se aparecen entre gasas. ¡Yo no he visto nada más bello! No he visto una expresión de apasionamiento semejante á la que Jerace sabe dar á los ojos y á toda la actitud, ni hay nadie que pinte los cabellos con tal arte y belleza.

Pero en lo que Jerace no tiene rival, es en la

escultura. He admirado en su estudio varios grupos: *La Virgen de la Gracia* es de una belleza notable; acaricia al niño con una naturalidad encantadora, y tiene extendida sobre las facciones la expresión purísima del amor maternal.

De diecinueve años apenas, modeló para el monumento á Garibaldi en Aspromonte el gigantesco *León Herido*.

El año 1900, en la Exposición de Arte Sacro de Turín se premió su *Candelabro Pascual*, tan bello que recuerda los de Cellini.

En su estudio he visto también un bello grupo premiado en nuestra Exposición de Barcelona; representa una mujer con cabeza de ángel y cola de serpiente. ¡Qué hermoso símbolo! ¿No hay, en efecto, algo de serpiente y de ángel en toda mujer?

Y mis elogios á Jerace son más desinteresados, por cuanto no se trata de un correligionario: son la justicia á su mérito. Jerace es un católico ferviente y convencido, por lo tanto respetable. No me repugnan los creyentes, sino los falsarios, ya se llamen católicos ó radicales.

Sin la fe que lo anima, Jerace no hubiera podido esculpir el bello Cristo que se alza sobre la montaña de Ortobene en la Cerdeña, convirtiendo aquel lugar en santuario. Es de los artistas que saben divinizar la piedra porque le infunden alma.

*

Y para terminar esta carta, le hablaré á usted algo del pueblo romano.

He visitado el barrio del Transtibere, el barrio de la *gente de bronce*, como diríamos ahí. Se asemeja tanto á los nuestros, que no encuentro nada de excepcional, como no sean los lindos trajes de algunos transtiberinos de esos que vienen por las mañanas á situarse en las inmediaciones de la Pla-

za de España y se conocen con el nombre de *ciociare*.

Visten los hombres chaquetilla corta y pantalón ajustado semejante al de nuestros *chulos*, y llevan en la cabeza un sombrero puntiagudo que guarnece multitud de cintas de colores. Las mujeres visten trajes de tonos vivos, faldas cortas y corpiños, de los que se escapa la camisola blanca. En la cabeza ondea una especie de delantal pequeño, muy plegado, que sombrea el rostro y flota sobre la espalda.

Son muy bellas estas cabezas de perfil aguileño, tez morena con tinte de manzana madura, negros rizos y ojos sombríos, más fulgurantes que los grandes aros de oro que penden de sus orejas.

Estas gentes sirven con frecuencia de modelo á los artistas y esperan su paso entretenidas las mujeres en fabricar encajes de aguja que se deslizan de sus manos de un modo gracioso.

De vez en cuando la turba femenil corre y se arremolina con movimiento de pájaro en torno de un artista ó de un extranjero para ofrecerle una flor, á cambio de unos sueldos. Es una especie de mendicidad ennoblecida; no piden, ofrecen, y aun el favorecido debe quedar satisfecho de la gentileza de la distinción.

Muchas de estas muchachas entran en el taller del artista como modelos, y quedan en él como señoras; se convierten con frecuencia en amantes y en esposas legítimas.

Esto es explicable; lucha el artista con las dificultades que le ofrece la vida material y escalar un puesto en el arte; hay momentos de desaliento, de opresión, de miseria; son esos los instantes que revelan á esas mujeres de carácter enérgico, para animarlos y sostenerlos; les dan alientos y cobran el ascendiente que las lleva á ser esposas y después tiranas.

Generalmente estas muchachas tienen más poesía que hermosura; su encanto está más en la mirada que en la corrección de las formas; traen una nota de color encantadora, dulce, atrayente, con la sugestión innegable que se respira bajo el cielo italiano.

Por eso estas *ciociare*, que en otra parte tal vez serían vulgares, aquí, en este ambiente, parecen envueltas en el manto de púrpura de una matrona que al desceñirse dejara al descubierto la línea griega, simplicísima y pura de Friné.

Hay en toda Roma una solemne grandeza, una dulce poesía que no es fácil de expresar. Se necesita verla y sentirla.

Roma, 30 de Abril.





Hércules de Belvedere



Apolo de Belvedere

CARTA V

Los Santos Lugares

Llamo los santos lugares á los Museos y á los sitios consagrados por el Arte. No es posible visitarlos todos con detenimiento ni describirlos; se necesitarían muchos años. Me limitaré á mencionarla á usted algunos de los *capo lavoro* (1) que más excitan la admiración.

¹ Los principales están en el Vaticano; éste no es un palacio, es una ciudad; cada uno de los veintidós patios es una plaza pública y tiene la friolera de 11,000 habitaciones, sin contar las capillas, las salas, las bibliotecas y los museos, donde también hay alojado un pueblo de estatuas de mármol.

Se necesitan muchos días para recorrer el Vaticano y sus museos. El de escultura sobre todo es soberbio, sin duda el primero del mundo.

(1) Obras maestras.

¡Imposible la descripción! Al paso por entre aquel pueblo mudo y silencioso, que parece tener algo de hostil, he contemplado una bella figura de *Ariana dormida* sobre un sepulcro de gran mérito, cuyo



Ariana dormida

friso está lleno de escenas de la gigantomaquia. Durante mucho tiempo se creyó que era una estatua de Cleopatra, hasta que se ha comprobado ser la amante abandonada de Teseo. Parece que está viva,

tal es el abandono del cuerpo y la posición natural que tiene; sobre la cara se extiende un velo de tristeza, como si hasta en sueños la poseyera el dolor de la traición, que debe ser el más acerbo de los dolores.

Existe aquí también una *Venus*, de Praxíteles,



El Perseo de Canova]

púdicamente cubierta con una capa de bronce, y el hermoso Apolo que se conoce por el *Genio del Vaticano*.

He gastado dos días para llegar de la Sala de la Cruz Griega al patio del Belvedere, viendo el gabinete de las *Masques*, la *Sala de los Animales*, el *Patio de la Piña*, llamado así por la colosal piña

de bronce arrancada del mausoleo de Adriano que lo adorna. En este patio hay una cabeza monumental de Augusto. Por fin he llegado al patio del Belvedere para ver en los gabinetes que lo rodean las principales maravillas. El incomparable grupo de *Laoconte* que Miguel Angel llamaba «El milagro del Arte». No puede verse en ninguna parte una expresión tan desesperada, tan dolorosa y tan fiera; se siente el crujir de la musculatura que parece va á romperse en el esfuerzo titánico para arrancar las sierpes que aprisionan al pobre sacerdote de Apolo y á sus hijos, con tanta crueldad castigados por el Dios por no haber dejado entrar en Troya al caballo Durateo.

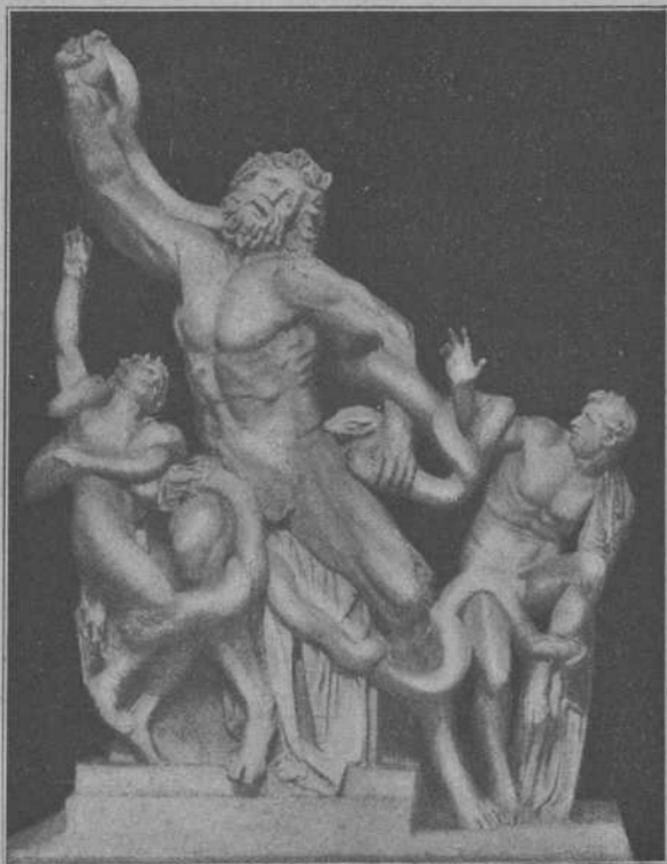
En los gabinetes cercanos hay un bello Apolo de mármol de Carrara, los geniales gladiadores de Canova, un magnífico Mercurio y por último el soberbio *Torso de Hércules*, pedazo de estatua rota que es la interpretación más ideal del cuerpo humano. Se conoce con el nombre de Hércules de Belvedere, por el sitio en que está colocado; lo encontraron en Pompeya y una inscripción revela ser obra de APOLLONIUS, *hijo de Nestor, Ateniese*. Eran divinos los griegos; eran dioses que hubieran llegado á dar vida á las estatuas. Rafael y Miguel Angel venían á palpar esta piedra y arrodillarse ante ella. Hasta los profanos comprendemos su admiración. No está este torso moldeado por fuera; parece que dentro tenía ya músculos, venas y nervios; al romperse da la idea de carne despedazada y se teme ver correr la sangre.

*

Después del Museo de escultura todavía se gasta media semana en recorrer á la ligera la galería lapidaria, la de los candelabros, la de los tapices

y los Museos Etrusco, Asirio, Sacro, Profano, de Pinturas Antiguas y Medallas.

¡Qué soberbio Vaticano! Esta frase es pronunciada continuamente.



Laocoonte—Miguel Angel

La Biblioteca, una maravilla; encierra 26,000 manuscritos, de los cuales 19,000 están en latín, 4,000 en griego y 2,000 en lenguas orientales. Además hay 50,000 volúmenes impresos.

La gran sala, admirablemente decorada, está llena de regalos que valen muchos millones, hechos al Papa por Reyes, Emperadores y Príncipes.

Aquí no faltan recuerdos de España. Para corresponder á estos rega'os, el Pontífice tiene un taller de mosaicos y bendiciones.

Los Archivos encierran en veinticinco salas más de 20,000 volúmenes, y cerca de ellos está la imprenta secreta. ¡Cuántas infamias habrán salido de allí!

La galería de pinturas no es grande; encierra el divino cuadro de *La Transfiguración*, de Rafael, que fué llevado en su cortejo fúnebre.

Este cuadro maravilloso está dividido en dos partes; la primera representa á Jesús sobre el Monte Tabor, y la segunda la curación del poseído. La mujer que hay de rodillas es un retrato de la Fornarina.

También hay aquí de Rafael la Madona de Fofigno, y una Santa Catalina, de Murillo, que no desmerece entre las obras maestras del de Urbino.

Mirándola recordaba la admiración que Taine expresó al verla.

Dice el gran crítico:

«Su belleza es peligrosa; en sus negros ojos luce un ardor secreto. ¡Qué contraste entre este tinte de flor amarilla y esta llama! ¡Qué amorosa y qué beata! En Rafael la inmovilidad del color y la actitud escultural quita á los ojos una porción de vida. Por el contrario, el colorido español es temblador, las sensualidades desconocidas del alma ardiente, las palpitaciones bruscas de emociones fugitivas y vehementes, el temblor de los nervios llevado hasta la voluptuosidad y el éxtasis, la fuerza y las llamas del incendio interior se incuban en esta carne iluminada por la intensidad de su propia vida, en sus tonos rosados de vaga obscuridad.»

ROMA



Entrada del convento de los Santos Juan y Pablo

*

Después de los Museos del Vaticano se visitan las *Cámaras* y las *Logias de Rafael* y el *Departamento Borgia*.

Rafael murió antes de haber acabado las cámaras, que terminaron sus discípulos Francisco Pen- ni y Julio Romano. Hoy la humedad y las restauraciones las han perjudicado mucho.

Son cuatro las cámaras; en la primera del *Incendio del Borgo* noto, tal vez influida por la lectura de Taine, la frialdad y el amaneramiento de que el gran crítico acusa á Rafael. Es cierto que falta pasión, pero ¿qué figura hay en el mundo comparable á «La Bella Portadora de Agua» que lleva con actitud tan graciosa el cántaro sobre la cabeza? Es verdad que es una figura tranquila, sonriente; mejor parece ir á la fuente á encontrar á un amante que acudir á apagar un incendio. Pero ¿qué importa, si es tan hermosa? Hay que tener en cuenta que Rafael dirigía y sus discípulos ejecutaban. Tal vez un toque de su pincel les hubiera comunicado la vida que les falta á las figuras.

En la *Cámara de Heliodoro* aparece por primera vez la Fornarina en la obra de Rafael; está de espaldas, pero se la conoce en su torso hermoso y fuerte, en la serenidad con que se asienta sobre los hombros la noble cabeza, en la espalda un poco deprimida y la expresión de soberana tranquilidad.

En la *Cámara de Constantino* hay una figura de la *Mansedumbre*, de mano de Rafael; está pintada al óleo, no al fresco, y se dice ser la última obra que salió de su pincel mágico.

Las célebres *Logias* demuestran el refinamiento sibarítico del lujo de los Papas. Han hecho esas obras geniales para adornar el techo de una galería; cogen trece arcos, dividido cada uno en cua-

tro cuadros y algunos están ya completamente borrados.

Se ve en estos cuadros á Rafael sentado y dibujando y sus discípulos que le presentan los colores. Las escenas de la creación son muy bellas;



La Sibila délfica

hay una Eva rubia, que tiene la belleza luminosa y la blandura de las mujeres de Rubens. Las actitudes graciosas y académicas son tan propias de Rafael, que después de contemplarlo con atención, no se le confunde con nadie.

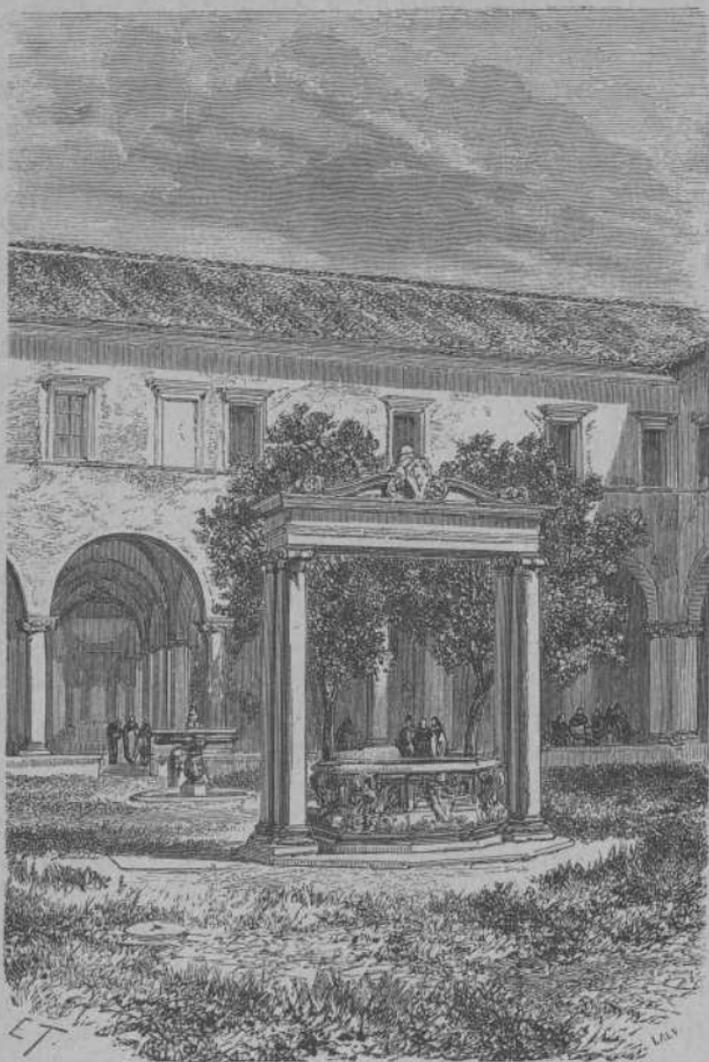
*

En el *Departamento Borgia* vive ahora el Cardenal Merry del Val, el Español, como le llama la turba vaticanesca que lo odia por su soberbia.



El profeta Joel

Aquí está alojado entre estos mosaicos, tapicerías y vitrinas llenas de objetos preciosos; cuando alza los ojos contempla los magníficos cuadros de Pinturicchio. Hay en la tercera sala una Santa Isabel y una Virgen que son adorables; bien es



Pozo en el claustro de San Pedro Advíncola

verdad que la Madre de Cristo está representada por la hermosa Julia Farnesio. ¡Pobre María! ¡Delante de cuánta bribona cubierta con su túnica rezan las devotas! ¡Cuánta *impura* le ha prestado sus facciones!

En la cuarta de estas estancias, contando desde la entrada, murió Alejandro Borgia, aterrorizando á todos con sus horribles confesiones..... y aquí habita *modestamente* el Cardenal Merry.

Como él no está prisionero, pasa también bellas temporadas en Castell Gandolfo, se da la gran vida, y es natural que por conservarla aconseje al Papa esa política de soberbia intransigencia que precipitará la ruina de la Iglesia; pero no nos ocupemos de estas miserias cuando aun nos quedan que ver las capillas del Vaticano.

La más importante, desde luego, es la *Capilla Sixtina*. Está muy estropeada; las pinturas sufrieron mucho con el humo del fuego que encendió la soldadesca de Carlos V y con el de las papeletas que se queman en la elección de pontífices.

En esta capilla oficia el Papa y es célebre por los cantores, sometidos á mutilaciones inhumanas para que tengan voz de tiple. Yo creía que era esto mentira, pero aquí me he convencido de que es cierto. ¡Qué horror! La capilla no es grande, tiene 50 metros de larga por 14 de ancha. Miguel Angel que nunca había pintado al fresco, hizo estos admirables que adornan el techo y las paredes; ya sabe usted que se dice que trabajaba de noche á la luz de una candileja, ¡y los *génios* del siglo xx necesitan tantas comodidades! ¡tantas, y acaban, teniéndolas, por declararse impotentes para el fresco!

¡Qué grandeza tan majestuosa, tan sombría, tan sobrenatural en las figuras de las Sibilas y los Profetas que se ven sentados entre los cuadros; ¡y qué cuadros tan ideales! El del nacimiento de Eva

es un prodigio. ¡Hermoso cuerpo el de Eva! Se inclina con una curvatura elegante, tiene una frescura, un vigor, una gracia inexplicables; parece contenta de vivir. El Creador se sonríe como un buen viejo que se satisface mirando las formas de una muchacha; y Adán duerme tranquilo, en un



El pecado original.—Miguel Angel

sopor de predestinado, sin ensueños, completo, irracional, como reposan las bestias.

Es más hermosa esta Venus morena, que la Venus rubia de Rafael; las rodillas, que son el escollo de las bellezas desnudas, en ésta son admirables, presentan un hoyuelo encantador.

Otro de los cuadros más hermosos, para mí,



La creación de Eva.—Miguel Angel

(vuelvo á recordar que soy profana), es el que representa al Todo Poderoso fulminando sus iras contra Adán. ¡Qué contrasentido en la fábula! Se necesita calificar al Padre Eterno de tonto para pensar que imaginase posible la obediencia poniendo al lado de Adán una manzana tan tentadora.

Este Eterno se parece al Moisés; tiene la misma expresión fiera de la estatua, las mismas barbas larguísimas de tempestad; extiende un brazo fuerte de admirable musculatura hacia Adán, y con el otro enlaza la nube de ángeles que parece que lo sostienen. Cae la enorme manaza sobre el hombro de un angelillo y se cree que se lo va á romper. Palpita de pasión y de cólera. ¡Qué diferencia de la tranquilidad de Rafael á esta alma tempestuosa! En cambió Adán tiene una indiferencia extraña, parece que ya no le importa la cólera celeste y que dice como el gitano del cuento:—«Después

de lo que has hecho conmigo, ¡canastos! ¿qué más quieres?»

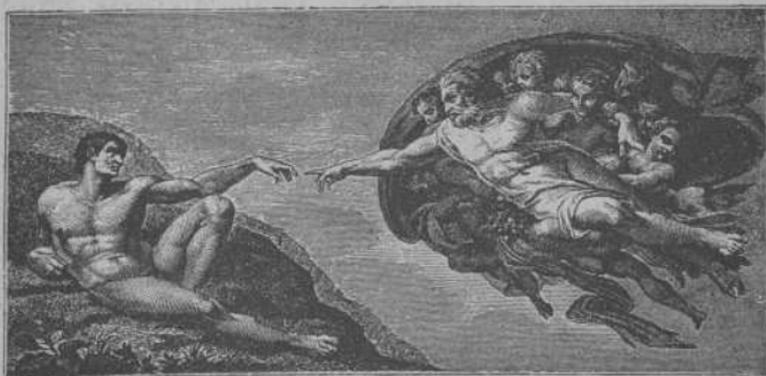
El testero principal de la capilla lo ocupa todo el célebre Juicio Final.

Ya conoce usted la belleza de este cuadro admirable; está concebido con arreglo á los horrores del Apocalipsis, pero no falta en él el elemento pagano de Caronte y Minos. A un lado está la Muerte, que se ha quedado cesante.

Minos, con orejas de asno, es el retrato del *signore* Biagio de Cesena, el cual aconsejó al Papa vestir las figuras que salieron desnudas del pincel del artista. En verdad que se merece estar así por toda la eternidad; de su pecado artístico *nulla est redemptio*.

*

La Capilla Paulina tiene un bello tabernáculo para las cuarenta horas, y en la Capilla de Nicolás V se ven las pinturas del Beato Angélico; las ejecutó á los 60 años de edad y sus santos *semibizantinos* sin anatomía, bobos, y con abuso de colores y dorados, tienen extraño encanto. Sin duda hubiese



Dios fulminando sus iras contra Adán

sido un buen pintor si hubiera sido menos místico; pero pensaba que no debía retocar sus figuras porque tal como salían de su mano quería Dios que fuesen.

Esta es la humildad de los devotos; creen á Dios entretenido en llevarles la mano, y que no sabe pintar bien.

*

Fuera del Vaticano he visitado muchos Museos é Iglesias, por ver obras de arte: La *Academia de San Lucas*, la *Galería Colonna*, la *Galería de Arte Moderno*, el *Museo Nacional*, la *Galería Doria*, la de *Kircher* y el *Museo del Capitolio*.

En éste último hay una Venus encontrada en una casa entre el Viminal y el Quirinal; tiene una actitud graciosa y es una bella estatua griega llena de sencillez y de encanto.

También en el Capitolio está el *Museo de los Conservadores*, donde en una sala se guardan todos los recuerdos de Garibaldi: autógrafos, coronas, banderas, la capa que llevaba en la guerra de 1860 cuando profirió el célebre grito «Roma ó Morte», que hizo temblar al inmenso Vaticano. Está aquí la manta en que se acostó herido en la batalla de Aspromonte, su espada y sus ropas.....

No es Italia ingrata con su héroe; nosotros no hemos reunido así los recuerdos de Prim, de Riego, ni de ningún caudillo.

Al salir he visto en la Plaza del Capitolio, la célebre estatua de bronce del Emperador Marco Aurelio, encontrada en el Foro. Ha perdido sus dorados y sólo lucen ya en la cabeza del caballo.

Entre la gente del pueblo corre la conseja de que cuando vuelva á dorarse por sí sola, Roma recobrará su pasado esplendor. ¡Cómo nos parecemos en esto italianos y españoles!

*

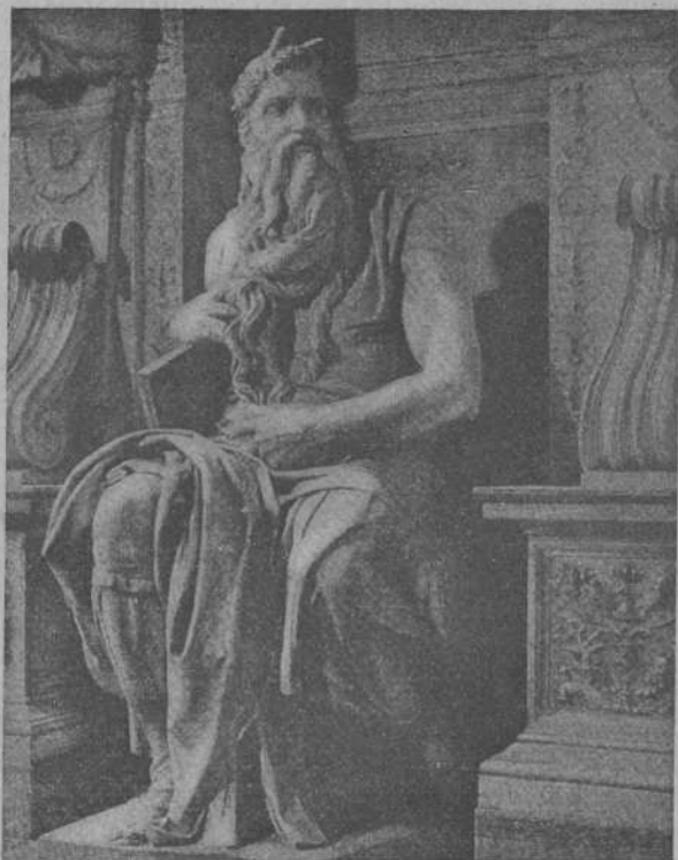
En el Palacio Barberini hay un retrato de la Fornarina pintado por Rafael. El cuerpo es deprimido, estrecho de hombros, y el brazo desarrollado de la panadera, fuerte y grueso como de un joven, no une bien al cuerpo débil. La cabecita es pequeña, la cara demasiado corta y redonda, pero tiene unos labios de pasión semejantes á «una rosa de sangre que se abre en un rostro pálido» y unos ojos sombríos, profundos, de negruras y tempestades; hay algo de trágico y magnífico en ella; empecé encontrándole algunos defectos, y acabo subyugada por su belleza.

Otro cuadro hermoso de este museo, es el retrato de Beatriz Cenci pintado por Guido; tiene la sobriedad de color propia de éste y tiene un ros-



Venus.—Museo Capitolio

tro dulce, suave, á propósito para que reposen en él los ojos y el espíritu.



El Moisés de Miguel Angel

*

En la Academia de España he visto un lindo cuadro de su Director D. José Benlliure; representa el interior de una iglesia, y es de una realidad encantadora. Un maravilloso efecto de luz destaca

TECHO DE LA SIXTINA



Escenas de la primitiva falta

de la penumbra sombría del templo el grupo de viejos devotos dormitando con agradable somnolencia. ¡Oh! ¡Qué preciosas cabezas de estudio! ¡Qué expresión tan correcta y en consonancia con las actitudes aburridas, los cuerpos flácidos, el idiotismo, en fin, de los que van á la iglesia sin saber por qué ni para qué!

España sobresale siempre por sus pintores.

Roma, 10 de Mayo.



Interior de San Pablo



Roma.—Plaza y basílica de San Pedro

CARTA VI

San Pedro

¿Le digo á usted qué impresión me ha producido la gran Basílica de San Pedro? La de las dimensiones.

No me ha conmovido en ella el Arte; he apreciado las medidas, el tamaño.

Se experimenta esta sensación desde antes de llegar.

Cuando se entra en la Plaza de San Pedro se ve al frente la gran Basílica, á la derecha el soberbio Vaticano y á ambos lados las inmensas galerías de columnas dóricas; en medio de la plaza se alza un obelisco egipcio que rasga con audacia el aire.

¡Todo esto es grande, inmenso, hay que recurrir á los números para explicarlo!

Estas galerías tienen 284 columnas y 88 pilares dóricos, formando calles, y por la de en medio pueden pasar dos coches de frente. Desde un punto de la plaza, las cuatro filas de columnas se confunden en una sola.

La balaustrada que las corona tiene 162 estatuas de Santos, y ha costado cuatro millones y medio.

En el obelisco, traído de Egipto á Roma por Calígula, se dice que hay un trozo de la cruz del Salvador. A ambos lados se ven dos fuentes de granito oriental que elevan el agua hasta una altura de 15 metros.

La Basílica está construída sobre las ruinas del antiguo circo de Nerón, donde aseguran que San Pedro sufrió el martirio; ha costado 250 millones de francos. Nueva torre de Babel, este alarde de soberbia trajo el cisma protestante á la Iglesia. La necesidad de tener dinero para construirla hizo no velar las simonías y muchos fieles de fe sencilla vieron el engaño.

Cuando se entra en ella no parece tan grande, pero aquí nos persigue siempre la idea de la magnitud y la medida. Los guías mismos, de lo primero que hablan es que desde la cruz que corona la cúpula hasta el suelo, hay 139 metros de altura; y que la Iglesia mide 189 metros de larga por 45 de ancha.

Sobre la puerta de en medio se ve el célebre balcón, de dos metros de alto, donde antes de la toma de Roma en 1870, se asomaba el Papa los domingos á dar la bendición al pueblo. Como este pórtico oculta la cúpula, la Basílica no da idea por fuera de su grandeza.

Para entrar tiene cinco puertas; la última, á la derecha, está marcada con una cruz de metal y se conoce con el nombre de *Puerta Santa*, que sólo se abría los años de Jubileo; ahora, desde 1825, permanece siempre cerrada.



Ganado de la campiña romana

La puerta del centro, que es de plata, se abre sólo en las grandes solemnidades.

La nave de en medio de la Basílica está separada de las otras por tres arcadas; cada uno de los pilares tiene 71 metros de perímetro. Se ve en el centro la piedra redonda donde antes se consagraban los Emperadores. ¡Cómo han cambiado los tiempos! Para que las cifras me sigan persiguiendo, están comparados aquí los tamaños de todas las catedrales, con objeto de que se vea bien que ésta triunfa sobre todas. San Pablo de Londres, Santa María de Florencia, el Duomo de Milán, el de Bolonia, la Catedral de Sevilla, San Pablo de Roma, la Catedral de Amberes y Santa Sofía de Constantinopla, caben aquí dentro.

Bajo el cuarto pilar hay una estatua en bronce de San Pedro, sentado en una silla de mármol blanco. Es una estatua feísima, pero los fieles le han gastado el pie derecho de tanto besarla.

¿Habrán dejado babas en ella? No sé por qué el municipio de Roma no manda desinfectarla. Una lápida colocada cerca hace constar que Pío IX pasó los años de pontificado de San Pedro. Alrededor de la cúpula inmensa que corona el crucero, se lee grabada en mosaico dentro del friso esta inscripción:

«Tu est Petrus et super hanc petram ædificabo
»ecclesiam meam, et tibi dabo claves regni cælo-
»rum» (1).

Bajo la cúpula está el altar mayor, donde sólo el Papa tiene derecho á officiar; es de bronce, muy precioso pero de muy mal gusto, y costó medio millón de liras. Bajo este altar está la tumba de San Pedro, *La Confesión*; tiene una magnífica balaustrada, alrededor de la cual arden continuamen-

(1) Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y te daré las llaves del reino de los cielos.

te 95 lámparas de bronce dorado. Todas las paredes de *La Confesión* están cubiertas de alabastro, ámbar, mármoles y lapizlázuli primorosamente labrados.

Hay algunas obras de Arte en la Basílica: una Piedad de Miguel Angel, mausoleos riquísimos, una hermosa estatua de Julia Farnesio en la tumba de Paulo III representando la Justicia, á la que le han puesto para hacerla más incitante una camisa de bronce blanco; un derroche de riqueza por todas partes; pero se lo repito, yo no siento aquí más que la impresión de una grandeza aplastante, de una soberbia que repugna.

Y todavía debajo de esta Basílica hay otra tan magnífica como ella. El Papa mismo guarda las llaves de las criptas. He podido visitarlas gracias á uno de mis amigos, que ha solicitado el permiso.

La cripta nueva mide unos 58 metros y tiene la forma de una herradura; en cuanto á las grutas viejas, se componen de tres naves de 18 metros de largas. Aquí están enterrados Papas, Reyes, Príncipes y Cardenales. ¡Esto es lo que ha querido hacer la vanidad del clero! Un panteón soberbio para immortalizarse.

Hay aquí enterrados 130 Papas. Cerca de ellos duermen los devotos ricos que les daban dinero, como la Condesa Matilde y Cristina de Suecia; ellas como la célebre D.^a Olimpia, han gobernado la Iglesia y dispensado gracias como unas papisas extraoficiales.

Cuando hay fiestas religiosas en San Pedro, se reparten billetes como para una función de teatro. Ahora se prepara la beatificación de unos frailes, entre ellos varios españoles.

Deben ir haciendo falta santos, porque se canonizan muchos. ¡Qué honor para las familias tener un bienaventurado que les prepare el alojamiento en el otro mundo!

Probablemente el Papa no podrá hacer la ceremonia, porque padece del corazón y está muy débil, pero ya canoniza cualquiera; la santidad se



Cámara de la Segnatura.—La Poesía

va democratizando; hasta Nocedal será beatificado muy pronto.

Esta clase de fiestas traen gran número de peregrinos, que es lo que conviene á Roma, y por lo

cual soporta todavía al Vaticano. Ahora con motivo de semana santa, ha habido aquí peregrinaciones numerosas. ¿Vienen por devoción ó por curiosidad? ¡Quién podría asegurarlo! En el hermoso comedor del Hotel de las Naciones, donde habito, se reúnen una centena de peregrinos húngaros, sacerdotes, seglares y señoras. Ellos beben, ríen y juegan; es una verdadera diversión este viaje. Tienen una religiosidad elegante, y de paso que van al Vaticano visitan ruínas y teatros.

Nos enteramos de todas sus excursiones porque esta gente del Norte es tan práctica, que para no perder tiempo, mientras los demás comen uno lee el programa del día.

He visto también el tesoro de una riqueza que corresponde á la Basílica; encierra candelabros de plata hechos por Cellini, mantos regios y joyas de valor para engalanar la estatua de San Pedro, como se hace con los ídolos chinos.

Al salir de mi primera visita leí sobre la puerta que da acceso á la cúpula, las siguientes palabras:

«De 8 á 11 de la mañana, se permite subir á las *personas BIEN VESTIDAS*». Hubiera querido borrar la inscripción y poner en su lugar las palabras del infeliz héroe galileo: «Dejad á los pobres que lleguen á mí».

*

Hoy he subido á la Cúpula; no merece el trabajo, aunque desde ella se divisa un bello panorama y se aprecia la grandeza de esta obra colosal. Las estatuas de los Apóstoles que desde abajo parecían proporcionadas, desde aquí son informes. La pluma de San Lucas, mide 3 metros de larga.

En la linterna hay una escalera de hierro para llegar á la bola, donde caben 16 personas; es inútil la molestia, porque no se ve nada desde allí.

Puede andarse por el techo hasta la fachada de la Iglesia. Estos edificios son como piedras enmohecidas á las que se adhieren moluscos. Aquí entre el tejado de San Pedro vive todo un pueblo; se conoce con el nombre de los Sampetrinos y forman una verdadera tribu, con sus costumbres y sus usos aparte. Parece que están fuera de las leyes comunes, se casan entre ellos y nacen y mueren pegados al tejado de la Iglesia. Hasta el tipo físico parece tener algo de extraño, un aspecto de cretinos, como si estuvieran saturados de humo de cera y de incienso.

*

Además de San Pedro he visitado varias iglesias, pocas; las que ya he citado á usted y las Basílicas de Santa María la Mayor, San Juan de Letrán y San Pablo.

Esta última está fuera de los muros de la ciudad. Su fachada principal se alza al lado del Tíber, sostenida por magníficas columnas de granito del Simplón.

En el interior, ofrece aún más riqueza que San Pedro. Está dividida en cinco naves que dan aspecto de un bosque de columnas, todas de mármoles y piedras raras; entre ellas figuran dos de alabastro de Oriente.

En medio hay un arco de triunfo que elevó Gala Placidia; está ornado de mosaicos que representan á Cristo y los 24 Ancianos del Apocalipsis, los ángeles y los signos de los evangelistas.

Tanta riqueza disgusta; parece un salón de baile mejor que una Iglesia. Yo prefiero la sencillez de una ermita cordobesa, á todo este esplendor.

Tardes pasadas salí á dar un paseo con mi hija, y sin propósito de ello vine á parar á la pequeña iglesia de los Caballeros de Malta. Había función

religiosa, debían ordenar á algunos seminaristas, porque vi un grupo de jovencitos pálidos, sometidos á una para mí extraña ceremonia. La Iglesia es pequeña, limpia, sin lujo, envuelta en una media sombra agradable; antes de entrar en ella había visto un grupo de graciosas beatas sentadas en el suelo, merendando tranquilamente. Una de ellas tapó con un papel en su falda el pan y el pedazo de queso que comía, y levantó hacia mí una cara cándida, unos ojos claros, tranquilos, para contestar á la pregunta de dónde me encontraba.

Unos cuantos cipreses, esos frailes del reino vegetal como por infecundos y altaneros les han llamado, se mecían melancólicamente junto á la puerta, y no muy lejos arrastraba el Tíber su turbia corriente, cuyo murmullo se unía á las notas del órgano.

Comprendí por un momento que se estuviera bien aquí, pero sin estos ritos, estas ridiculeces, y estos trajes negros. La pequeña Iglesia despertaba en mí la visión de una casita blanca entre la tranquilidad del campo, en la paz de esta naturaleza serena y pura. Sí, esa Iglesia me ha hecho soñar, sentir un *misticismo mundano*, por llamarlo así.

Ninguna de las grandes Basílicas me ha causado tan dulce impresión.

*

También he estado en «San Pietro in Montorio» para ver la tumba de la pobre Beatriz Cenci, muerta frente al castillo del Santo Angel con sus parientes, para que el Papa pudiera apoderarse de su fortuna.

La lápida tendría alguna inscripción que molestase á los sucesores de Clemente VIII y de Paulo V, partícipe del despojo, pues la han vuelto del revés para que no pueda leerse.

Esta gente sabe borrar bien las huellas de lo que les molesta, pero no pueden borrar el recuerdo de la niña infeliz, que es uno de tantos baldones que pesan sobre el Pontificado.

Roma, 18 de Mayo.



FRANCOIS 461

H. H.

Beatriz de Cenci



Templo de Cástor y Pólux *

Estatua ecuestre de Marco Aurelio

CARTA VII

Pío X

¡El Vaticano y el Papa! He aquí lo que consuetuye Roma para mucha gente. Hay quien al hablar de la capital del Reino de Italia piensa que la sombra del pontificado crece y se extiende, á semejanza de la estatua del sueño de Nabucodonosor y cubre las siete colinas de la señora del mundo.

Es preciso venir aquí para ver la parte insignificante que el Vaticano ocupa en la vida de Roma; ha quedado reducido á una antigüedad cristiana que se visita como se visitan el Foro y el Coliseo, por más que la ruina viva, mantenga aún á su lado una corte de parásitos, y las naciones envíen á su lado representaciones oficiales que para nada les sirven.

La muerte del poder temporal fué la ruina del Papado, y hay en Roma un movimiento artístico, una sociedad, una política que interesa más á esta nación de espíritu libre y progresivo que contemplar ruinas y discutir viejas ideas.

Omnipotente fué el poder de los fantasmas blancos, del que aun nos quedan reminiscencias. ¿Recuerda usted la leyenda de aquel príncipe, *Roberto el Diablo*, que desnudo y hambriento, con aros de hierro al cuello venía á implorar el perdón de sus culpas?

¿Quién no ha cantado de niño el romance?

«Hacia Roma caminan
dos peregrinos
que los dispense el Papa
porque son primos».

¿Y quién no sabe el refrán de nuestro pueblo «En sabiendo leer y escribir, hasta Roma se puede ir»? Como si esta ciudad fuera el *Non plus ultra* de la tierra.

Pero los tiempos en que los pontífices veían venir á sus plantas, enamorados, reyes y pecadores, han cesado ya. La voz de Savonarola despertó muchas conciencias; Lutero emancipó muchos espíritus; hoy sólo queda un fantasma del papado; con él se derrumba el poder temporal de la Iglesia, muerta en Inglaterra, Alemania, Francia y casi todo el mundo.

Yo debía verlo todo con la insaciable curiosidad del publicista, y después de visitar escuelas y estudiar la vida moderna, he ido á soñar entre las ruinas y á curiosear al Vaticano.

No me ha sido fácil ver al Pontífice; lo es más llegar hasta los reyes; el traer una pluma en la mano no es buena recomendación para gen-

tes á quienes no conviene la publicidad de muchas cosas que están entre las sombras.

Para desgracia mía he sido citada á la audiencia de Su Santidad el día 11, día de huelga general en Italia, lo que me ha obligado á recorrer á pie toda Roma.

Seguí la ribera del Tíber contemplando su lenta corriente de fango amasado entre el silencio triste de la población, en la que no circulaban hoy coches ni tranvías, bajo un cielo plomizo, una atmósfera pesante, que parece envolvernos como una gasa gris.

La imaginación se disponía á los ensueños y al entrar en los bosques de columnas que abrazan la inmensa Plaza de San Pedro, el espíritu estremecido pensaba en las antiguas cortes de los Pontífices Reyes que pudieron desplegar sin hipocresía su soberbia, como Julio II y Alejandro Borgia, en vez de los ridículos suizos y guardias pontificios con sus trajes arlequinescos; creía ver las capas oscuras de los esbirros del Duque de Gandía, ó escuchar el paso leve y el *fru-fru* de las sedas de los mantos en que iban envueltas la divina Julia Farnesio ó la impúdica Lucrecia, cuando se deslizaban fuera de la cámara pontifical, donde gozaban sus amores con el doble atractivo del sacrilegio y el incesto.

Subí á la Mayordomía. Ya he estado aquí varias veces. Los Cardenales al servicio de S. S. están bien alojados. Tienen una verdadera corte: criados, secretarios, servidores..... El dinero de San Pedro permite estos lujos; por todas partes hay guardias, centinelas y criados. Pasadas varias cámaras grandes, espaciosas, cubiertas de dorados tapices y pinturas, con este lujo que no pudieron sospechar siquiera los mártires de las Catacumbas, llegamos á la sala en que había de recibirnos el Papa.

Con alfombra verde, tapicerías rojas, el techo cubierto de dorados; el testero principal lo ocupa el trono del Pontífice, sobre una gradería de terciopelo, y cubierto por espléndido dosel..... frente á frente, sin escabel ni doseles, un pobre crucifijo extiende los brazos en la pared y con la cabeza tristemente inclinada, el aspecto de un hombre vencido, parece decir con desaliento: «Esta es mi obra».

Se han agotado todos los colores vivos en los vestidos de los servidores del Papa: verde, amarillo, azul, encarnado..... De este último matiz va vestido á lo Luis XV un criado que recorre la fila de los que esperan y despide groseramente á todos los hombres y señoras que no van en traje de etiqueta. El padre común de los fieles no ve más que á los hijos bien vestidos; á los que llegan gozosos á sus pies, los desnudos, los tristes, los hambrientos... esos no tienen entrada cerca de él.

Pronto, no queda más que un cordón de gente sombría en torno de la sala, hábitos de cura, trajes negros de hombres, vestidos de seda negros, con mantilla y sin guantes las señoras. Veo que muchas damas se fijan en mi mantilla; hay dos formas de poner estos velos: una las pliega en ondulaciones místicas en torno del rostro; otra las levanta en provocativas ondas de encaje. Yo he recordado que soy española, y sólo me faltan los claveles rojos para ir á la Plaza de Toros.

Su Santidad hace esperar media hora. Al cabo de este tiempo el criado rojo da orden de esperar de pie, y á los pocos minutos entran los guardias nobles, los Cardenales y el Pontífice.

Todos los que esperan caen de rodillas. ¡La glorificación de un hombre! Aprovecho los momentos para contemplar la figura del Pontífice, vestido de lana blanca, con faja y cuello de *moaré*; no tiene la dulce idealidad de esos monjes que Zurbarán rodeó de blancos linos; es de estatura regular,

rechoncho y un poco encorvado. La cabeza, rodeada de cabellos de plata, presta un reflejo suave á la cara de facciones menudas, desdibujadas, débiles, que indican más inconsciente bondad que inteligencia. Los que le rodean y mantienen esta institución lo tienen como secuestrado para que no hable y comprometa los intereses de la Iglesia, contestando que sí á todo lo que le dicen.

Este pobre señor nació para cura de pueblo; se conoce que se ahoga en esta atmósfera del Vaticano. Cuando fué elegido lloró amargamente; tan lejos estaba de su ánimo ser Pontífice, que poseía su billete de vuelta.

Las primeras veces que se presentó en público, rehusó la silla gestatoria; el pobre señor se mareaba y no quería dar á los fieles el espectáculo de ver vomitar á su vicario. Fué preciso irlo acostumbrando á dar pequeños paseos por las habitaciones.

Y aquí está, manejado como un maniquí, sufriendo la nostalgia de su hermosa Venecia, separado de su familia, y sus hermanas, que viven modestamente con su sencillez primitiva, en una pequeña casita de la *Ciudad Leonina*, como se llaman todos estos barrios donde se agita el mundo de las hormigas negras y rojas.

Se ve en su aspecto que está aburrido y resignado; no creo que vivirá mucho para regocijo de ambiciosos; se nota en sus facciones la huella de la enfermedad al corazón que padece.

Pío X habló en italiano primero y en latín después, concediendo con hermosa prodigalidad bendiciones, indulgencias, gracias á los prelados y sacerdotes, paz á los fieles, etc., etc., etc. Repartió una gran parte del tesoro *espiritual* de la Iglesia, del que por lo visto es más espléndido que del material. Su voz es bronca, con algo del acento del canto llano; y no pareció despertar gran en-

tusiasmo entre los oyentes. Bien es verdad que una gran parte eran protestantes turistas, con cuya curiosidad se alimenta la concurrencia del Vaticano.

Después, el Papa empezó á recorrer las filas, parándose á conversar algunos momentos y repitiendo con frecuencia: «Sí, sí, va bene, va bene». Al llegar á mi hija pareció experimentar un momento de ternura, y puso la mano sobre su cabeza. Yo sentí piedad. ¡Pobre hombre! Para él no hay goces legítimos de paternidad; es un preso en jaula de oro; un fantasma blanco que sirve de bandera de iniquidad.....

Me fijé en su mano; había oído decir que más de una aristócrata devota resbala los labios del anillo de San Pedro para rozar su piel satinada.

¡En verdad que debe ser suave! Es una mano regordeta, sanguínea, algo sensual; no es la mano adorante de líneas puras que indica espiritualidad y sufrimiento; no es la mano que esculpió el divino Miguel Angel en el Cardenal Carraffo; es una mano mantecosa de angelito cebado ó de francesa rubia.

El Papa me demandó mi país y profesión.

—Periodista española—contesté.

—¿Qué escribe?—preguntó con curiosidad.

La mentira me repugna aun dentro de aquellos muros poco habituados á que resuene en su recinto la verdad.

—En el *Heraldo de Madrid* y en toda la prensa liberal de España—dije.

Su Santidad pareció mirarme con la misma lástima que yo había experimentado minutos antes. Sin duda somos dos espíritus que nunca se comprenderían.

—Mi bendición sea contigo, con toda tu familia, y con los amigos que te sean queridos—dijo alejándose.

¡Oh! Esta última parte lleva la bendición del Papa á los más avanzados españoles. Entre los amigos que yo quiero, quedan benditos además de muchos compañeros del *Heraldo*, Domingo Blanco, García Aguado, usted, Baldomero Argente y Blasco Ibáñez.

He pensado que alguno tal vez rechace su parte en esta bendición, pero no hay motivo para ello. No debemos nosotros ser intransigentes.

El gran Carducci en su poesía al amor, sintiendo encenderse su espíritu en el afecto santo á la humanidad, derriba los muros del Vaticano, liberta al prisionero hermano nuestro y dice á Pío IX la siguiente hermosa estrofa:

«Aprite il Vaticano; io piglio á braccio
Quel di sé stesso antico prigionier:
Vieni, alla libertá brindisi io faccio;
Cittadino Mastai, bevi un bicchier!»

¡Oh qué hermoso el día en que dentro de esas salas resuenen nuestros brindis por la fraternidad humana!

Roma, 20 de Mayo.





Tumba de Cecilia Metela

CARTA VIII

La campiña romana

Vengo de visitar Frascati, y esta jira será para mí de los recuerdos más imborrables. El lindo pueblecillo dista 24 kilómetros de Roma y presenta el aspecto de un oasis en la árida campiña romana.

Está emplazado en Frascati donde antes se alzaba el antiguo *Tusculum* y sigue siendo como el lugar de recreo de la aristocracia.

De Frascati se va á Grotta Ferrata, donde está el convento de San Basilio fortificado por el Cardenal della Rovere (Julio II), que aun conserva su aspecto de fortaleza; se va también á Castell Albano, Gandolfo y todos estos lindos pueblecillos más bellos porque parecen la sonrisa de la triste campiña que los rodea.

Existen todavía las lindas villas que construyó la antigua fastuosa nobleza; corre el agua por to-

das partes; rosales y jazmines embalsaman el aire; los campos son feraces, las laderas están cubiertas por las enlazadas ramas de esas vides que dan el famoso y claro vinillo, de perfume de champagne.

Pocas horas me he detenido aquí; quería regresar temprano para apreciar bien el panorama de Roma y su campiña. No existe nada más severamente grande. Se ve extendida la ciudad con sus centenares de cúpulas, cruces, obeliscos y torrecillas en medio de este mar grisáceo, de estas colinas que parecen ondular en la monótona llanura. No hay árboles, no hay vega, la verde hierba que las cubre es de un color obscuro, cenizoso, sombrío; parte el río á la ciudad formando grandes curvas, y va á perderse entre los accidentes del terreno en dirección á Civitavecchia, que parece divisarse por la claridad de las ondas del Mediterráneo.

Detrás de nosotros queda el macizo volcánico de los montes *Cavo* y *Pila*, con sus laderas cubiertas de pinares y de viñas, entre las que se asientan las pintorescas aldeas conocidas con el nombre de *Castelli Romani*. Al otro lado se distingue el *Soracte*, que forma una especie de isla, y las colinas volcánicas de *Sabatines* y *Cimines* que se extienden hacia el Oeste; montañas ásperas, sin cultivo, pero de formas nobles y proporcionadas.

Conforme nos acercamos á la ciudad, el horizonte se empequeñece y empiezan á aparecer las ruinas. La *Vía Apia Nueva* en la cual se destaca la grandiosa *Tumba de Cecilia Metela*, y esa otra antigua *Reina de las Vías*, conocida hoy por *Vía Apia Vieja*, con sus innumerables tumbas y monumentos funerarios; los antiguos y derribados acueductos, cuyos arcos se dibujan majestuosamente en el azul.

Es temprano; aun luce el sol, y sin embargo

la luz es pálida y amarillenta como la de un crepúsculo. ¿Por qué esta tristeza que se respira aquí? Los escasos árboles tienen pocas hojas, hay maticos de rocas desmanteladas, crecen las zarzas y las malezas; hasta las pobres flores que sonríen á la primavera abren sus pétalos con timidez. Parece que la naturaleza llora la grandeza perdida y envuelve como un sudario á la ciudad de los recuerdos.

Cerca de las ruinas hay una sombra húmeda y allí, ante el lodo gris nacen los tréboles, se arrastran las plantas trepadoras, y se ven algunas malvas, anémonas y azules «No me olvides».

Los trozos de ladrillos caídos tienen una cabellera de plantas que permanece inmovilizada entre la atmósfera pesante, en este silencio augusto donde se pierden y mueren todos los ecos de vida.

Nos hemos detenido cerca de la *Puerta de San Juan* para tomar un refresco en un lugar que participa de taberna y de casa de labranza.

Cerca de una mesa desvencijada, cubierta por un mantel blanquísimo, sentados en un banco de madera, dos jóvenes terminaban los postres de su comida.

Noté que la aldeana que nos servía los miraba con extraño respeto y fijé en ellos la atención.

Parecían rodeados en la triste atmósfera de los amores verdaderos. El, sentado frente á mí, era un joven moreno, pálido, con gran bigote negro y unos ojos dulces, tranquilos, de serena bondad. Tenía en el tipo algo de esa desdeñosa y arrogante displicencia con que los italianos encubren su alma apasionada y romántica. Sus ojos envolvían á su compañera en una llamarada de amor casto y se detuvieron con algo de veneración, sobre sus manos.

Vuelta de espaldas hacia mí, yo no veía de ella más que las manos que salían de entre encajes blancos, luciendo su bello color moreno rosado,

sin anillos ni brazaletes. No he visto nunca mano de mujer más bella; pequeñita como la de una niña, delgada, acariciante, esparcía al moverse el brillo nacarado de las uñas.

Y aquella mano bella no estaba ocupada en acariciar sedas y blondas; cortaba con singular gracia una de esas frescas raíces de hinojo que constituyen un postre jugoso y estimado para los italianos. A veces en una cosa trivial se encuentra un encanto mágico; las delicadas manecitas que se entretenían en rasgar simétricamente la blanca legumbre, iban destrozando también el corazón de su compañero.

Tranquilas, sin un estremecimiento, las manos adorables seguían su juego sin darse cuenta de la atención que provocaban.

Yo me apresuré á salir de allí; no quería verle la cara á aquella mujer; sin duda era joven y bonita, pero no me hubiera gustado tanto como sus manos.

Roma, 22 de Mayo.





Florenca. El Palacio Viejo



Fachada del Duomo

CARTA IX

Florenca

Florenca, la Atenas italiana, la Valencia española, la patria de las flores, de los artistas y de la pasión ardiente; la hermosa güelfa de espíritu republicano y libre, encadenada á veces pero nunca vencida.

¡Ay! Amigo mío, bien dijo Mme. de Stael: «El más triste de los placeres es el de viajar sola»; y sobre todo en esta tierra de arte, cuando el sentimiento se desborda del alma y hay que recurrir á la pluma para hacer á otro partícipe de la impresión.

Una emoción de arte no compartida pierde la mitad de su valor, la alegría que no irradia sobre los que amamos, no nos lleva á la felicidad; yo he admirado siempre, como el colmo del egoísmo,

las palabras con que hizo usted el retrato de uno de nuestros amigos: «Cuando tiene dinero se va á comer solo».

¿Necesitaré decirle á usted cuánto lo recuerdo y cómo me gustaría verlo llegar con nuestra bella Manolita Asin, montados, como usted le dice, sobre el caballo alado del Ariosto?

Yo no sabría elegir residencia en las ciudades de Italia; me encantan todas; cada una tiene su fisonomía diferente; Nápoles es una linda muchacha que adorna su belleza sensual é incomparable con collares y telas de colores; Roma una hermosa matrona envuelta en regio manto de terciopelo; Florencia la joven elegante, distinguida, fuerte, coqueta y graciosa como una parisien.

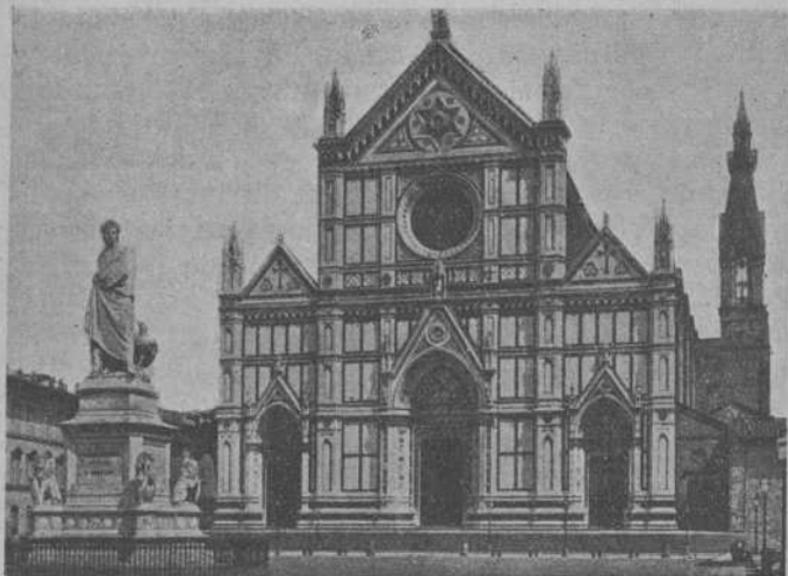
No es una población medioeval aunque conserva el sello hermoso de sus palacios antiguos y las *logias* que construyó su vieja nobleza se abren al sol con sus atrevidas columnas dóricas; es nueva, elegante, limpia; tiene calles anchas, amplias plazas, hermosos paseos, sabe guardar su belleza antigua y asimilarse lo moderno para ser siempre el emporio del buen gusto.

Florencia es la ciudad de las elegancias en la forma y de la armonía en el lenguaje. Las inmensas moles de sus palacios que apenas rompen algunas ventanas ojivales ó aspilleras, no son, sin embargo, pesantes ni monótonas; las almenas que los coronan no les dan aspecto de fortaleza; las torres viejas, restos de las murallas que en la antigüedad marcaron los recintos de la ciudad siempre levantisca y revoltosa, se alzan con singular elegancia, sonrientes, sin la severidad que tendrían fuera de este conjunto.

Hasta en la gente se nota la influencia del ambiente florentino; son dignos sin orgullo; serios sin tristeza; dulces sin ser empalagosos; elegantes sin

amaneramiento; los pobres van limpios, más bien con modestia que con miseria.

En los mercados, las vendedoras, tienen aspecto de señoras que han venido á menos y aceptan con altivez su pobreza; en la *Logia Nueva* donde está la estatua del *jabalí* histórico, se celebra el mer-



Florenca. Fachada de Santa Cruz

cado de las flores y de las labores de paja; no hay nada de más bello y pintoresco; la multitud que se agrupa alrededor de la *Logia* no es bulliciosa y chillona como en otras partes; conversan con mesura, con grave dignidad.

Las floristas, que luego se ven por paseos y cafés, llevan un airoso corpiño de colores, y un sombrero de paja de anchas alas sombrea el rostro cuyas líneas recuerda el de las hermanas Doni, en las cuales halló Rafael el modelo de sus primeras vírgenes; parecen señoritas disfrazadas ó

algunas santas traviesas que se han escapado del lienzo de este grán museo.

Porque Florencia entera es un museo inmenso. No hay iglesia ni edificio público que no encierre maravillosas obras de arte; los divinos tercetos de Dante están grabados en todas las paredes y más de dos mil estatuas se encuentran esparcidas por las calles; nos codeamos con *originales* de Juan de Boloña, Cellini y Miguel Angel, cuyas formas dora el sol y acarician las ondas de luz. Es este un ambiente de arte y de poesía único en el mundo.

Cuando se da un paseo por las calles, á cada momento surge un nombre que invita á caer de rodillas y hace detener el paso. ¡Aquí la casa en donde nació Dante Alighieri! ¡Allí la de Benvenuto Cellini ó Amerigo Vespuccio! Más allá las que habitaron Miguel Angel, Rafael, Cimabue, Leopardi, Leonardo de Vinci, Galileo, Gisberti, Donatello Perugini, Rossini, Bocaccio y el Aretino; más lejos las en que murieron Hugo Foscolo, Nicolás Maquiavelo y otros ciento..... ¡Bella Toscana, que entre el aroma de sus perfumes y el arrullo de sus ríos ha visto nacer los genios más grandes de la tierra!

He seguido el *Viale Miguel Angel*, uno de los paseos de moda, para llegar á la plaza donde se alza el *David*, de Buonarotti y contemplar el panorama de estos antiguos *felicissimi Stato*. La ciudad aparece como un enorme ramo de rosas y lirios pálidos, aprisionado en el rico vaso de mayólica que forman las colinas azules que la circundan.

Cada casa parece un palacio, las fachadas policromas lucen al sol, el Arno se desliza rápido y claro, formando sobre los chinarrros remolinos de espuma blanca; la famosa cúpula de *Santa María dei Fiori* domina la ciudad, mil veces más bella que la gigante cúpula de San Pedro, y las altas torres del palacio de *La Señoría* y del palacio del

Podestá lucen su sin rival esbeltez. Al fondo cierran el horizonte verdes colinas; árboles gigantes mecén sus ramas á las márgenes del río y sobre todo esto se extiende un cielo de zafiro y un ambiente claro, perfumado, ligero, transparente, de recuerdos y de luz.....

*

La vida de sociedad en Florencia es animadísima y los paseos desempeñan gran puesto en ella. Las florentinas no gustan de la reclusión, cuidan su *toilette* con mayor esmero que en las demás ciudades; todas las tardes se las ve acudir al hermoso paseo de *Cascine* (Las Queseras), luciendo las líneas puras de los retratos de Fratellini, Valterra y Nanteuil. Los coches y jinetes se detienen siempre en el *Piazzone* del paseo y allí departen jinetes y ciclistas con las bellas damas que dejan los carruajes para internarse entre la sombra rumorosa de las acacias.

Hay un espléndido círculo de *Lawn-Tennis* donde va todas las tardes el conde de Torino, que tiene fama de ser el mejor jinete y el más gallardo oficial del ejército de Italia.

Por un raro contraste, en esta ciudad de arte los teatros son los peores de todo el reino. Yo, sin embargo, he tenido suerte; la noche que fui al *Politeama* se representó «Adriana de Lecouvreur» y su autor Francisco Cilea dirigía la orquesta. Yo conocía al inspirado músico, por haberlo visto aplaudido en el teatro de la Opera en París. Muy joven aun, estudioso y gran admirador de Wagner, lleva algo de *la manera* del maestro que se confunde en bellos acordes con las armonías de la música italiana.

Las damas florentinas son muy cultas é instruídas; la Marquesa Alli-Macaroni, esposa del cónsul



Francisco Gilea

fides, las ondinas, enanitos y gnomos; todo ese mundo velado entre las sombras, viene á revelarles sus encantos.

Y ella escribe los secretos bellos de las religiones de Buda y Odín; se refugia en el pasado.

Sus trabajos sobre la Maya india, esa virgen fecunda cuyo cuerpo confunde con la vía láctea «polvo de soles y de mundos» la exaltada fantasía oriental, son bellísimos.

Apartada del mundo que la solicita, oculta en

de España escribe en inglés hermosas poesías que publican los principales diarios de Londres y de América.

Aquí he conocido también á la escritora noruega Josefina Constantini, dulce alma del Norte con imaginación meridional.

La señora Constantini tiene el espíritu dulcemente poético de su patria, en el que hallan eco las leyendas, los misterios de la mitología escandinava, las sil-



Josefina Constantini

el fondo de su encantador «Villino Mario», la señora Constantini escribe sus investigaciones de sabio y sus sueños de artista, mientras de su corazón caen las lágrimas sobre la memoria de un hijo adorado, muerto á los 24 años, en la edad de las ilusiones de rosa.

Como el *Ratatask* del *Edda* (escrito por ella de un modo tan magistral) que continuamente circula por el tronco del *Yggdrasil*, árbol del mundo, su alma de poeta va del cielo á la tierra en bellísimas narraciones.

En su casa he conocido á Julio Piccini, el gran humorista italiano que ha hecho célebre su pseudónimo español de *Jarro*.

No podré describirle á usted mi sorpresa al visitar el estudio de *Jarro*; todos los principales periódicos españoles, todas las obras acabadas de publicar ahí, se encontraban sobre su mesa.

Jarro es humorista en toda la hermosa acepción de la palabra, y como tal, filósofo. En la risa del humorismo hay siempre algo doloroso para el que sabe escucharla. Hay un fondo amargo de desengaño que á veces no se ha experimentado personalmente; no es más que el eco de las miserias de los otros, la clarividencia de la pequeñez de las cosas.

Sin duda esto le sucede á *Jarro*; sus amarguras no son suyas puesto que no han engendrado odios ni rencores; más que satírico es jocosó, burlón, ligero; en muchas de sus carcajadas hay censuras para la humanidad en masa, para los vicios de la sociedad en general; desprecio de la pequeñez del hombre, pero nada personal, nada malévoló.

Su primera cualidad se ve que es la de ser un corazón generoso y noble: no pretende hacer daño, se propone realizar una labor útil; es indulgente y ríe de las faltas ajenas, pero su risa hace pensar más que máximas y sermones.

Verdadero humorista, no hay que buscar en sus obras la gracia chocarrera y la sátira acerada; su espíritu se desliza suave por las páginas, se aspira el perfume, sin poder encontrar la flor.

Su obra es muy compleja; se puede clasificar en estudios eruditos, obras de arte y libros de humorismo, labor periodística y novelas.

Desde luego que esta división deja mucho que desear. ¿Acaso los libros humorísticos no son de Arte? Tome usted siempre la palabra al hablar de *Jarro* en su recto sentido; nada de satírico ni chocarrero indica; escribe en el más puro italiano, cosa difícil en esta nación plagada de dialectos y que tanto ha sufrido el influjo de las literaturas extranjeras; trae el arte de su país á los buenos tiempos en que escribió Bocaccio; no tiene la cruel verdad del Aretino ni la desnudez de Casanova.

¡Qué hermosos tiempos son para una literatura aquellos en que florece el humorismo! Recordemos la época de oro de la nuestra con Cervantes, Quevedo, Villarroel y tantos otros que dejaron una hermosa biblioteca clásica. Ahora no tenemos humoristas; tenemos escritores satíricos y festivos, lo cual es cosa muy distinta.

Hubiera querido también ver á Mantegazza y á D'Annunzio, pero el primero está fuera de Florencia y el otro se encuentra entregado á la dulzura de una de sus lunas de miel.

D'Annunzio no es simpático en Italia; se le considera como un gran *poseur*, que debe su popularidad tanto á las extravagancias como á los escritos, un poco también á ciertas malas cualidades y á una audacia estupenda.

Me han contado cómo escribe D'Annunzio, y desde luego se puede afirmar que no es así como crean los genios, por más que tenga talento y aciertos. Para cada libro que hace, permanece ence-

rrado mucho tiempo en su espléndida biblioteca, acota todos los párrafos que le gustan, subraya las palabras sonoras, copia los pensamientos que le convienen y luego todo lo mezcla, lo baraja, lo une para dar á sus libros fríos el estilo terso y el tono inalterable que se advierte desde la primera á la última página.

Sus relaciones con la Duse, que le sacaron de la obscuridad, le han valido el sobrenombre de *el divo*. Ingrato y cruel con ella, hoy vive con la hija de un senador que abandonó por él á su familia y á sus hijos. Sin duda no tiene la inteligencia de la Duse, no tiene un alma de artista como ella, pero es un nuevo escándalo para atraer la atención y D'Annunzio lo aprovecha.



Rosadi

También he conocido aquí al diputado radical Juan Rosadi, autor del hermoso libro «El Proceso de Jesús». Es joven, fuerte, de mirada inteligente, frente ancha y gesto audaz, y reúne en sí las tres distintas cualidades de político, escritor y sabio penalista.

Rosadi goza de fama y prestigio para que sus palabras pesen en el ánimo de los Gobiernos, pero no las emplea sino en los grandes intereses patrióticos; el ideal de su vida es proteger el patrimonio artístico de Italia contra los pueblos del Norte, en especial los americanos, que, á despecho de su oro y de su desdeñosa sonrisa, envidian la sugestión de esta gloria de artistas que tenemos los españoles y los italianos. Ellos pretenden fundar mu-

seos y galerías y compran muchas obras de arte de propiedad privada; la labor patriótica de Rosadi consiste en oponerse á que salgan del suelo de Italia las obras que lo ennoblecen.

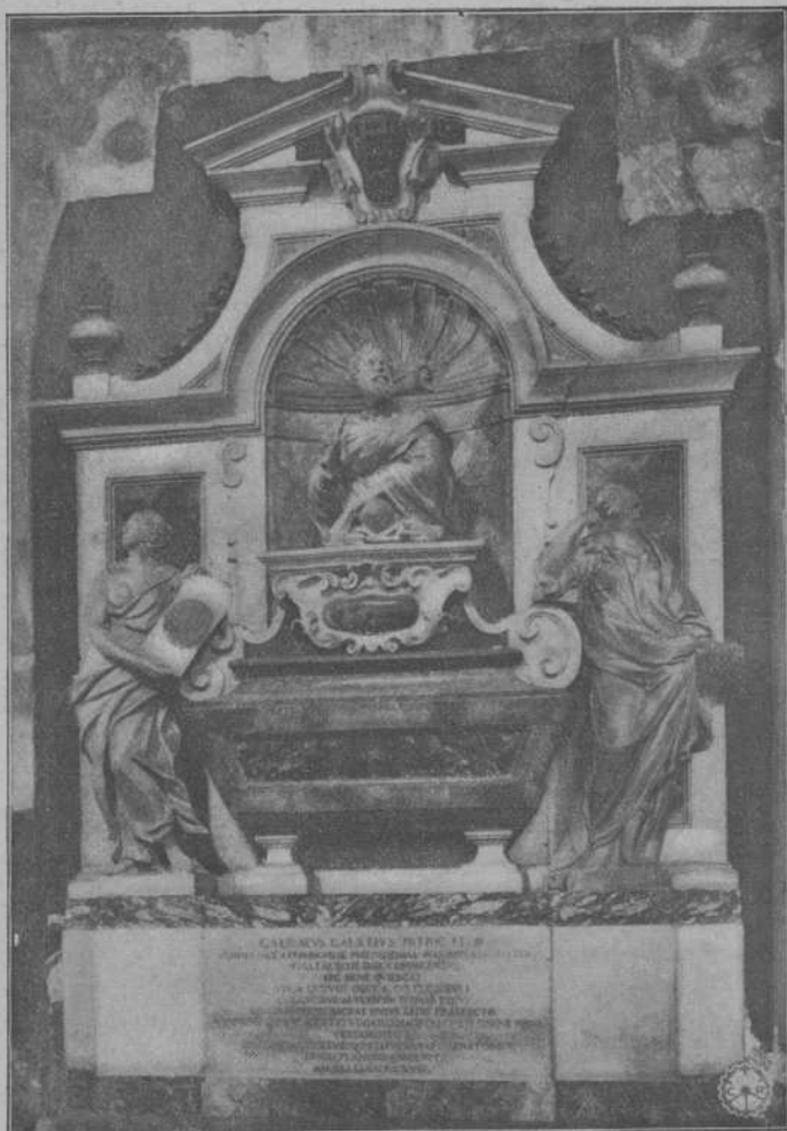
Durante todo el período legislativo no ha dejado descansar á los ministros con interpelaciones y preguntas; ha denunciado muchos abusos y reparado grandes injusticias, hasta lograr la aprobación de una nueva ley que defiende el patrimonio artístico, la cual empezará á regir á primeros del año próximo.

Rosadi me dió noticias de la vida intelectual de Florencia.

Los habitantes están divididos en tres categorías, como si fuesen tribus de razas lejanas y diversas. La primera de estas *castas* la forman los florentinos; constituyen su inteligencia y espíritu tradicional, cuyo fondo es una fuerte ironía y escepticismo; empiezan por no creer en sí mismos, son autocríticos y por lo tanto carecen de la fe necesaria para las grandes iniciativas. La segunda *casta* la forman los italianos de las demás ciudades: profesores, empleados, comerciantes, etc., que se ocupan de sí mismos y no traen nada de característico á la vida de Florencia. En cuanto al tercer grupo, lo componen los extranjeros; representan una tercera parte de la población fija de la ciudad, que con su tranquila apariencia les ofrece un asilo agradable. Estos constituyen el vientre de Florencia; dan dinero, pero nada aportan á la vida intelectual; de 200,000 habitantes, sólo unos 70,000 dan pasto á la verdadera vida local y característica.

El antiguo carácter levantisco que tantas veces hizo de sus calles campos de batalla, vive entre ellos; no pasa domingo ó día festivo en que no haya riñas y muertes, y no tienen, como los españoles, la atenuante del alcoholismo.

FLORENCIA



Tumba de Galileo

Sin embargo, cuesta trabajo creer esto al ver al pueblo tan simpático, tan espiritual, tan alegre.

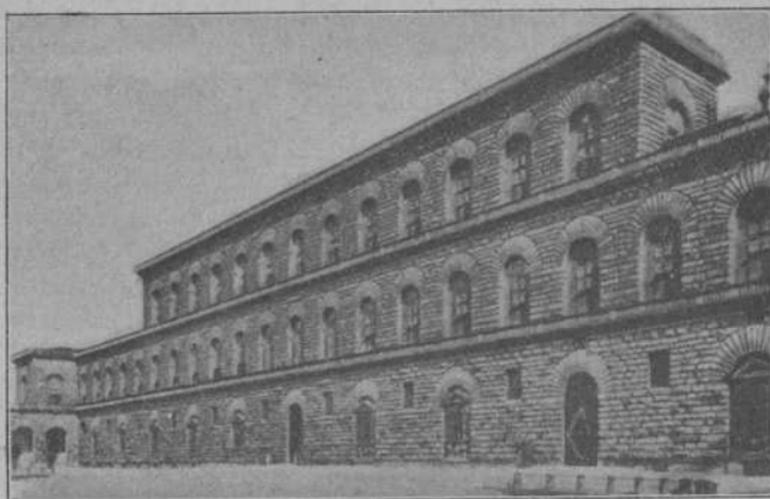
El día de la Ascensión he presenciado una de sus fiestas populares. Las familias acuden muy temprano al campo á *Levare il Grilla*; el pretexto de coger á los pobres grillos da origen á alegres meriendas y bailes campestres.

La campiña presenta un alegre aspecto, grupos pintorescos se extienden por toda ella, se parece á una de nuestras fiestas ó verbenas.

En todos los alrededores de la ciudad se venden jaulitas con grillos que compran los niños y las muchachas *casaderas* cambian con sus novios. Los feos animaluchos tan molestos con el rastrear de sus antenas, vienen á ser en este día un emblema de amor. No me han sabido decir el por qué de esta original *Fiesta del Grillo*; es una de tantas costumbres de las que todos se ríen, sin perjuicio de seguir practicándolas.

Florenca, 30 de Mayo.





Florenca.—Palacio Pitti

CARTA X

Pitti y los Uffizi

Empiezo esta carta bajo la triste impresión de los acontecimientos ocurridos en España, y que han producido gran emoción aquí.

En la pensión donde habito hay gran número de ingleses, que al protestar indignados contra el atentado de Morral, compadecían á su compatriota Enna de Battemberg, como si hubiera ido á reinar en un país de salvajes. He tenido que explicarles cómo ya se han democratizado las Cortes, y no se parece la España actual á la que describieron Víctor Hugo y Merimée.

Lo más triste de todo es que sea víctima de las circunstancias nuestro amigo Nakens, ese hombre honrado y caballeresco que se ha puesto frente á las leyes de la nación por no faltar á la ley de su conciencia.

El hecho de Nakens recuerda el viejo espíritu español; aquella madre de la leyenda de Zorrilla que dando palabra de salvar á un asesino, no vaciló en cumplirla al ver que la víctima era su propio hijo. Pero ya no comprendemos estas cosas.

Mi hija ha leído la carta de Nakens que han publicado los periódicos; se la he dado yo para que aprenda moral y se ha entusiasmado con ella, porque los corazones de los niños están más cerca de la verdad que los nuestros.

Yo he sentido latir el mío de orgullo al oírle decir á un alemán:—«¡Oh! En España no son todos Cotarelos.—¡Qué falta haría ahí ahora el presidente Magnaud; me estremezco al pensar que un hombre tan honrado como Nakens está en un calabozo!»

Sé cómo habrá usted sufrido, y espero que la prensa emprenderá una campaña justiciera para conseguir su absolución, con más rapidez que se acostumbra en nuestros lentos procedimientos judiciales. Entretanto me comunica usted la buena noticia, le hablaré de mi visita á los museos.

Primero he ido á la célebre «Galería de los Uffizi», á ese colosal museo que encierra unos 1,800 cuadros.

Como en todo museo tan grande que se visita ligeramente, sólo se puede ver en conjunto, aturdirse no poco; detenerse ante las obras que más nos impresionan y pasar de largo delante de otras que merecerían detenerse. La guía sola, con los nombres de cuadros y pintores, forma un volumen mayor que el que ha de ocupar esta carta.

Todo el piso bajo lo ocupa la original y rica colección de auto-retratos de pintores célebres; cuatro hermosas salas, en que á la vez están las pinturas y las imágenes de los más grandes maestros.

Allí está nuestro Velázquez con su aspecto altivo, desdeñoso y algo sombrío; y cerca de él Ri-

bera, el *Españoleto*, tan conocido en toda Italia, muestra su faz de ascético, en la que ya se adivinan las concepciones de sus santos tétricos y descoyuntados.

Muchas de aquellas cabezas revelan el arte que las anima; hay en ellas algo de locas, algo que falta al vulgo; muchos se han retratado con trajes raros de fantasía. Alberto Dürer ha estropeado su bella cabeza entre flecos y borlas.



Retratos de Rembrandt y de Elisabet Le Brun pintados por ellos mismos

Salvador Rosa representa una extraña contradicción en el semblante; la frente alta y pura, el cabello encrespado y el arranque de la nariz noble revelan el talento, mientras su labio inferior saliente y caído, su barba deprimida y chica, su mandíbula débil, son las de un idiota; en el conjunto resulta un campesino vivaracho.

Rembrandt presenta una cabeza fuerte, ancha, cuadrada, poderosa, iluminada por uno de sus mágicos efectos de luz. Rubens tiene el mismo color que pone en todas sus figuras: la barba rubia,

la mirada dormida con cierta complacencia sensual; tiene bajo su ancho sombrero una mezcla de alegre jovialidad y de distinción alliva; se ve que su espíritu no se remonta á buscar bellezas, que no será nunca un Werther; que ama sus mujeres exuberantes de carnes blandas y fáciles al placer. Van-Dick *tiene* el rostro de facciones menudas muy bien marcadas, revela firmeza y un espíritu falso, y el Ticiano ostenta la majestad de un gran señor en sus rectas facciones judaicas. ¿A qué seguir? Están aquí Caravaggio, Andrea del Sarto, Giorgione Luercino, Miguel Angel, Leonardo de Vinci, Rafael, con su faz dulce y tranquila, Guido Reni, Tintoretto, el Perugino y otros mil.

Encuentro algunas mujeres: Elisa Connis y Sofía de Ribbring que pintaron en el siglo XIX y Angélica Kauffman y Elisabeth Vigée Le Brun en el siglo XVIII. Es el retrato de ésta última de los que hacen detener el paso. Mme. Le Brun está pintando; se ve su mano delgada, delicada, pequeña, que sostiene el pincel y presta idealidad á toda la figura; está vestida de obscuro y supo buscar bello contraste con las gasas claras del peinado y el descote; el cuello es recto y firme, sostiene bien la cabeza de una linda encarnación. *Tiene* los ojos claros, tranquilos, serenos; parecen dejar penetrar por ellos sin miedo en el pensamiento; los labios puros se entreabren para mostrar los dientes menuditos é iguales con cierta graciosa é inocente coquetería. Nos mira y sonríe con tal expresión, que se cree que el aire va á agitar sus cabellos cortos y rizosos.

Después de recorrer la admirable colección de dibujos, subo al segundo piso y me encuentro en los largos corredores, cuyas arcadas de cristales azota la lluvia en este momento. Aquí hay ya tapices, dibujos, estatuas, cuadros. Empieza la con-

fusión. La confusión por la falta de tiempo, porque pocos museos habrá más bien dispuestos y en donde mejor se pueda estudiar la lenta evolución del arte.



Florenca — Galería de los Oficios. Una joven Niobida

Horribles Cristos bizantinos llenan las paredes, tan feos que es casi un sacrilegio el contemplarlos. Cristo y la *Madona* han reemplazado á Apolo y Venus en la inspiración de los artistas, pero he ob-

servado lo poco que aparece la *Dolorosa*; los pintores buscan siempre los momentos de su juventud, la maternidad reciente. Estas *madonas* primitivas, con ser tan feas *tienen* más unción sagrada. La Virgen no da idea de ser una mujer: está verdaderamente divinizada. Hay un cuadro, de autor desconocido, perteneciente á la escuela florentina, donde la Virgen recibe al ángel en el momento de la Anunciación. Nada menos real; pero es una cabeza alargada y pura que se destaca entre los dorados y paños con estrellas. ¡Un sueño místico!

Un poco más lejos un pintor de 1385, Giovanni del Ponte, presenta la escena de la Coronación; María, vestida de blanco, inclina con tanta humildad la cabeza para recibir la corona, hay tanta unción en los santos mal alineados á sus pies, que no podrá encontrarse expresión tan pura ni en Rafael y Murillo. Verdad es que no hay que mirar demasiado el cuadro. El cuello grueso y arqueado de la Virgen rompe la unidad, y el Eterno se parece á un vendedor de legumbres que en vez de poner la corona de estrellas sobre la virginal frente, colocase un manojo de rábanos en la cesta de una Menegilda. Siguiendo, hay en el mismo corredor otra Virgen de la escuela Toscana del siglo xv que juega con dos pequeñuelos. Aquí está ya humanizada, empieza á acusar lo que será pronto; el retrato de la Fornarina y de modelos poco virginales.

En una de las salas, Bugiardini ha pintado una Virgen que saca el pecho por entre la rotura del paño rojo de su jubón para dar de mamar al niño; no he visto concepción más fea; parece una nodriza á quien le duele el pecho y lo da de mala gana, con expresión de dolor; en cambio el chiquillo es bellissimo y se agarra con complacencia á lo poco que le enseñan; lo gracioso es que esta Virgen

tapa así el seno y muestra el descote que se acusa en forma de no desearse ver nada más.

Y siguen Vírgenes y Vírgenes, la *Santa Familia* tan humana de Miguel Angel, la *Madonna della Arpie* de Andrea del Sarto, que parece una buena mujer, con su chiquillo en brazos; la hermosísima *Virgen en Adoración*, de Correggio, exuberante y alegre que juega con su hijo, acostado sobre las pajitas, al pie de una colina, mientras se extiende tras ellos un bellissimo horizonte. Me gustaría sobre todas la *Madonna del Cardellino*, de Rafael, plácida y pura muchacha que está jugando tranquilamente con dos pequeñuelos desnudos en un frondoso paisaje, si no hubiera una pequeña miniatura de Adriano Van Der Werk, según se cree, de la *Sacra Familia*.

Con los dulces tonos de la miniatura, el pequeño cuadrito representa una hermosa mujer en toda la florescencia de la maternidad, tan lejos de las puras y sencillas muchachas de Rafael como de las figuras bizantinas. Va bien vestida á la moderna, con elegancia; sobre un fondo luminoso luce el espléndido azul de su traje; muestra el brazo bello, fuerte, redondo, y el seno que recuerda las mujeres de Rubens; la coronan sus cabellos rubios con graciosa originalidad y se inclina sobre el niño al que muestra un ramo de cerezas. San José, ese pobre castigado siempre á lo secundario, á lo insignificante, primer ejemplar bien conocido del *marido de la señora*, está también aquí en la sombra; saca la cabeza bajo el brazo de la esposa y mira jugar al hijo. Se ve que está contento, que es un buen hombre. En cuanto al niño juega como un cachorro feliz con sus rojas cerezas; á su lado, en el suelo, hay varias flores; es un bello grupo muy humano; á ninguno de los tres personajes les preocupa nada su divinidad, ni piensan en los misterios tremendos de la redención.

En paisajes se encuentran aquí las obras maestras de Salvador Rosa, el paisajista sin rival, y algunos admirables de Rembrand, grandiosos y sombríos; puede estudiarse bien este género empezando por Paul Uciello, que aplicó la perspectiva al arte de la Pintura.

Me he detenido un rato á contemplar los paisajes de Pietro Lorenzetti de Siena, pintados en el siglo XIII; son escenas de la vida de los anacoretas en la Tebaida. Las rocas están colocadas á capricho como para un nacimiento; sobre las cumbres más altas hay árboles, que son manchas de verde; viendo esto es como se admira luego el desenvolvimiento de la pintura.

En el corredor hay un Cristo apareciéndose á la Magdalena, de Andrea Agnolo (del Sarto); me ha causado una gran impresión. Es algo más que una escena, es una alegoría; no se trata de una mujer que encuentra un hombre, sino de un alma que recibe el amor. Así se la ve ansiosa, palpitante, con los labios entreabiertos; quiere respirar todo el perfume de dicha, de idealidad que llega hasta ella; toda la caricia que la envuelve; halla lo soñado, lo entrevisto... ¡Pobre mujer! Encontrar el amor es sinónimo de encontrar el dolor. ¡Cristo fué demasiado cruel con ella!

Guido Reni tiene aquí una hermosa *Susana sorprendida por los ancianos*. Hay en el cuerpo de la bella el tono caliente, las carnes morenas, más intensas aun que las de Ticiano y los ojos profundos, de ese mirar hondo que se admira en este pintor siempre. Contempla asustada á los sombríos viejos, *donde* se retratan las más bajas pasiones de la humanidad.

De Guercino hay enfrente una *Sibila*, verdaderamente admirable; se ve en ella la inspirada; en su cabeza, bajo la montaña de cabellos, luce el pen-

samiento, y en sus ojos el desequilibrio nervioso de la inspiración. En esta sala está también la *Margaritha de Austria*, de Van Dick. Su belleza la debe toda al pintor. Vestida de negro, lleva encajes blancos alrededor del cuello y de las mangas; la carne se destaca con plácida blancura; el rostro no tiene expresión propia pero el pintor le dió luz; los cabellos recortados y la boca dura, carecen de suavidad, pero el pintor los bañó en poesía. La mano aristocrática, que cae sobre el terciopelo negro de la falda, basta para hacerla parecer hermosa. El pintor ha jugado con la luz.

Un largo rato he pasado contemplando los retratos de las nobles florentinas y de la familia Médicis, pintados en su mayoría por Fratellini, Valterra y Nanteuil. Todas tienen una semejanza, no sé si natural ó hija de los pintores: son rubias,



Guido Reni.—Susana sorprendida

con los cabellos cenizos, las líneas puras, de expresión indiferente, algo desdeñosas, y lucen sus bellezas entre telas azules y blancas y fondos de luz. Están aquí los retratos de Eleonora de Toledo, Blanca Capello, Catalina Sforza y Catalina de Médicis, cuyos recuerdos abundan en Florencia.

En estatuaria las maravillas de este museo están en la *Sala de Niobe* y en la llamada de *La Tribuna*. Son dos salas maravillosas. En la primera están todas las estatuas de Niobe transportadas á Florencia de la Villa Médicis de Roma, y que fueron encontradas cerca de la Puerta San Pablo. Son catorce y según se cree debieron decorar el frontón

de un templo. ¡Hay que saludar á la reina del dolor! Está representada en el más espantoso de los martirios; se la ve correr á defender á sus hijos; aquí hay uno muerto, otro herido; quiere cubrir á éste con la clámide, y el de más allá expira en sus brazos..... ¡Oh! ¡Dioses crueles, que no sonreís nunca, llorad alguna vez! He sentido



Ticiano.- La Venus del falderillo

impulso de adorar la última estatua; cuando está ya sola, desesperada, ha perdido todos sus hijos, hijos que le han costado dolor, que han nacido de las palpitations de su vida, de sus entrañas..... y ella no espera que resuciten..... ¿Quién con más justicia puede ser reina del dolor?

Hay que ver esta estatua que alza en desesperación muda la frente al cielo; bajó su túnica transparente, el velo de mármol deja adivinar la carne y la forma perfecta de su cuerpo; caen los brazos; las manos se abren con desfallecimiento; el hermoso cuerpo está flácido; se comprende que se ne-

cesita sostenerle, algo en que pueda apoyarse. No hay en aquella frente ya pensamiento, esperanza, energía; expresa sólo angustia, dolor, desesperación que llega hasta el abandono del propio sér. Sí, el dolor de esta piedra conmueve y hace llorar.

Bajo esta impresión entré en *La Tribuna* y veo los *Luchadores* famosos encontrados con la Venus en la Villa Adriana de Tívoli, y el *Fauno* de Praxíteles, restaurado por Miguel Angel, que muestra siempre su alegría tan franca, tan hermosa, tan animal, prueba eterna de que «sobra la materia ó sobra el alma», ó de que cuanto más animales más felices. Pudiera citarle á usted ejemplos vivos...

De pintura rodean estas paredes muchos de los cuadros de que ya le he hablado; dejé de intento las dos *Venus del Ticiano* y la *Venus de Médicis*, que se alza



Venus de Médicis

aquí en medio como reina del arte. Las dos Venus de Ticiano no representan la misma mujer; se conoce á la primera mirada. ¡Se ha hablado ya

tanto de ellas! Me parecen poco menos animales que el *Fauno*.... y son hermosas, están bien cuidadas, sin pensamiento ni pudor. Una juega con un amorcillo; la otra, muellemente echada de espaldas en ricos tapices, tiene un perrito á sus pies. Son dos hermosos cuerpos sin alma, sin sensaciones, sin deseos; mucho más bellas que la *Maja Desnuda* de nuestro Goya.

La *Venus de Médicis* es muy hermosa; con razón goza fama de ser una de las maravillas del arte. Se parece mucho á la *Venus del Capitolio*, pero es más niña, tiene el cuerpo más enjuto, las líneas más rectas. tanto, que en algunos momentos su torso parece el de un bello Apolo.

Los amorcillos no juegan con el pliegue de su vientre graso como con la *Venus Agripina*; están á su lado, junto á sus pies, tan chicos y bien dibujados, que constituyen la mayor de sus bellezas. La curvatura del cuello y la posición de la cabeza son graciosas y llenas de desdén burlesco; ésta es más griega y la del Capitolio más romana; aquella tiene la cara más hermosa y noble y el cuerpo más perfecto, su actitud más natural, serena y tranquila. A la *Venus de Médicis* le estorban las manos, restauradas; no le han colocado con arte los brazos; sería más pura en su descuido que pretendiendo cubrir su desnudez.

Tengo deseo de ir al *Palacio Pitti* para ver la otra *Venus* célebre que me resta: la de Canova, que fué aclamada por el pueblo como *Venus Itálica*.

Para ir desde los *Uffici* al *Palacio Pitti*, se puede seguir una gran galería que enlaza ambos museos, pasando por debajo del Arno; pero yo prefiero ir por la calle para contemplar la original arquitectura de ese palacio, obra de mercaderes enriquecidos, que llevó en dote á su marido nuestra compatriota D.^a Leonor de Toledo.

¡Qué inmensa mole de piedra! No he visto edificio más pesante; de lejos es una fábrica grande, inmensa, pero presenta cierta uniformidad; al acercarse se contempla todo el atrevimiento de la soberbia construcción; cada piedra es un bloque enorme, media montaña, y las paredes presentan salientes como si se hubiesen colocado unas rocas sobre otras; los patios son inmensos; los jardines,



San Pedro Martir.—El silencio, de Fra Angélico

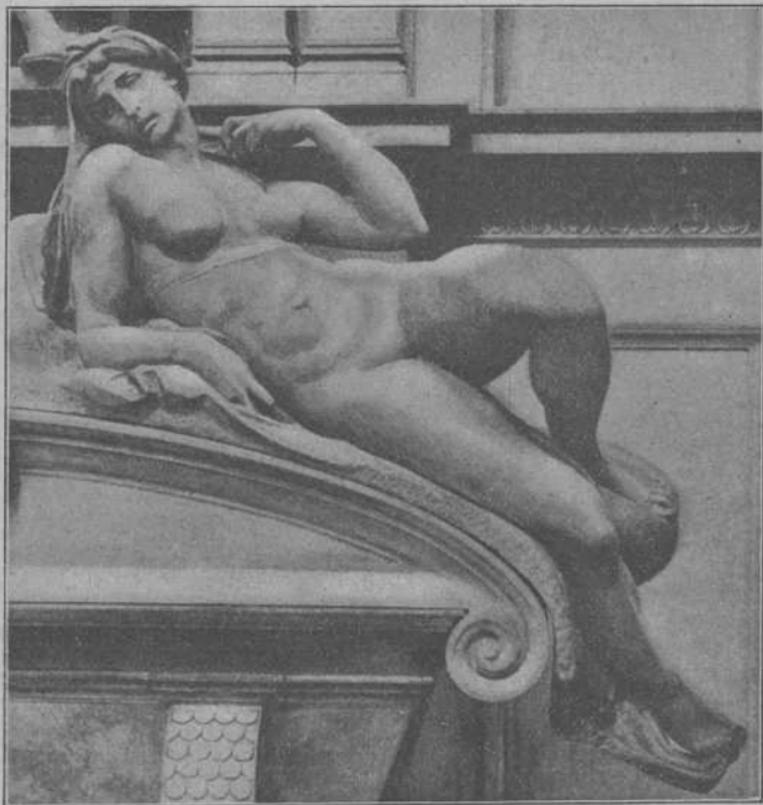
llamados de *Baboli*, son extensos y llenos de árboles y fuentes; todo es grande, magnífico, soberbio.

En este palacio hay unas notables caballerizas y un museo de objetos de plata y objetos antiguos. Se enseñan al público las habitaciones reservadas á los reyes en el piso principal, y en el segundo viven el Conde de Torino y su corte. Pero lo más precioso de todo es la galería de pinturas.

Todas las estancias están decoradas con lujo inusitado; en los frescos de paredes y techos se halla

la glorificación de los Médicis, coronados por la victoria, recibidos por los dioses; siempre la adulación rodeando á los poderosos.

Y algunos artistas lo harían de buena fe. Ese esplendor de que se saben rodear los príncipes,



Florençia.—El Alba del monumento á Lorenzo de Médicis

deslumbra las imaginaciones débiles y ardientes; yo misma, ya sabe usted que cuento como una vergüenza haber hecho una dedicatoria en verso á cierta Alteza Real.

¡En los tiempos en que yo hacía versos!

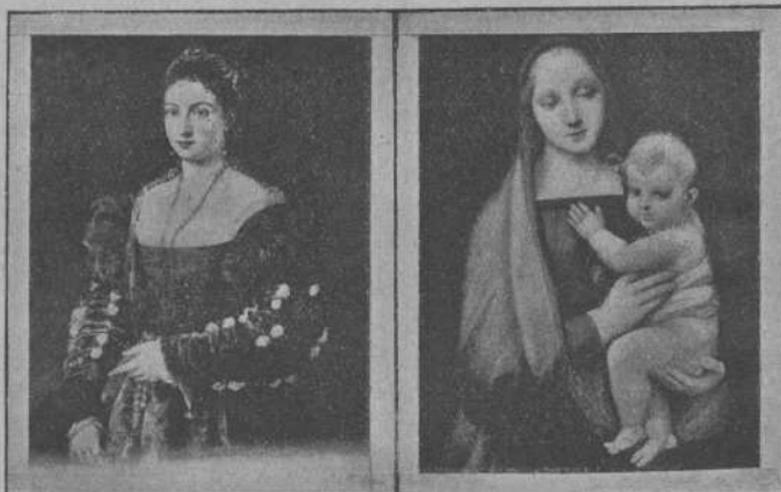
Muy ligeramente le hablaré de este hermoso museo. Están aquí la *Virgen de la Golondrina*, de Guercino, y la incomparable *Virgen de la Silla*, de Rafael; es una muchacha morena y hermosa, que tie-



Florenca.—La Noche.—Miguel Angel

ne algo de turco en el tocado y alza los negros ojos para mirar á los que la contemplan. No tiene nada de divino, pero es la más hermosa de las Vírgenes.

Contrasta con ella la otra Virgen de Rafael, que



La Bella de Tiziano

Madonna del Gran Duque

se conoce por la *Madonna del Gran Duque*, porque éste la llevaba consigo en sus viajes. Es una Virgen pura, lánguida, de ojos bajos y rostro sereno, tan espiritual como una concepción del Beato Angélico.

He visto una hermosa *Santa Familia*, de Rubens, con sus carnes blancas y transparentes; y otra admirable de Lippi, en la cual un bello grupo de ángeles juegan con el niño mientras la madre le adora.

La Religiosa de Leonardo de Vinci, es bellísima, con sus tocas blancas y su semblante pálido en el que resaltan los *labios de pasión* «como una flor de púrpura sobre el mármol de un sepulcro».

En la primera sala el admirable retrato de mujer que se conoce por *La Bella de Tiziano*; no se sabe si es la Duquesa de Urbino ó una hija de Palma el Viejo. Me atrevería á jurar que es la

Venus del Perrillo; tiene sus mismas facciones, su mismo cuerpo, pero aquí está vestida, compone su expresión, sabe que la van á mirar; y allí está sola, se abandona á la intimidad. ¡Variamos tanto las mujeres....!

Heme aquí por fin ante la Venus de Canova. Es también bellísima, de línea correcta y cabeza graciosa, pero no sé qué extraña impresión me causa. No la veo como una diosa, serena y tranquila; parece una linda muchacha que se avergüenza de su desnudez; está asustada, teme que la sorprendan y no me extrañaría verla echar á correr.

He visto todas las Venus célebres y si tuviera que officiar de Paris, entregaría la manzana á la *Venus de Milo*. Ella es la divina, LA DIOSA. Las otras son mortales perfectas, muy bellas, pero no divinidades.

Conozco y confieso

que algunas de estas Venus son más bonitas, más acabadas que la de Milo; pero en ella atraen has-



Florenca.—Galería Pitti.—Venus de Canova

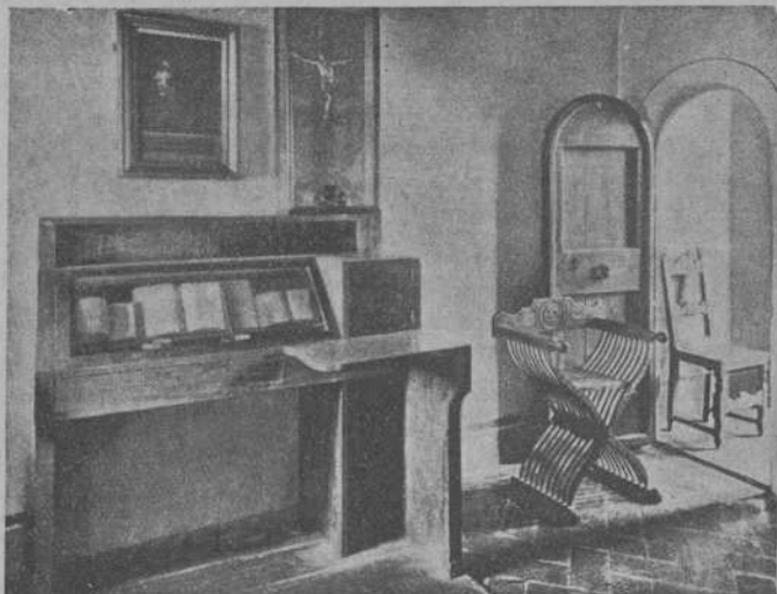
ta los defectos, porque aquel mármol tiene vida, pasión, color y sangre; no sé qué extraño sortilegio la rodea; que aquel mármol pide besos.

*

No sigo haciendo á usted enojosas descripciones; he visitado las soberbias bibliotecas; he visto el Duomo y el *Palacio del Podestá*; por todas partes lo mismo: pinturas admirables, estatuas, soberbios tapices de Gobelinos, mesas de malaquita, ricos mosaicos de mármoles, piedras preciosas con tallas más preciosas que ellas, techos pintados al fresco, columnas esculpidas, frisos cincelados; ya lo que atraería la atención sería una pared desnuda; la belleza, no..... Nos connaturalizamos con ella.

Florencia, 10 de Junio.





Florenca.—Museo de San Marcos.—Estudio de Savonarola

CARTA XI

Monumentos

Mucho he admirado en estos días; visité la vieja casa de Dante, encerrada en obscura callejuela, frente al desconchado paredón de una ruinoso Iglesia sobre cuyos muros están escritas estas palabras del canto xxii del Infierno:

«Io fui nato é cresciuto sulle rive dell' Arno alla »gran Villa», timbre de gloria que bastaría por sí sólo para hacer venir á los artistas en peregrinación á la ciudad de las flores.

Después vi la magnífica Iglesia de Santa Cruz, donde reposan Miguel Angel, Maquiavelo y Galileo, y donde están los monumentos de Dante, Al-

fieri, Rossini. Santa Cruz es un cementerio de Artistas, como San Pedro lo es de pontífices; conmueve más con su sencillez, que la Iglesia del Vaticano con todos sus esplendores. Verdad es que se admiran frescos de Giotto, estatuas de Donatello y cuadros desde Cimabue hasta Vasari. Pocos artistas célebres habrá que no hayan dejado aquí su firma.

En Santa María Novella he visto en la capilla Rucellas la célebre Virgen de Cimabue que tanto entusiasmo despertó en su tiempo y que se considera como el primer paso dado por la pintura italiana para libertarse del Arte Griego. Sin embargo, bueno será observar que antes de Cimabue ya habían hecho esfuerzos en ese sentido Bartolomé Fiorentino, Fidaiza, Coppo di Marcovaldo y Giunta Pisano.

En *Or San Michel*, he admirado sobre todo la bella fachada gótica y las estatuas de Donatello, Chisberti y Juan de Bolonia.

El *Palacio del Podestá* es uno de los más bellos monumentos de Florencia, un testigo que lleva escrito en sus muros la historia del esplendor de su república; se le conoce generalmente por *Palacio Bargello* (de los capitanes) y después de la pérdida de la libertad florentina albergó todavía mucho tiempo á los *Giudici di Raota* y á los caudillos Güelfos. Hoy encierra el *Museo nacional*, como si por un acuerdo tácito todos respetaran su recinto para no imponerle la servidumbre de cualquier vulgar oficina del Estado.

Quien quisiera hacer un estudio de Florencia, necesitaría muchos volúmenes; esta ciudad relativamente pequeña, es en arte la más grande de todas; se camina de maravilla en maravilla; yo creo que encierra más obras admirables que habitantes.

La *Capilla Médicis* es el monumento de la sober-

bia de esa familia de mercaderes enriquecidos que escalaron los tronos de Europa, esclavizaron su ciudad, fueron pontífices y se divinizaron poniendo el arte á su servicio.

Aquí están sus restos, en esta capilla sin concluir, que ya cuesta 22 millones y en donde lucen en el pavimento y los muros, con profusión sin igual, los mármoles, el pórfido, el lapizlázuli, la malaquita y los metales preciosos. Imposible más riqueza en tan poco espacio.

Y sin embargo, lo que atrae la atención más que todas estas magnificencias, es la sacristía donde está el *Pasmo del Arte*, las obras más divinas del divino Miguel Angel.

El puso su alma toda en esas figuras sombrías; Lorenzo de Médicis, esa maravillosa estatua que se conoce por *El Pensativo*, tiene en su ensimismamiento todo el dolor reconcentrado de Miguel Angel, que no supo amar más que los ideales grandes; la *República*, con toda su pureza, y Victoria Colonna, la mujer fuerte que estaba por cima del embate de las pasiones.

Hermosas son las estatuas que simbolizan el *Día*, el *Crepúsculo* y la *Aurora*; ésta última presenta un extraño contraste; mirada por la derecha es una mujer joven; si se la contempla por la izquierda, parece una anciana decrepita; pero lo que hace palidecer á todos es la incomparable *Noche*. Ninguna Venus más bella que esta mujer flaca y musculosa, cuyo cuerpo está macerado por el sufrimiento. ¿Será una alegoría de Florencia ó de la Libertad? Tiene una anatomía admirable; los huesos del tórax, los de la clavícula y los músculos de la pierna se acusan de manera que se cree va á moverse; el pecho cae flácido con los botones hinchados y partidos; la piel, al dejar de ser tersa ha formado pliegues en torno de ellos; es el pecho más admirable y el estudio más acabado de la belleza mar-

chita, pero aun soberana, de una mujer hermosa. Sí, es el alma de Miguel Angel, el alma sombría de donde se escaparon como arrancadas á golpe de cincel las frases del soneto á su amigo el Poeta Strozzi. que le rogaba despertase la escultura.

«Mentre che 'l danno é la vergogna dura,
non veder, non sentir e gran ventura».

Y la estatua sigue durmiendo en un sueño pesado, lánguido, inerte; á sus pies hay un fatídico buho y sobre el zócalo ha escrito el gran poeta, que lo mismo grabó sus poesías con la pluma que con el buril, el compás ó el pincel.

«Dormir es muy dulce para mí, y más todavía mientras dure la miseria y la vergüenza».

«No ver, no sentir..... esa es mi alegría. No me despiertes, habla en voz baja».

¿Se puede dudar de que esta es Florencia? ¿Vendrán á despertarle un día hasta aquí los ecos de la libertad reconquistada? ¡Quién sabe! En ese caso yo creo que se levantaría, porque vive en ella el alma del que la modeló..... Florencia volvería á tener artistas: el arte florece con la libertad.

El último recuerdo que nos asalta aquí es el de los Médicis; se ven sus sepulcros con indiferencia; el polvo que duerme dentro no es nada, es una materia infecunda á la que se dificulta entre estas grandezas su natural transformación; lo de afuera lo es todo; quisieran vivir eternamente y se han eclipsado á sí mismos.

Sus losas sepulcrales recuerdan una historia de crímenes, asesinatos, fratricidios; familia de hienas que se han devorado unos á otros pero á los que se concede de buena gana la absolución por haber sabido legar á la humanidad tantas obras de Arte como elevan y regeneran el espíritu.

*

En la Plaza del Duomo se alzan tres grandes monumentos: la Catedral, el Batisterio y el Campanile. ¡Lástima que el estrecho recinto circundado por casas altas y vulgares no les deje lucir su belleza como en la Plaza de Pisa! En un ángulo se ve una piedra llamada el *Saso di Dante*, donde venía á sentarse todas las tardes el poeta para soñar con sus concepciones, con la libertad de su patria y con su amor á Beatriz, cuya idealidad no le impedía á él tener otros amores terrenales y á ella ser madre de nueve robustos chiquillos.

El Duomo, por fuera es un mosaico de mármol de colores de un efecto delicado. Es un edificio bizantino, con arcadas ojivales, que forma un estilo nuevo; la planta tiene forma de cruz latina, y la cúpula, hecha por Brunelleschi, lo corona airoosamente, con gran lucimiento de su forma octógona y su atrevida linterna. Tiene algo de sarraceno, de pagano y presenta á pesar de su menor tamaño, más belleza que la cúpula de San Pedro de Roma, para la que se inspiraría aquí Miguel Angel. Al traspasar la puerta desaparece la impresión de belleza del Duomo; tendrá mucho mérito arquitectónico, pero no es hermoso. Las paredes pesadas, sin arcos; las ventanas pequeñas que apenas dejan pasar la luz; las obras de arte y los revestimientos perdidos en aquella obscura inmensidad, dan una impresión de desencanto y de frío. Las columnas parecen achatadas, y los ojos buscan con afán las vidrieras como si fuesen flores de luz en medio de aquella oscuridad. Cuesta trabajo evocar aquí las magnificencias de la fachada; parece el símbolo de que hay muchas cosas que es mejor verlas de lejos sin penetrar en ellas.

El *campanile* del Giotto es una verdadera joya cin-

celada; no estuvo muy sagaz Carlos V al decir que «debía estar encerrado en un estuche»; es un pensamiento que se le ocurre á todos. Da lástima ver que el sol, el aire y el tiempo destruirán tanta hermosura. Es gótico italiano, de forma cuadrada, se eleva hasta 258 pies de altura, y está revestido de mármol de colores.

Todo él tiene bajorrelieves, estatuas preciosas y elegantes ojivas.

Gadi no se atrevió á poner sobre la torre la pirámide de 60 pies de alta que dibujó el Giotto.

En cuanto al Batisterio, no es tan bello como el de Pisa; lo más admirable es la puerta de bronce, que mereció el nombre de «Puerta del Paraíso». Lorenzo Chiberti gastó veinte años en ejecutarla; su juventud toda, su vida entera, quedó entre esas figurillas tan graciosas que se despliegan ante nuestros ojos con tanta sencillez y nobleza. Rafael mismo confiesa que imitaba sus airoas actitudes. Hay una de ellas que me recuerda la linda portadora de agua del incendio del Borgo; está en el tercer medallón de la izquierda y no he visto nada tan gracioso como la actitud de su cuerpo al volverse y los pliegues armoniosos de su ropaje.

*

En San Marcos he pasado un día entero; encontré una de esas sensaciones que se apoderan de mí algunas veces: el deseo de no ser. Son momentos en que comprendo el Nirvana, en que busco la inmovilidad, la confusión de mi espíritu con la gran alma del Universo, y quedo muda, sin pensamiento, sin voluntad, en la más dulce y plácida de las calmas. En estos instantes no amo, no recuerdo; mi vida es puramente animal, la materia que se siente feliz porque el espíritu reposa, ó mejor dicho porque no trabaja para sustentarlo.

En el viejo patio de San Marcos he sentido esta impresión; la sencilla galería de columnas forma arcos por entre los que se distinguen frescos y lápidas, marcado todo con ese tono de humedad que es la patina del tiempo. El césped del reducido jardín tiene un festón de rosalillos que se inclinan doblados por el peso de su primera floración en precoces rosas pálidas; dos palmeras enanas crecen en los ángulos y en medio un sauce gigantesco extiende su obscuro ramaje hasta los muros cubriéndolo todo con un toldo de verdura sombría. Penetra difícilmente el sol y dibuja arabescos sobre la hierba. ¡Qué augusto silencio! ¡Qué tranquilidad! ¡Qué grandeza! Son muchas las horas que he pasado inmóvil sobre el asiento de piedra que rodea el tronco.

Al fin he encontrado energías para visitar el antiguo convento, el patio interior donde se están restaurando los frescos, el cenáculo y las antiguas celdas, agujeros humanos y sepulcro de hombres vivos.

Todas las celdas tienen pinturas de los monjes que habitaron este convento; Fray Bartolomé, pintó sus santos sensuales, de cara de idiotas, enérgicos y fuertes como pastores. Fray Angélico ha dejado aquí obras más bonitas que las que hizo para la Capilla de Nicolás V; ha dado cuerpo á las dulces visiones de su alma cándida y piadosa; sus Vírgenes expresan como ningunas la profundidad del sentimiento religioso.

¡Hasta dentro de estos muros penetraba el arte y llegaban también los anhelos de libertad!

Aquí está la celda de Savonarola. Se guardan en ella su rosario de grandes cuentas negras, que parece un látigo; su sayal como túnica de tribuno; sus libros y su retrato. Es un fraile siniestro, de nariz aguileña, labios delgados y semblante contraído, cetrino, ascético. Desde el agujero de esta

celda tendería la mirada hacia ese pedazo de cielo azul, mientras se revolvía en su cabeza la idea de rebelión contra las grandezas y las inmoralidades del papado, que le hicieron lanzarse á la predicación audaz, cuyos ecos conmovieron los cimientos de la Iglesia.

¿Qué predicaba Savonarola? La pureza, la modestia y la virtud; por eso era enemigo de la Iglesia. Quería la regresión al cristianismo primitivo, á las sectas que divinizaron la pobreza; era un republicano socialista que en vez de buscar el bienestar y la alegría de vivir para los desheredados, quiso extender el ideal de miseria y de aniquilamiento hasta los poderosos.

Da pena del triste fin de este corazón puro, lleno de fe sencilla; pero hay que alegrarse de que no triunfase. ¿Qué hubiera sido la libertad para Savonarola? Hubiera hecho un inmenso convento de la bella ciudad del Arno. Llevaba demasiado lejos su protesta contra los crímenes de Alejandro VI y la tiranía de los burgueses opulentos.

Los profetas modernos tienen que ofrecer delicias como Mahoma, para ganar prosélitos. La fiebre que la palabra de tribuno de Savonarola desarrolló en el público, se desvaneció pronto; en esta misma celda, hay un cuadro que lo representa en la hoguera con sus amigos Domingo y Silvestre, sufriendo el más cruel de los martirios, insultado por el pueblo, que arrojó sus cenizas al Arno desde el *Puente Viejo*, sin perjuicio de rezarle luego como á un santo y elevarle estatuas como á un dios.

¡Qué extraña psicología la de las multitudes! Hoy levantan ídolos que mañana derriban. ¡Desdichado el que fía en el amor de un pueblo!

*

Al salir de la celda de Savonarola he venido á ver el lugar de su suplicio, esta hermosa *Plaza de*

la *Señoría*, punto céntrico de Florencia, donde se alza el palacio de los Médicis, conocido hoy por el «Palazzo Vecchio». De las ventanas de ese palacio fueron colgados el Arzobispo Salviati de Pisa y Francisco Pazzi, por haber conspirado contra Lorenzo y Julián de Médicis. Cerca de esta *fontana* de Neptuno quemaron á Savonarola, y desde el balcón principal se ha proclamado el 15 de Marzo de 1860, la anexión de la Toscana á la monarquía de Italia, entrando en un nuevo período de vida en el concierto de los pueblos, que, se puede decir, forman el *reino federado* de esta nación.

Hemos contemplado la plaza bajo la sugestión de la historia; veámosla como artistas. En uno de sus lados, que forma ángulo con el palacio, está la célebre *Loggia de Lanzi*, donde se ven el admirable grupo del *Robo de las Sabinas*, por Juan de Bolonia; el *Perseo* de Benvenuto Cellini, y la *Judit* de Donatello. No son las solas estatuas de esta *Loggia* admirable; está aquí también el *Ayax Moribundo*, las *Vestales* transportadas de la Villa Médicis, las *Virtudes teologales* de Agnolo Gaddi, las *Virtudes cardinales*, leones y columnas decoradas; parece que de aquí parte ese pueblo de estatuas que sigue todo á lo largo á ambos lados de la fachada de la galería de los Uffici para llegar hasta el río; son todos los toscanos ilustres, cuyos nombres llenan un catálogo.

Cerca del otro ángulo del palacio se alza la gran fuente con la estatua de Neptuno sobre un carro tirado por caballos y tritones, esculpidos por Ammannati; las divinidades marinas que lo rodean son de bronce, obra de Juan de Bolonia. En uno de los entrantes de esta plaza irregular, que como usted sabe está formada por el solar de las casas de la familia Gibelina de los Abbati, está la estatua de Cosme I el gran Médicis, y en los bajorre-

lieves que la adornan se ve al Senado confiriéndole el ducado de la Toscana.

Y para que todo sea aquí magnífico, rodean la plaza el palacio *Ugaccioni*, con su fachada en que se mezclan los órdenes jónico, corintio y rústico, el palacio de la *Mercatancia* y el moderno palacio *Lavisan*.

Al entrar en el Palacio Médicis me ha causado risa ver la *sigle* de Jesucristo elegido rey de Florencia por el *Gonfaloniero* de la república, Nicolás Capponi. ¡Cómo está infiltrada en el pueblo la idea de la realeza! No saben pasarse sin ella. Me recuerda la fábula de las ranas pidiendo rey.

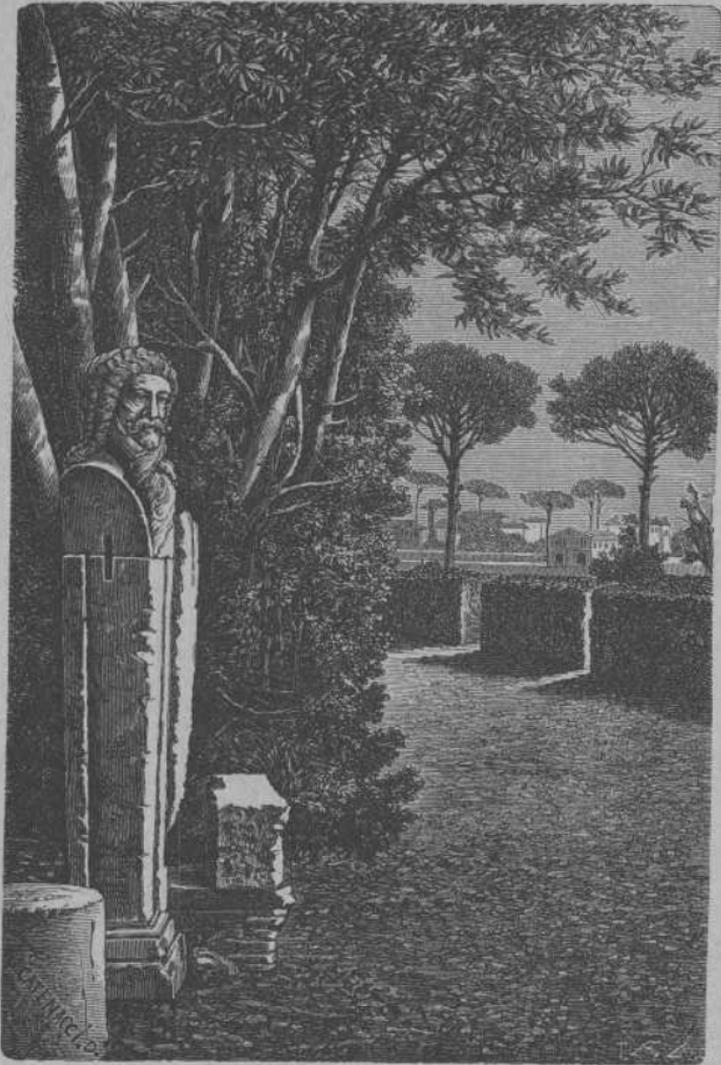
La magnificencia del interior del palacio, corresponde á la externa. En el primer piso está la célebre sala de los *cincocientos*, construída durante la breve dictadura de Savonarola, y caben en ella hasta 3,000 personas. El techo está pintado por Vasari, así como los frescos de las paredes. Se ve algunas grandes estatuas y el busto de Savonarola hecho por Pazzi.

El departamento Médicis es magnífico; hay diferentes vistas de la antigua ciudad con su recinto amurallado, y una profusión de retratos de la familia de los duques, en la apoteosis de su gloria.

Unos cuadros representan á Clemente XI hablando con Carlos V y Francisco I. Los dos más grandes monarcas de aquel tiempo están sumisos ante el Pontífice y lo adulan; él, con su aspecto solapado, parece conocer su fuerza y reirse de ellos.

He visto hermosos retratos de Juan de la Banda Negra, el capitán aventurero, y de Catalina Sforza con su aspecto de monja y su velo místico, que no basta á ocultar las facciones enérgicas y el espíritu altivo que esta mujer inculcó en sus descendientes. Cosme I, niño, tiene varios retratos, y á Lorenzo el Magnífico se le representa en toda la plenitud de su gloria.

ROMA



Calle Umbria, Villa Médicis

Cuando se llega al segundo piso, para ver la capilla y las habitaciones de Leonor de Toledo, ya se va fatigado de la contemplación de tanta riqueza, de tanto recuerdo; y apenas si se tiene ya una mirada para la colección de mapas antiguos, de banderas y de armas que encierra.

¡Oh! Florencia, cómo se va apoderando poco á poco del espíritu para hacerse admirar!

Florencia, 20 de Junio.



Florencia.—Casa del Dante



Venecia.—Palomas venecianas

CARTA XIII

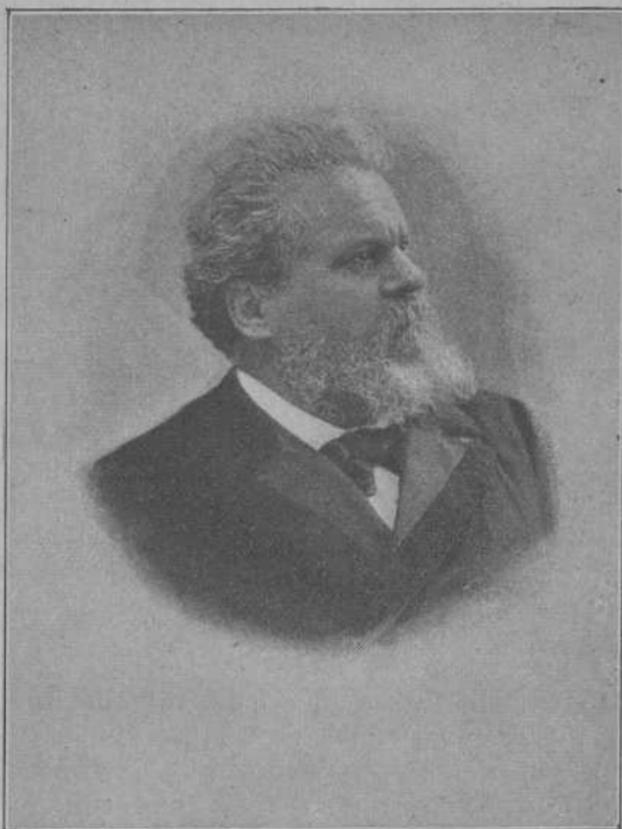
La Reina del Adriático

Con mucha pena *me he arrancado* de Florencia; la dejé vestida de gala, enguirnaldada de luces, en un día que celebra una de sus fiestas civiles.

Las fachadas de los palacios perdían toda su belleza alumbradas por arcos de luz eléctrica que aumentaban la pequeñez de los huecos y la inmensa mole de las paredes. En cambio la torre del Palacio Viejo, obra maestra de arquitectura, lucía su maravillosa esbeltez, rompiendo audaz las tinieblas como un ramillete de luces; ya estaba muy lejos de ella, cuando aun la veía brillar en el aire y esparcir su resplandor sobre la incomparable ciudad del Arno.

*

Todo el camino de Florencia al Adriático es un verdadero verjel; figúrese usted que la Vega de



José Carducci, gran poeta y prosista italiano

Valencia cubriese toda España, y tendrá idea de los campos italianos.

En Bolonia sólo me he detenido dos horas. ¿Qué puedo haber visto en tan poco tiempo? Casi nada. Dí un paseo por las calles silenciosas y tristes ro-

deadas de pórticos en vez de aceras, y aproveché la ocasión para ver las célebres torres inclinadas que se hallan en lo más céntrico de la ciudad. Las dos llevan el nombre de los que las mandaron construir: *Garisenda* y *Arinelli*. Esta última es la mayor: tiene 112 metros de altura y metro y medio de inclinación sobre su eje; la *Garisenda* mide sólo 92 metros de alta pero es la que más asusta, porque la inclinación, fuera de la perpendicular, es de dos metros y medio; ambas son cuadradas, sin la elegancia de la torre de Pisa, y sólo causan un sentimiento de temor.

*

El nombre de Ferrara, las torres de sus castillos y la corriente del Pó, me han traído un mundo de recuerdos para acompañarme en el viaje: Ariosto, el cantor del Orlando, el creador de *Marfisa*, el poeta predilecto de esa pobre Lucrecia Borgia, sobre quien por el delito de ser hermosa y sensible al amor se han acumulado calumnias y negruras sin cuento. Recordé también á Tasso y á la antipática Eleonora de Este, inmortalizada por él... mientras yo recordaba, el tren corría; el paisaje se tornó marino y pantanoso; mi corazón latía con fuerza animado por el deseo de ver la realización de ese sueño de los dioses que hizo surgir del mar á la callada Venecia.

*

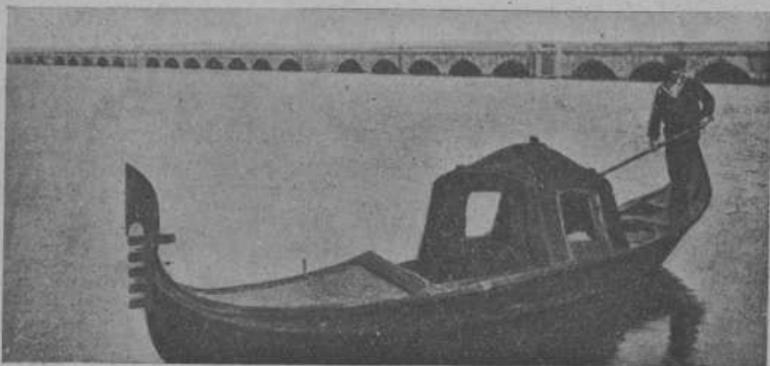
Venecia lleva en su solo nombre una ráfaga de luz de colores y de poesía; una evocación del Oriente; dentro de la vulgar vida moderna permanece envuelta en su viejo manto desgarrado; en su historia sugestiva de grandezas y terrores, conserva sus

visiones de luz, su misteriosa y vaga poesía, y su dulce ambiente oriental.

No seduce en Venecia sólo la incomparable hermosura de los calados palacios, que surgen de sus lagunas como flores del mar; es su ambiente de plácida tranquilidad, de tristeza, de augusta calma, la sugestión de la laguna, que hizo exclamar al poeta:

«Un desiderio di morir si sente».

La imaginación sueña aquí siempre con venecia-



Venecia.—Puente del ferrocarril y góndola

nas envueltas en gasas y velos, reclinadas en góndolas, cubierto el semblante por el antifaz de terciopelo, mezcla de europeas, de turcas y de árabes, con la belleza rubia y distinguida, trenzas de oro de tonos ardientes, metálicos, y luminosas carnes que pintó Ticiano.

Detrás de estas figuras de amor se ven los negros mantos, las siniestras mascarillas, las intrigas y los crímenes de esos orientales europeos, celosos y salvajes, que imponen el amor por el miedo de la venganza.

No hay nada que impresione tanto como un pa-

VENECIA



El puente del Suspiro

seo en las noches sin luna por las calles de agua; es fantástico y grandioso. Se deslizan las góndolas en la obscuridad, en medio del silencio solemne que sólo rasga el chapotear de los remos ó el rozar de la embarcacioncilla contra los viejos muros de algún palacio.

Se ve el agua negra, sombría, extendiéndose entre las fachadas terrosas de los edificios, como un negro sudario. El gondolero, de pie siempre sobre la resbaladiza cubierta de proa, boga con un solo remo y su figura esfumada entre las sombras parece prolongarse sobre el fondo de la laguna. De pronto otra góndola negra, larga, como un ataúd, se desliza al lado nuestro; el camarín del centro lleva una cubierta de fieltro y las cortinillas corridas. ¿Cómo no pensar en amores, intrigas y crímenes? El enérgico *¡aoe!* lanzado por el gondolero á la vuelta de las esquinas para avisar á los que vengan y evitar un choque, nos despierta bruscamente del ensueño.

Las leyes suntuarias para impedir la prodigalidad de la riqueza en las góndolas, hicieron que se construyesen todas iguales; pero no se comprende que un pueblo de tan buen gusto pintase de negro las embarcaciones; blancas, hubieran parecido gavio-
tas revoloteando en la laguna; así, dan la impresión de ataúdes flotantes.

A veces viva luz rasga la obscuridad y por ventanas abiertas al mismo nivel de los ríos (1) se ven grupos de gente, cafés y tabernas; un cuadro de la vida actual que contrasta grotescamente con este escenario de la Edad Media.

Multitud de elegantes y airosos puentecillos se extienden sobre nuestras cabezas; las 150 islas que componen la ciudad están unidas por ellos como por una red de encaje. En todas las islas, los edifi-

(1) Reciben este nombre las calles de agua.

cios que las rodean parecen nacer del mar; están cruzadas por estrechas calles, de modo que las casas tienen una entrada por tierra y otra por la laguna. Toda Venecia se puede recorrer á pie. Sus calles de tierra, estrechas y tortuosas, forman un verdadero laberinto; á cada momento se encuentran escalerillas que bajan hasta los embarcaderos y otras que suben á los puentes; cuando se pasea descuidado por las aceras, el agua cierra el paso y obliga á volver hacia atrás.

Estas calles de agua, á pesar de toda su poesía, despiden un olor nauseabundo y crían mosquitos que producen el paludismo y hacen la vida insoportable en el estío; en cambio las estrechísimas calles de tierra tienen buenos comercios, lujosos escaparates y una limpieza exquisita, como si fuesen salones. La numeración es muy curiosa; da la vuelta á toda la ciudad y llega á muchos miles. La casa del Cónsul de Suiza Mr. Le Coultre, donde recibo grata é inolvidable hospitalidad, se encuentra situada al lado del *Ateneo Veneto*, en la plaza donde tiene su entrada de tierra el Teatro *Fenice*; está señalada con el número ¡1987! Para mí se hace imposible dar la dirección sin mirar antes la tarjeta que llevo conmigo siempre.

Se ve pocos transeuntes durante el día y por una extraña costumbre que hace pensar en los antiguos esbirros, hablan siempre en voz baja; la naturaleza del suelo imposibilita la circulación de coches, carrillos ni caballos; las ventanas están cerradas ó con las persianas corridas para librar á los habitantes del calor, que ya se deja sentir, y de los cambios bruscos de temperatura; todo contribuye á envolver en misterio la ciudad. Se representa á Venecia como una mujer de soberana hermosura en todas las alegorías; así debe ser para explicarse caprichos de neurótica que presenta su clima. Violentas tempestades de viento, lluvia y



Venecia.—El puente de Rialto

granizo, se forman y estallan en pocos minutos; en el espacio de un día se goza dos ó tres veces de un tiempo espléndido y se sufren los rigores de varias tormentas.

En invierno, á causa del siroco, el mar se eleva sobre el nivel habitual de la marea alta é inunda los sitios más bajos de la ciudad. El 15 de Enero de 1867, el agua alcanzó en algunos puntos un metro de altura y pudieron verse góndolas en la Plaza de San Marcos. Otras veces la marea baja hasta el punto de dejar al descubierto el fondo de algunos canales.

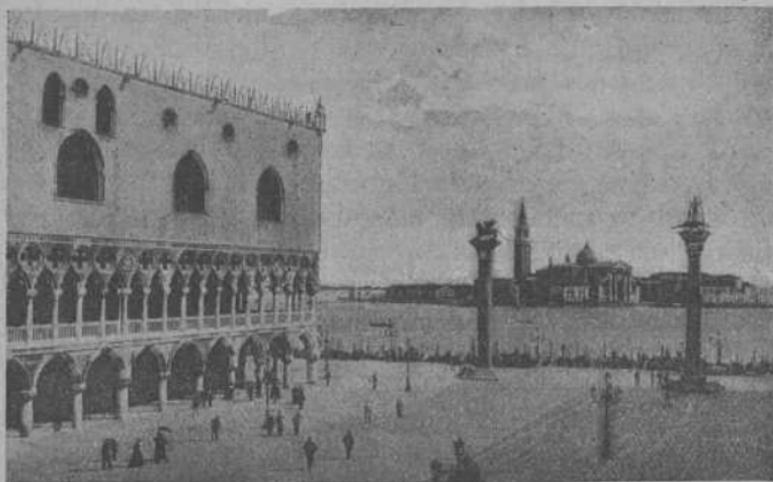
El *Canal Grande*, que los venecianos llaman en su dialecto *Canalozzo*, es la principal arteria; divide la ciudad en dos partes, en toda su extensión.

De un lado á otro de este canal se extiende el famoso antiguo *Puente de Rialto*, cuya cuerda de arco mide 27 y medio metros de larga. Sobre el puente hay veinticuatro comercios de telas y bisutería.

No existe nada comparable á las dos filas de palacios que bordean el canal, edificios gigantes hechos de encajes de piedra de una arquitectura oriental, mezcla de los estilos árabe, bizantino é italiano, que acabaron por fundirse con el ojival hasta formar el estilo incomparable de Sansovino, y concluir más tarde en los edificios grandiosos pero barrocos de los siglos de decadencia.

Aquí está escrita en piedra la historia de Venecia; todos los palacios alzados por los soberbios Dux, hoy morada de comerciantes y hosteleros.

Aquí están los cuatro palacios Monaciego (uno de piedra de Istria) donde habitaron Lord Byron y Giordano Bruno; el palacio Doria, con su fachada de mármoles orientales; el imponente palacio Rezzonico, que hospedó al poeta inglés Browning; el magnífico palacio Foscari, albergue de Enrique III de Francia, y el Palacio Balbi, desde cuyos balcones vió Napoleón I las regatas en 1807. El bello palacio *Tiopoletto* muestra su elegante archi-



Venecia.—Plazoleta é isla de San Jorge

tectura lombarda, y frente á él el palacio donde Marina Beuzon escribió la popular canción veneciana:

«La biondina in gondoleta».

Se ve al lado la bella terraza del palacio Barbarigo; más allá el palacio Businello luce sus columnillas italo-bizantinas, y en la otra orilla se alza el de estilo arcaico donde moró el cardenal literato amante de Lucrecia Borgia, Pietro Pembo. Cerca de él está la Banca de Italia en el palacio que construyeron Delfín y Sansovino y donde en 1802 murió el último Dux de Venecia, Ludovico Manin.

También ha muerto la grandeza de esta ciudad tan floreciente un día, terror del Oriente y amenaza del Occidente, señora de Candía, Chipre y Morea, que trajo robadas de Constantinopla las columnas de malaquita, las piedras preciosas y el oro para derrocharlo en sus monumentos. ¿A qué seguir? Son cientos de palacios los que bordean el canal y retratan su belleza en las tranquilas aguas; el tiempo ha puesto en ellos su marca destructora; nuestra moderna civilización apresura su caída.

Ya no son sólo las tranquilas góndolas las que agitan el agua de las lagunas; los tranvías y los vapores van dejando ráfagas de tempestad á su paso; los edificios están sometidos á continua trepidación; azota y bate el agua sus cimientos; es fácil adivinar el lento, pero inevitable resultado, aunque no queramos pensar en la tristeza de la desaparición de esta maravilla. Se recuerda la voz profética de Byron entonando el canto de su sublime Oda:

«¡Oh, Venecia, Venecia! Cuando tus palacios de mármol estén bajo las olas, se oirá el grito de

las naciones sobre tus ruinas, y un largo lamento resonará en las orillas del proceloso mar.....»

¡Y por la comodidad de sus compatriotas, que vienen á dejar aquí las libras esterlinas, es por lo que se precipita principalmente la ruina de esta ciudad encantada!

*

No quiero hablarle á usted de las iglesias, me asusta la idea; en una ciudad donde pasan de treinta las parroquias y son innumerables las sucursales, según me han dicho.....

Y sin embargo son algunas dignas de visitarse; en ellas, como en la Academia de Bellas Artes, reinan el Divino Ticiano, Pablo Veronés, Tiepolo, Tintoretto, los dos Palma y otros muchos, que pusieron en los lienzos el color y la luz de este cielo oriental. El incendio de la Capilla de San Juan y San Pablo ha privado al mundo de la obra maestra de Ticiano, *San Pedro Mártir*.

*

Las principales industrias de Venecia pueden clasificarse entre las bellas artes. Son los encajes, los mosaicos y los lindos objetos de cristal que lucen en todos los escaparates. Estas industrias casi muertas á mediados del siglo XIX, vuelven ahora á renacer con las peregrinaciones artísticas de los turistas.

He visto en la isla de Burano la escuela donde 5,000 obreras tejen esas redes caladas que tanta seducción tienen para nosotras. Los encajes de Venecia son, como los nuestros de Almagro, los más bellos del mundo; el secreto de sus mallas se consideraba perdido; sólo una pobre vieja, Cencia Scarpriola, lo recordó, y gracias á ella y al interés de algunas damas de la aristocracia, que por lo

visto aquí se ocupan en algo útil, ha vuelto á renacer.

Pero renace con un germen de decadencia y de ruina; las monjitas, con pretexto de velar por la moralidad de las obreras, han empezado á entrometerse como maestras y acabarán por el acaparamiento de la lucrativa industria.

Me ha complacido mucho ver trabajar á las encajeras. Son muchachas reidoras, morenas, bellísimas; se parecen á las españolas y lo hacen notar con complacencia.

El que tenga costumbre de madrugar en Madrid y luego venga aquí, por las mañanas temprano, cuando el sol empieza á bañar las cúpulas bizantinas de San Marcos y despierta la antigua gran señora de su sueño al son de los remos que agitan las aguas y el rechinar de las enmohecidas puertas de los antiguos palacios señoriales, contemplará el mismo cuadro que en las inmediaciones de la Fábrica de Tabacos.

Son las mismas muchachas airosas de nuestro pueblo, con la falda corta, alto el tacón de la botina, descubierta la cabeza de rizos oscuros, y el cuerpo envuelto... ¡en el mantón de Manila!

Sí; el decantado *chal veneciano*, es nuestro mantón de Manila; lo llevan por lo general negro ó de color obscuro, formando pico, con ancho fleco enrejado que ondea al moverse el busto airoso y modela las formas de un cuerpo graciosísimo, ligero, menudito, madrileño.

—Una española, otra española—decíamos al verlas pasar ligeras como visiones de la patria.

Los gondoleros vestidos con sus blancos trajes y sus bandas rojas, y los mocetones morenos de chaquetilla corta y pantalón ajustado, las esperan en las esquinas. Se entablan breves diálogos; pueblan el aire frases relampagueantes y requiebros; el acento veneciano, menos dulce que todos los

ROMA



San Pedro in Montorio

otros de Italia, recuerda nuestro acento; se alza la cabeza y se ve un cielo español; sobre las placas de las esquinas se lee *calle* en lugar de *via*. Nos creemos en España.

El revolotear de las palomas que pueblan la ciudad, deshace la ilusión. En España no se mimarían sin destruirlas; todo este alado ejército que reina en Venecia y, verdadero soberano, come á costa del pueblo, que acude á la Plaza de San Marcos á darles trigo, contento de verlas agitar la obscura cabecita ó levantarse en nube blanca mostrando al volar el niveo plumón escondido bajo el ala. Las mujeres y las palomas son la última nota característica de la vida de la Venecia antigua.—Venecia, 30 de Junio.



Roma.—El violinista (Palacio Sciarra).



Venecia.—Lido

CARTA XIV

En el Lido

Frente á Venecia, barrera natural que la libra de las tempestades, se extiende esa faja de tierra, jardín y recreo de los venecianos, que se llama *El Lido* (1).

Salen constantemente de la Ribera de Sclavone vapores-tranvías conduciendo pasajeros para respirar el aire embalsamado de los jardines del Lido.

Hay allí hermosos hoteles, casinos, lindas quintas de recreo, escuela de equitación, *sports* de todas clases y el magnífico establecimiento de baños donde acuden los extranjeros y los elegantes de Venecia.

Todos los días se dan conciertos en los grandes salones del Lido; pasean las damas por las alamedas los lindos trajes de gasas primaverales; se mez-

(1) La ribera.

clan el perfume de las esencias y el perfume de las flores; se adelanta la estación veraniega á las de San Sebastián y Biarritz.

He tenido ocasión de ver aquí una vez más lo acomodaticio del pudor femenino; el departamento de señoras del establecimiento de baños está enfrente de la terraza y las hermosas lucen las elegantes siluetas con los brazos y las piernas desnudas, ante los ojos que las contemplan. Ningún marido se enfada porque su mujer muestre á los demás las desnudeces de su cuerpo; ninguna mamá trata de ocultar los tesoros más ó menos virginales de su hija; ninguna mujer se ruboriza de hacer valer estudiadamente con el bañador de moda sus encantos más ocultos.... El pudor es convencional y aquí no tiene por qué alarmarse.

De noche en el teatro cantan y bailan cupletistas de todos los países; una especie de Variedades ó Romea, á donde también acuden las damas....

Para mí tiene el Lido, sobre todo, el encanto de la playa *libre*; aquí el Adriático ruge y levanta tempestades; me aburre la monótona tranquilidad de las lagunas, ese mar que parece encadenado, esas aguas esclavas y en servidumbre. Aquí se revuelven furiosas, libres, limpias y transparentes, sin diques que las sujeten, mostrando toda su potente grandeza.... Aquí venía á bañarse Lord Byron, ese genio tempestuoso como el mar, en quien no se sabe si encarnaron todos los anhelos de libertad que nos agitan, ó su espíritu los ha esparcido entre nosotros.

*

He visto en el Lido una numerosa colonia veraniega de niños suizos; ese pueblo ha hecho su ideal de la educación y cultura de sus hijos; no

perdona sacrificio para robustecerlos y tener ciudadanos fuertes de cuerpo y espíritu. Se envían al extranjero en busca de los vivificantes aires del mar todos los niños que lo necesitan; se llevan otros á los sanatorios de las montañas; se les cuida y se les instruye... ¡Pobres niños españoles! Con cuánta pena los comparo con éstos..... están embrutecidos, enfermos, el Estado se acuerda de ellos para llamarlos al servicio militar; los legisladores para exigirles responsabilidades... Recuerdo esos tristes espectáculos de los barrios de Triana en Sevilla, del Perchel de Málaga, del Albaicín de Granada; los *golfos* de Madrid, los pilletes de toda España, carne de presidio, confetti del arroyo, producto híbrido del alcohol y el vicio, que nadie se cuida de educar.

La libre Suiza necesita ciudadanos fuertes que conozcan y mantengan sus derechos.....

en la católica España conviene que no salga el pueblo de su inconsciencia..... y que no entre en el baño.



Bandera de Carlos V, guardada por don Carlos

*

Toda las tardes veo en el Lido á D. Carlos de Borbón; llega invariablemente á las cuatro en una linda canoa-automóvil acompañado de su esposa. Forman una procesión extraña, cómica en alto grado, que atrae la atención de todos.

Marcha delante un pequeño morito, apenas de un metro de alto, que D. Carlos ha traído de su reciente viaje á Africa, vestido con el traje de su país, feo como todos los de su raza; el chiquillo marcha contento, juega y salta con muestras de alegría grotesca. Es la imagen de los bufones de las antiguas cortes. Detrás de él va el *eterno pretendiente*, ese aspirante á dos tronos, cada vez más lejanos; lleva á la derecha á su esposa, y detrás un gondolero conduce un enorme perro, hermoso ejemplar de su raza, que es en lo único que D. Carlos se parece á Carlos V, cuya bandera guarda por extraña condescendencia.

¿Cómo no ha de llamar la atención el extravagante cortejo?

Rigurosamente vestidos de luto, ahora D. Carlos y D.^a Berta caminan con toda la triste gravedad de reyes en el destierro, y van á poner sus regias posaderas en el tranvía de diez céntimos asiento.

D. Carlos *es grande*, de facciones duras, abultado abdomen y rostro sin expresión; la barba entrecana le da aire marcial; habrá sido un vulgarote *buen mozo*, pagado de su belleza, que hizo sufrir mucho á su primera mujer; no así á la segunda que lo tiene completamente dominado, según dicen.

D.^a Berta de Rohán nació en 1860, tiene por lo tanto 46 años, pero no se puede decir si los representa. Es uno de esos tipos indecisos, desdibujados, ni alta ni baja, ni elegante ni ridícula,

sin expresión de inteligente ni de necia, ni hermosa ni fea: insignificante. Camina con la cabeza inclinada y un poco torcida.

El pobre D. Carlos es bien digno de lástima, sujeto siempre á la tutela y voluntad de esta señora, á quien aconseja la experiencia, tomado como pretexto para la ambición de sus partidarios y víctima de continuos disgustos de familia.

Ya es D. Jaime quien lo pone en un brete con fingidos alardes de liberalismo, ya su hija Elvira hace inscribir á sus nietos en un consulado español *de padre desconocido*, ya D.^a Alicia tiene que lograr la anulación de un sacramento, cosa que no concede la Iglesia más que á príncipes y reyes, para satisfacer su capricho, sin miedo de condenarse, y poder contraer otro matrimonio para que cesen las hablillas de los que la creían exhibiéndose en un teatro americano.

La única felicidad de la vida de este pobre hombre (toisón aparte), es la de haber sido recibido por su amigo Pío X con honores de rey.... A pesar de nuestra Embajada.

Hubiera deseado una entrevista con D.^a Berta, contra la que no me anima el más pequeño prejuicio, para convencerme de que tiene el talento y la bondad de que tanto se ha hablado, pero me han dicho que hace pocos días Carulla, ese vejeterio bufo, ilustre autor de «La Biblia en Verso», que traduce en secreto á Tolstoy y vaudevilles franceses, el propio D. José María Carulla ha anatematizado mis escritos en *El Correo Español*. Don Carlos lee ese periódico; alguien había de leerlo, y ¿cómo pudiera recibir á la periodista sincera que no sabe hacer genuflexiones y cuenta lo que ve?

Me aseguran que en el Palacio Loredán no se recibe bien más que á los neos. Cuando va de visita algún personaje del carlismo, se alquilan individuos de buen aspecto para vestirlos con uni-

formes á propósito y que ocupen la antesala y den el efecto de una pequeña corte.... Un álbum es el encargado de recoger todas las frases de adulación rastrera y odio á la libertad. ¡Cómo ponen ciertas gentes una vela á Dios y otra al Diablo! Una escritora española, de admirable talento, que vive ansiando una almohada palatina de la restauración, llamó á D. Carlos, en su Album, casi Dios y legítimo rey de España.

El *Pretendiente* se da en Venecia buena vida, mientras sueña con sus coronas y espera el momento de arrojarle sobre el cadáver, vestido de bolera, de nuestra pobre patria.

Habita en el pequeño Palacio Loredán, esquina al Canal Grande; los postes que le rodean están pintados de rojo y gualdo. ¡Ha sido la primera vez que vi con pena los colores de España!

*

En otro de esos encantados palacios del Gran Canal, vive una española ilustre que pertenece á una familia de artistas: Cecilia Madrazo de Fortuny. Le he sido presentada por el amable Cónsul de España, un veterano que lleva cerca de treinta años sirviendo á nuestra patria, y cuya esposa, doña Emilia Pardo, de vasta ilustración, da á conocer, traduciéndolas al italiano, las obras de nuestra literatura.

La hija del inolvidable D. Federico Madrazo, se unió al gran Fortuny en la época que el genial pintor luchaba para dar forma á sus soberbias concepciones. ¿Quién duda de la influencia que la compañera ejerce sobre el artista?

El hecho que Blasco Ibáñez pinta en su última bella novela *La Maja Desnuda*, no es producto de su fantasía de novelista; el caso de la mujer vulgar que ahoga el genio y lo destruye, es dema-



Retrato de Fortuny

siado frecuente por desgracia; hay una casta de mujeres que con ser honradas, ó sea no tener un amante, se creen con derecho á envenenar la vida de sus esposos con celos y exigencias; ser puercas, derrochadoras y mal educadas, como si no tuviesen más deber que la fidelidad muy discutible.

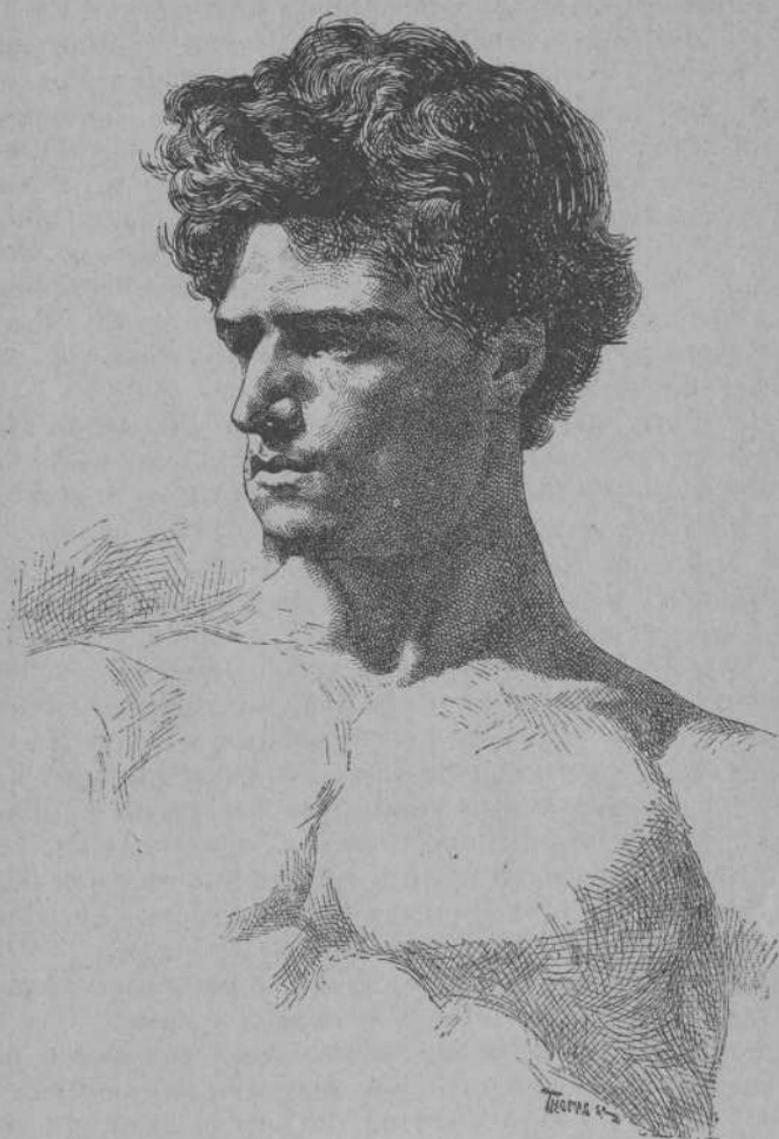
Fortuny tuvo la suerte de encontrar una compañera hermosa, inteligente, dulce y buena, que supo ayudarle, sostenerlo, infundirle alientos y premiarlo con su consciente admiración. Así Fortuny como pintor dejó una obra admirable, como hombre un recuerdo indeleble en cuantos lo trataron. Su viuda, envuelta en las gasas negras del dolor, se encerró con su hija María Luisa en el fondo de su palacio veneciano, fiel al amor y á la memoria del gran artista.

Entre un jardín en que se abaten millares de palomas y el mágico canal de la ciudad de los Dux, están los salones donde la viuda de Fortuny vive como en un gran museo. Obras de arte la rodean; cuadros de su padre, de sus hermanos, de su hijo y de su marido. Yo he pasado horas enteras contemplándolos; me he extasiado ante un pequeño lienzo del último, que representa el banco de un jardín, donde entre flores juguetean dos niños, desnudos como amorcillos, mientras las mariposas vuelan en torno de ellos. ¡Qué dulzura! ¡Qué belleza! ¡Qué luz!

Ostentan la línea pura y la serena tranquilidad de la estatuaria griega; el gracioso cuerpecito de un niño que se inclina y presenta la espalda en elegante curvatura, lo hubiera envidiado Rafael.

¡Y los mejores cuadros del gran artista se hallan en el extranjero! Ingleses y americanos pagaron por ellos sumas fabulosas, y allá están en Londres y New-York representando á los pintores de España.

La Vicaría, esa maravilla del arte, se halla en



Academia, de la primera pensión de Fortuny

París, donde se conserva admirablemente. Es propiedad de una marquesa que, según he oído, se propone regalarlo al Museo del Louvre, y que no se negaría á venderlo á España, por ser la patria del genial pintor. ¿No se hará nada por adquirirlo y que ese lienzo vaya á enriquecer el Museo del Prado? Nuestros gobiernos se ocupan poco de arte.

Cerca del palacio de Fortuny está el de otro pintor español, el célebre paisajista Martín Rico, que enamorado de Venecia reproduce sin cesar con entusiasmo su hermosura.

El hijo de Fortuny se dedica en estos momentos á divulgar su invención de un sistema de luces para alumbrar la escena de los teatros dando la impresión y las gradaciones de la luz del día.

*

Frente á la «Riva dégli's chiavoni» está anclado el magnífico *yacht* de la Emperatriz Eugenia.

Es una elegante embarcación, pintada de blanco, en la cual la viuda de Napoleón recorre los mares. Perfectamente alhajado, el salón, todo lleno de plantas disecadas, es una verdadera maravilla.

He visto desembarcar á la Emperatriz; aun está esbelta, aun son sus movimientos graciosos y conserva rasgos de la extraordinaria belleza que conquistó un trono. Se ve que es una mujer inteligente, una mujer que supo vencer á Napoleón y destrozar á una rival con una frase, como prueba la anécdota siguiente: Las miserias políticas para las que no hay arma ruín, indujeron al Conde de Cavour á ganarse la voluntad del Emperador por medio de las gracias de su prima la bella florentina, hija del Conde de Oldoner, la cual le había ya servido para conquistar á Víctor Manuel. La belleza morena de la hermosa italiana era digna



El departamento viejo de Granada. (Fragmento por Fortuny)

rival de la rubia belleza de Eugenia de Montijo. Napoleón quedó deslumbrado y la política benéfica para Italia se dejó sentir bien pronto.

Una noche se celebró un baile en el Eliseo; la favorita brillaba en medio de la corte de aduladores,



FRONIER del.

RAPHAEL del.

FARMANER del.

Julio II

prontos siempre á halagar las pasiones del soberano; Napoleón estaba junto á ella; la Emperatriz parecía eclipsada momentáneamente. Pero la hermosa española era mujer de inteligencia, y vino á formar parte en el coro de alabanzas que rodeaban á su rival. Cerca del espléndido descote de ésta brillaba un corazón adornado de piedras preciosas, regalo del amante imperial.



El malandrín, por Fortuny

—*Très bien, Comtesse*—dijo Eugenia de Montijo,—*mais le cœur est un peu bas* (1).

La hermosa italiana enrojeció, sin saber qué contestar; los cortesanos no pudieron contener la sonrisa; Napoleón sintió el frío de la más cruel de las armas: el ridículo; y dando el brazo á la Emperatriz, se alejó del grupo.... Dos días después, la Condesa dejaba la corte de Francia....

Muchas personas se han agrupado junto á la orilla, para ver á la exemperatriz.

—¡Qué lástima! ¡Qué lástima!—he escuchado decir con ese acento de conmiseración que el pueblo tiene siempre para las desdichas de los grandes.

¿Lástima de qué? ¿Por qué es esta anciana digna de lástima? Ella vive entre los esplendores de una posición opulenta, adulada y llena de cuidados, cuya influencia se nota bien en la salud de que goza á edad tan avanzada.

La muerte de Napoleón, al que entregó su amor á cambio de un Imperio, quizá enamorada de algún aristócrata español, no pudo ser para ella una desgracia.

Nació Condesa y muere con el título de Emperatriz. ¿Por qué compadecerla? ¿Por qué está privada de los vanos esplendores de un trono? ¿Cómo nos extravía casi siempre la sensibilidad! Yo sólo la compadezco como madre, que es en lo que nadie piensa; todos se conducen de la exemperatriz de Francia.

Veo entre los que la contemplan, á una pobre mujer prematuramente envejecida, que, con un niño en brazos y otro cogido á las faldas me ha pedido varias veces limosna. Su marido era un pescador que encontró la sepultura donde iba á buscar el sustento.... Su miseria pasa inadvertida por-

(1) Muy bien, condesa; pero el corazón está un poco bajo.

ROMA



Los emblemas de la Justicia. — Cámaras de Rafael

que no la pasea un *yacht*. Haciendo estas reflexiones voy á darle una pequeña moneda, pero ella y los niños no me miran, están absortos en la contemplación de la Emperatriz; en los ojos de los niños hay curiosidad, en los de la madre compasión..... ella también murmura:—«¡Qué lástima!» —y me parece experimentar un consuelo.....

¿Será una felicidad para los desheredados compadecer á los poderosos?

Venecia, 10 de Julio.



Roma.—La Fornarina



Venecia.—Iglesia de San Marcos

CARTA XV

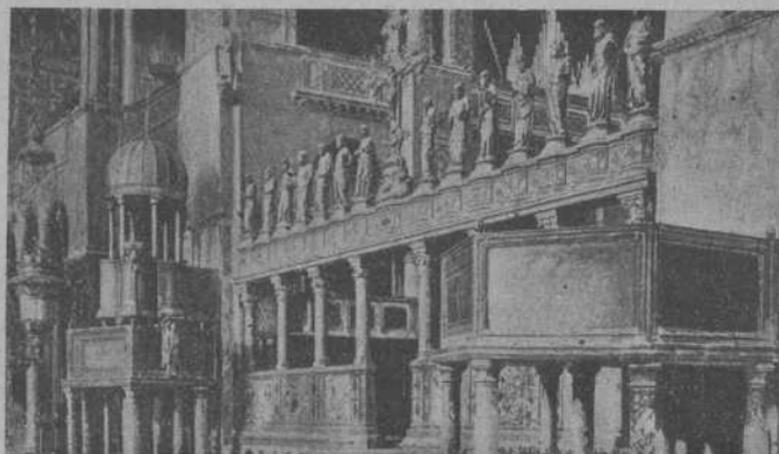
El corazón de Venecia

Es en la Plaza de San Marcos, y en los edificios que la forman, donde late el corazón de Venecia, donde se conserva los restos de su pasado esplendor, los vestigios de su poderío, los rasgos de su hermosura.

Más que plaza pública, la de San Marcos es un salón, el *Foro* veneciano, el punto de reunión de todo el pueblo. Limpia, elegante, espaciosa, en forma cuadrilátera, mide 176 metros de larga y rodean tres de sus lados las arcadas de la *Procuratia Vecchie* y del *Palacio Real*, que se inclinan dejándola como si fuese el patio de un palacio. Su pavimento blanco y cuidado contribuye á darle apariencias de salón; bajo las galerías lucen los escaparates llenos de mosaicos, pinturas y policroma

cristalería, entre la cual descuellan las famosas lunas venecianas. Los cafés Floiran y Cuadré ofrecen descanso en las mesillas y butacas que se extienden por la plaza, y las palomas abatiéndose desde las cúpulas de San Marcos, que cierra el cuadrilátero al Norte, dan la nota más original.

Todos los días á las dos de la tarde, se les arroja la comida á las palomas desde uno de los balcones de la *Procuratia*, pero no les sería necesario esto



Venecia.—Interior de San Marcos.—Los Apóstoles

para vivir; no hay seres más afortunados que ellas. Constantemente vienen á darles maíz las bellas hijas del pueblo de Venecia, las damas extranjeras, los niños y... los hombres.

La turba revoltosa revuela en torno de las que las obsequian; se suben sobre los hombros y sobre la cabeza y arrebatan el grano de las manos que se lo ofrecen; no huyen de la gente, demuestran hermosa confianza como si fuesen conscientes de su inmunidad. La costumbre de Oriente de soltar las palomas al pueblo en las fiestas de Pascua, fué causa de que se refugiasen algunas entre

las cúpulas de la Iglesia de San Marcos y hayan alcanzado tan extraordinaria propagación.

Son pequeñitas, azules, ligeras; forman manchas oscuras sobre las blancas losas y cuando levantan el vuelo parecen acariciar á las personas á cuyo alrededor aletean.

El lado de la *Procuratia Vieja* termina con la *Torre del Reloj*, construída el año 1496 por Pedro Lombardo, sobre un diseño de Antonio Rizzo. Está toda incrustada en mármol griego y el famoso reloj que golpean dos moros gigantescos, cuando dan las horas, fué obra de los hermanos Pablo y Carlos de Reggio, mecánicos admirables del año 1499.

En el ángulo que hace frente á esta torre se alzaba el antiguo *Campanile de San Marcos*, construído según se cree en el año 888 para servir de torre al vigía de la ya poderosa república. Esta torre era cuadrada, de 99 metros de alta, y estaba embutida dentro de otra torre más ancha. Entre las dos iban dando vueltas rampas como las de la Giralda de Sevilla; pero tan suaves, que se podían subir á caballo. Era arquitectura morisca y costumbre morisca también. Como en las *torres de la vela* que nos han dejado los árabes, sus campanas prevenían la llegada de las embarcaciones y daban la señal de los incendios. En esa antigua torre ensayó Galileo su telescopio, recuerdo querido á los amantes de la ciencia.

Por desgracia, el viejo coloso se abatió como árbol cortado por la raíz el 14 de Julio de 1902. Ni la Iglesia de San Marcos ni los edificios cercanos, sufrieron con su caída; se desplomó sobre las losas que se ven partidas ó agujereadas del golpe; pero destruyó una obra maestra; la bella *Loggetta de Sansovino*.

Ya se han empezado las obras para levantar el campanil; yo no me explico por qué; una nueva

torre no puede tener el mérito de los recuerdos que avaloraban la otra; nada añade este edificio á la belleza de la plaza, sino que por el contrario quita la vista de la espléndida fachada de San Marcos y del airoso arranque de la Piazzeta. ¿Qué objeto tiene gastar la gran suma que importará? no puede servir para avisar á la dormida señora del mar la llegada de sus enemigos; para desdicha suya, en vez de la envidia que excita al combate, Venecia no tiene más que compasivos admiradores. Si al menos sirviera la nueva torre para volver á colocar en ella la jaula donde se encerraba á los sacerdotes culpables de *ciertos crímenes*, no estaría nunca desocupada.

Los artistas italianos dan ahora pruebas de una paciencia oriental, *china*, en la restauración de los bajorrelieves y objetos de la *Loggeta*. La hermosa *Madonna de Sansovino*, que se partió en 1,600 pedazos, está tan admirablemente reconstruída, que no se conocen las roturas. Al lado izquierdo de San Marcos está la «Piazzeta dei Leoncius», llamada así por los dos leones de mármol; en ella se ve el sepulcro de Manin adosado á los muros del templo.

Frente á la Iglesia se alzan los tres mástiles de las naves vencidas que sostuvieron las banderas de Candía, Chipre y Morea, cuando Venecia era señora del Archipiélago griego y tenía el dominio del Mediterráneo desde el Adriático hasta la Tierra Santa.

Este espléndido San Marcos es producto de las rapiñas de esa época de esplendor; hasta 500 de sus magníficas columnas fueron traídas de Constantinopla; de allí se arrebataron los célebres caballos de Nerón que Constantino llevó á su ciudad, y que después de haber sido transportados por Napoleón á París recobraron de nuevo los ejér-

bitos aliados. Esta facilidad de tomar lo ajeno explica el derroche de riqueza: las puertas incrustadas de plata, los frescos que lucen al sol, los mosaicos de oro que cubren la fachada y las cuatrocientas columnas de finísimo mármol que la adornan.

Es una visión oriental la de esta fachada, semi-árabe, semi-bizantina, con sus cúpulas sarracenas y sus agujas góticas. Entrando en el templo aun se admira más su grandeza, que se convierte de pagana en mística. Sin vidrieras ni ventanales, recibe una suave luz por la abertura de sus cúpulas, y quedan en media penumbra todo un ejército de Santos, Anacoretas, Profetas y Madonas que pasan como procesión fantástica ante los ojos, sobre el fondo de oro de las paredes.

A esta sugestión de arte se une la de historia; aquí compareció Lorenzo Celsi de rodillas y sin el birrete ducal ante el pueblo; en aquella tribuna de la izquierda predicaba Enrique Dandola la cruzada, y en el atrio hay una piedra de mármol donde el corsario Barbarroja dobló la rodilla ante Alejandro III.

Como costumbres, se encuentran aquí cosas verdaderamente notables; existe una galería destinada á las mujeres, que trae á mi memoria el rito de las sinagogas, el gineceo de los griegos y el departamento de las vestales; pero lo más extraño de todo, la idea más extravagante que puede nacer de un cerebro humano, es la del culto. ¡La Madona dei Mascoli! ¡La Virgen de los Machos! ¡Qué absurdo tan terrible! Una Virgen que reniega de las mujeres y se van con una cofradía de hombres. En el culto de esta rara advocación no se consienten señoras.

¿Hay ateos que cometan desacatos iguales á los de los creyentes? Van contra el espíritu cristiano, contra el evangelio, contra el sentido común..... con-

tra todo..... En esa misma capilla está el árbol genealógico de Cristo, como si necesitase la nobleza humana para legitimar su procedencia divina.....

También hay aquí muchas tumbas de los Dux; y en el soberbio tesoro se admira la magnífica custodia de oro y piedras preciosas conocida por la Pala, á causa de su forma. Entre innumerables riquezas hay un vaso antiguo con inscripción cuneiforme que dice: «Artajerjes Gran rey». Es un recuerdo del Egipto, de maravillosa riqueza.

*

Al salir de San Marcos nos encontramos en la «Piazzetta», ese *ante foro* ó *antesala* de la Plaza de San Marcos, que se extiende desde ella hasta el mar, entre el Palacio Real y el antiguo palacio de los Dux.

El ala del Palacio Real, que se extiende hacia el Canal Grande en magníficos jardines, se conoce con el nombre de la *Librería* y es el más lindo edificio del Renacimiento, con sus dos órdenes de bellas columnas dóricas y jónicas, que forman galerías, y el alero coronado de bellas estatuas.

A la entrada de la «Piazzetta» se alzan como centinelas dos columnas de granito; una sostiene el león con alas de águila que sujeta entre sus garras el libro de los evangelios, símbolo de la ciudad; y la otra sustenta una estatua que unos creen de San Jorge y otros de San Teodoro; su aspecto recuerda al Emperador Constantino, y es fácil que sea suya la imagen, pues siempre han preferido los pueblos adular á los monarcas poderosos cuando han estado cerca, que á los santos. Se extiende hacia la derecha toda la ribera de Scavioni; se vislumbra la entrada del fatídico canal de la *Paglia* y el edificio sombrío rodeado de verja de hierro que sirve de prisión. Ocupando la manzana entera entre el

ROMA



Columna Antonina

canal, la ribera y la «Piazzetta», el antiguo Palacio de los Dux muestra su belleza sin igual. Es una filigrana de piedra que recuerda las maravillas de la Alhambra. Le sostiene una galería de columnas achatadas, de fustes cortos, cuyos capiteles, distintos cada uno, merecieron la admiración de Ruskin. Sobre esta galería se alza otra de dobles y delgadas columnillas, que terminan en calados rosetones; y sobre estos dos cuerpos tan ligeros, tan airosos, tan aéreos, parece imposible que



Venecia.—Canal grande

se pueda sostener la inmensa mole maciza revestida de mármol rojo y amarillento, que apenas rompen las ventanas ojivales. Las del centro están decoradas de estatuas, y caladas almenas góticas coronan todo el palacio.

No se puede imaginar nada más seductor. Este palacio encierra la historia de Venecia.

Su origen se remonta á la época carlovingia; en tiempo de Candiano IV, un patricio llamado Pietro Orseolo (el Santo) incendió su propia casa para quemar la morada del tirano, que pereció en la

huída. En este incendio se quemaron más de 300 edificios.

Aquí están los recuerdos de todos los Dux eclipsados por el poderoso CID Enrique Dandolo, en cuyo tiempo Venecia alcanzó los esplendores cuyos últimos reflejos se extinguieron con el dulce y honrado Manin. Cuando se ve que ha terminado el poder de los Dux, se siente confianza en un mañana de libertad.

Se penetra en el palacio por la *Escalera de los Gigantes*, llamada así á causa de las colosales estatuas de Marte y Neptuno que la adornan. La fábula cuenta que en la gran meseta fué decapitado Mariano Fagliero, pero en su tiempo no había sido aún construída.

Se ven muchas estatuas griegas y fragmentos de obras de arte en este patio, entre ellas la tercera parte de un pie colosal perteneciente á un antiguo acrólito (1). Es de una ejecución admirable y de gran valor artístico. Paso delante de Venus, Minerva, Apolo..... No hay tiempo de detenerse. Subo la *escalera de oro*, contemplo mil obras maestras de pintura; casi todas ellas son apoteosis de la gloria de los Dux y del poder de su ciudad. Le citaré sólo la *Gloria del Paraíso*, de Tintoretto, soberbio fresco con miles de figuras, que se ha arrancado de la pared donde estaba, con un ingenioso procedimiento para pasarlo al lienzo. Está en medio de la Sala del Gran Consejo, y es un inmenso cuadro, ó colección de cuadros, que ocupan 25 metros de largo por 8 de ancho. Se necesita la vida de un hombre para pintarlo, y son muchos más los cuadros del incansable artista.

En esta sala están los retratos de todos los Dux, excepto el de Mariano Fagliero «decapitati pro criminibus», como reza un velo negro que lo cubre...

(1) *Acrollthes*. (No he dado con la palabra española.)

La coronación de Venecia, por Pablo Veronés, es preciosa..... pero no quiero entrar en estas descripciones.

*

Acabo de ver las siniestras salas, hoy convertidas en museos, donde estaba el Consejo de los *diez*, y de los *tres*; ya ha desaparecido la terrible *boca del león* donde se depositaban las denuncias anónimas, con la impunidad del secreto y el misterio. Venecia quiere borrar los recuerdos de sus crímenes y de su odioso despotismo; quiere desmentir la acusación constante de las páginas escritas por Silvio Pellico en *Le Mie Prigioni*, libro de dolor que he vuelto á leer ahora estremecida. Si se hubiera de creer á los guías, no hubo en el mundo gobierno más paternal que el de la República ni tribunal más benigno que el de los *diez*. ¡Era una suerte, una felicidad, caer bajo su férula!

Escuche usted á uno de los empleados:

—Aquí había enfermería—dice,—y se cuidaba muy bien á los prisioneros; todo eso de que se quemaban vivos y se martirizaban, son historias. La República, velando hasta por el alma de los culpables, había conseguido en 1362 una bula Pontifical para absolverlos de sus culpas; desde el siglo xv, por un legado del Dux Moro se les distribuía durante el mes de Enero de cada año, pan, vino y huevos..... con su sal y todo..... ¡como que él lo hacía por el descanso del alma de su madre....! El Consejo de los *diez* había decretado que el pan para los prisioneros fuera de la mejor calidad; un abogado noble se encargaba de la defensa de los acusados y una congregación tenía el encargo de cuidar á los enfermos.....

Mientras mi guía me contaba estas excelencias

ilusorias, yo iba recorriendo los calabozos oscuros, fríos, húmedos, más bajos que el nivel de las lagunas; veía los feroces instrumentos de martirio, la capilla donde el verdugo estrangulaba á los reos con un cordón de seda, la puerta del canal de la *Paglia* por donde se sacaba el cuerpo de los asesinados y me estremecía de terror pensando en la clemencia de los Jueces y en la República paternal.

Subiendo una sombría escalera, entré en el *Puente de los Suspiros*; ya no existe el muro que lo dividía en dos partes; me asomé por una ventana y vi la hermosa laguna grande, el cielo, la torre de la Iglesia de San Giorgio y á lo lejos la verde faja de la ribera. ¡Qué cruel visión de vida para los condenados á muerte!

Subimos á los Plomos; he necesitado para ello un permiso especial; ya no se visita este lugar de suplicio; muy contrariado mi guía, en su afán legítimo de borrar las vergüenzas de la ciudad, empezó á hacerme su apoteosis de estas prisiones:

—«Ve usted, se está aquí como en la calle; entre el tejado y la habitación media bastante espacio; se escuchan todos los ruidos.....»

Pero yo no seguía oyendo..... me asfixiaba el calor sofocante..... y sólo pensaba en salir pronto de allí. Y ya no da esto idea de cómo estaba en aquellos tiempos de suplicios bárbaros. Los plomos han desaparecido, queda sólo este calabozo *restaurado* para que no pueda apreciarse su crueldad; la escalera que desde los Plomos conducía á los pozos, ya no existe..... ¡Qué hermosa conquista del progreso es hacer que la humanidad se avergüence de sus crueldades!

ROMA



La Aurora, de Guido Reni



*

Necesitaba respirar aire puro, esparcir mi espíritu agobiado por la penosa visita, y al salir del palacio he tomado una góndola y me he venido al *Jardín Público*, situado al extremo norte de la ciudad. Nada como la naturaleza para recobrar pronto la calma.

Me gusta alejarme de Venecia, por tener la dicha de volver á ella. No hay nada comparable á esta ciudad encantada viniendo de noche por el mar. Queda á la espalda el Lido con su guirnalda luminosa, y se vislumbra á lo lejos el canal de Malamocio, donde iban los Dux con su Bucentauro á depositar su sortija en las olas, como prenda de fidelidad á la República. A la izquierda terrenos bajos parecen manchas verdosas en la superficie del agua esclarecida por el resplandor de las estrellas que se retratan titilantes en el fondo. Más allá se dibujan las siluetas de las luces de San

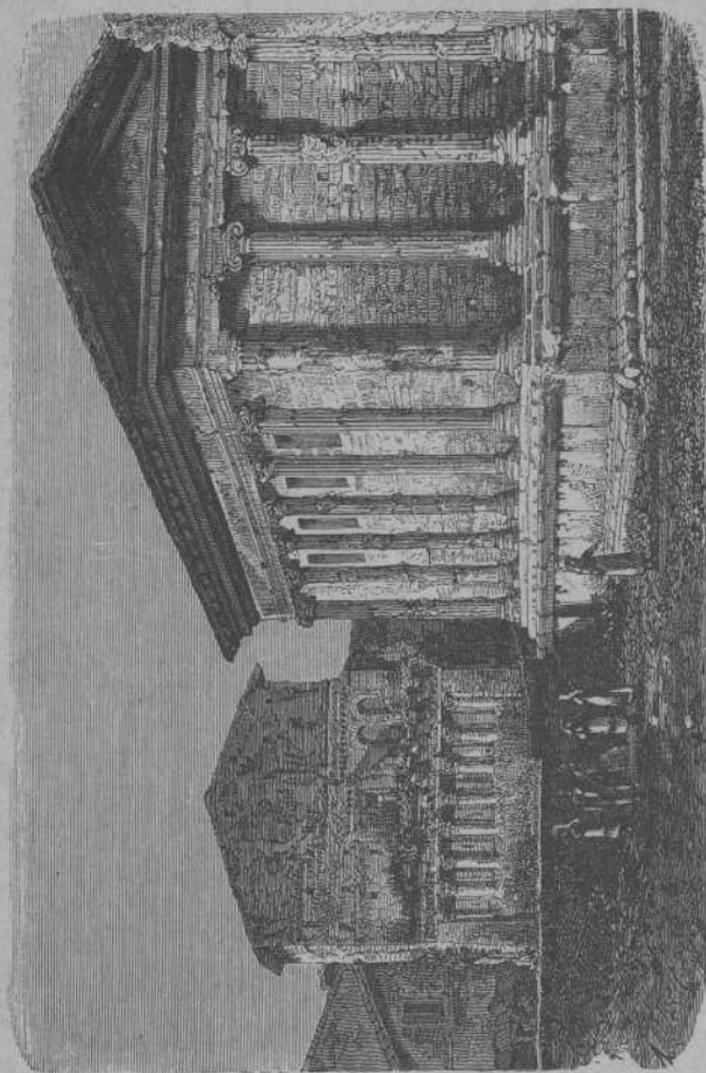
Jorge y de la Giudecca (1); al frente, la iluminación de Venecia y los cristales de sus palacios en argentadas cresterías. Los faroles vienen á hundir sus rayos luminosos en las aguas; las líneas de sombra se adelgazan y prolongan para retratar una ciudad fantástica en el fondo de la laguna; dos barcos de guerra italianos juegan con sus reflectores eléctricos, iluminando las islas lejanas, que surgen del mar y desaparecen como por un conjuro ó misteriosa evocación.

Conforme nos acercamos á la orilla, brisa de tierra nos trae ecos de voces y algazara. Venecia tan triste siempre, recobra á esta hora una alegría bulliciosa; en la Piazzetta y en la Plaza de San Marcos tocan las bandas de Música Militar, y la admirable banda *Citadina*; al concierto de tierra se une el concierto marítimo; hay en toda la entrada del canal y en la laguna, grandes barcazas alumbradas artísticamente con un toldo de farolillos de colores, donde orquestas enteras y numerosos músicos ejecutan ya trozos de ópera, ya lindas canciones de Venecia, ó tiernas barcarolas del Golfo napolitano.

Voces que rechazaríamos en un teatro, son aquí de un efecto mágico; se extienden y se despliegan en el aire inmóvil; se mezclan y se confunden en extraña melodía; tienen algo de augusto, de melancólico; parecen la misteriosa plegaria de un espíritu ansioso de verdad que se eleva hacia lo desconocido entre los dulces rumores del aire azul, la luz pálida de las estrellas y el murmullo de las olas.

Cruzan cientos de góndolas cuyas lucecillas de proa es lo único que rompe la obscuridad; hay en ellas rápidas visiones, ecos de risas, notas de

(1) Judería.



Roma.—Casa de Rienzi y templo de la Fortuna viril

un canto ó acentos de amor. Al perderse á lo lejos parecen fugitivas estrellas del mar.

Venecia de noche es la realización de un cuento oriental: las náyades del Brenta y las sirenas del Adriático se presentan sin velos á los mortales.....

Venecia, 28 de Julio.



Roma.—La Fornarina Barberini



Milán.—Entrada principal de la Exposición

CARTA XVI

Milán y la Exposición

Yendo de Venecia á Milán he pasado por Verona; está extendida en el centro de una inmensa llanura que cruza el Adige y tiene un aspecto medioeval, con los torreones, cúpulas y campanarios de los edificios. Grupos de cipreses se elevan por todas partes y dan la melancólica expresión de un jardín de muertos.

Se comprende que en este ambiente tranquilo, entre la vida monótona, hallen acogida todos los sueños románticos y todas las pasiones exaltadas sean de amor ó de venganza.

Aquí acude el recuerdo de Shakespeare, el gran poeta inglés, que tan bien supo apoderarse del alma italiana de Capuletos y Montescos, con las luchas de los padres y el amor de los hijos. ¡Bello poe-

ma de amor inmortalizó su pluma! Las inglesas y las alemanas románticas se han llevado á pedazos medio sepulcro de Julieta para hacerse dijes con su granito, deseosas de hallar un Romeo en esta tierra de pasión.

Fueron muy felices los amantes de Verona, aunque otra cosa se piense. Es una dicha morir escuchando el canto de los ruiseñores y las ilusiones

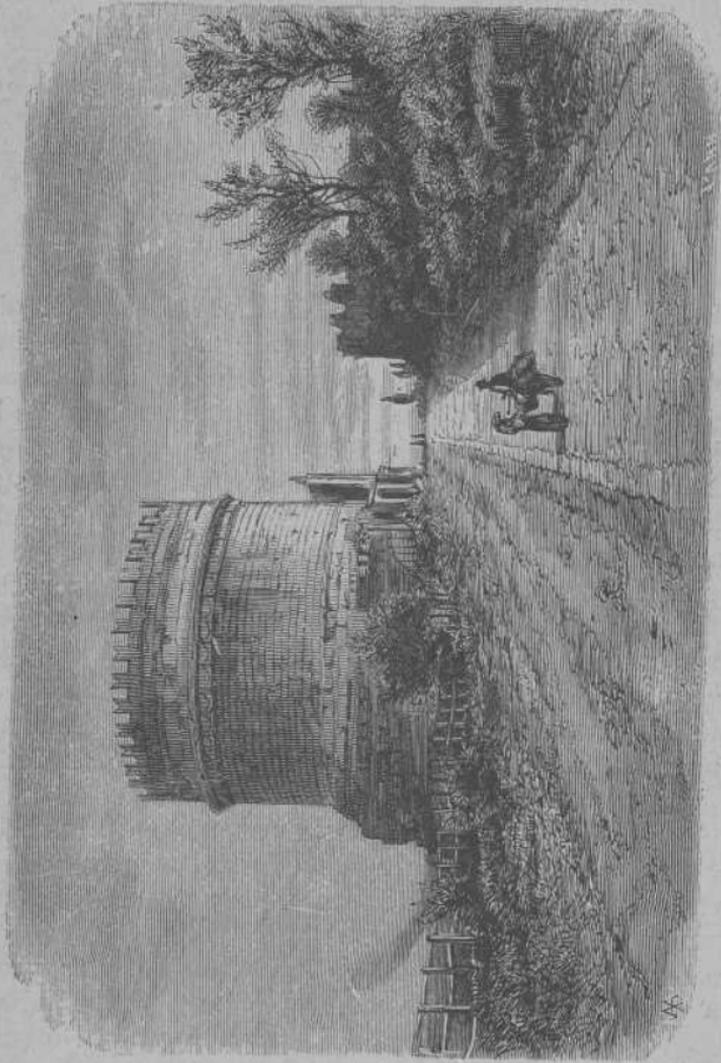


Verona.—Tumba de Julieta y Romeo

del amor, para vivir siempre envueltos en aureola de poesía.

Si Romeo y Julieta se hubiesen casado, su pasión hubiera muerto entre las miserias del lecho común, y hubieran concluído por tirarse la vajilla á la cabeza.

Repugna á la imaginación ver á la bella romántica, gorda, con el talle deformado, limpiándoles las babas á cinco ó seis chiquillos greñudos, y á



Roma.—Restos del Palacio público y «Loggia» de los Farnesio

Romeo con abultado abdomen, calvo y grasiento ocupándose de política como cualquier cacique vulgar y haciéndole el amor á las criadas.

Y de haber vivido, ese era el resultado lógico é irremediable.... ¡Dichosos ellos que fueron destruídos á tiempo por ese gran anarquista que unos llaman *Dios* y otros *Naturaleza!*

*

Milán es la ciudad más privilegiada de Italia, el centro de la actividad intelectual, la reina de la industria y del comercio, el emporio de las bellas artes y de la agricultura, enclavada en medio del fértil suelo de Lombardía.

Es su situación geográfica y la fertilidad de su suelo lo que da esta supremacía á la capital del Milanésado; si en Italia cada región no tuviera vida propia, ésta haría sentir su hegemonía sobre las demás; pues lógicamente su engrandecimiento ha de ser mayor cada vez.

Se puede decir que Milán es la Barcelona de Italia, pero sin luchar con dificultades políticas ni de administración que dificulten su desenvolvimiento. El túnel del Simplón, hermoso himno al trabajo grabado en las entrañas de granito de los Alpes, abre el camino de la Europa del Centro y del Norte, dando más facilidades á la actividad fabril y comercial que la anima.

La campiña es la más fértil de toda Italia; verdad es que está regada con la sangre de mil batallas; se comprende que todos los pueblos hayan luchado por conquistar este Edén; Napoleón se hizo coronar en Milán rey de Italia, y sin duda á ella se refería el guerrero del Norte al arengar á sus soldados, cuando desde las vertientes de los Alpes apareció á su vista este paraíso del Mediodía.

A ningún país como á éste le cuadran los magní-

ficos versos que Espronceda puso en boca del caudillo de los hunos:

«Casas, palacios, campos y jardines
Todo es hermoso y refulgente allí;
Son sus hembras hermosos serafines,
Su sol alumbra un cielo de zafir».

También aquí llegó la dominación española, é igualmente que en las otras regiones ha dejado un triste recuerdo. Da pena oír decir de nuestros Virreyes: «En Sicilia rumiaban; comían en Nápoles, y devoraban en Milán». Consolémonos con el pensamiento de que en cambio Roma nos explotaba á nosotros y aun sigue tragando.....

Cerca de Milán empieza la *Región de los Lagos*; he tenido ocasión de visitar el Mayor y el de Como, que son ya un preludio de las bellezas pintorescas de Suiza. En Italia, con ir del Norte al Sur se disfruta de todos los paisajes y de todos los climas; es el país más privilegiado del mundo.

La ciudad de Milán es hermosa, alegre, tiene calles anchas, plazas espaciosas, suntuosos edificios y magníficos paseos y jardines públicos con cascadas, lagos, estatuas y bellos macizos. Es una copia de París.

Aquí se publican los periódicos de más circulación, y están las casas editoriales de más importancia, tanto en literatura como en música; los teatros, principalmente el de la Scala, son la consagración de los artistas.

Lo primero que atrae la atención de todo viajero, es el famoso Duomo que levantó Galeazo Visconti para seducir á la divinidad con la rica dádiva y hacerse perdonar sus crímenes y fratricidios. Dos joyas de arte, el Duomo de Milán y la cartuja de Pavía, nacieron de su extraña religiosidad. No se sabe qué arquitecto ideó esta soberbia

concepción que el vulgo achaca al diablo mismo que arrebató el cuerpo del fundador para que no recibiera sepultura en estos monumentos.

Desde la ventana del Hotel en que me hospedo, se divisa una de las esquinas de la magnífica catedral; visión tan seductora que apenas he gastado algunos minutos en dejar los objetos de viaje en mi habitación y correr á la plaza del Duomo.

Esta plaza es soberbia; el centro de la ciudad, surcada por todos los tranvías, grande, con jardines y estatuas, edificios magníficos, el monumental arco de la Galería y eclipsándolo todo la admirable, la indescriptible, la maravillosa catedral.

Es una montaña de mármol blanco en la que vive toda una flora y un pueblo de estatuas. Pero esa inmensa mole no es pesante sino ligera, aérea, un encaje de piedra. Todas sus líneas son verticales, todas sus torrecillas y macizos se elevan en el aire rectos, elegantes, ostentando toda la belleza de su purísimo estilo gótico, no perjudicado por la ligera influencia greco-bizantina que se nota en la fachada.

Ningún edificio más hermoso que éste podía consagrarse á la pureza de una Virgen acabada de nacer (1); se piensa que sólo los ángeles pudieron moldear sin mancharlas esas delgadas flechas que rompen el aire con tanta audacia; tan graciosas, tan ligeras, tan sonrientes, parecen esfumarse y perderse en el azul.

El interior corresponde á la magnificencia externa; la planta en forma de cruz griega está dividida en cinco naves por las 52 altas columnas que sostienen las filigranadas bóvedas, revestidas de un calado de mármol, pero tan ligero y tan fino, tan dulce, que recuerda esos papeles picados que se usan en las confiterías para cubrir los ra-

(1) Está dedicado á la Natividad de Nuestra Señora.

milletes. En medio de esa blancura dulce y majestuosa lucen las vidrieras de colores que ocupan testeros completos, desde el suelo al techo, para no romper la unidad de las líneas rectas, en que reside su belleza principal. Los espléndidos mosaicos lucen heridos por la luz exterior y derraman en flechas de colores sus vívidos reflejos. Yo no he experimentado aquí más sentimiento que el de devoción artística. Extasiada ante el aspecto grandioso de esta maravilla, no me fijé en que se estaba celebrando la misa ó no sé qué ceremonia, hasta que me lo advirtieron las toses y siseos de las beatas.

Para no escandalizarlas, perdoné los detalles del templo; recuerdo sólo un *San Bartolomé Desollado* que dicen ser un modelo de anatomía, pero que es detestable para los que buscamos la belleza. Se parece á uno de esos muñecos que sirven para estudiar anatomía en las escuelas y que siempre he mirado con miedo y repugnancia. He visto además el soberbio candelabro de siete brazos que recuerda el mosaismo, y la gran pila en que se bautiza por inmersión según el rito ambrosiano.

Me apresuré á bajar á la cripta donde reposa en un sepulcro de cristal el cuerpo de San Carlos Borromeo, que consagró este templo. Es uno de los muchos alardes de la riqueza y de la modestia de la iglesia que nació á orillas del Genezareth. Todos los bajorrelieves que rodean la capilla son de plata, y han costado la enorme suma de dieciséis millones de reales, para estar enterrados en la obscuridad de un panteón. Seguro que si San Carlos resucitara los mandaba fundir y distribuirselos al pueblo ó perdía su santidad. Yo pienso que lo que se gasta en estos alardes de riqueza para deslumbrar al pueblo ignorante, estaría mejor empleado en instruirlo. Pero ignorante el pueblo, toma algunas veces revancha; hace años ro-

ROMA



Dama romana llamada la primera Agripina

baron del tesoro estatuas de plata y de oro de gran valor y enorme peso: de 100 á 125 libras cada una, lo que hace pensar que los ladrones no vivían lejos.

Desde la cripta he subido á la techumbre para ver de cerca esas caladas varas de nardos y azucenas que forman las torrecillas. ¡Cuánta belleza! Es un paseo extraño entre un bosque de agujas, pasadizos, puentes y arcos. La torre está aún sin acabar y se trabaja en este edificio hace 500 años. Entre las 2,000 estatuas que viven en las hornacinas y los nichos ó adornan torrecillas y aristas, hay una de Napoleón.

El panorama que se descubre desde lo alto, es grandioso. Se extiende al Sur la cadena de los Alpes en pintoresca gradación de luminosas cimas: el Monte Viso, el Monte Cenis y la Superga, que nos oculta á Turín; detrás de ellos el gigantesco Monte Blanco, el Gran San Bernardo y el bello Monte Rosa, cerca del cual se divisa la interminable serie de los montes Flétscherhorn, Cervín Michabél y More, el Simplón, el San Gotardo y los Alpes Berneses. Al Este se ve la cima del Ortler y al Oeste las torres de la catedral de Pavía y los pizarrosos Apeninos. En el circuito formado por los montes, se vislumbra la fértil región de los lagos. A mis pies veo á Milán rodeado de un bosque de chimeneas de fábricas que lo aprisionan como un cinturón de hierro; y entre los jardines y edificios se destacan las torres de las Iglesias, la mole del antiguo histórico castillo y el campo de la Exposición con sus cientos de bellos pabellones.

La Exposición me atrae y he visto todo lo demás de Milán con demasiada prisa. Sólo he hecho una visita al Museo de Pintura del Palacio Brera, donde está el famoso cuadro de Rafael *El Matrimonio de la Virgen* (il Sposalicio), el bello *Baile de los Amores*, de Albano, y *La Virgen con el niño*, de

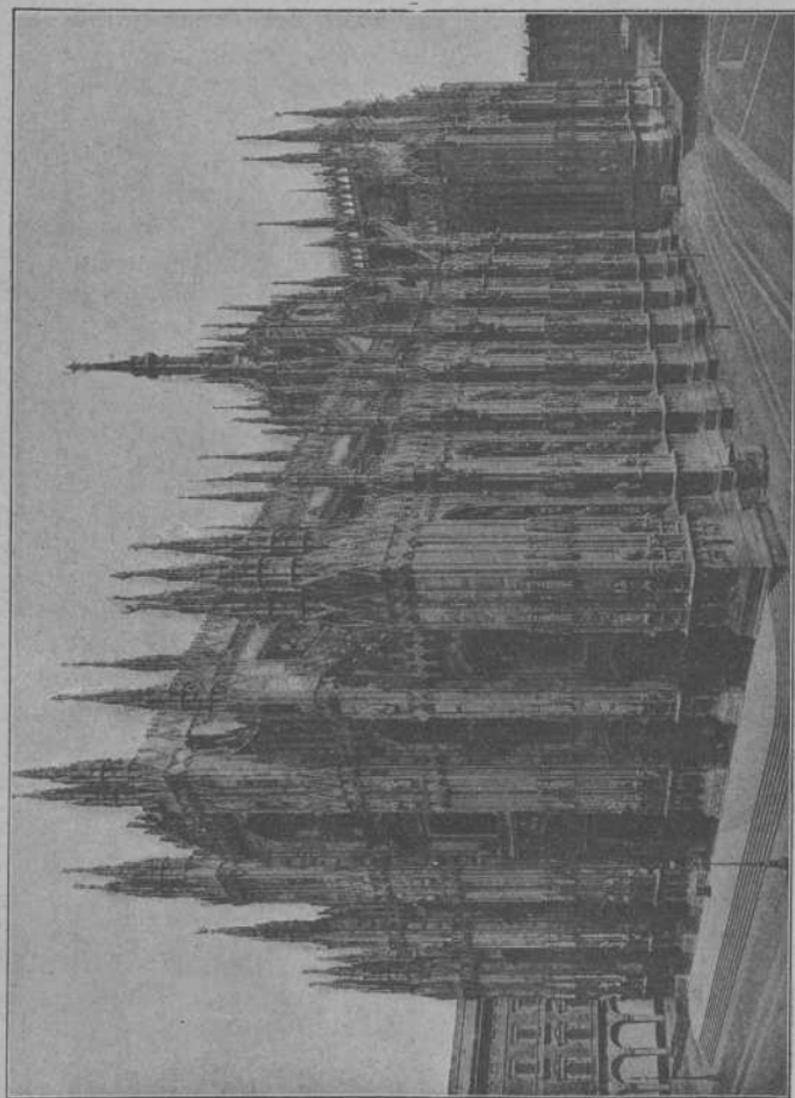
Leonardo de Vinci. En seguida me he trasladado á «Santa María de la Gracia», deseando contemplar la famosa *Cena* de este pintor. Por cierto que al paso vi la Galería de Cristales, suntuosa como la de Nápoles, que tiene la òriginalidad de ser el punto de reunión de todos los cómicos y cantantes *con ó sin* contrata, como sucede ahí con los toreados en la calle de Sevilla.

Una lira cuesta ver la sombra que resta del fa-



Milán.—Plaza de la Escala y monumento á Leonardo de Vinci

moso cuadro de la *Cena*. Mal acierto tuvo Leonardo de Vinci en escoger tal lugar para esa obra maestra, y desdichado procedimiento empleó al pintarla al óleo sobre cal en una pared húmeda. Todo ha conspirado contra esta pintura, pero lo que más daño le ha hecho son las restauraciones y la estupidez de los monjes que abrieron una puerta en el centro mismo del cuadro, para que les llegase la comida caliente. Sin embargo, á pesar de todos los atentados del tiempo y de la humana brutalidad, aun puede observarse la bella colocación de las figuras y la expresión noble, bondadosa y



Catedral de Milán

dulce de Jesús. Se ve el alma grande que siente el dolor de la traición y sabe perdonarla. ¡Verdaderamente merecía ser Dios! La *Cena* ocupa la pared Norte de la habitación y mide sólo nueve metros de larga por cuatro y medio de ancha.

En las demás paredes hay copias de Marco Oggiono, Cesare Mayno, Andrea Solario y otros grandes adoradores del creador de la Gioconda; pero ninguna tiene el encanto del cuadro borroso.

¿Qué misterioso poder tiene el genio que pone su sello en cuanto toca?

*

Hoy la Exposición atrae todo el interés, quizás porque está llamada á desaparecer pronto; es una ciudad que se ha levantado por impulso del trabajo como por un mágico conjuro, y que un día al venir á contemplarlos habrán desaparecido ó estarán en otro lugar de la tierra.

Esta Exposición se ha hecho para celebrar la apertura del túnel del Simplón y es una verdadera ciudad nueva, original y bellísima. Está dividida en dos partes y ocupa todo el Parque y la Plaza de Armas. Por desgracia, creo que no ha tenido toda la aceptación que merecía este colosal esfuerzo; ya ha pasado la época de su apogeo, y un desdichado incendio destruyó el grandioso palacio de Arte decorativo con todos los tesoros que encerraba y los autógrafos de obras geniales, pero aun es bella é interesante.

Un camino de hierro eléctrico une lo que pudiéramos llamar los dos barrios de la Exposición; descuellan en ellos, entre cientos de pabellones, «La galería del Simplón», copia exacta del túnel, que da idea de las dificultades que se han tenido que vencer para horadar la inmensa montaña; se ven las máquinas perforadoras y las herramientas em-

pleadas; junto á la puerta hay un artístico grupo de mineros, modelados por Butti. Me recuerdan los himnos de Rapisardi.

Hay un espléndido «Acuarium», una interesante y curiosísima Exposición retrospectiva de Transportes, una suntuosa Sala de Fiestas, una magnífica Exposición de Bellas Artes, el notable pabellón de Radio Telegrafía y el de la Sociedad para la Paz, hermana del trabajo.

En la Plaza de Armas descuellan la Exposición de Agricultura, la de Higiene, la de máquinas y la incomparable Galería del Trabajo, edificio consagrado á esa gran fuerza social que con tanta elocuencia ha descrito Mattei:

«Las líneas robustas de su arquitectura se levantan al cielo como un triunfo, como un himno inmortal. Grupos de estatuas representan la Industria y el Comercio en lo alto de la sólida construcción; á los lados de la entrada se ven otros grupos marmóreos de trabajadores, marchando á la conquista del laurel eterno cerca del gran arco que se lanza al espacio sobre dos columnas gigantes; todo eso imprime al edificio un carácter austero y fuerte que expresa muy bien el concepto de la ruda labor que transforma al mundo».

En el interior se ve cómo funcionan todas las máquinas é industrias; aquí una imprenta tirando el periódico, allí una panadería sacando el pan caliente del horno, más allá un pabellón de sericultura, otro de mosaicos, fábrica de tabacos y cien cosas más.

Merecen especial mención las cigarreras. Son unas italianitas preciosas, de ojos negros y caras aterciopeladas, que enrollan con manos de niña las pardas hojas del tabaco para hacer los puros y cigarrillos.

Las labores de encajes y bordados femeninos,

tan difíciles y mal recompensados, están dignamente representadas.

Es imposible describir al detalle la Exposición; hay cientos de pabellones, cafés, vistas, teatrillos, músicas, globos cautivos, *sports* y montaña rusa. Esta es original y emocionante; una barca que corre con vertiginosa velocidad desde gran altura y viene á caer en el agua, entre remolinos de espuma. Es una diversión que no comprendo.

Muy original es el viaje al Polo Norte, en unos pequeños barcos que se deslizan solos por una corriente de agua y se interna en una especie de pabellón, donde se aparecen los bellos paisajes del Polo, con sus nieves y sus misterios. Es una ilusión agradable y muy real.

Todas las provincias italianas tienen aquí pabellones, y las naciones de Europa se hallan representadas todas con más ó menos esplendor. Francia, Inglaterra, Turquía, Rusia, Marruecos... todas... Todas menos España. Nosotros no vamos á ninguna parte.....

Aquí somos el único país que no figura en esta hermosa manifestación donde desde el cuadro hasta la máquina se representan todas las esferas de la actividad y todo lo que dignifica al sér humano: el Trabajo y el Arte.

*

Anoche fuí al teatro para ver una obra del aplaudido autor italiano Roberto Bracco, retardando un día mi viaje á Suiza, á los lagos y á las montañas.

Conozco á Bracco y me honro con su amistad. Tiene toda la viva expresión napolitana y la simpatía propia de esa tierra. Joven, moreno, de tipo distinguido, hay en él una mezcla extraña de desdén y dulzura. Debe ser un carácter doble; para unos amable y sencillo, duro y áspero para otros.



Roberto Bracco

Me cuento entre los que experimentan lo primero; á las pocas horas de conocerlo me refería con hermosa confianza sus luchas de artista novel para romper la indiferencia del público, y la embriaguez del triunfo que se debe al propio esfuerzo, que se impone y hace callar á los envidiosos y aplaudir á los indiferentes.....

Esta noche viendo la *Piccola Fonte* (1) recordaba la ventana de las orillas del Arno donde escuché las confesiones del poeta.

Es una obra hermosa, dulce, poética, de honda psicología en la que se adivina más que se dice; tiene la poesía del norte y la luz del cielo napolitano. Un extraño encanto que se apodera del alma.

Bracco sabe pintar con dos pinceladas; su obra es síntesis y lo mismo la presenta en el teatro que en los libros de prosa. Es un buzo de las almas.

Nada tan conmovedor como las escenas rápidas de la miseria femenina que dibuja. Recuerdo el admirable tipo de *Nanina*, la muchacha perdida que tiene que bajar á la calle á buscar pan para su hijo pequeñuelo. Un día, la mujer miserable, encuentra un hombre honrado que le dice:

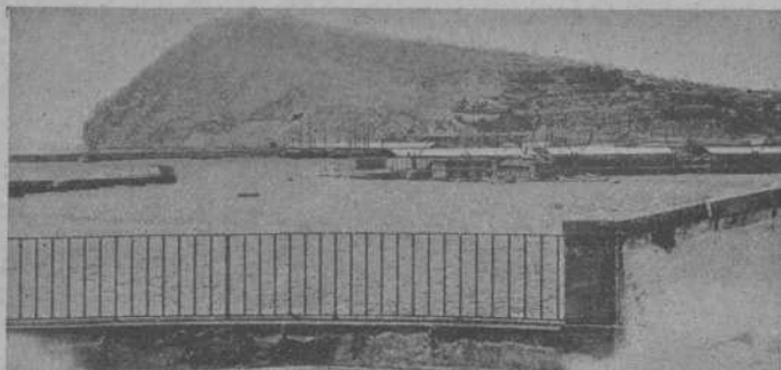
—«Yo te amo; observa un año de buena conducta y me casaré contigo.

—Y ese año, ¿cómo viviré?—dice la desgraciada viendo el cielo en la oferta del que ella también ama y teniendo que alejarse encadenada en el círculo de hierro de la necesidad».

Asustan estos cuadros de realismo. ¿Qué sociedad es esta que anatematiza á los antiguos y llamándose civilizada consiente esas miserias?

Milán, 10 de Agosto.

(1) La fuentecilla.



Barcelona. — Montjuich

CARTA XVII

Vuelta á España

¡Un mes sin escribirle! He hecho una excursión en este tiempo por la libre y hermosa Suiza. De ella y de los abusos incalificables que se cometen en la Instrucción Pública y que me hacen apresurar mi vuelta, se enterará usted por el libro de sinceridad que preparo con el título de «Los Secretos de la Escuela». Es un estudio del natural donde se remueve mucho el cieno de los bajos fondos; no es culpa mía que exista, y creo moral esparcir su olor nauseabundo para conseguir que se limpien. Es un libro que escribo con dolor, sacrifico á la verdad personas que me merecen simpatía y cariño, pero es necesario, si he de cumplir la misión de ser sincera que me he impuesto.

Me embarqué en Génova hace dos semanas, en

un día triste de tempestad. El cielo estaba sombrío, el viento agitaba las aguas que se levantaban en montañas grises como si se partiera para mostrar la profundidad de los abismos. En mi alma rugían las pasiones desencadenadas levantando la ola de los recuerdos dormidos en la dulce atmósfera de la encantadora Italia.

Rugía el mar, polvo de agua venía á azotar la cubierta. El *Játiva*, con las velas extendidas se encabritaba, como un potro joven, al sentir en su vientre la espuela de espuma.

¡Inolvidable noche! He tenido fija la mirada en la costa de Italia hasta perderla de vista; cuando las sombras y la distancia la han cubierto, las lágrimas han caído de mis ojos. He pasado en Italia días felices de tranquilidad, de olvido, de calma; renacía á una vida nueva cuando esta cadena social á que vamos amarrados me obliga á dejarla.

Yo veo en Italia otra España, pero más joven, más fértil, más entusiasta que la nuestra; empecé admirándola y he acabado por amarla; algo de mi corazón queda en ella; mi deseo más vehemente es volver á soñar con el augusto silencio de la vetusta Pisa, en las azules orillas del golfo napolitano, en las melancólicas alamedas de Florencia, las lagunas venecianas y el incomparable Coliseo de Roma....

El nuevo sol alumbró la *Costa Azul*, la ribera francesa y el lejano castillo de Iff....., al fin entramos en aguas españolas; siempre late el corazón bajo el cielo de la patria, sobre todo si es tan hermosa y desdichada como España.

El Castillo de Montjuich, ese baldón de la tierra española, mil veces más abominable que las prisiones de Venecia, es lo primero que surge ante los ojos al llegar á la trabajadora Cataluña.

Sentí pena de dejar el barco; he sido objeto de

grandes atenciones de parte de su caballeresca tripulación. Los marinos son felices, acariciados siempre por el aire del mar, con la visión lejana del hogar querido como estrella y compañera de su vida; si luchan es con algo grande..... con la inmensidad de los elementos; no con el cieno que se agita en la inmensa cloaca de tierra.

*

Barcelona es hermosa; me he detenido en ella dos días sólo; los pasé de un modo muy agradable en casa de mi amigo Pelayo Vizueté, cuyo hogar es capaz de hacer que se reconcilien con el matrimonio todos los propagandistas del celibato. Verdad es que su amable y bella esposa no es la hembra sino la compañera, y su unión es la de dos intelectuales que trabajan juntos y tienen comunión de ideas y sentimientos. ¡Son tan raros estos ejemplos!

No me asusta ya el fantasma del *catalanismo* después de venir de Suiza. Aquella autonomía de los Estados federados con vida propia, lenguas diferentes y costumbres y leyes apropiadas á sus necesidades, no desmembran la patria; constituyen una nación libre, fuerte y poderosa.

Toda centralización y hegemonía es antipática, sobre todo si una ciudad se vale de ella para ser ociosa y enriquecerse á costa de los que piensan y trabajan.

También he pasado buenos ratos con la simpática familia de D. Manuel Maucci. Casi todos los autores se quejan del editor; yo los encuentro simpáticos, angelicales..... Como hasta en el cielo hay gradaciones, Maucci y Sempere son los que se aparecen en mi fantasía como arcángeles de primera

magnitud; después, esfumados entre nubes, semejantes á los querubines de un cuadro del Beato Angélico, con sus alitas y todo, veo á Romo, Fe, Hernando y toda la corte de celestiales editores que dan trabajo y nos lo pagan. Los únicos que en este cuadro feliz arrojan una mancha sombría y ocupan el lugar de *Minos* en el *Juicio Final* de Miguel Angel, son los trapisondistas que sostienen la antigua tradición, cuyos nombres usted no ignora. En cuanto á mi amiga Lola Serra, modelo de mujeres trabajadoras é inteligentes, no es extraño que la coloque entre los ángeles..... porque es el lugar que le asignan cuantos la conocen.

*

He llegado á Valencia bajo el peso de una triste impresión; tengo *el vicio* de ser fiel á la amistad y recordaba á mi pobre amigo Cases Alemany, hombre leal y sincero que nos ha abandonado para



Valencia. — Baile popular

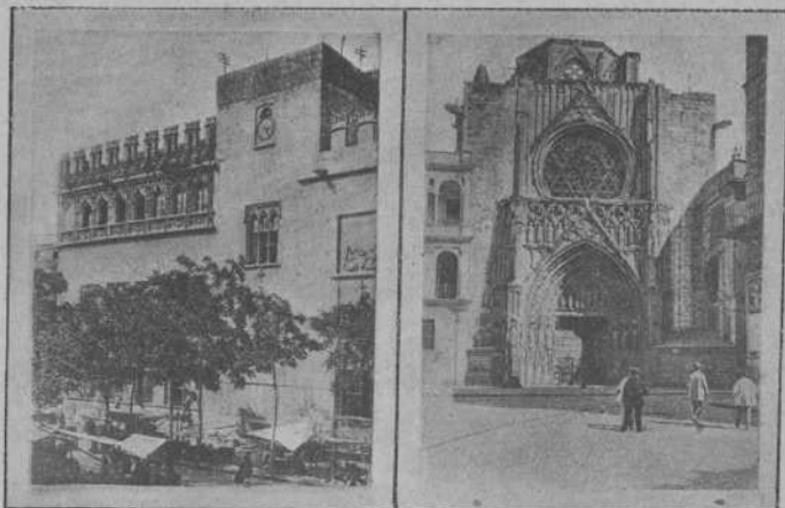
siempre; pero no puede durar la melancolía en este ambiente delicioso.

Valencia es una mezcla de árabe, italiana y griega que se funde bajo el sol español. No hay nada comparable con su exuberante vega, con esta tierra fecunda donde las flores son fragantes, los frutos jugosos, los hombres artistas y las mujeres hermosas.

Aquí no se necesita ser amigos de Blasco, sino lectores de sus obras, para que nos acompañe su recuerdo. ¡Qué maravillosamente ha descrito esta tierra de pasión, estos cuadros de la ciudad del Turia, lo mismo en la vega bordada de naranjos que en la vida de las barracas, de los pescadores y de la ciudad!

He paseado por la vega y por el puerto, he escuchado la música en su alameda, he comido en *Miramar* el célebre *arroz á banda*, digno rival de la *Paella* y hemos ido á beber agua al *Pozo de San Vicente*. Es una antigua covachuela de la superstición, una estancia llena de ridículos exvotos de los creyentes que se han curado por la intercesión del santo ó bebiendo el agua de este pozo, que según la tradición hizo brotar de la tierra.

Subí con Azatti á la vieja Lonja, cuya entrada de altas columnas salomónicas me recuerdan las *loggetas* italianas, para contemplar el panorama de la ciudad, la hermosa playa que va del Grao á la Malvarrosa, las doradas arenas donde pinta Sorolla. Se recuerda su hermoso cuadro «Y luego dicen que el pescado es caro.....» y la divina «Flor de Mayo» en que el novelista valenciano cinceló un cuadro conmovedor y vulgar. Se ven las torres antiguas y los campanarios de las iglesias modernas. Me extraña tanto templo en país tan libre, pero Azatti me hace notar que más de 500 casinillos y comités republicanos han minado el pul-



Valencia.—Detalle de la Lonja

Puerta de la Catedral

món robusto del clericalismo y ya en Valencia no es más que el esqueleto de un tísico próximo á desaparecer.

Sempere, Azatti y los redactores de *El Pueblo*, me han hecho muy agradable la estancia en esta bella ciudad.

*

De Valencia á Almería he hecho el viaje por mar, y nos hemos detenido un día en Alicante. Me ha parecido triste y árida la ciudad de las palmeras; los altos troncos no prestan sombra á los polvorientos paseos y los penachos se mueven con el triste balanceo de almas exóticas que suspiran por su patria lejana.

Cerca de la Alameda hay un amplio teatro de verano; hemos ido á ver las piecitas de género chico que se representan. Todas eran nuevas para mí, estrenadas durante mi ausencia; si se juzga

por el mal gusto y las obscenidades de estas obras, no hay duda que progresamos....

*

Muy temprano he subido sobre el puente para ver á mi querida Almería, la *patria chica* que ocupa lugar tan grande en el corazón.

Amanecía; mi árabe odalisca dormía á la sombra de su vetusta alcazaba acariciada por el beso de las olas. ¡Qué hermosa me pareció! ¡Cuánto recuerdo de la felicidad perdida, de la niñez pasada, de las creencias que se murieron y de los dolores que se han borrado! Esta ciudad encierra el perfume de toda mi vida, el hogar de mis padres, el sepulcro de los que más he amado y la cuna de mis hijos. ¿Cómo no llorar al verla? Sí, yo he llorado por mí y por ella; he llorado como el Profeta sobre los muros de Jerusalén, ha llorado por sus desgracias....

En ninguna parte del mundo hay administración más mala que aquí; no son hijos, son verdugos los que desgarran sus entrañas. La hermosa ciudad está siempre abandonada; hace pocos años se desarrolló una epidemia terrible por la suciedad de las aguas; la cárcel amenaza desplomarse



Almería.—Vista general

sobre los presos infelices; en la Casa Cuna murieron hace poco 17 niños de hambre, y Almería tiene el triste privilegio de figurar la primera en el cuadro negro de la mortalidad infantil.

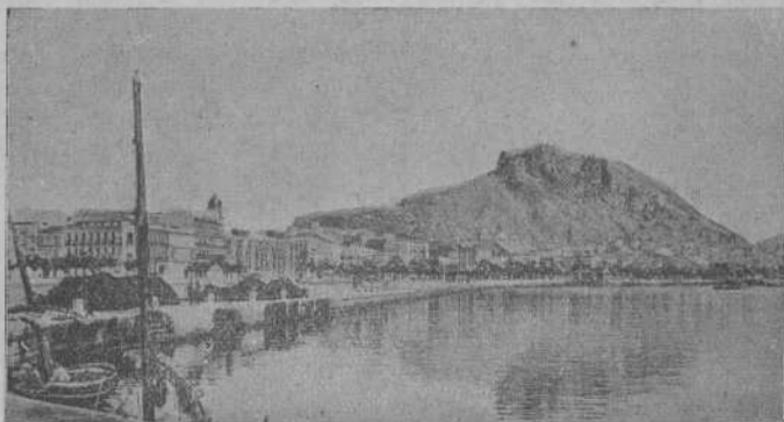
No hay provincia en que se cometan más abusos, más arbitrariedades, más crímenes de esos que se quedan envueltos en el misterio y gozan de la impunidad.

Pero no nos ocupemos de estas miserias; en el puerto me esperan los brazos cariñosos de mis padres; están aquí todos los que me aman; me brindan el descanso dulce, el calor de los afectos puros, la tranquilidad del hogar..... ¡Reposemos!.....

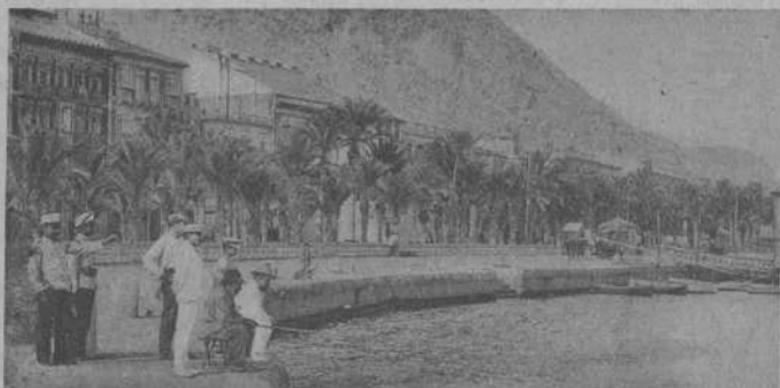
*

Dentro de pocos días estaré de nuevo en Madrid; ahí me espera el trabajo, la constante lucha..... la eterna rebeldía que levanta mi pensamiento contra el terrible fardo de prejuicios, convencionalismos y miserias que nos oprimen.

Luchar contra esa montaña, desquebrajarla, abrir



Alicante. — Vista general



Alicante. — Paseo de la Explanada

en ella surcos para que germinen la Justicia y la Libertad, es un empeño semejante al que hizo salir á D. Quijote á los campos de Montiel. Lo sé. Sé que las fuerzas de una mujer no removerán la montaña, pero acaso le arranque un grano de arena y enseñe á otros el camino..... La lucha es la vida y yo siento el ansia de vivir.

Almería, 20 de Septiembre.

FIN



INDICE

	<u>Páginas.</u>
Dedicatoria.	5

PRIMERA PARTE

CARTA PRIMERA.—De Madrid á la Frontera.. . . .	9
id. II De Hendaya á París.	19
id. III Conquistas de la Ciencia.	27
id. IV Por las calles de París.	31
id. V Cuadros de París.	45
id. VI París de noche.	55
id. VII Los Museos.	61
id. VIII Los teatros.	71
id. IX La Pintura.	77
id. X Max Nordau.	83
id. XI La Ciudad de la Muerte.. . . .	91
id. XII El Palacio de Castilla.	105
id. XIII Las Iglesias.	111
id. XIV La Morgue.	117
id. XV Alfredo Naquet y Jean Jaurés.	121
id. XVI Los Anarquistas.	127
id. XVII De París á Niza.. . . .	133
id. XVIII La Ciudad Encantada.	137
id. XIX Paganini.	143
id. XX El Castillo.	147
id. XXI Mónaco.	153
id. XXII Monte Carlo.	159

SEGUNDA PARTE

CARTA PRIMERA.—	El Puerto de Génova.	167
id.	II Los Palacios.	175
id.	III Los Templos.	181
id.	IV La Ciudad dormida.	185
id.	V El Triunfo de la Muerte.	195
id.	VI Liorna.	203
id.	VII Recuerdos de Napoleón.	209
id.	VIII La Andalucía Italiana.	213
id.	IX El Mundo Antiguo.	225
id.	X La vida en Nápoles.	235
id.	XI Recuerdos del pasado.	247
id.	XII El Museo Secreto.	259
id.	XIII Pompeya.	269
id.	XIV Las costumbres pompeyanas.	281
id.	XV Sobre el Vesubio.	291
id.	XVI La Erupción del Vesubio.	297

TERCERA PARTE

CARTA PRIMERA.—	El Coliseo.	301
id.	II Ruinas y recuerdos.	311
id.	III La vida en Roma.	325
id.	IV Feminismo y Arte.	341
id.	V Los Santos Lugares.	349
id.	VI San Pedro.	369
id.	VII Pío X.	379
id.	VIII La campaña romana.	387
id.	IX Florencia.	391
id.	X Pitti y los Uffici.	403
id.	XI Monumentos.	421
id.	XIII La Reina del Adriático.	433
id.	XIV En el Lido.	447
id.	XV El corazón de Venecia.	463
id.	XVI Milán y la Exposición.	479
id.	XVII Vuelta á España.	495

OBRAS PUBLICADAS
POR
CARMEN DE BURGOS SEGUÍ

ORIGINALES

- ENSAYOS LITERARIOS, con prólogo de Antonio Ledesma Hernández. — 1900.
- ÁLBUM ARTÍSTICO LITERARIO DEL SIGLO XX, con artículos de los principales escritores españoles. — 1901.
- NOTAS DEL ALMA. — CANTARES, con prólogo de Alfonso Pérez Nieva, epílogo de Juan Pérez Zúñiga y música para piano de J. Taboada. — 1901.
- MODERNO TRATADO DE LABORES, declarado de mérito y utilidad para la enseñanza por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. — 1904.
- LA PROTECCIÓN Y LA HIGIENE DE LOS NIÑOS, declarado de mérito y utilidad por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. — 1904.
- EL DIVORCIO EN ESPAÑA. — 1904.
- ALUCINACIÓN. — NOVELAS CORTAS. — 1905.
- LA MUJER EN EL PERIODISMO, (conferencia dada en la Unión Ibero Americana). — Madrid 1905.
- LA MUJER EN ESPAÑA (conferencia dada en la Asociación de la Prensa Italiana). — Roma 1906.

TRADUCCIONES

- LOCA POR RAZÓN DE ESTADO. — Memorias del conde de Mattachich. Traducción y prólogo. — 1904.
- LOS EVANGELIOS Y LA SEGUNDA GENERACIÓN CRISTIANA, por Ernesto Renán. — 1904.

- LA INFERIORIDAD MENTAL DE LA MUJER, por P. J. Moe-
bius. Traducción y prólogo. — 1904.
LA GUERRA RUSO-JAPONESA, por León Tolstoy. — 1904.
DAFNIS Y CLOE, por Longo. Traducción y prólogo. —
1905.
SORDA, MUDA Y CIEGA, por Helen Keller. Prólogo del
Excmo. Sr. don Eloy Bejarano Sanchez, comi-
sario regio del Colegio Nacional de Sordomudos
y Ciegos. — 1905.
MANUAL DE CARTAS. — 1905.
LA IGLESIA CRISTIANA, de Ernesto Renán. — 1905.
DIECISÉIS AÑOS EN SIBERIA, León Douchet.

EN PREPARACION

- LOS SECRETOS DE LA ESCUELA (estudio del natural).
EL PESO DEL CRISTIANISMO (novela).
-

OBRAS POÉTICAS

Obras poéticas de José Espronceda.—Magnífica edición ilustrada con ocho primorosas láminas **2 pesetas.**

* * *

Obras completas de D. Ramón de Campoamor.—Cuatro tomos ilustrados; 1.º *Los pequeños poemas*, 2.º *Doloras y Humoradas*, 3.º *Poemas*, 4.º *Poesías y cantares*. Cada tomo **2 pesetas.**

* * *

Los trovadores de México.—Poesías líricas de autores contemporáneos. Un tomo **2 pesetas.**

* * *

Parnaso argentino.—Poesías selectas recopiladas. Edición ilustrada con veintiséis retratos, un tomo **2 pesetas.**

* * *

Parnaso venezolano.—Selecta recopilación de las mejores poesías, impresas sobre magnífico papel satinado. Un tomo de 470 páginas, ilustrado con más de treinta retratos **2 pesetas.**

* * *

Poesías completas de José Santos Chocano.—Nueva edición cuidadosamente corregida por el autor, con un prólogo de M. González Prada, un tomo **2 pesetas.**

* * *

Tesoro del Parnaso americano.—Obra ilustrada con retratos, dos tomos **4 pesetas.**

* * *

Poesías escogidas de Juan de Dios Peza.—Única edición autorizada por el autor y aumentada con varias composiciones inéditas. Un tomo **2 pesetas.**

* * *

Obras de Manuel Acuña.—Un tomo con 8 magníficas ilustraciones **2 pesetas.**

* * *

Poesías de Antonio Plaza.—Un tomo ilustrado con 8 primorosas láminas **2 pesetas.**

* * *

Pasionarias, por Manuel Flores.—Edición ilustrada con 8 preciosas láminas **2 pesetas.**

Cada uno de estos tomos cuesta **2'50 pesetas** encuadernado en tela con plancha dorada.

IMPORTANTISIMO

LA MUJER, MÉDICO DEL HOGAR

POR LA EMINENTE DOCTORA

ANA FISCHER-DÜCKELMANN

Es la obra más importante y más útil de cuantas se han publicado hasta el día. Resulta imprescindible para toda mujer, amante de la familia, que desee criar hijos sanos y robustos. Habla extensamente de los cuidados que requiere la salud y de los indispensables para que la mujer pueda conservar largo tiempo la juventud y la belleza. Contiene instrucciones provechosísimas para el período del embarazo y los momentos críticos del parto. Da saludables consejos á los que deseen ardientemente tener hijos para que puedan conseguirlos, y enseña delicadamente los medios de no llenarse de ellos hasta el punto de hacer imposible la vida.—Con

❖ LA MUJER, MÉDICO DEL HOGAR ❖

puede prevenirse toda clase de enfermedades y cuidarse convenientemente á los enfermos. Con tanta sencillez como maestría instruye en las cuestiones más arduas de la vida, y su mérito y utilidad hacen que sea considerada en el extranjero como

❖ EL LIBRO DE ORO DE LA MUJER ❖

En Alemania, donde se han vendido ya más de 200.000 ejemplares, tienen este libro como indispensable prenda en el ajuar de toda mujer, y resulta el más preciado regalo de boda que puede hacerse á una señorita.

Hace tiempo venía sintiéndose la necesidad de un buen libro hecho por una mujer para la mujer, y la doctora Ana Fischer-Dückelmann, sapientísima médica, ha llenado este vacío.

❖ LA MUJER, MÉDICO DEL HOGAR ❖

forma un grandioso tomo de 850 páginas con 448 grabados en negro y 28 preciosas láminas en color; está impreso en magnífico papel y ha sido premiado con la

— GRAN MEDALLA DE ORO —

en la Exposición de Leipzig, alcanzando tan alta distinción entre muchas obras de reconocido mérito.

— * —
Encuadernado en tela con plancha en colores: 30 pesetas

— * —
Hay ejemplares encuadernados en rica pasta española al mismo precio. Esta admirable obra va convenientemente encerrada en un estuche.

MIS ÚLTIMAS TRADICIONES PERUANAS

Los aficionados á las buenas lecturas encontrarán en esta notable obra, última producción del ilustre y famoso escritor peruano

❧ DON RICARDO PALMA ❧

materia bastante de estudio y entretenimiento á la vez.

Ricardo Palma es uno de los autores que con más galanura escribe el castellano; más que en Lima parece nacido en el riñón de Castilla. Por eso, sin duda, España, haciendo justicia á sus talentos se ha honrado contándole entre los sabios que forman en la Real Academia de la lengua.

❧ MIS ÚLTIMAS TRADICIONES PERUANAS ❧

es continuación y fin de las series que con el título de *Tradiciones Peruanas* publicó hace tiempo la casa editorial Montaner y Simón.

Á MIS ÚLTIMAS TRADICIONES sigue

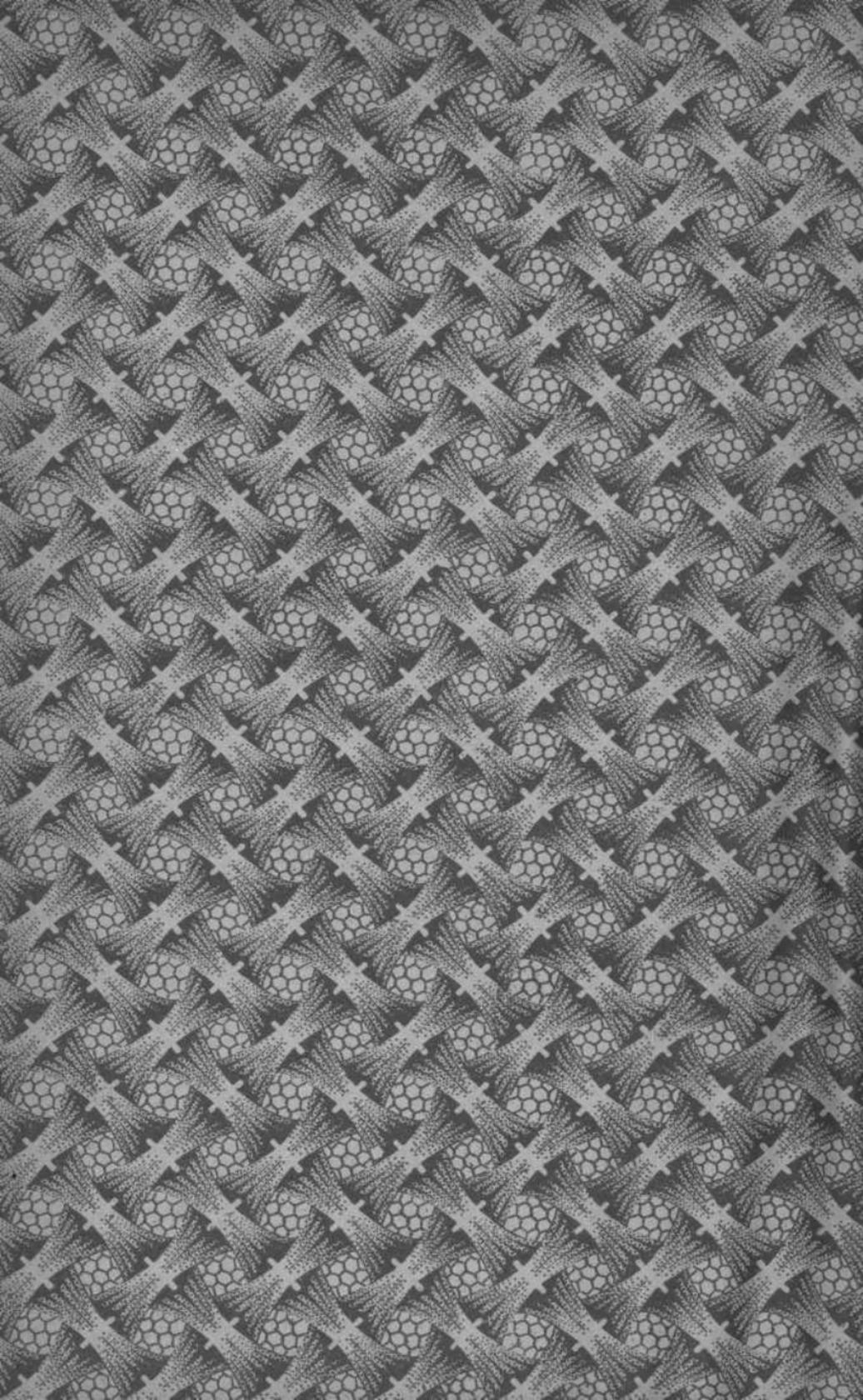
CACHIVACHERÍA

comprendida en el mismo tomo.

Esta parte del libro á más de documentos interesantísimos contiene un concienzudo estudio de Bolívar, Monteagudo y Sánchez Carrión, que fué causa en su tiempo de acaloradísima polémica.

Precio de la obra primorosamente encuadernada:

8 pesetas.



B.P. de Soria



61179539
DR 6669

Plas 10

Carmen
de Burgos
COLONIAN



VIA JER

FOR

EUROPE



DR
6669